

La ambición y la intriga son las únicas pasiones de este hombre político, carente de escrúpulos y moral, que navega a través de las convulsiones sociales y políticas de la Francia revolucionaria y del imperio sin mudar el gesto. Como muy bien dice Zweig: «Los gobiernos, las formas de Estado, las opiniones, los hombres cambian, todo se precipita y desaparece en ese furioso torbellino del cambio de siglo, sólo uno se queda siempre en el mismo sitio, al servicio de todos y de todas las ideas: Joseph Fouché».



Stefan Zweig

**Fouché**

Retrato de un hombre político

ePub r1.2

Titivillus 09.12.2018

Título original: Joseph Fouché

Stefan Zweig, 1929

Traducción: Carlos Fortea

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

r1.1 Corrección de erratas: Readman

r1.2 (joseb85, 28.09.18) Informe de erratas

ePub base r2.0



A Arthur Schnitzler,  
con afectuosa admiración

## PREFACIO

Joseph Fouché, uno de los hombres más poderosos de su tiempo, uno de los más singulares de todos los tiempos, encontró poco amor entre sus contemporáneos y aún menos justicia en la posteridad. A Napoleón en Santa Elena, a Robespierre entre los jacobinos, a Carnot, Barras, Talleyrand en sus memorias, a todos los historiadores franceses, ya sean realistas, republicanos o bonapartistas, les empieza a brotar bilis de la pluma con tan sólo escribir su nombre. Traidor nato, miserable intrigante, puro reptil, tráfuga profesional, vil alma de corchete, deplorable inmoralista..., no se ahorra con él ninguna palabra despreciativa, y ni Lamartine ni Michelet ni Louis Blanc intentan seriamente indagar en su carácter, o más bien en su admirablemente terca falta de carácter. Su figura aparece por vez primera con sus verdaderos contornos vitales en la monumental biografía de Louis Madelin (al que este estudio, como cualquier otro, debe la mayor parte del material referente a los hechos); por lo demás, la Historia ha empujado en completo silencio a la fila de atrás de los figurantes de poca importancia a un hombre que en medio de un cambio universal dirigió todos los partidos y fue el único en sobrevivirlos, que venció en duelo psicológico a un Napoleón y a un Robespierre. De vez en cuando, su figura aparece como un fantasma en una obra de teatro o una opereta napoleónica, pero la mayoría de las veces lo hace en el manido y esquemático papel del astuto ministro de policía, de un precursor de Sherlock Holmes; una presentación plana confunde siempre un papel entre bastidores con un papel secundario.

Sólo uno vio grande a esta figura única desde su propia grandeza, y no el más insignificante: Balzac. Ese espíritu elevado y al tiempo penetrante, que no miraba sólo el decorado de su época, sino también detrás de las bambalinas, reconoció sin reservas en Fouché al personaje más interesante de su siglo desde el punto de vista psicológico. Acostumbrado a contemplar todas las pasiones, tanto las llamadas heroicas como las llamadas bajas, como elementos por entero equivalentes en su química de los sentimientos, a admirar a un consumado criminal, un Vautrin, lo mismo que a un genio moral, un Louis Lambert, sin distinguir jamás entre lo decente y lo indecente, sino limitándose a medir el valor de la voluntad de un hombre y la intensidad de su pasión, Balzac sacó de su intencionado ensombrecimiento precisamente a este hombre, uno de los más despreciados e injuriados de la Revolución y la época imperial. «El único ministro que jamás tuvo Napoleón», llama a este «genio singular», luego una vez más «la más poderosa cabeza que he conocido nunca», y en otro lugar «una de esas figuras que tienen tanta profundidad bajo cualquier superficie que en el momento de su acción se mantienen impenetrables y sólo después pueden ser comprendidas». ¡Esto suena muy distinto a esos desprecios moralistas! Y en medio de su novela *Un asunto tenebroso*, dedica a ese

«espíritu tenebroso, profundo e inusual, que es poco conocido» una hoja especial:

El hecho de que insuflaba una especie de temor a Napoleón no se manifestó de golpe. Este desconocido miembro de la Convención, uno de los hombres más extraordinarios y al tiempo peor valorados de su época, sólo al llegar las crisis se convirtió en lo que luego fue. Bajo el Directorio, alcanzó la altura desde la cual los hombres profundos saben reconocer el futuro en tanto que valoran correctamente el pasado; luego, igual que algunos actores mediocres, ilustrados por una repentina iluminación, se convierten en magníficos intérpretes, dio de pronto pruebas de su habilidad durante el golpe de Estado del 18 de Brumario. Este hombre de pálido rostro, crecido bajo una disciplina monacal, conocedor de todos los secretos del partido de los montañeses, al que perteneció en un principio, y lo mismo de los realistas, a los que terminó por pasarse, este hombre había estudiado lenta y silenciosamente los hombres, las cosas y las prácticas del escenario político; penetró los secretos de Napoleón, le dio útiles consejos y valiosas informaciones; [...] ni sus nuevos colegas ni los antiguos intuyeron en ese momento el alcance de su genio, que era esencialmente el genio del gobierno: acertado en todas sus profecías y de increíble agudeza.

Eso dice Balzac. Su homenaje fue lo primero que llamó mi atención hacia Fouché, y desde hace años echaba una mirada ocasional al hombre en cuyo honor Balzac decía que había «tenido más poder sobre los hombres que el mismo Napoleón».

Pero, lo mismo que a lo largo de su vida, Fouché ha sabido mantenerse en un segundo plano en la Historia: no gusta de dejarse mirar a la cara ni de enseñar sus cartas. Casi siempre se esconde dentro de los acontecimientos, dentro de los partidos, actuando de forma tan invisible tras la envoltura anónima de su cargo como la maquinaria de un reloj, y sólo muy raras veces se logra, en el tumulto de los acontecimientos, atrapar las curvas más cerradas de su trayectoria, su huidizo perfil. Y ¡más extraño aún!, ninguno de esos perfiles de Fouché atrapados al vuelo concuerda al primer vistazo con los otros. Cuesta cierto esfuerzo imaginar que el mismo hombre, con igual piel y los mismos cabellos, era en 1790 profesor en un seminario y en 1792 saqueador de iglesias, en 1793 comunista y cinco años después ya multimillonario, y otros diez años después duque de Otranto. Pero cuanto más audaces eran sus transformaciones, tanto más interesante me resultaba el carácter, o más bien no carácter, de este hombre, el más consumado maquiavélico de la Edad Contemporánea, tanto más incitante se me hacía su vida política, completamente envuelta en secretos y segundos planos, tanto más peculiar, hasta demoníaca, su figura. Así, sin darme cuenta, por pura alegría psicológica, llegué a escribir la historia de Joseph Fouché como parte de una todavía pendiente y muy necesaria biología de los diplomáticos, esa raza intelectual todavía no investigada, la más peligrosa de todas las de nuestro entorno.

Tal descripción vital de una naturaleza del todo amoral, incluso una tan singular y significativa como la de Joseph Fouché, va, lo sé, en contra del evidente deseo de los tiempos. Nuestro tiempo quiere y ama hoy las biografías heroicas, porque dada la pobreza propia en figuras de liderazgo políticamente creativo busca ejemplos mejores en el pasado. No ignoro en absoluto el poder de expandir las almas, aumentar las energías, elevar el espíritu, de las biografías heroicas. Desde los tiempos de Plutarco, son necesarias para toda estirpe en ascenso y toda nueva juventud. Pero precisamente en el campo político esconden el peligro de una falsificación de la Historia, como si entonces y siempre las naturalezas verdaderamente destacadas hubieran decidido el destino del mundo. Sin duda una naturaleza heroica domina durante décadas y siglos la vida espiritual con su sola presencia, pero sólo la espiritual. En la vida real, la verdadera, en la esfera de poder de la política, raras veces deciden —y esto es algo que hay que recalcar, como advertencia contra toda credulidad política— las figuras superiores, los hombres de ideas puras, sino un género mucho menos valioso, pero más hábil: las figuras que ocupan el segundo plano. Tanto en 1914 como en 1918, hemos visto cómo las decisiones históricas de la guerra y de la paz no eran tomadas desde la razón y la responsabilidad, sino por hombres ocultos en las sombras, de dudoso carácter e insuficiente entendimiento. Y diariamente volvemos a ver que en el discutible y a menudo sacrílego juego de la política, al que los pueblos siguen confiando de buena fe sus hijos y su futuro, no se abren paso los hombres de amplia visión moral, de inmovibles convicciones, sino que siempre se ven desbordados por esos tahúres profesionales a los que llamamos diplomáticos, esos artistas de las manos ágiles, las palabras vacías y los nervios fríos. Así que si realmente, como Napoleón dijo hace ya cien años, la política se ha convertido en *la fatalité moderne*, el moderno destino, trataremos en defensa propia de reconocer a los hombres que hay detrás de esos poderes, y con ellos el peligroso secreto de su poder. Así, esta biografía de Joseph Fouché es una contribución a la tipología del hombre político.

*Salzburgo, otoño de 1929*

## ASCENSIÓN

1759-1793

El 31 de mayo de 1759, Joseph Fouché —¡que aún está lejos de ser duque de Otranto!— nace en la ciudad portuaria de Nantes. Marineros comerciantes sus padres, marineros sus antepasados, nada más evidente que el que el heredero fuera a su vez marino, comerciante naval o capitán. Pero pronto se demostrará que ese muchacho flaco y espigado, anémico, nervioso, feo, carece de toda aptitud para un oficio tan duro, por aquel entonces realmente todavía heroico. A dos millas de la orilla se marea; un cuarto de hora de correr o jugar, y ya está agotado. Qué hacer pues con un vástago tan delicado, se preguntan los padres no sin preocupación, porque la Francia de alrededor de 1770 aún no tiene un verdadero espacio para una burguesía que intelectualmente ya ha despertado, y que se abre paso con impaciencia. En los tribunales, en la Administración, todos los puestos, todos los cargos, todas las prebendas, siguen reservados a la nobleza; para servir en la corte se necesitan armas condales o una baronía, incluso en el ejército, un burgués de grises cabellos apenas ha logrado pasar de cabo. El Tercer Estado continúa excluido en ese reino corrupto y mal aconsejado; no sorprende que un cuarto de siglo después exija con los puños lo que se ha negado demasiado tiempo a su mano que imploraba humilde.

Sólo queda la Iglesia. Esta gran potencia milenaria, infinitamente superior en conocimiento del mundo a todas las dinastías, tiene una forma de pensar más inteligente, más democrática y más generosa. Siempre tiene sitio para todos los que tienen dotes, y acoge incluso a los más bajos en su reino invisible. Como el pequeño Joseph se distingue estudiando ya en el pupitre de los oratorianos, gustosamente dejan que una vez instruido sienta cátedra como profesor de matemáticas y física, inspector escolar y prefecto. A los veinte años, ha alcanzado dignidad y cargos en esta orden, que desde la expulsión de los jesuitas dirige la educación católica en toda Francia; un cargo pobre sin duda, sin muchas expectativas de ascenso, pero una escuela en la que se enseña a sí mismo, en la que aprende enseñando.

Podría llegar más alto, convertirse en sacerdote, quizá incluso un día en obispo o cardenal, si tomase los votos sacerdotales. Pero, típico de Joseph Fouché, ya en el primer escalón de su carrera, el más bajo, se pone de manifiesto un rasgo característico de su personalidad: su aversión a vincularse plenamente, irrevocablemente, a alguien o a algo. Lleva ropa eclesiástica y tonsura, comparte la vida monacal de los otros clérigos, durante esos diez años de oratoriano en nada se distingue, externa e internamente, de un sacerdote. Pero no toma las órdenes mayores, no toma ningún voto. Como siempre, en cualquier situación, se deja abierta la retirada, la posibilidad de la transformación y el cambio. También a la Iglesia se entrega sólo temporalmente y no por entero,



como tampoco lo hará después a la Revolución, al Directorio, al Consulado, al Imperio o a la Monarquía: Joseph Fouché no se siente obligado a ser fiel de por vida ni siquiera a Dios, no digamos a un hombre.

Durante diez años, desde los veinte hasta los treinta, este pálido y reservado medio cura camina por pasillos de monasterios y callados refectorios. Enseña en Niort, Saumur, Vendôme, París, pero apenas siente el cambio de domicilio, porque la existencia del profesor de un seminario siempre es igual de tranquila, pobre e insignificante en una ciudad como en otra, detrás de silenciosos muros, separado siempre de la vida. Veinte alumnos, treinta alumnos, cuarenta alumnos a los que enseñar latín, matemáticas y física, muchachos pálidos vestidos de negro a los que se lleva a misa y se vigila en el dormitorio, solitarias lecturas de libros científicos, comidas escasas, mala paga, un traje negro y desgastado, una existencia monacal y carente de pretensiones. Parecen petrificados esos años, irreales y al margen del espacio y el tiempo, estériles y faltos de ambición, esos diez años silenciosos y sombríos.

Y sin embargo, en esos diez años de escuela conventual Joseph Fouché aprende mucho de lo que luego servirá infinitamente al posterior diplomático, sobre todo la técnica del saber callar, el arte magistral de la autoocultación, el magisterio de la observación de las almas y la psicología. El hecho de que este hombre domine cada nervio de su rostro, incluso en momentos de pasión, durante toda su vida, que jamás pueda descubrirse una vehemente congestión de ira, de amargura, de excitación, en su rostro inmóvil, amurallado de silencio por así decirlo, que diga relajadamente, con la misma voz sin inflexiones, tanto lo más coloquial como lo más terrible, y sepa recorrer con el mismo paso carente de ruido tanto los aposentos del emperador como una furiosa concentración popular..., esa incomparable disciplina del autodomínio ha sido aprendida en los años del refectorio, su voluntad ha sido largamente amansada por los ejercicios de Loyola, y su discurso se ha adiestrado en las discusiones del centenario arte de los sacerdotes antes de subir a la tribuna del escenario mundial. Quizá no sea casualidad que los tres grandes diplomáticos de la Revolución francesa, Talleyrand, Sieyès y Fouché, vinieran de la escuela de la Iglesia, maestra hace mucho en el arte de los hombres, antes de subir a la tribuna. Esa antiquísima y común tradición, que va mucho más allá de ellos, da a sus caracteres, por lo demás opuestos, un cierto parecido en los momentos decisivos. A esto se añade, en el caso de Fouché, una autodisciplina férrea, espartana por así decirlo, una interior resistencia contra el lujo y el boato, la capacidad de saber ocultar la vida privada y los sentimientos personales; no, esos años de Fouché a la sombra de los pasillos de los conventos no fueron perdidos, aprendió muchísimo mientras era profesor.

Detrás de los muros del monasterio, en el más estricto aislamiento, este espíritu singularmente flexible e inquieto se educa y desarrolla hasta alcanzar la maestría psicológica. Durante años sólo puede actuar de

manera invisible, en el más estrecho círculo clerical, pero ya en 1778 ha empezado en Francia la tempestad social, que bate incluso los muros del convento. En las celdas de los oratorianos se discute tanto sobre los derechos humanos como en los clubes masones, una nueva forma de curiosidad empuja a ese joven clérigo hacia lo burgués, curiosidad también del profesor de física y matemáticas hacia los asombrosos descubrimientos de la época, el Montgolfiero, las primeras aeronaves, los grandiosos inventos en los ámbitos de la electricidad y la medicina. Los clérigos buscan el contacto con los círculos intelectuales, y esto es lo que ofrece en Arras un círculo social muy especial, llamado «Rosati», una especie de Jauja en la que los intelectuales de la ciudad se reúnen en alegre compañía. Se procede de forma discreta, pequeños e insignificantes burgueses leen poemitas o pronuncian alocuciones literarias, los militares se mezclan con los civiles, y también el profesor del seminario Joseph Fouché es visto con agrado, porque tiene mucho que contar de los nuevos logros de la física. A menudo se sienta allí en un ambiente de compañerismo, y escucha cuando, por ejemplo, un capitán del cuerpo de ingenieros llamado Lazare Carnot lee burlones poemas de su propia invención o el pálido abogado de finos labios Maximilian de Robespierre (entonces aún da importancia al *de de* nobleza) pronuncia un débil discurso en honor del «Rosati». Porque en provincias aún se respiran las últimas bocanadas de la filosofía dieciochesca, el señor De Robespierre aún escribe delicados versitos en vez de sentencias de sangre, el médico suizo Marat aún redacta una novela dulzona y sentimental en vez de furibundos manifiestos comunistas, el pequeño teniente Bonaparte aún se afana en algún lugar de provincias por escribir una novelita que imita el Werther: las tormentas aún son invisibles al otro lado del horizonte.

Pero, juego del destino: precisamente con este pálido, nervioso, desenfrenadamente ambicioso abogado De Robespierre hace especial amistad el tonsurado profesor; sus relaciones llevan incluso el mejor camino de convertirse en relación de cuñados, porque Charlotte Robespierre, la hermana de Maximilian, quiere salvar al profesor de los oratorianos de su estado clerical, en todas las mesas se habla ya de su compromiso. El porqué este noviazgo se desmorona finalmente es algo que ha quedado en secreto, pero quizá aquí se esconde la raíz de ese odio terrible, de alcance para la Historia Universal, entre estos dos hombres, antaño amigos, que luego lucharán a vida o muerte. Pero entonces aún no saben nada del jacobinismo ni del odio. Al contrario, incluso cuando Maximilian de Robespierre es enviado como diputado a los Estados Generales de Versalles para colaborar en la nueva Constitución de Francia, es el tonsurado Joseph Fouché el que presta al pobrísimo abogado De Robespierre las monedas de oro para pagar el viaje y poder hacerse un traje nuevo. Símbolo también éste de cómo él, como con tanta frecuencia en el futuro, sostiene a otro el estribo para hacer carrera en la Historia Universal. Y de que precisamente será él quien en el momento decisivo traicione a su antiguo amigo y lo haga caer al suelo por la espalda.

Poco después de la partida de Robespierre hacia la reunión de los Estados Generales que conmoverá los fundamentos de Francia, también

los oratorianos de Arras hacen su pequeña revolución. El viento de la política ha penetrado hasta los refectorios, y el astuto venteador Joseph Fouché hincha con él sus velas. A propuesta suya, se envía a la Asamblea Nacional una delegación que manifieste las simpatías de los clérigos por el Tercer Estado. Pero este hombre normalmente tan cauteloso ha iniciado esta vez las hostilidades con una hora de antelación. Sus superiores lo envían, a modo de castigo, pero sin fuerza para una verdadera condena, a la institución hermana de Nantes, al mismo sitio en que el muchacho aprendió los fundamentos de la ciencia y el arte de conocer a los hombres.

Pero ahora es experimentado y maduro, ahora ya no le atrae enseñar a adolescentes la tabla de multiplicar, geometría y física. El olfateador del viento ha percibido que sobre el país pende una tempestad social, que la Política domina el mundo; ¡así que a la Política! De un golpe, cuelga la sotana, se deja crecer la tonsura y pronuncia discursos políticos, en vez de ante muchachos inmaduros, ante los honrados ciudadanos de Nantes. Se funda un club —la carrera de los políticos siempre empieza en semejante escenario de pruebas de la elocuencia—, no pasan más que unas semanas, y ya Fouché es presidente de los Amis de la Constitution de Nantes. Ensalza el progreso, pero muy cautelosamente, de manera muy liberal, porque el barómetro político de la honrada ciudad mercantil marca moderación; el radicalismo no gusta en Nantes, donde uno teme por su crédito y quiere ante todo hacer buenos negocios. Tampoco gustan, dado que se perciben sabrosas prebendas de las colonias, proyectos tan fantásticos como la liberación de los esclavos; por eso Joseph Fouché redacta enseguida un patético documento dirigido a la Convención en contra de la abolición del comercio de esclavos, que sin duda le gana un buen rapapolvo de Brissot, pero no disminuye su prestigio en el estrecho círculo de sus conciudadanos. Para asentar a tiempo su posición política en la camarilla burguesa (¡los futuros electores!), se casa a toda prisa con la hija de un adinerado comerciante, una muchacha fea, pero acaudalada, porque quiere ser rápida y completamente burgués en una época en la que —él ya se da cuenta— el Tercer Estado pronto será el supremo, el dominante.

Todo esto son ya preparativos para la verdadera meta. Apenas se convocan las elecciones para la Convención, el antiguo profesor del seminario se presenta candidato. ¿Y qué hace cualquier candidato? Empieza por prometer a sus buenos electores todo lo que quieren oír. Así que Fouché jura proteger el comercio, defender la propiedad, respetar las leyes; truena mucho más (porque el viento en Nantes sopla más de la derecha que de la izquierda) contra los causantes de desórdenes que contra el antiguo régimen. De hecho, el año 1792 es elegido diputado de la Convención, y la escarapela tricolor de los diputados sustituirá por mucho tiempo la tonsura llevada oculta y en silencio.

Joseph Fouché tiene treinta y dos años en el momento de su elección. No es un hombre guapo, en absoluto. De cuerpo enjuto, casi

fantasmagóricamente flaco, un rostro huesudo y estrecho de líneas angulosas, feo y desagradable. Afilada la nariz, afilada y estrecha también la siempre cerrada boca, con frialdad de pez los ojos bajo unos párpados pesados, casi somnolientos, las pupilas de un gris gatuno como cristales redondos. Todo en este rostro, todo en este hombre está por así decirlo tenuemente dosificado de sustancia vital: parece un hombre bajo una luz de gas, pálido y verdoso. No hay brillo en los ojos, ni sensualidad en los movimientos, ni acero en la voz. El cabello ralo y lacio, las cejas rojizas y apenas visibles, las mejillas de una palidez grisácea. Es como si no hubiera suficiente pigmento para dar a ese rostro una tonalidad sana: este hombre duro, de inaudita capacidad de trabajo, parece siempre cansado, enfermo, convaleciente.

Todo el que lo ve tiene la impresión de que este hombre no tiene sangre caliente, roja y en movimiento. Y, de hecho, también espiritualmente pertenece a la raza de los seres de sangre fría. No conoce toscas y arrolladoras pasiones, no le atraen las mujeres ni el juego, no bebe vino, no gusta del despilfarro, no pone sus músculos en acción, vive solo en despachos, entre papeles y expedientes. Nunca se entrega a una ira visible, nunca tiembla un nervio en su rostro. Esos labios afilados y carentes de sangre sólo se contraen para una pequeña sonrisa, ora cortés, ora sarcástica, nunca bajo esa máscara gris como el barro, aparentemente flácida, se advierte una verdadera tensión, nunca bajo los pesados párpados circundados de rojo traiciona el ojo su intención o un movimiento sus pensamientos. Esta inconmovible sangre fría es la auténtica fuerza de Fouché. Los nervios no le dominan, los sentidos no le seducen, toda su pasión se carga y descarga bajo la impenetrable pared de su frente. Pone en juego sus fuerzas y acecha atento los errores del otro; deja que la pasión del otro se agote y espera con paciencia hasta que se ha agotado o hasta que, en su falta de dominio, deja un flanco al descubierto: sólo entonces golpea de manera implacable. Es terrible esta superioridad de su paciencia carente de nervios; quien es capaz de esperar así y ocultarse así, es capaz de engañar al más versado. Fouché servirá con tranquilidad, encajará sin parpadear, con una fría sonrisa, los más groseros insultos, las más oprobiosas humillaciones; ninguna amenaza, ninguna furia conmoverá a este hombre con sangre de pez. Robespierre y Napoleón se estrellan contra esta pétrea calma como las olas contra la roca: tres generaciones, una estirpe entera rompe y refluye en su pasión mientras él, el único desapasionado, persevera, frío y orgulloso.

Esta sangre fría es el verdadero genio de Fouché. Su cuerpo no le frena y no le arrastra, está por así decirlo ausente de todos estos osados juegos intelectuales. Su sangre, sus sentidos, su alma, todos esos perturbadores elementos sentimentales de un verdadero ser humano, jamás actúan de veras en este secreto jugador de azar, cuya entera pasión se encuentra desplazada hacia el cerebro. Porque este seco hombre de escritorio ama de manera viciosa la aventura, y su pasión es la intriga. Pero sólo desde el espíritu puede agotarla y disfrutarla, y nada esconde su siniestra alegría ante el caos, más genial y mejor para el papeleo que el sobrio hábito del funcionario cumplidor y honesto cuya máscara llevará durante toda su vida. Tender los hilos desde un

despacho, atrincherado tras expedientes y registros, golpear de manera asesina, sin ser esperado y sin ser visto, es su táctica. Hay que profundizar en la Historia para observar siquiera, al resplandor de la Revolución, a la luz legendaria de Napoleón, su presencia en apariencia humilde y subalterna, en realidad dedicada a todo y conformadora de su época. Durante toda una vida se mueve entre las sombras, pero a lo largo de tres generaciones, y hace mucho que han caído Patroclo, Héctor y Aquiles, mientras vive Ulises, el astuto. Su talento desborda al genio, su sangre fría sobrevive a toda pasión.

En la mañana del 21 de septiembre, la recién elegida Convención hace su entrada en la sala. La salutación ya no es tan solemne, tan pomposa como en la primera Asamblea Legislativa, hace tres años. Entonces aún había en el centro un valioso sillón de damasco bordado con flores de lis blancas, el asiento del rey. Y cuando él entraba toda la Asamblea jaleaba al ungido, respetuosamente puesta en pie. Ahora en cambio sus bastiones, la Bastilla y las Tullerías, han quedado anulados, ya no hay rey en Francia; sólo un gordo caballero, llamado Luis Capeto por sus toscos carceleros y jueces, se aburre en el Temple como un impotente ciudadano y espera su sentencia. En su lugar, ahora son esos setecientos cincuenta los que gobiernan el país, y se han instalado en su propia casa. Detrás de la mesa presidencial se alzan en caracteres gigantescos las nuevas Tablas de la ley de Moisés, el texto de la Constitución, y adornan las paredes de la sala —¡peligroso símbolo!— los haces de los lictores y el hacha asesina.

En las galerías se congrega el pueblo, que contempla curioso a sus representantes. Setecientos cincuenta miembros de la Convención entran con paso lento en la real casa, extraña mezcla de todos los estamentos y profesiones: abogados sin trabajo junto a ilustres filósofos, sacerdotes evadidos junto a veteranos militares, aventureros fracasados junto a famosos matemáticos y poetas galantes; como en un vaso agitado con violencia, en Francia la Revolución ha llevado lo más bajo a lo más alto. Ahora es tiempo de poner orden en el caos.

Ya el orden del día de la sesión indica un primer intento de orden. En la sala en forma de anfiteatro, tan estrecha que los discursos hostiles se pronuncian frente a frente, aliento con aliento, se sientan abajo del todo los tranquilos, los ilustrados, los cautelosos, el *marais*, el pantano, como se llama sarcásticamente a los desapasionados en todas las decisiones. Los tempestuosos, los impacientes, los radicales toman asiento arriba, en los bancos más altos, en la «montaña», cuyas últimas filas de asientos tocan ya la galería, indicando por así decirlo simbólicamente que están respaldados por la masa, el pueblo, el proletariado.

Estos dos poderes están en equilibrio. Entre ellos oscila la marea alta y la marea baja de la Revolución. Para los burgueses, para los moderados, la República ya está culminada con la conquistada Constitución, con la abolición del rey y de la nobleza, con el traspaso de sus derechos al Tercer Estado; ahora querían contener y retener la

corriente agitada desde abajo, defender lo asegurado. Condorcet, Roland, los girondinos son sus caudillos, representantes de la intelectualidad y de la clase media. Pero los de la montaña aún quieren impulsar más allá la poderosa ola revolucionaria, hasta que arrastre todo lo que queda en pie, todos los restos; ellos, Marat, Danton, Robespierre, como caudillos del proletariado, quieren *la révolution intégrale*, la Revolución integral, radical, hasta el ateísmo y el comunismo. Después del rey, quieren derribar los otros viejos poderes del Estado, el dinero y Dios. La balanza vacila inquieta entre ambos partidos. Si vencen los girondinos, los moderados, la Revolución embarrancará gradualmente en una reacción primero liberal, luego conservadora. Si vencen los radicales, la empujarán a las profundidades y torbellinos de la anarquía. Así que la solemne armonía de las primeras horas no engaña a ninguno de los presentes en esa sala habitada por el destino, cada uno de ellos sabe que la lucha empezará pronto, y que será a vida o muerte, por el intelecto y por la fuerza. Y el lugar en el que un diputado toma asiento, abajo en la llanura o arriba en la montaña, anticipa ya su decisión.

Con los setecientos cincuenta que entran solemnemente en la sala del destronado rey entra también, en silencio, con la banda tricolor de los comisionados del pueblo cruzando el pecho, Joseph Fouché, diputado por Nantes. La tonsura ya ha crecido, hace mucho que se ha quitado la ropa talar; lleva, como todos, un traje de civil carente de adornos.

¿Dónde tomará asiento Joseph Fouché? ¿Entre los radicales, en la montaña, o entre los moderados, en la llanura? Joseph Fouché no duda mucho tiempo. No conoce más que un partido, al que es y será fiel hasta el final: el más fuerte, el de la mayoría. Así que esta vez sopesa y cuenta interiormente los votos y ve que por el momento el poder aún está en los girondinos, en los moderados. Se sienta, pues, en sus bancos, junto a Condorcet, Roland, Servan, junto a los hombres que tienen en sus manos los ministerios, que influyen en todos los nombramientos y reparten las prebendas. Allí, en medio de ellos, se siente seguro, allí se sienta.

Pero cuando levanta casualmente la vista hacia lo alto, donde han ocupado sus posiciones los adversarios, los radicales, encuentra una mirada severa, de rechazo. Su amigo, Maximilian Robespierre, el abogado de Arras, ha reunido allí a sus combatientes a su alrededor, y, a través del monóculo alzado, el implacable, el orgulloso de su propia terquedad, que no perdona vacilación ni debilidad en ningún otro, mira frío y sarcástico al oportunista. En ese instante termina lo que quedaba de su amistad. Desde ese momento, en cada gesto y cada acción, Fouché sentirá a su espalda esa mirada inmisericorde y analítica, severa y observadora, del eterno acusador, del implacable puritano, y sabrá que ha de ser cauteloso.

Cauteloso; casi nadie lo es más que él. En las actas de sesiones de los primeros meses se echa completamente en falta el nombre de Joseph Fouché. Mientras todos se lanzan con ímpetu y vanidad a la tribuna de

oradores, hacen propuestas, pronuncian discursos, se acusan y enemistan mutuamente, el diputado de Nantes nunca sube al elevado púlpito. La debilidad de su voz, se disculpa ante sus amigos y electores, le impide pronunciar discursos públicos. Y como todos los demás se quitan codiciosos e impacientes la palabra de la boca, el silencio de este aparente modesto no puede resultar más que simpático.

Pero, en realidad, su modestia es cálculo. El ex físico calcula el paralelogramo de las fuerzas, observa, duda en su toma de postura, porque ve que la balanza sigue basculando constantemente. Cauteloso, ahorra su voto decisivo para el momento en que el platillo empiece a bajar definitivamente hacia uno u otro lado. ¡No hay que desgastarse demasiado pronto, no hay que definirse antes de tiempo, no hay que atarse para siempre! Porque aún no está decidido si la Revolución avanza o se queda atrás; como auténtico hijo de marino, espera el mejor viento para saltar sobre la ola y mantiene su barco en el puerto.

Y además, ya en Arras, todavía detrás de los muros del convento, ha observado lo rápido que se consume la popularidad en una revolución, lo rápido que el clamor popular pasa del «hosanna» al «crucifícalo». Todos, o casi todos los que estuvieron en primer plano durante la época de los Estados Generales y la Asamblea Legislativa, están hoy olvidados o han sido víctimas del odio. El cadáver de Mirabeau, ayer aún en el Panteón, ha sido sacado oprobiosamente de él; Lafayette, hace pocas semanas aún festejado en triunfo como padre de la patria, hoy ya es traidor; Custine, Pétion, hace pocas semanas todavía celebrados, se escurren ya temerosos hacia la sombra de la opinión pública. No, no conviene salir a la luz demasiado pronto, no conviene definirse demasiado rápido, ¡primero que los otros se desgasten, que se consuman! Una revolución, este experimentado precoz lo sabe, no pertenece nunca al primero, al que la empieza, sino siempre al último, al que la termina y se la queda como un botín.

Así que este hombre inteligente se agazapa intencionadamente en la oscuridad. Se aproxima a los poderosos, pero evita todo poder público, todo poder visible. En vez de armar ruido en la tribuna, en los periódicos, prefiere hacerse elegir para las comisiones y comités, desde donde se obtiene acceso a las situaciones, influencia en la sombra sobre los acontecimientos, sin ser controlado y odiado. Y de hecho su rápida fuerza de trabajo le hace popular, su invisibilidad le protege de toda envidia. Desde su despacho puede ver intacto y a la expectativa cómo los tigres de la montaña y las panteras de la Gironda se despedazan mutuamente, cómo los grandes apasionados, las figuras destacadas de un Vergniaud, un Condorcet, Desmoulins, Danton, Marat y Robespierre se hieren mortalmente unas a otras. Él mira y espera, porque sabe que sólo cuando los apasionados se hayan aniquilado mutuamente empezará el tiempo de los pacientes y los astutos. Fouché nunca se decidirá del todo hasta que una batalla esté decidida.

Ese estar en la oscuridad será la actitud de Fouché durante toda una vida; no ser jamás titular visible del poder y, sin embargo, tenerlo por

completo, tirar de todos los hilos y no pasar jamás por responsable. Ponerse siempre detrás de un número uno, atrincherarse detrás de él, impulsarlo hacia delante y, en cuanto se atreva a ir demasiado lejos, negarlo lisa y llanamente en el momento decisivo; ése será su papel favorito. Lo representa —el más consumado intrigante de la escena política— con veinte disfraces, en innumerables episodios, con igual virtuosismo bajo republicanos, reyes y emperadores.

A veces se le acerca la ocasión, y con ella la tentación, de asumir el papel principal, el papel protagonista en el teatro del mundo. Pero es demasiado inteligente como para codiciarlo con seriedad. Conoce su rostro feo y repelente, que no es adecuado para medallas y emblemas, para el boato y la popularidad, y al que ninguna corona de laurel podría dar aspecto heroico. Conoce su voz tenue y quebradiza, que puede susurrar, insuflar e inspirar la sospecha, pero nunca podrá arrastrar a la masa con fogosa elocuencia. Sabe que donde es más fuerte es en su escritorio, en su despacho cerrado, en la sombra. Allí puede espiar e investigar, observar y persuadir, tender hilos y enmarañarlos, y mantenerse él mismo impenetrable e inasible. Éste es el secreto último del poder de Joseph Fouché: que sin duda siempre quiere el poder, incluso el máximo de poder, pero, al contrario que a la mayoría, le basta con la conciencia del poder mismo; no necesita sus signos externos y su vestimenta. Fouché es ambicioso en la máxima medida, en una medida superlativa, pero no ansia la fama; ambiciosa sin vanidad. Como auténtico jugador intelectual, sólo ama los valores de tensión del mando, no sus insignias. Las fasces del lictor, el cetro real, la corona imperial, puede llevarlos otro tranquilamente, que sea fuerte o un hombre de paja le es indiferente, él le cede gustoso el brillo y la dudosa dicha del amor del pueblo. Le basta con tener acceso a las cosas, influencia sobre los hombres, gobernar realmente al aparente gobernante del mundo y, sin apostar su persona, jugar al más emocionante de todos los juegos: el inmenso juego político. Mientras otros se atan a sus convicciones, a sus palabras y gestos públicos, él, oculto y temeroso de la luz, se mantiene interiormente libre y se convierte así en el polo persistente en la sucesión de los fenómenos. Los girondinos caen, Fouché sigue, los jacobinos son ahuyentados, Fouché sigue, el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Monarquía y otra vez el Imperio desaparecen y sucumben; pero él siempre permanece, el único, Fouché, gracias a su refinada contención y gracias a su audaz valor unido a su absoluta falta de carácter, a su imperturbable falta de convicciones.

Pero llega un día en el devenir de la Revolución, uno solo, que no tolera vacilación alguna, un día en el que todo el mundo tiene que emitir su voto con «Sí» o «No», par o impar, el 16 de enero de 1793. El reloj de la Revolución señala el mediodía, la mitad del camino ha quedado atrás, la realeza ha sido privada, pulgada a pulgada, de su poder. Pero aún vive el rey Luis XVI, sin duda prisionero en el Temple, pero vive. Ni se ha conseguido (como esperaban los moderados) hacerle huir ni se ha conseguido (como deseaban secretamente los radicales) matarlo a manos del furor popular en aquel asalto a palacio. Se le ha humillado, se le ha quitado la libertad, su nombre y rango; pero todavía, por su



mero aliento, por su sangre heredada, es un rey, un nieto de Luis XV; aunque ahora sólo se le llame despreciativamente Luis Capeto, sigue siendo un peligro para una República joven. Así que tras la condena de la Convención, el 15 de enero se plantea la cuestión del castigo, la cuestión de si vida o muerte. En vano los indecisos, los cobardes, los cautelosos, la gente del tipo de Joseph Fouché, esperaban poder escapar a una toma de posición pública y vinculante por medio de una votación secreta; implacable, Robespierre insiste en que cada representante de la Nación francesa emita su «Sí» o su «No», su «Vida» o «Muerte» en mitad de la Asamblea, para que el pueblo y la posteridad sepan de cada uno a quién pertenece, si a la derecha o a la izquierda, a la marea alta o a la marea baja de la Revolución.

El 15 de enero la posición de Fouché aún está completamente clara. La pertenencia a los girondinos, el deseo de sus moderados electores, le obliga a pedir clemencia para el rey. Pregunta a sus amigos, Condorcet sobre todo, y ve que se muestran unánimemente inclinados a eludir una medida tan irrevocable como la ejecución del rey. Y como la mayoría está básicamente en contra de la sentencia de muerte, naturalmente Fouché se pone de su lado; la noche antes, el 15 de enero, lee a un amigo el discurso que va a pronunciar con ese motivo, y en el que fundamenta su deseo de clemencia. Cuando uno se sienta en los bancos de los moderados está obligado a la moderación y, como la mayoría se opone a todo radicalismo, también Joseph Fouché, que no está lastrado por las convicciones, abomina de él.

Pero entre esa noche del 15 de enero y la mañana del 16 hay una madrugada inquieta y agitada. Los radicales no han estado ociosos, han puesto en marcha la poderosa máquina de la revuelta popular, que tan magníficamente saben manejar. En los suburbios atruena el cañón de los ruidos, las secciones convocan a golpe de tambor amplias masas, a todos los desordenados batallones del motín, a los que siempre acuden los terroristas, que se mantienen invisibles, para arrancar decisiones políticas por la fuerza, y que el cervecero Santerre pone en movimiento en pocas horas con sólo mover un dedo. Estos batallones de agitadores suburbanos, de pescateras y aventureros, son conocidos desde el glorioso asalto a la Bastilla, se les conoce desde la hora miserable de los crímenes de septiembre. Siempre que hay que romper los diques de la Ley, esa gigantesca ola popular se revuelve con violencia, y siempre arrastra todo irresistiblemente, y por último a aquellos que sacó de sus propias profundidades.

Las masas se apretujan ya a mediodía en torno a la escuela de equitación y a las Tullerías, hombres en mangas de camisa, desnudo el pecho, amenazantes las picas en las manos, mujeres burlonas que gritan con *carmagnoles* de un rojo ardiente, guardias cívicos y gente de la calle. Entre ellos se multiplican los promotores de los motines: Fourier el americano, Guzmán el español, Theroigne de Mericour, esa histérica caricatura de Juana de Arco. Si pasan diputados sospechosos de ir a votar por la clemencia, una oleada de insultos cae sobre ellos como si les lanzaran cubos de inmundicia, se alzan puños, se lanzan amenazas

contra los representantes del pueblo; los intimidadores trabajan con todos los recursos del terror y de la fuerza bruta para poner bajo la cuchilla la cabeza del rey.

Y esta intimidación hace efecto en todas las almas débiles. Los girondinos se reúnen atemorizados a la luz temblorosa de las velas en esta tarde gris del primer invierno. Los que ayer aún estaban decididos a votar en contra de la muerte del rey para evitar la guerra a cuchillo con toda Europa, están en su mayoría inquietos y desunidos bajo la enorme presión de la sublevación popular. Por fin, ya entrada la noche, se produce el llamamiento nominal, y uno de los primeros nombres es, qué ironía, precisamente el líder de los girondinos, Vergniaud, ese orador normalmente tan meridional, cuya voz siempre golpea como un martillo la madera vibrante de las paredes. Pero ahora teme no parecer ya lo bastante republicano como para ser el caudillo de la República si deja al rey con vida. Así que el que siempre fuera tan furibundo e impetuoso sube lenta, pesadamente a la tribuna, con la cabeza baja por la vergüenza, y dice en voz baja: «*La mort*» .

La palabra resuena como un diapasón por toda la sala. El primero de los girondinos se ha rendido. La mayoría de los otros se mantienen firmes, trescientos votos de setecientos están por la clemencia, aunque saben que ahora la moderación política exige mil veces más osadía que la aparente decisión. Durante mucho tiempo, la balanza oscila: unos cuantos votos pueden ser decisivos. Por fin se llama al diputado Joseph Fouché, de Nantes, el mismo que aún ayer aseguraba confiado a sus amigos que defendería con un discurso arrebatado la vida del rey, que hace aún diez horas jugaba a ser el más decidido de los decididos. Pero, entretanto, el antiguo profesor de matemáticas, el buen calculador Fouché, ha contado los votos y ha visto que de ese modo iría a parar al partido equivocado, al único al que nunca reconocerá pertenecer: el de la minoría. Así que sube apresuradamente a la tribuna, con sus pasos sin ruido, y de sus pálidos labios huyen sigilosas las dos palabras: «*La mort*» .

El duque de Otranto pronunciará y escribirá después cien mil palabras para disculpar como un error esas dos palabras que a él, Joseph Fouché, le estampillan como un regicida. Pero esas dos palabras han sido pronunciadas en público y recogidas en el *Moniteur*, el boletín oficial, no pueden ser borradas de la Historia y serán memorables también en la historia personal de su vida. Porque son el primer chaqueteo público de Joseph Fouché. Ha caído traidoramente sobre la espalda de sus amigos Condorcet y Daunou, les ha tomado el pelo y les ha engañado. Pero no tendrán que avergonzarse de ello ante la Historia, porque otros más fuertes que ellos, Robespierre y Carnot, Lafayette, Barras y Napoleón, los más poderosos de su tiempo, compartirán ese destino y serán igualmente abandonados por él en la hora de la caída en desgracia.

Y sin embargo, en ese minuto se revela por vez primera en el carácter de Joseph Fouché otro rasgo esencial y muy marcado: su desfachatez.

Cuando abandona traidoramente un partido, jamás lo hace lenta y cautelosamente, no se escurre saliendo sin ser visto de sus filas, sino que se marcha en línea recta, a plena luz del día, sonriendo fríamente, con una naturalidad asombrosa y aplastante, a las filas del hasta ahora contrario, y se apropia de todas sus palabras y argumentos. Lo que sus antiguos compañeros de partido piensen y digan de él, lo que piense la multitud, la opinión pública, le deja enteramente frío. Lo único que sigue siendo importante para él es estar siempre con el vencedor, jamás con el vencido. En la velocidad de ese cambio, en el desmesurado cinismo de su cambio de carácter, mantiene tal medida de descarado que involuntariamente deja estupefacto y fuerza a la admiración. Le bastan veinticuatro horas, a menudo sólo una, a menudo un minuto, para arrojar sin más la bandera de su convicción y envolverse susurrante en otra. No va con una idea, sino con el tiempo, y cuanto más corra, más deprisa correrá él detrás.

Sabe que sus electores de Nantes se indignarán cuando lean su voto mañana en el *Moniteur*. Así que hay que arrollarlos en vez de convencerlos. Y con esa velocísima osadía, con esa desfachatez que en tales instantes le da casi un aura de grandeza, no espera en absoluto a su indignación, sino que se adelanta a la agresión con un ataque. Un día después de la votación, Fouché hace imprimir un manifiesto en el que proclama tronante como su más íntima convicción lo que en realidad le ha insuflado el temor a la caída en desgracia parlamentaria: no quiere dejar tiempo a sus electores para pensar y repasar, sino aterrorizarlos e intimidarlos con rápida brutalidad. Marat y los más impetuosos jacobinos no pueden escribir de manera más sanguinaria que este ayer moderado a sus buenos electores burgueses: «Los crímenes del tirano se han hecho visibles y han llenado de indignación todos los corazones. Si su cabeza no cae inmediatamente bajo la espada, todos los ladrones y asesinos podrían ir por la calle con la cabeza alta, y nos amenazaría el caos más terrible. Ha llegado el momento para nosotros y contra todos los reyes de la Tierra». Así proclama la ejecución como inevitable necesidad quien el día antes tenía listo y metido en el bolsillo un manifiesto en contra, probablemente igual de convencido.

Y, de hecho, este astuto calculador ha calculado bien. Oportunista él mismo, conoce la fuerza irresistible de la cobardía; sabe que en todos los momentos políticos de la masa, la osadía es el común denominador decisivo para todo cálculo. Tiene razón, los buenos burgueses conservadores se inclinan temerosos ante este descarado e insospechado manifiesto; perplejos y confusos, se apresuran a dar su asentimiento a una decisión con la que interiormente no están de acuerdo ni por lo más remoto. Nadie se atreve a replicar. Y, desde ese mismo día, Joseph Fouché tiene en sus manos la dura y fría palanca con la que superará las peores crisis: el desprecio a la gente.

Desde ese día, desde el 16 de enero, el camaleón Joseph Fouché elige (hasta nueva orden) el color rojo, el moderado se convierte de la noche a la mañana en archirradical y ultraterrorista. Se ha pasado de un salto a sus adversarios, y dentro de sus antiguos adversarios se alinea

enseguida con el ala más extrema, la más a la izquierda, la más radical. Con increíble velocidad, este espíritu frío, este sobrio ratón de biblioteca, aprende, para no quedar por detrás de los otros, el más sanguinario argot de los partidarios del terror. Presenta severas mociones contra los emigrados, contra los sacerdotes; instiga, truena, brama, masacra con palabras y gestos. En realidad podría volver a trabar amistad con Robespierre y sentarse a su lado. Pero ese hombre incorruptible, ese hombre con la dura conciencia de un protestante, no aprecia a los renegados; se aparta doblemente desconfiado del tráfuga, cuyo ruidoso radicalismo le parece aún más sospechoso que su anterior tibieza.

Con su aguzado sentido del ambiente, Fouché percibe el riesgo de tal vigilancia, ve venir días críticos. Aún hay nubes de tormenta sobre la Asamblea, se van perfilando en el horizonte las trágicas luchas entre los caudillos de la Revolución, entre Danton y Robespierre, entre Hébert y Desmoulins; habría que definirse nuevamente dentro del radicalismo, y Fouché no gusta de fijar posiciones antes de que tal profesión de fe sea carente de riesgos y rentable. Sabe que en las épocas en que impera el destino hay situaciones que un diplomático maneja del modo más inteligente rehuyéndolas. Así que prefiere abandonar la arena política de la Convención durante la lucha y no volver a pisarla hasta que el combate esté decidido. Felizmente, hay un pretexto honorable para tal retirada, porque la Convención elige en su seno doscientos delegados para que mantengan el orden en los distritos provinciales. Fouché, que no se siente a gusto en la atmósfera volcánica de la sala de sesiones, se esfuerza enseguida por ser enviado allí, y es elegido. Se le ha concedido una pausa para tomar aliento. ¡Que entretanto disputen entre ellos y se eliminen los unos a los otros, que hagan sitio, los apasionados, para los ambiciosos! ¡Lo importante ahora es no estar allí, no tomar partido entre los partidos! Unos cuantos meses, unas cuantas semanas son mucho en una época en la que el reloj del mundo corre furioso. Cuando regrese, la decisión ya habrá sido tomada, y podrá presentarse tranquilo y sin riesgo al lado del vencedor, con su eterno partido: la mayoría.

La historia de las provincias es, en general, poco tenida en cuenta cuando se habla de la Revolución francesa. Todas las representaciones se quedan por así decirlo fijas en la esfera de París, el único sitio en el que el paso de las horas es visible. Pero el péndulo que regula la marcha de este reloj descansa en el campo y en los ejércitos. París sólo es la palabra, la iniciativa, el impulso..., el gigantesco país es la acción, y la fuerza motriz decisiva.

La Convención se ha dado cuenta a tiempo de que el ritmo de la Revolución en la ciudad y en el país no concuerdan del todo: la gente de los pueblos, los caseríos y las montañas no piensa tan rápido como la de la capital, absorben las ideas mucho más lenta y cautelosamente, y las elaboran a su propio modo. Lo que en la Convención se convierte en ley en una hora, se filtra lentamente y gota a gota en el país llano, en la mayoría de los casos ya falsificado y aguado por los funcionarios

provinciales de obediencia realista y por el clero, las gentes del antiguo orden. Por eso, los distritos van siempre una hora mundial por detrás de París. Cuando en la Convención reinan los girondinos, el país sigue votando con lealtad al rey; cuando triunfan los jacobinos, el país empieza a acercarse espiritualmente a la Gironda. Son en vano todos los patéticos decretos, porque sólo lenta y dubitativamente la palabra impresa se abre paso hasta la Auvernia y la Vendée.

Por tanto, la Convención decide enviar a provincias la palabra viva en figura activa para avivar en toda Francia el ritmo de la Revolución, para poner en jaque el ritmo titubeante y casi contrarrevolucionario de los distritos. Elige de entre sus propias filas doscientos diputados que han de representar su voluntad, y les da poderes casi ilimitados. Aquel que lleva la banda tricolor y la pluma roja en el sombrero, tiene facultades dictatoriales. Puede recaudar impuestos, dictar sentencias, pedir reclutas, deponer generales; ninguna autoridad puede oponerse a aquel que en su sagrada persona representa simbólicamente la voluntad de toda la Convención Nacional. Su poder es ilimitado como antaño el de los procónsules de Roma, que llevaban la voluntad del Senado a todos los países sometidos; cada uno de ellos un dictador, un gobernante autoritario contra cuya decisión no hay apelación ni recurso alguno.

El poder de ese enviado electo es enorme, pero enorme también su responsabilidad. Dentro del reino que les ha sido asignado, cada uno de ellos parece un rey, un emperador, un autócrata no sometido a restricción alguna. Pero detrás de cada nuca relampaguea la guillotina, porque el Comité de Salud Pública comprueba cada queja y exige implacable a todos ellos exacta rendición de cuentas sobre su gestión de los fondos. Se será duro con quien no se haya mostrado lo bastante duro; quien a su vez se haya comportado con demasiada furia, habrá de esperar también venganza. Si la dirección va hacia el Terror, las medidas terroristas eran las correctas; si la balanza se inclina hacia la suavidad, habrán sido un error. En apariencia dueños de todo un país, todos ellos son siervos del Comité de Salud Pública, súbditos de la corriente del momento; por eso vuelven tan incesantemente ojos y oídos hacia París mientras disponen sobre la vida y la muerte: para estar seguros de la suya. No es un cargo fácil el que asumen. Exactamente igual que los generales de la Revolución frente al enemigo, cada uno de ellos sabe que sólo hay una cosa que salva y disculpa de la pulida hoja: el éxito.

La hora en que Fouché es enviado como procónsul es la hora de los radicales. Así que en su departamento del Loira inferior, en Nantes, Nevers y Moulins, Fouché se comporta como un furibundo radical. Truena contra los moderados, cubre el país con un fuego graneado de manifiestos, amenaza a los ricos, a los tímidos, a los tibios, del modo más rabioso, saca de los pueblos regimientos enteros de voluntarios con coacción moral y física y los envía contra el enemigo. Es por lo menos igual a cualquiera de sus compañeros en capacidad de organización, en rápida captación de la situación, y superior a todos en la osadía de la palabra. Porque —hay que retener esto— Joseph Fouché no se mantiene,

como los famosos paladines de la Revolución, Robespierre y Danton, cauteloso en la cuestión de la Iglesia y de la propiedad privada, que ellos aún declaran respetuosamente «inviolables», sino que plantea con decisión un programa radical-socialista y bolchevique. El primer claro manifiesto comunista de la Edad Contemporánea no es en realidad el famoso de Karl Marx, ni El mensajero de Hesse, de Georg Büchner, sino la muy desconocida, intencionadamente ignorada por la historiografía socialista, Instrucción de Lyon, sin duda firmada en común por Collot d'Herbois y Fouché, pero sin duda redactada exclusivamente por Fouché. Este enérgico documento, que se adelanta en cien años a su época en sus peticiones, uno de los documentos más asombrosos de la Revolución, bien merece ser sacado de la oscuridad; puede que su vigencia histórica pierda valor por el hecho de que el posterior duque de Otranto negará desesperadamente lo que un día promovió como simple ciudadano Joseph Fouché...; sea como fuere, desde un punto de vista puramente contemporáneo, su profesión de fe de ese momento le señala como el primer claro socialista y comunista de la Revolución. Ni Marat ni Chaumette formularon las más osadas exigencias de la Revolución francesa, sino Joseph Fouché, y el texto original ilumina con más claridad y en tonos más estridentes que cualquier descripción la imagen de su carácter, siempre refugiado en la penumbra.

Esta Instrucción empieza osadamente con una declaración de infalibilidad de todas las temeridades: «Todo está permitido a quienes actúan en interés de la Revolución. El único peligro para los republicanos es quedarse por detrás de las leyes de la República. El que las supera, el que en apariencia dispara más allá del objetivo, aún sigue a menudo sin haber llegado a la meta correcta. Mientras haya un solo desdichado en la Tierra, la Libertad tendrá que seguir avanzando».

Tras esta enérgica obertura, en cierto modo ya maximalista, Fouché define el espíritu revolucionario de la siguiente forma:

La Revolución se ha hecho para el pueblo; pero no cabe entender por pueblo aquella clase privilegiada por su riqueza que ha arrebatado para sí todos los goces de la vida y todos los bienes de la sociedad. El pueblo es únicamente la totalidad de los ciudadanos franceses, y sobre todo esa clase infinita de los pobres que defiende las fronteras de nuestra patria y alimenta a la sociedad con su trabajo. La Revolución sería un monstruo político y moral si se preocupara tan sólo del bienestar de unos cientos de individuos y dejara persistir la miseria de veinticuatro millones. Por eso, sería una ofensiva estafa a la Humanidad pretender hablar siempre en nombre de la igualdad mientras tan inmensas diferencias en el bienestar separan al ser humano del ser humano.

Tras estas palabras introductorias, Fouché expone su teoría favorita de que el rico, el «malvado rico», jamás podrá ser un verdadero revolucionario, un auténtico y sincero republicano, que por tanto cualquier revolución meramente burguesa que permita subsistir todas las diferencias patrimoniales tendrá que degenerar inevitablemente en una nueva tiranía, «porque los ricos siempre se considerarán una clase

distinta de personas». Por eso, Fouché exige al pueblo la máxima energía y la revolución total, «integral».

No os engañéis, para ser verdaderamente republicano, cada ciudadano tiene que llevar a cabo una revolución dentro de sí mismo, similar a aquella que ha cambiado el rostro de Francia. No puede quedar nada en común entre los súbditos de los tiranos y los habitantes de un país libre. Por eso todos sus actos, sus sentimientos, sus costumbres tienen que ser enteramente nuevos. Estáis oprimidos, y por eso debéis aplastar a vuestros opresores, sois esclavos de la superstición clerical, ahora no podéis tener otro culto más que el de la libertad... Cada uno de aquellos que se mantengan ajenos a este entusiasmo, que conozcan otras alegrías y otras penas distintas de la felicidad del pueblo, que abran su alma a los fríos intereses, que calculen qué pueden reportarles su honor, su posición, su talento, y se aparten así por un instante de la utilidad común, cada uno de aquellos cuya sangre no hierva al oír mencionar la represión y la abundancia, cada uno de aquellos que tengan lágrimas de compasión para un enemigo del pueblo y no reserven toda la fuerza de sus sentimientos exclusivamente para los mártires de la Libertad, cada uno de ellos miente si se atreve a llamarse republicano. Que abandonen nuestro país, porque de lo contrario serán reconocidos y su sangre impura empapará el suelo de la Libertad. La República sólo quiere en su seno hombres libres, está decidida a erradicar a todos los demás, y sólo reconocerá como hijos suyos a los que quieran vivir, luchar y morir por ella.

En el párrafo tercero de esta Instrucción, la profesión de fe revolucionaria se convierte de forma abierta y desnuda en manifiesto comunista (el primero explícito de 1793):

Cada hombre que posea más de lo necesario ha de ser llamado a aportar esta prestación extraordinaria, y esa cuota tendrá que guardar proporción con las grandes exigencias de la patria; así que primero tendréis que establecer, de forma generosa y realmente revolucionaria, cuánto tiene que aportar cada uno a la causa pública. No se trata de una constatación matemática, y tampoco del método temeroso y titubeante que se aplica al asignar los impuestos públicos; esta especial medida tiene que tener el carácter que tienen las circunstancias. Actúa pues de forma generosa y audaz, arrebatad a cada ciudadano todo lo que no necesita, porque todo lo superfluo (*le superflu*) es una infracción pública a los derechos del pueblo. Porque aquello que un individuo posee por encima de sus necesidades sólo puede usarlo abusando de ello. Así que no le dejéis más que lo imprescindible, el resto pertenece durante la guerra a la República y sus ejércitos.

Fouché recalca expresamente en este manifiesto que no es posible conformarse sólo con el dinero. «La patria exige ahora todos los objetos —prosigue— de los que dispongan en exceso y que puedan ser útiles para los defensores de la patria. Así, hay gente que tiene un increíble exceso de telas y camisas, de paños y botas. Todos esos objetos tienen que ser sometidos a incautación revolucionaria». Del mismo modo,

exige lisa y llanamente la entrega de todo el oro y la plata, «*métaux vils et corrupteurs*» [metales viles y corruptores], que el verdadero republicano desprecia, al tesoro nacional, para que «allí se les acuñe la imagen de la República y, purificados por el fuego, sean útiles a la colectividad... Sólo necesitamos hierro y acero, y la República triunfará». Concluye luego todo el llamamiento con una terrible apelación a la falta de escrúpulos: «Administraremos con todo el rigor de la autoridad que nos ha sido conferida, castigaremos como pérfida intención todo lo que en otras circunstancias quizá se llamaría negligencia, debilidad y lentitud. Ha pasado el tiempo de las medidas a medias y de los escrúpulos. Ayudadnos a dar fuertes golpes, o esos golpes caerán sobre nosotros. ¡La Libertad o la Muerte!... Vosotros tenéis la elección».

Este escrito teórico permite ya intuir cuál será la praxis de Joseph Fouché como procónsul. En el Departamento del Loira Inferior, en Nantes, Nevers y Moulins, se atreve a luchar contra los poderes más fuertes de Francia, ante los que incluso Robespierre y Danton habían retrocedido cautelosos: contra la propiedad privada y contra la Iglesia. Actúa rápido y con decisión en este sentido de la «*Égalisation des fortunes*» [igualación de las fortunas] mediante la invención del llamado «comité filantrópico», al que las personas adineradas tienen que remitir regalos, supuestamente según su libre albedrío. Pero, para no parecer ambiguo, añade de antemano la suave advertencia de que «si el rico no hace uso de su derecho de hacer amable el régimen de la libertad, [...] la República tendrá derecho a incautarse de su patrimonio». No tolera abundancia alguna, y limita enérgicamente este concepto de *le superflu* : «El republicano no necesita más que hierro, pan y cuarenta escudos de renta». Fouché saca los caballos de los establos, la harina de los sacos, hace responsables con su vida a los arrendadores que no se atengan a sus órdenes, ordena la cocción del pan de guerra de la guerra mundial, el pan unitario, y prohíbe toda bollería de lujo. De este modo, todas las semanas pone en pie cinco mil reclutas, equipados con caballos, calzado, ropa y carabinas, pone violentamente en marcha las fábricas, y todo obedece a su férrea energía. El dinero afluye, impuestos, tasas y donaciones, entregas y prestaciones, y a los dos meses de actividad escribe orgulloso a la Convención: «*On rougit ici d'être riche*» [Aquí se avergüenzan de ser ricos]. Pero en verdad hubiera debido decir: «Aquí tiemblan ante la idea de ser ricos».

A la vez que radical y comunista, Joseph Fouché, el posterior millonario duque de Otranto, que se hará casar por segunda vez en la iglesia bajo el patrocinio de un rey, aún se revela entonces el más furioso, el más apasionado luchador contra el cristianismo. «Ese culto hipócrita ha de ser sustituido por la fe en la República y en la Moral», atruena en su incendiaria carta, y ya caen como rayos ardientes las primeras medidas sobre las iglesias y catedrales. Ley tras ley, decreto tras decreto: «Ningún sacerdote podrá llevar su vestimenta clerical fuera de los edificios religiosos»; se les priva de todo privilegio porque «es hora — argumenta— de que esa casta arrogante sea devuelta a la pureza del cristianismo primitivo y a la clase burguesa». Pronto, a Joseph Fouché ya no le basta con ser jefe supremo del poder militar, máximo



funcionario de la Justicia, ilimitado dictador de la Administración, también atrae hacia sí todas las facultades eclesiásticas. Revoca el celibato, impone a los sacerdotes casarse en el plazo de un mes o adoptar un niño, celebra matrimonios y divorcios en la plaza del mercado, sube al púlpito (del que se han retirado cuidadosamente todas las cruces e imágenes religiosas) y pronuncia prédicas ateas en las que niega la inmortalidad y la existencia de Dios. Las ceremonias funerarias cristianas son abolidas, y como único consuelo se cincela en los atrios de las iglesias la inscripción: «La Muerte es un eterno sueño». En Nevers, el nuevo papa es el primero del país en celebrar un bautizo civil con su hija, a la que llama Nièvre, por el nombre del departamento. La Guardia Nacional tiene que marchar con banda y tambores, y en la plaza del mercado, sin asistencia eclesiástica, él bautiza y da nombre a la niña. En Moulins, cabalga a la cabeza de un pelotón por toda la ciudad, con un martillo en la mano, destrozando las cruces, crucifijos e imágenes sagradas, los «vergonzosos» símbolos del fanatismo. Las mitras y vestimentas de altar robadas son amontonadas en una pira, y, mientras las llamas se alzan deslumbrantes, el populacho celebra bailando este auto de fe ateo. Pero descargar su furia sólo contra cosas muertas, contra indefensas figuras de piedra y frágiles cruces, sería un triunfo a medias para Fouché. El verdadero triunfo sólo lo alcanza cuando, bajo los efectos de su elocuencia, el arzobispo François Laurent se arranca la sotana y se pone el gorro frigio, cuando treinta sacerdotes le siguen entusiasmados, un éxito que recorre toda Francia como una ola de fuego. Orgulloso, puede jactarse ante sus colegas ateos más débiles de haber aplastado el fanatismo, de haber erradicado el cristianismo en el territorio sometido a su mando.

¡Se diría que son actos de un loco furioso, locas pasiones de un fanático fantasioso! Pero Joseph Fouché sigue siendo en realidad, incluso detrás de una simulada pasión, siempre calculador, siempre realista. Sabe que debe rendir cuentas a la Convención, sabe también que las frases y cartas patrióticas hace mucho que han bajado en su cotización junto con los asignados y que, para suscitar admiración, es preciso encontrar palabras metálicas. Así que, mientras los regimientos levantados marchan hacia la frontera, envía a París todo el producto de su saqueo de las iglesias. A la Convención llegan cestas y cestas llenas de custodias de oro, candelabros de plata rotos y fundidos, pesados crucifijos y joyas arrancadas. Él sabe que la República necesita sobre todo dinero en metálico, y es el primero, el único en enviar desde provincias tan elocuente botín a los diputados, que al principio se quedan asombrados ante esta energía de nuevo cuño, y luego la celebran con un aplauso atronador. Desde ese momento, el nombre de Fouché se menciona y conoce en la Convención como el de un hombre de hierro, como el del más denodado y contundente republicano de la República.

Cuando Joseph Fouché regresa de su misión, ya no es el pequeño y desconocido diputado de 1792. En verdad, la Convención no puede negar su admiración «*pour sa vigilance*» [por su celo], a un hombre que ha puesto en pie diez mil reclutas, que ha exprimido a las provincias cien mil marcos de oro, mil doscientas libras de dinero en efectivo, mil

barras de plata, sin echar mano ni una vez a la «afeitadora nacional», la guillotina. El ultrajacobino Chaumette publica un himno a sus acciones. «El ciudadano Fouché —escribe— ha hecho los milagros de los que he hablado. Ha honrado a los ancianos, apoyado a los débiles, proscrito la desdicha, destruido el fanatismo, aniquilado el federalismo. Ha vuelto a poner en marcha la fabricación de hierro, arrestado a los sospechosos, castigado de forma ejemplar todos los crímenes, perseguido y encerrado a los saqueadores». Un año después de haberse sentado, cauteloso y titubeante, en los bancos de los moderados, Fouché pasa por ser el más radical de los radicales, y como ahora la revuelta de Lyon requiere un hombre especialmente enérgico, sin consideraciones ni escrúpulos, ¿quién podría ser más adecuado para ejecutar el edicto más terrible que esta o cualquier otra revolución haya ideado jamás? «Los servicios que hasta ahora has prestado a la Revolución —decreta en su argot más pomposo la Convención— son una garantía por los que aún has de prestar. Se te ha reservado volver a inflamar la antorcha que se extingue del espíritu cívico en la Ville Affranchie (Lyon). ¡Culmina la Revolución, pon fin a la guerra de los aristócratas, y que las ruinas que aquel poder derrocado quiere poner en pie caigan sobre ellos y los aplasten!».

Y en esa figura de vengador y destructor, como el *Mitrailleur de Lyon* [Ametrallador de Lyon], entra por vez primera Joseph Fouché, el futuro multimillonario, el posterior duque de Otranto, en la Historia Universal.

## EL «MITRAILLEUR DE LYON»

1793

El libro de la Revolución francesa raras veces se abre por una de sus páginas más sangrientas, la de la rebelión de Lyon. Y, sin embargo, en pocas ciudades, ni siquiera en París, se ha mostrado con tales sombras el enfrentamiento social como en esta primera ciudad industrial de la entonces aún pequeñoburguesa y agrícola Francia, en esta cuna de la producción de seda. Allí, en medio de la Revolución todavía burguesa de 1792, los trabajadores formaron por vez primera de forma clara una masa proletaria, abruptamente separada del empresariado de ideas realistas y capitalistas. No cabe sorprenderse de que precisamente en este caldo de cultivo el conflicto adopte las formas más sangrientas y fanáticas, tanto por parte de la reacción como de la Revolución.

Los adeptos del partido jacobino, las masas de trabajadores y parados, se agrupan en torno a uno de esos hombres singulares que toda revolución empuja de repente hacia arriba, uno de esos hombres puros, idealistas y creyentes, que siempre causan más desgracias con su fe y más derramamiento de sangre con su idealismo que los más brutales políticos apegados a la realidad y los más furibundos hombres del Terror. Siempre será precisamente el espíritu puro, el hombre religioso, propenso al éxtasis, el reformador que va a cambiar el mundo, el que con la más noble de las intenciones dará impulso al crimen y la desgracia que él mismo detesta. El de Lyon se llama Chalier, un sacerdote secularizado y antiguo comerciante, para el que la Revolución ocupa el lugar del cristianismo, el auténtico y verdadero, y que se adhiere a ella con un amor sacrificado y supersticioso. La elevación de la Humanidad a la razón y a la igualdad significa para este apasionado lector de Jean-Jacques Rousseau la realización del imperio milenario; su ferviente y fanática filantropía ve en el incendio universal la aurora de una nueva e imperecedera Humanidad. Emocionante soñador, cuando cae la Bastilla lleva en sus manos desnudas una piedra de la fortaleza hasta Lyon, a pie durante seis días y seis noches, y allí la transforma en un altar. Venera a Marat, a ese panfletista de sangre caliente, humeante, como a un dios, como a un nuevo Pitias; se aprende de memoria sus discursos y escritos e inflama como ningún otro en Lyon a los trabajadores con sus discursos místicos y pueriles. Instintivamente, el pueblo percibe en su ser una ardiente y compasiva filantropía, y también lo hacen los reaccionarios de Lyon, para los que precisamente un hombre puro como éste, impulsado por el espíritu, casi poseído por el amor a la Humanidad, es aún más peligroso que los más ruidosos alborotadores jacobinos. Hacia él se dirige todo el amor, contra él se concentra todo el odio. Y cuando en la ciudad se hace perceptible el primer alboroto, arrojan a las mazmorras como su cabecilla a este neurasténico fantasioso y un poco ridículo. Por medio de una carta falsificada, se pergeña a duras penas una acusación contra él y, a modo

de advertencia para los otros radicales y de desafío contra la Convención parisina, se le condena a muerte.

En vano la indignada Convención envía mensajero tras mensajero hacia Lyon para salvar a Chalier. Requiere, exige, amenaza al ayuntamiento insubordinado. Una vez decidido a enseñar de una vez los dientes a los terroristas de París, el concejo de Lyon rechaza autocrático cualquier protesta. En su momento, a disgusto, se han hecho enviar la guillotina, el instrumento del Terror, y lo han puesto en un almacén sin usarlo; ahora quieren dar una lección a los abogados del sistema del miedo probando por vez primera esa herramienta supuestamente humana de la Revolución con un revolucionario. Y precisamente porque la máquina aún no ha sido probada, la impericia del verdugo transforma la ejecución de Chalier en una cruel y miserable tortura. Tres veces desciende la hoja roma sin romper la columna vertebral del condenado. Con espanto, el pueblo ve el cuerpo cubierto de sangre de su caudillo retorciéndose aún vivo bajo el vergonzoso martirio, hasta que finalmente el verdugo, con un compasivo sablazo, separa del tronco la cabeza del desdichado.

Pero esa torturada cabeza, tres veces aplastada por la hoja, pronto será para la Revolución una estatua de la venganza, y una cabeza de la Medusa para sus asesinos.

La Convención se espanta al recibir la noticia de este crimen; ¿cómo se atreve una ciudad francesa a ofrecer abierta resistencia a la Asamblea Nacional? Tan insolente desafío ha de ser ahogado de inmediato en sangre. Pero también el gobierno de Lyon sabe lo que puede esperar ahora. Abiertamente, pasa de la oposición a la rebelión; recluta tropas, pone en marcha obras defensivas contra conciudadanos, contra franceses, y ofrece abierta resistencia al ejército republicano. Ahora son las armas las que tienen que decidir entre Lyon y París, entre la reacción y la revolución.

Aplicando la lógica, en este momento una guerra civil parece un suicidio para la joven República. Porque nunca su situación fue más peligrosa, más desesperada, más carente de expectativas. Los ingleses han tomado Tolón, se han apropiado de la flota y del arsenal, amenazan Dunkerque; al mismo tiempo, los prusianos y los austríacos avanzan en el Rin y en las Ardenas, y la Vendée entera está en llamas. La lucha y la rebelión sacuden la República de una frontera de Francia hasta la otra. Pero esos días son también los verdaderamente heroicos de la Convención francesa. Guiados por el instinto terrible y fatídico de que la mejor forma de combatir el peligro es desafiarlo, después de la muerte de Chalier sus líderes rechazan todo pacto con sus verdugos. *Potius mori quam foedari*, «mejor sucumbir que pactar», mejor una guerra con siete frentes que una paz que indique debilidad. Y ese irresistible entusiasmo causado por la desesperación, esa pasión ilógica y rabiosa, salvó en el instante de mayor peligro a la Revolución francesa, como luego salvaría a la rusa (igualmente amenazada por el oeste, el este, el norte y el sur por los ingleses y por mercenarios de todo el mundo, y

desde el interior por las legiones de Wrangel, Denikin y Koltschak). De nada sirve que la espantada burguesía se arroje abiertamente en brazos de los realistas y confíe sus tropas a un general del rey; desde las granjas, desde los suburbios, afluyen los soldados proletarios, y el 9 de octubre la amotinada segunda ciudad de Francia es asaltada por las tropas republicanas. Ese día es quizá el más orgulloso de la Revolución francesa. Cuando, en la Convención, el presidente se levanta solemne de su asiento y anuncia la definitiva capitulación de Lyon, los diputados saltan de sus escaños, sollozan y se abrazan; por un instante, todas las disputas parecen haber terminado. La República está salvada, se ha dado a todo el país, al mundo, un espléndido ejemplo de la fuerza irresistible, de la ira y el empuje del ejército popular republicano. Pero, funestamente, el sentimiento de orgullo por ese valor arrastra a los vencedores a la arrogancia, a la trágica exigencia de transformar enseguida ese triunfo en Terror. Tan terrible como el impulso hacia la victoria será ahora la venganza contra los vencidos. «Hay que dar ejemplo de que la República francesa, la joven Revolución, castiga con la mayor dureza a aquellos que se han levantado contra la tricolor». Y así la Convención, la abogada de la Humanidad ante el mundo entero, se cubre de vergüenza con un decreto que tiene sus antecedentes históricos en la destrucción de Milán, propia de los hunos, por Federico Barbarroja, en los califas. El 12 de octubre, el presidente de la Convención desenrolla el terrible pliego, que contiene nada menos que la orden de destruir la segunda ciudad de Francia. Este decreto, muy poco conocido, reza literalmente:

1.º La Convención Nacional nombra, a propuesta del Comité de Salud Pública, una comisión extraordinaria de cinco miembros para castigar militarmente sin demora la contrarrevolución de Lyon.

2.º Todos los habitantes de Lyon serán desarmados, y entregarán sus armas a los defensores de la República.

3.º Una parte de estas armas será entregada a los patriotas que fueron oprimidos por los ricos y contrarrevolucionarios.

4.º La ciudad de Lyon será destruida. Deberá ser aniquilado todo aquello habitado por gentes con patrimonio; sólo podrán quedar en pie las casas de los pobres, las viviendas de los patriotas asesinados o proscritos, los edificios industriales y aquellos destinados a fines benéficos y educativos.

5.º El nombre de Lyon será borrado del catálogo de ciudades de la República. Desde este momento, la reunión de las casas que queden llevará el nombre de Ville Affranchie [Villa liberada].

6.º Se levantará sobre las ruinas de Lyon una columna que anuncie a la posteridad el crimen y el castigo de la ciudad realista, con la inscripción: «Lyon hizo la guerra a la República: Lyon ya no existe».

Nadie osa protestar contra esta loca propuesta de transformar la segunda ciudad de Francia en un montón de ruinas. Hace mucho tiempo que el valor ha desaparecido en la Convención francesa, desde que la guillotina resplandece peligrosamente sobre las cabezas de todos aquellos que tratan aunque sólo sea de susurrar las palabras *clemencia* o *compasión*. Asustada de su propio miedo, la Convención aprueba por unanimidad el acto vandálico, y Couthon, el amigo de Robespierre, es encargado de su ejecución.

Couthon, el predecesor de Fouché, advierte enseguida lo loco y suicida que resulta destruir intencionadamente la mayor ciudad industrial de Francia, y precisamente sus monumentos artísticos, para dar un escarmiento. Y desde el primer momento está interiormente decidido a sabotear ese mandato. Pero para eso hace falta una inteligente hipocresía. Por eso, Couthon oculta su secreta intención de salvar a Lyon con la astucia dilatoria de elogiar, al principio desmedidamente, el loco decreto de destrucción total. «Colegas ciudadanos —exclama—, la lectura de vuestro decreto nos ha llenado de admiración. Sí, hace falta que esa ciudad sea destruida y sirva de gran ejemplo para todas las demás que puedan osar alzarse contra la patria. De todas las grandes y enérgicas medidas que ha tomado hasta ahora la Convención Nacional, hasta ahora sólo se nos había escapado una: la de la total destrucción... Pero estad tranquilos, colegas ciudadanos, y asegurad a la Convención Nacional que sus principios son los nuestros, y sus decretos serán ejecutados al pie de la letra». Sin embargo, quien con tan elegiacas palabras saluda su encargo no piensa en realidad ejecutarlo, sino que se conforma con medidas teatrales. Inválido de ambas piernas por una prematura parálisis, pero de indomable decisión espiritual, se hace llevar en una litera a la plaza del mercado de Lyon, marca simbólicamente con un martillo de plata las casas que habrán de ser derribadas y anuncia tribunales de terrible venganza. Con esto se calman los ánimos más ardientes. En realidad, con el pretexto de la falta de trabajadores, sólo se envía a unas cuantas mujeres y niños que, pro forma, dan una docena de cansados martillazos contra las casas, y sólo se llevan a cabo unas pocas ejecuciones.

La ciudad respira, sorprendida benéficamente por tan inesperada suavidad después de tan fulminantes anuncios. Pero también los hombres del Terror están alerta, advierten poco a poco la suave disposición de Couthon, y exigen violentamente a la Convención que se aplique la violencia. El cráneo ensangrentado y aplastado de Chalier es llevado a París como reliquia, mostrado con pompa y solemnidad a la Convención y expuesto en Notre-Dame para irritación del pueblo. Y, cada vez más impacientes, llueven nuevas denuncias contra el *cunctator* Couthon; es demasiado permisivo, demasiado lento, demasiado cobarde; en pocas palabras, no es hombre para aplicar semejante venganza ejemplar. Haría falta un revolucionario realmente carente de escrúpulos, fiable, un revolucionario de verdad, que no retroceda ante la sangre y se atreva a lo más extremo, un hombre de acero y hierro. Finalmente, la Convención cede a sus ruidos y envía, en lugar del demasiado suave Couthon, al más decidido de sus tribunos, el

vehemente Collot d'Herbois (del que corre la leyenda de que fue pitado como actor en Lyon, y es por tanto el hombre adecuado para castigar a esos burgueses)... y, en segundo lugar, al más archirradical de sus procónsules, al tristemente famoso jacobino y ultraterrorista Joseph Fouché, como verdugos de la infeliz ciudad.

Joseph Fouché, así llamado, de la noche a la mañana, a esa tarea asesina, ¿es realmente un verdugo, un «bebedor de sangre», como se llamaba entonces a los paladines del Terror? Conforme a sus palabras, sin duda. Pocos procónsules se han comportado en su provincia de forma más activa, enérgica, revolucionaria, radical, que Joseph Fouché; ha requisado sin consideración, saqueado las iglesias, vaciado los patrimonios y estrangulado toda resistencia. Pero —¡muy característico de él!— sólo ha ejercido el terror con palabras, órdenes e intimidaciones, porque en todas esas semanas de su dominio en Nevers y Clamecy, no corre una sola gota de sangre. Mientras en París la guillotina golpetea como una máquina de coser, mientras Carrier en Nantes ahoga en el Loira a centenares de sospechosos, mientras todo el país retumba de descargas de fusilería, crímenes y cacerías humanas, Fouché no tiene sobre su conciencia ni una ejecución, ni una sola ejecución política, en su distrito. Conoce —es el hilo conductor de su psicología— la cobardía de la mayoría de los hombres, sabe que la mayor parte de las veces un enérgico y salvaje ademán de terror ahorra el terror mismo. Y cuando después, en el más hermoso florecer de la reacción, todas las provincias se levanten como acusadoras contra sus antiguos señores, los de su distrito no podrán alegar otra cosa que haber sido amenazados siempre con la muerte, pero nadie le puede acusar de una verdadera ejecución. Se ve pues que Fouché, al que han destinado a verdugo de Lyon, no ama la sangre en modo alguno. Este hombre frío e insensible, calculador y jugador intelectual, más zorro que tigre, no necesita el olor de la sangre para excitar sus nervios. Atruená (sin vibrar interiormente) con palabras y amenazas, pero jamás exigirá verdaderas ejecuciones por gusto por el crimen, por el vértigo del poder. Por instinto e inteligencia (no por humanidad), respeta la vida humana en tanto la suya no está amenazada; sólo amenazará la vida o el destino de otro hombre cuando el suyo o sus ventajas estén amenazados.

Éste es uno de los secretos de casi todas las revoluciones y el trágico destino de sus líderes: ninguno de ellos ama la sangre, y sin embargo se ven forzados a derramarla. Desmoulins exige desde su escritorio, entre espumarajos, un tribunal para los girondinos; pero cuando se sienta en la sala del juicio y oye pronunciar la sentencia de muerte sobre los veintidós que él mismo ha llevado ante el juez, se pone en pie de un salto, mortalmente pálido, tembloroso, y abandona la sala desesperado: ¡no, él no lo ha querido! Robespierre, cuya firma está al pie de miles de funestos decretos, ha combatido dos años antes la pena de muerte en la asamblea deliberante, y calificado la guerra de crimen; Danton, aunque creador del mortal tribunal, grita desde su alma consternada la desesperada frase: «Mejor ser guillotinado que guillotinar». Incluso Marat, que en su periódico pide públicamente trescientas mil cabezas, trata de salvar a cada individuo en cuanto va a ir a parar bajo la hoja. Todos ellos, presentados después como bestias sanguinarias, como

apasionados asesinos que se embriagan con el olor de los cadáveres, todos ellos aborrecen en lo más íntimo —exactamente igual que Lenin y los líderes de la Revolución rusa— toda ejecución; al principio, sólo quieren tener en jaque a sus adversarios políticos con la amenaza de la ejecución; pero la semilla de dragón del crimen brota compulsivamente de la aprobación teórica del mismo. La culpa de los revolucionarios franceses no es pues haberse embriagado de sangre, sino de palabras sangrientas; cometieron la necedad, únicamente para entusiasmar al pueblo y certificarse a sí mismos su propio radicalismo, de crear un argot que goteaba sangre y fantasear sin interrupción acerca de traidores y cadalsos. Pero luego, cuando el pueblo, embriagado, borracho, poseído por esas palabras desoladas y excitantes, exige realmente las «enérgicas medidas» anunciadas como necesarias, a los caudillos les falta el valor para negarse; tienen que guillotinar para no desmentir su cháchara acerca de la guillotina. Sus acciones persiguen compulsivas a sus locas palabras, y comienza una espantosa carrera porque nadie se atreve a quedar por detrás de los otros en esta cacería del favor popular. Siguiendo la ley incontenible de la gravedad, una ejecución arrastra otra; lo que empezó jugando con sangrientas palabras, se vuelve una puja cada vez más salvaje con cabezas humanas; de este modo se sacrifican miles, no por placer, ni siquiera por pasión y menos aún por decisión, sino por la indecisión de políticos, hombres de partido, que no hallan el valor para resistirse al pueblo; en última instancia, por cobardía. Por desgracia, la Historia Universal no es sólo, como nos la presentan la mayoría de las veces, una historia del valor humano, sino también una historia de la cobardía humana, y la Política no es, como se nos quiere hacer creer, la dirección de la opinión pública, sino el doblegarse esclavo de los líderes precisamente ante esa instancia que ellos mismos han creado y sobre la que han influido. Así surgen siempre las guerras: de un juego con palabras peligrosas, de la sobreexcitación de pasiones nacionales, y así los crímenes políticos; ningún vicio y ninguna brutalidad sobre la Tierra ha causado tanta sangre como la cobardía humana. Por eso, cuando Joseph Fouché se convierte en Lyon en verdugo de masas, no es por pasión republicana (él no conoce pasión alguna), sino únicamente por miedo a caer en desgracia por moderado. Pero no son las ideas las que deciden en la Historia, sino los hechos, y aunque se revuelva mil veces contra la frase, su nombre quedará marcado como el del *Mitrailleur de Lyon*. Ni siquiera el manto de duque podrá tapar después el rastro de sangre sobre sus manos.

El 7 de noviembre Collot d'Herbois llega a Lyon, y el 10, Joseph Fouché. Ponen de inmediato manos a la obra. Pero, antes de la verdadera tragedia, el comediante despedido y su ayudante ex clérigo ponen aún en escena una corta comedia satírica, quizá la más desafiante e insolente de toda la Revolución francesa: una especie de misa negra a plena luz del día. El funeral por el mártir de la libertad, Chalier, es el pretexto para esta orgía de exaltación atea. Como preludio, a las ocho de la mañana todas las iglesias se ven privadas de sus últimos símbolos devotos, los crucifijos son arrancados de los altares, los manteles y vestiduras de misa, arrebatados; luego, una enorme caravana se congrega por toda la ciudad hacia la plaza de Terreaux. Cuatro



jacobinos venidos de París llevan en una litera cubierta con telas tricolores el busto de Chalier, adornado con flores, y a su lado una urna con sus cenizas, así como, en una pequeña jaula, una paloma que, dicen, consoló al mártir en prisión. Solemnes y serios, los tres procónsules desfilan detrás de la litera hacia el servicio religioso de nuevo cuño que ha de testimoniar pomposamente ante el pueblo de Lyon la divinidad del mártir de la libertad, Chalier, el *Dieu sauveur mort pour eux* [Dios que supo morir por vosotros]. Pero esa ceremonia en sí misma ya patéticamente desagradable se rebaja además por un extravío del gusto especialmente lamentable, estúpido: una chusma ruidosa arrastra en triunfo entre danzas indias los ornamentos de misa robados de las iglesias, cálices, custodias e imágenes sagradas; tras ellos trota un asno al que se ha puesto artísticamente una mitra episcopal sobre las orejas. A la cola del pobre animal han atado un crucifijo y la Biblia...; así, a plena luz del día, el evangelio arrastra de un rabo de burro por el barro de las calles, para disfrute de una rugiente chusma.

Por fin, las fanfarrias bélicas ordenan detenerse. En la gran plaza, donde se ha levantado un altar de hierba, se colocan solemnemente el busto de Chalier y la urna, y los tres representantes del pueblo se inclinan reverentes ante el nuevo santo. Primero perora el experimentado actor Collot d'Herbois, luego habla Fouché. El que supo callar tan tercamente en la Convención, ha encontrado de pronto su voz y adora con exaltada apelación el busto de yeso: «Chalier, Chalier, ¡ya no existes! Criminales te han sacrificado, mártir de la libertad, pero la sangre de esos criminales será la única expiación que pueda calmar a tus indignados manes. ¡Chalier, Chalier! Te juramos delante de esta imagen vengar tu martirio, y la sangre de los aristócratas te servirá de incienso». El tercer comisionado del pueblo es menos elocuente que el futuro aristócrata, el venidero duque de Otranto. Se limita a besar con humildad la frente del busto, y por toda la plaza resuena un «¡Muerte a los aristócratas!».

Tras estas tres solemnes adoraciones, se prende fuego a una gran pira. Serio, el hasta hace poco aún tonsurado Joseph Fouché ve con sus dos colegas cómo el evangelio es desprendido del rabo del asno y arrojado al fuego, para disolverse allí en humo entre las llamas avivadas por las vestimentas litúrgicas, los libros de misa, las hostias y los santos de madera. Luego, se hace beber al gris cuadrúpedo de un cáliz consagrado en recompensa por su blasfemo servicio, y una vez terminado este estridente espectáculo de mal gusto los cuatro jacobinos devuelven a la iglesia sobre sus hombros el busto de Chalier, y lo ponen solemnemente en el altar, en lugar de la destrozada imagen de Cristo.

Para perenne memoria de esta digna fiesta, en los días siguientes se acuña una moneda conmemorativa. Pero hoy se ha vuelto inencontrable, probablemente porque el que luego sería duque de Otranto compró e hizo desaparecer todos los ejemplares, exactamente igual que los libros que describían, con demasiada exactitud, los graves actos heroicos de su época ultrajacobina y atea. Él tenía buena memoria, pero que también los demás se acordaran o se les pudiera recordar la misa negra

de Lyon era más adelante demasiado incómodo y desagradable para *Son Excellence Monseigneur le sénateur ministre* de un rey cristianísimo.

Por repugnante que resulte este primer día de Joseph Fouché en Lyon, no es más que teatro y necio juego de máscaras; aún no ha corrido la sangre. Pero ya a la mañana siguiente los cónsules se atrincheran de forma inaccesible en una apartada casa, protegida por guardias armados de cualquier intruso; simbólicamente, se cierra la puerta a toda compasión, todo ruego, toda indulgencia. Se forma un tribunal revolucionario, y la carta de los reyes del pueblo Fouché y Collot a la Convención anuncia peligrosamente la terrible noche de San Bartolomé que planean:

Llevaremos a cabo —escriben ambos— nuestra misión con la energía de republicanos llenos de carácter, y no descenderemos de la cumbre en la que el pueblo nos ha situado para ocuparnos de los miserables intereses de unas cuantas personas más o menos culpables. Nos hemos apartado de todo el mundo porque no tenemos tiempo que perder ni favor que otorgar. No vemos más que a la República, que nos ordena dar un gran ejemplo, una lección visible desde muy lejos. No escuchamos más que el grito del pueblo, que exige que la sangre de los patriotas sea vengada de un golpe y de forma rápida y terrible, para que la Humanidad no tenga que volver a verla correr. En la convicción de que en esta ciudad miserable no hay más inocentes que aquellos que fueron reprimidos y echados a las mazmorras por los asesinos del pueblo, desconfiamos de las lágrimas de arrepentimiento. Nada podrá desarmar nuestra severidad. Tenemos que confesaros, colegas ciudadanos, que consideramos la indulgencia una peligrosa debilidad, que sólo es adecuada para inflamar de nuevo criminales esperanzas, precisamente en el momento en que han de ser extinguidas por entero. Si se es indulgente con un individuo, se será indulgente con todos los que sean como él, y esto anulará el efecto de vuestra justicia. Las demoliciones trabajan con demasiada lentitud, la impaciencia republicana exige medios más rápidos: sólo la explosión de las minas, la devoradora actividad de las llamas, pueden expresar la fuerza del pueblo. Su voluntad no puede ser contenida como la de los tiranos, tiene que tener el efecto de una tempestad.

Esta tempestad estalla conforme a lo programado el 4 de diciembre, y su eco pronto resuena estremecedor por toda Francia. Por la mañana temprano, sesenta jóvenes son sacados de la cárcel, atados por parejas. Pero no se les conduce a la guillotina, que en palabras de Fouché trabaja «demasiado despacio», sino a la llanura de Brotteaux, al otro lado del Ródano. Dos fosas paralelas, excavadas a toda prisa, permiten a las víctimas adivinar su destino, y los cañones emplazados a diez pasos de ellos, el método de carnicería masiva. Se agrupa y ata a los indefensos en una bola de desesperación que grita, tiembla, aúlla, ruge, se retuerce en vano. Una orden, y desde esa distancia mortal una granizada de plomo sale de las embocaduras a un soplo de ellos hacia la masa humana sacudida por el miedo. Naturalmente, esta primera salva

no termina con todas las víctimas, a algunos solamente les arranca un brazo o una pierna, a otros se les salen los intestinos, unos cuantos incluso están sanos y salvos por obra del azar. Pero mientras la sangre afluye ya en ancho manantial hacia las fosas, a una segunda orden la caballería se lanza con sables y pistolas sobre las víctimas todavía vivas, y golpea y dispara en medio del grupo humano palpitante, gimiente, gritador y sin embargo incapaz de huir, hasta que se ahoga el último estertor. En recompensa por la carnicería, los verdugos pueden arrancar la ropa y los zapatos de los sesenta cuerpos aún calientes, antes de que se arrastre, desnudos y desgarrados, a los cadáveres a las alargadas fosas.

Ésta es la primera de las famosas metralladas de Joseph Fouché, posterior ministro de un rey cristianísimo, y a la mañana siguiente se jacta orgulloso de ella en una incendiaria proclamación: «Los representantes del pueblo seguirán insensibles con la misión que les ha sido encomendada, el pueblo ha puesto en sus manos el trueno de su venganza, y no lo soltarán antes de que todos los enemigos de la libertad hayan sido aplastados. Tendrán el valor de caminar sobre largas filas de fosas de conspiradores para alcanzar, a través de las ruinas, la dicha de la nación y la renovación del mundo». Ese mismo día, ese triste «valor» es criminalmente reforzado por los cañones de Brotteaux y sobre un grupo aún más numeroso. Esta vez son doscientas diez cabezas de ganado las que se sacan con las manos atadas a la espalda, y en pocos minutos son abatidas por el plomo de los cartuchos de artillería y las salvas de la infantería. El procedimiento sigue siendo el mismo, sólo que esta vez se facilita a los pinches de carnicería el incómodo trabajo ahorrándoles, tras tan agotadora masacre, ser también enterradores de sus víctimas. ¿Para qué cavar tumbas para esos canallas? Se quitan los zapatos ensangrentados de los agarrotados pies, y luego simplemente se tiran los cadáveres desnudos y a menudo aún palpitantes a la fluyente fosa del Ródano.

Incluso este escalofriante horror, que el país entero y la Historia Universal contemplan asqueados, lo envuelve Joseph Fouché en un manto tranquilizador de elegíacas palabras. El hecho de que el Ródano esté apestando por esos cadáveres desnudos lo ensalza como una acción política, porque, bajando hasta Tolón, dan testimonio sensorial de la implacable y terrible venganza republicana. «Es necesario —escribe— que los sangrientos cadáveres que arrojamamos al Ródano recorran ambas orillas hasta su desembocadura, hasta la infame Tolón, para que pongan de manifiesto ante los ojos de los cobardes y crueles ingleses la impresión de horror y la imagen de la omnipotencia del pueblo». En Lyon, naturalmente, ya no es necesario tal ejemplo, porque una ejecución sigue a la otra, una hecatombe a otra. Saluda la conquista de Tolón «con lágrimas de alegría», y también enviando «doscientos rebeldes ante la boca de los fusiles» para festejar la jornada. Todo grito de clemencia es en vano. Dos mujeres que habían implorado con demasiada pasión la libertad de sus maridos ante el sangriento tribunal son expuestas atadas junto a la guillotina, nadie puede acercarse a la casa de los comisionados del pueblo para suplicar atenuaciones. Cuanto más salvajemente retumban los fusiles, tanto más fuerte atruenan las

palabras de los procónsules: «Nos atrevemos a afirmar que hemos derramado mucha sangre impura, pero sólo por humanidad y sentido del deber... No soltaremos el rayo que habéis depositado en nuestras manos hasta que no se haya manifestado vuestra voluntad. Hasta entonces, seguiremos abatiendo sin interrupción a nuestros enemigos, los erradicaremos del modo más terrible y más rápido».

Y seiscientas ejecuciones en pocas semanas atestiguan que esta vez, excepcionalmente, Joseph Fouché ha dicho la verdad.

La organización de estas matanzas y sus entusiastas informes no hacen que Joseph Fouché y su colega olviden el otro triste mandato de la Convención que tienen que llevar a la práctica en Lyon. Ya el primer día se quejan a París de que la ordenada demolición de la ciudad se ha llevado a cabo «con demasiada lentitud» bajo el mandato de su predecesor: «Ahora las minas acelerarán la obra de destrucción, los zapadores han empezado ya a trabajar, y en dos días las obras de Bellecourt volarán por los aires». Estas famosas fachadas, empezadas en tiempos de Luis XIV, construidas por un discípulo de Mansard, son las primeras destinadas a la ruina, por ser las más bellas. Los habitantes de estas filas de casas son expulsados brutalmente, y cientos de parados, hombres y mujeres, derriban las espléndidas obras de arte en pocas semanas de insensata destrucción. La desdichada ciudad vuelve a retumbar con el eco de suspiros y gemidos, cañonazos y muros que se derrumban; mientras el comité «de justicia» abate a las personas y el comité «de demolición» las casas, el comité «de sustancias» lleva a cabo al tiempo, de forma inescrupulosa, la incautación de alimentos, telas y objetos de valor. Cada casa es registrada del desván al sótano en busca de personas escondidas y tesoros ocultos, por doquier reina el terror de los dos hombres que, invisibles e inaccesibles, protegidos por guardias, se mantienen ocultos en una casa: Fouché y Collot. Ya han sido derribados los más bellos palacios, las prisiones, aunque siempre rellenas, están medio vacías, las tiendas han sido saqueadas y los campos de Brotteaux empapados con la sangre de mil personas, cuando al fin unos cuantos ciudadanos audaces (¡puede costarles la cabeza!) se deciden a correr a París y entregar un memorial a la Convención, rogándole que no deje la ciudad como la palma de la mano. Naturalmente, el texto de la petición es muy cauteloso, incluso servil, empieza cobardemente con una reverencia y ensalza el erostrático decreto diciendo que «parece dictado por el genio del Senado romano». Pero luego suplica «clemencia para el sincero arrepentimiento, para la debilidad extraviada, clemencia —nos atrevemos a decirlo— para los inocentes a los que no se tiene en cuenta».

Sin embargo, los cónsules han sido informados a tiempo de la encubierta acusación, y con una posta urgente Collot d'Herbois, el más elocuente de los dos, viaja a París para detener el golpe a tiempo. Al día siguiente, tiene la osadía, en vez de disculparlas, de ensalzar las ejecuciones masivas ante la Convención y los jacobinos como una forma de «humanidad». «Queríamos —dice— librar a la Humanidad del terrible espectáculo de demasiadas ejecuciones sucesivas, y por eso los

comisarios decidieron exterminar de golpe en un solo día a todos los condenados; ese deseo surgía de una verdadera sensibilidad (*véritable sensibilité*)», y ante los jacobinos se entusiasma de forma aún más fervorosa con el nuevo sistema «humanitario». «Sí, hemos abatido a doscientos condenados con una sola salva de cañonazos, y se nos reprocha. ¡Acaso no se sabe que también eso fue un acto de moderación! Cuando se guillotina a veinte, los últimos mueren de antemano veinte veces, pero aquí sucumbieron al tiempo veinte traidores». Y, de hecho, esas frases gastadas, sacadas a toda prisa del sangriento tintero del argot revolucionario, causan impresión, la Convención y los jacobinos aceptan las explicaciones de Collot y dan así a los procónsules carta blanca para ulteriores ejecuciones. Ese mismo día, París celebra el entierro de Chalier en el Panteón —un honor que hasta entonces sólo se había otorgado a Jean-Jacques Rousseau y a Marat—, y su concubina, como la de Marat, recibe una pensión. Con esto, el mártir ha sido convertido públicamente en santo nacional, y cualquier acto de violencia de Fouché y Collot queda autorizado como justa venganza.

De todos modos, una cierta inseguridad se apodera de ambos, porque la peligrosa situación reinante en la Convención, la vacilación entre Danton y Robespierre, entre la moderación y el Terror, exige una elevada cautela. Así que ambos deciden repartirse los papeles: Collot d'Herbois se queda en París para vigilar el ambiente en los comités y en la Convención y abatir de antemano todo posible ataque con su brutal vehemencia retórica, y a la «energía» de Fouché se asigna la prosecución de las masacres. Es importante constatar que durante aquel tiempo Joseph Fouché fue ilimitado y único mandatario, porque posteriormente intentaría con habilidad desplazar todos los actos de violencia sobre su colega, más sincero; los hechos demuestran que tampoco en la época en que gobernó solo la guadaña fue menos asesina. Se ametrallan cincuenta y cuatro, sesenta, cien personas al día, también en ausencia de Collot caen los muros, se incendian casas y se vacían las cárceles mediante ejecuciones, y Joseph Fouché sigue superando el ruido de sus propias acciones con el clamor de sus entusiasmadas y sanguinarias palabras:

Las sentencias de este tribunal pueden infundir terror a los criminales, pero tranquilizan y consuelan al pueblo, que les presta oídos y las aprueba. Se piensa injustamente de nosotros si se piensa que habríamos concedido a los culpables ni una sola vez el honor de un indulto; ¡no hemos concedido ni uno solo!

Mas de repente —¿qué ha sucedido?— Fouché cambia de tono. Con su fino olfato, siente desde lejos que el viento tiene que haber cambiado en la Convención, porque desde hace algún tiempo sus estridentes fanfarrias ejecutorias no encuentran un verdadero eco. Sus amigos jacobinos, sus correligionarios ateos Hébert, Chaumette, Ronsin, se han vuelto silenciosos de repente... muy silenciosos, y para siempre, porque, inesperadamente, la mano implacable de Robespierre les ha agarrado por el cuello. Oscilando siempre con habilidad entre los demasiado

salvajes y los demasiado mansos, abriéndose paso ora a la derecha, ora a la izquierda, ese tigre moral se ha lanzado de pronto desde la oscuridad sobre los ultrarradicales. Ha hecho que Carrier, que en Nantes ahogaba de forma tan radical como Fouché fusilaba en Lyon, sea llamado a rendir cuentas ante la Asamblea; ha hecho que su discípulo Saint-Just lleve a la guillotina en Estrasburgo al salvaje Eulogius Schneider; ha estampillado públicamente como necedades los espectáculos ateos como los que Fouché ha celebrado en provincias y en Lyon, y los ha suspendido en París. Y, temerosos y obedientes como siempre, los inquietos diputados siguen su gesto.

El viejo miedo acomete a Fouché: dejar de estar con la mayoría. Los partidarios del Terror han sido vencidos..., ¿para qué seguir siendo uno de ellos? Mejor pasarse rápidamente a los moderados, a Danton y Desmoulins, que ahora exigen un «tribunal de los mansos», cambiar rápidamente de chaqueta siguiendo la nueva dirección del viento. De repente, el 6 de febrero, ordena suspender los ametrallamientos, y sólo de manera titubeante prosigue sus servicios la guillotina (de la que él afirmaba en sus panfletos que trabajaba demasiado despacio), dos, como mucho tres míseras cabezas al día, verdaderamente una pequeñez, comparada con las antiguas fiestas nacionales en las llanuras de Brotteaux. En cambio, de pronto emplea toda su energía contra los radicales, contra los organizadores de sus fiestas y ejecutores de sus órdenes, un Saulo revolucionario se convierte de pronto en un Pablo humano. Se lanza lisa y llanamente al campo contrario, designa a los amigos de Chalier como una «arena de anarquistas y revoltosos», disuelve bruscamente una o dos docenas de comités revolucionarios. Y entonces ocurre algo muy curioso: la atemorizada población de Lyon, mortalmente asustada, ve de pronto en el héroe de los ametrallamientos, Fouché, a su salvador. Y los revolucionarios de Lyon, a su vez, escriben una carta furiosa tras otra, le acusan de tibieza, de traición y de «represión de los patriotas». Estos osados virajes, este descarado pasarse al otro bando a plena luz del día, esta huida al lado del vencedor, son el secreto de Fouché en la lucha. Y son los que le salvan la vida. Ha jugado en los dos campos. Si en París se le acusa de extrema suavidad, puede señalar las mil tumbas y las derruidas fachadas de Lyon. Si se le acusa de matarife, puede invocar las acusaciones de los jacobinos, que le imputan su «moderantismo», su excesiva moderación. Según sopla el viento, puede sacar del bolsillo derecho una prueba de que es implacable y del izquierdo una de humanidad, puede presentarse ahora tanto como el verdugo como el salvador de Lyon. Y, de hecho, con este hábil truco de prestidigitador conseguirá más adelante colgar al cuello de su más sincero y rectilíneo colega Collot d'Herbois toda la responsabilidad de las masacres. Pero sólo consigue engañar a la posteridad; implacable, en París vigila Robespierre, el enemigo, que no puede perdonarle haber echado de Lyon a su hombre, Couthon. Desde sus tiempos en la Convención, conoce a este falso; incorruptible, persigue todos los virajes y chanchullos de Fouché, que ahora, a toda prisa, trata de doblegarse a la tempestad. Y la desconfianza de Robespierre tiene garras de hierro, no se escapa a ellas. El 12 de Germinal, fuerza en el Comité de Salud Pública un amenazador decreto que ordena a Fouché acudir enseguida

a París y asumir la responsabilidad por los acontecimientos de Lyon. El que durante tres meses formó cruel tribunal, ha de comparecer ahora ante el tribunal.

Ante el tribunal, ¿por qué? ¿Por haber ordenado masacrar dos mil franceses en tres meses? Como colega de Carrier y de los otros verdugos de masas, se podría sospechar. Pero sólo ahora se advierte la genialidad política de este último viraje, sorprendentemente descarado, de Fouché; no, ha de asumir la responsabilidad por haber reprimido a la radical *Société populaire*, por haber perseguido a los patriotas jacobinos. El *Mitrailleur de Lyon*, el ejecutor de dos mil víctimas, está acusado —¡inolvidable farsa de la Historia!— del más noble delito que la Humanidad conoce: de exceso de humanidad.

## LA LUCHA CON ROBESPIERRE

1794

El 3 de abril Joseph Fouché se entera de que el Comité de Salud Pública le ha llamado a París, el 5 sube a su coche para el viaje. Dieciséis sordos golpes acompañan su marcha, dieciséis caídas de la guillotina, que por última vez cumple con su rigurosa obligación por orden suya. Y ese mismo día se procede a toda prisa a otras dos condenas, dos condenas muy extrañas, porque los dos rezagados de la gran masacre, que (según la jovial expresión de la época) escupen las cabezas en el cesto, ¿quiénes son? Nada menos que el verdugo de Lyon y su ayudante. Precisamente aquellos que por mandato de la reacción guillotinaron con indiferencia a Chalier y sus amigos, y luego por mandato de la Revolución a cientos de reaccionarios, van a parar ahora bajo el filo. Ni con la mejor voluntad puede desprenderse claramente de las actas del proceso qué crimen se les atribuye; probablemente sólo se les sacrifica para que no puedan contar demasiado sobre Lyon a los sucesores de Fouché y a la posteridad. Los muertos son los que mejor saben guardar un secreto. Luego, el coche arranca. Fouché tiene toda clase de cosas en que pensar durante el viaje a París. De todos modos, puede que se consolara, aún no se ha perdido nada; tiene algunos amigos influyentes en la Convención, sobre todo el gran antagonista de Robespierre, Danton; quizá logre mantener en jaque al terrible. Pero ¿cómo puede Fouché sospechar que en esas horas fatales de la Revolución los acontecimientos giran mucho más rápido que las ruedas de un coche de postas de Lyon a París? ¿Que desde hace dos días su íntimo amigo Chaumette está en prisión, que la gigantesca y leonina cabeza de Danton fue empujada ayer por Robespierre bajo la guillotina, que ese mismo día Condorcet, el líder intelectual de la derecha, vaga hambriento por los alrededores de París, y que al día siguiente se envenenará para escapar al juicio? A todos ellos los ha derribado un solo hombre, y precisamente ese hombre, Robespierre, es su más encarnizado adversario político. Sólo cuando llega a París, la tarde del 8, se entera de toda la extensión del peligro a cuyas fauces ha corrido. Dios sabe que habrá dormido poco, el procónsul Joseph Fouché, en esa su primera noche en París.

A la mañana siguiente, Fouché se presenta en la Convención, esperando impaciente el comienzo de las sesiones. Pero, es extraño, la amplia sala no acaba de llenarse; la mitad, más de la mitad de los escaños siguen vacíos. Es verdad que cierto número de diputados pueden estar en misión oficial o impedidos para ir por alguna otra razón, pero, aun así, ¡qué bostezante vacío hay a la derecha, donde se sentaban los dirigentes, los girondinos, los espléndidos oradores de la Revolución! ¿Dónde están? Los veintidós más osados, Vergniaud, Brissot, Pétion, han terminado en el patíbulo o suicidándose, o desgarrados por los lobos en su huida. Sesenta y tres de sus amigos, que osaron defenderlos, han sido



proscritos por la mayoría..., de un solo y terrible golpe, Robespierre se ha librado de un centenar de sus oponentes de la derecha. Pero su puño ha golpeado no menos enérgico en sus propias filas de la «montaña»: Danton, Desmoulins, Chabot, Hébert, Fabre d'Eglantine, Chaumette y otras dos docenas, todos los que se oponían a su voluntad, a su dogmática vanidad, han ido a parar a la fosa común.

A todos ha eliminado ese hombre insignificante, ese hombre pequeño y enjuto de rostro pálido y biliar, de frente baja y retirada, de ojos pequeños y acuosos, miopes, que, anodino, estuvo largo tiempo oculto por las gigantescas figuras de sus predecesores. Pero la guadaña de la época le ha despejado el camino; desde que Mirabeau, Marat, Danton, Desmoulins, Vergniaud, Condorcet, es decir, el tribuno, el agitador, el caudillo, el escritor, el orador y el pensador de la joven República, han sido liquidados, él lo es todo en una sola persona: *Pontifex maximus*, *Dictator* y *Triumphator*. Fouché mira inquieto a su adversario, en torno al cual se apiñan ahora con importuno respeto todos los diputados serviles, y que recibe los homenajes con incommovible indiferencia; envuelto en su «virtud» como en una coraza, inaccesible, impenetrable, el incorruptible mira con sus ojos miopes la arena, con la orgullosa conciencia de que ahora nadie osará alzarse contra su voluntad. Pero hay alguien que sí se atreve. Alguien que ya no tiene nada que perder: Joseph Fouché, que pide la palabra para justificar su conducta en Lyon.

Esa exigencia de justificarse ante la Convención es un desafío al Comité de Salud Pública, porque no ha sido la Convención, sino el Comité, el que le ha pedido cuentas. Pero él se dirige a la instancia superior, a la instancia por excelencia, la Asamblea de la Nación. La osadía de esta pretensión es evidente. Aun así, el presidente le da la palabra. Al fin y al cabo, Fouché no es cualquiera, su nombre ha sido mencionado con frecuencia en esta sala, aún no se han olvidado sus méritos, sus informes, sus acciones. Fouché sube a la tribuna y lee un minucioso informe. La Asamblea escucha sin interrumpirle, sin un signo de aplauso o de disgusto. Pero al final del discurso nadie mueve un dedo, porque la Convención se ha vuelto temerosa. Un año de guillotina ha castrado intelectualmente a todos estos hombres. Los que antaño se entregaban libremente a sus convicciones como a una pasión, los que se arrojaban ruidosa, osada y abiertamente a la disputa de las palabras y las opiniones, ya no gustan de pronunciarse. Desde que, como Polifemo, el verdugo mete la mano en sus filas, ora a la izquierda, ora a la derecha, desde que la guillotina pesa como una sombra azul detrás de cada una de sus palabras, prefieren callar en vez de hablar. Cada uno de ellos se agacha detrás del otro, cada uno de ellos mira a la derecha y a la izquierda antes de arriesgarse a hacer un movimiento, el miedo yace gris sobre sus rostros como una niebla opresiva; y nada envilece más al hombre, y especialmente a una masa de hombres, que el miedo a lo invisible.

Así que tampoco esta vez arriesgan una opinión. ¡Nada de injerencias en los dominios del Comité, del tribunal invisible! La justificación de Fouché no es rechazada ni aceptada, sino sencillamente enviada al

Comité para su examen; eso quiere decir que aterriza en la orilla que Fouché tan cuidadosamente quería evitar. Ha perdido su primera batalla.

Ahora también él siente el miedo en la nuca. Ha ido demasiado lejos sin conocer el terreno; es mejor emprender una rápida retirada. Mejor capitular que luchar solo contra los más poderosos. Así que Fouché dobla arrepentido la rodilla, dobla la cerviz. Esa misma noche se presenta en casa de Robespierre para explicarse con él, o más sinceramente: para implorar su perdón.

Nadie ha sido testigo de esta conversación. Tan sólo se conoce su resultado, y es posible imaginarla por analogía con aquella visita que Barras ha descrito con espantosa claridad en sus memorias. Antes de subir la escalera de madera de la pequeña vivienda burguesa de la rue Saint-Honoré, donde Robespierre exhibe su virtud y su pobreza, también Fouché tiene probablemente que aprobar el examen de los caseros, que vigilan a su dios y arrendatario como a un botín sagrado. También a él, exactamente igual que a Barras, Robespierre le habrá recibido en la pequeña, estrecha habitación adornada tan sólo, vanidosamente, con sus propios cuadros, y no le habrá invitado a sentarse, sino que le habrá tenido fríamente en pie, con arrogancia intencionadamente hiriente, como a un miserable criminal. Porque este hombre, que ama con pasión la virtud y está enamorado con igual pasión y vicio de su propia virtud, no conoce indulgencia ni perdón para alguien que haya tenido alguna vez una opinión distinta de la suya. Impaciente y fanático, un Savonarola de la razón y de la «virtud», rechaza todo pacto con sus adversarios, incluso toda capitulación de los mismos; incluso allá donde la Política le impondría el entendimiento, la dureza de su odio y su orgullo dogmático le frenan. Sea lo que fuere lo que Fouché dijo a Robespierre en aquella ocasión, y lo que su juez le contestó, solamente se sabe una cosa: no fue una buena recepción, sino una aplastante, una implacable perorata, una amenaza fría y no velada, una sentencia de muerte en efigie. Y el que baja, temblando de ira, la escalera de la rue Saint-Honoré, humillado, rechazado, amenazado, Joseph Fouché, sabe que ahora sólo queda una salvación para su cabeza: que la del otro, la de Robespierre, sea la primera en caer en el cesto. Se ha declarado una guerra a vida o muerte. La lucha entre Fouché y Robespierre ha empezado.

Esta lucha entre Robespierre y Fouché es uno de los episodios más emocionantes, más psicológicamente excitantes de la Historia de la Revolución. Ambos inteligentes, ambos políticos, ambos, tanto el retado como el retador, tienen un error en común: durante largo tiempo se subestiman el uno al otro, porque creen conocerse desde hace mucho. Para Fouché, Robespierre sigue siendo el bregado y seco abogado que en su provincia de Arras hacía pequeñas bromas con él en el club, que producía dulzones versitos a la manera de Grécourt y después aburrió a la Asamblea de 1789 con su torrente oratorio. Fouché no se ha dado cuenta, o se ha dado cuenta demasiado tarde, de que un duro y persistente trabajo sobre sí mismo y el incremento de sus tareas han

hecho del demagogo Robespierre un hombre de Estado, de un flexible intrigante un político de pensamiento preciso, de un retórico un orador. Casi siempre, la responsabilidad eleva al hombre a la grandeza; así Robespierre creció por el sentimiento de su misión, porque en medio de codiciosos meritorios y meros gritones, siente la salvación de la República como la tarea que el destino le ha impuesto exclusivamente a él. Siente como una misión sagrada para la Humanidad la necesidad de llevar a la práctica precisamente su concepción de la República, de la Revolución, de la Moral e incluso de la Divinidad. Esa rigidez de Robespierre es a un tiempo la belleza y la debilidad de su carácter. Porque, embriagado por su propia incorruptibilidad, hechizado en su dureza dogmática, contempla la opinión de cualquier otro no sólo como distinta a la suya, sino como traición y, con el puño gélido de un juez de la Inquisición, arroja como hereje a todo el que piensa de otra manera a la nueva pira, la guillotina. Sin duda una gran idea, una idea pura vive en el Robespierre de 1794. Mejor dicho: no vive, está petrificada en él. No puede salir completamente de él y él no puede salir completamente de ella (destino de todos los espíritus dogmáticos), y esa falta de calor comunicativo, de humanidad que arrastra, quita a su acción la fuerza verdaderamente creadora. Sólo en la rigidez está su fuerza, sólo en la dureza su energía; lo dictatorial se ha convertido en sentido y forma de su vida. Así, sólo puede imprimir su yo a la Revolución, o destruirla. Un hombre así no tolera contradicción alguna, ninguna otra opinión en cuestiones intelectuales, a nadie junto a él y menos aún a alguien en su contra. Sólo puede soportar a la gente en tanto le devuelve como un espejo sus propias concepciones, en cuanto son almas esclavas, como Saint-Just y Couthon; la rabiosa solución de su atrabiliario temperamento expulsa implacable cualquier otra. Pero ¡ay de aquellos que no sólo se apartan de su opinión (también a éstos los persiguió), sino que incluso se han atravesado en su voluntad, que no han tenido en cuenta su infalibilidad! Eso es lo que ha hecho Joseph Fouché. Jamás ha recabado su consejo, nunca se ha doblegado ante su antiguo amigo, se ha sentado en los bancos de sus enemigos, ha rebasado audazmente los límites de un socialismo mediano y cauteloso establecidos por Robespierre, al predicar el comunismo y el ateísmo. Pero hasta ahora Robespierre no se ha ocupado seriamente de él; Fouché le parecía demasiado pequeño. Para él, este diputado no es más que el pequeño profesor de curas que aún ha conocido con sotana y luego como pretendiente de su hermana, un pequeño y mezquino ambicioso que ha sido infiel a su Dios, su novia y todas sus convicciones. Le desprecia con todo el odio agrupado de la rigidez contra la flexibilidad, de la incondicionalidad contra la asechanza del éxito, con la desconfianza de la naturaleza religiosa hacia la profana, pero hasta ahora ese odio aún no se ha dirigido contra la persona de Fouché, sólo contra el género del que él es variante. Hasta ahora, le ha ignorado con arrogancia; ¿para qué molestarse por un intrigante así, al que se puede pisotear en cualquier momento? Sólo porque le ha despreciado durante tanto tiempo, hasta ahora Robespierre sólo ha observado a Fouché, pero no le ha combatido seriamente.

Sólo ahora se dan cuenta ambos de cuánto se han subestimado el uno al otro. Fouché advierte el enorme poder que Robespierre ha adquirido en

su ausencia: todos los cargos le están sometidos, el ejército, la policía, los tribunales, los comités, la Convención y los jacobinos. Combatirle parece carente de expectativas. Pero Robespierre le ha forzado a luchar, y Fouché sabe que, si no vence, está perdido. De la última desesperación surgen siempre las últimas fuerzas, y así, a dos pasos del abismo, se arroja de repente contra su perseguidor, como un ciervo acosado hasta el extremo, que desde la última espesura cae sobre el cazador con el valor de la desesperación.

Robespierre es quien abre las primeras hostilidades. Al principio no quiere más que dar una lección al insolente, una advertencia, una patada. La ocasión para ello la ofrece el famoso discurso del 6 de mayo, que llama a todos los clérigos de la República a «reconocer la existencia de un ser superior y la inmortalidad como fuerza directora del Universo». Nunca ha pronunciado Robespierre una alocución más hermosa, más vibrante que ésta, que supuestamente ha escrito en la mansión rural de Jean-Jacques Rousseau; aquí el dogmático se convierte casi en poeta, el difuso idealista en pensador. Separar la fe de la incredulidad y por otra parte de la superstición, crear una religión que por un lado se eleve sobre el cristianismo idólatra imperante en el país y también sobre el vacío materialismo y el ateísmo, es decir, conservar el punto central, como siempre intenta en todas las cuestiones espirituales, es la idea fundamental del discurso, que a pesar de su hinchada fraseología está llena de sincero potencial ético, de apasionada voluntad de elevación de la Humanidad. Pero incluso en esa esfera superior él, el ideólogo, no puede librarse del político, su bilioso, malhumorado rencor, mezcla ataques personales incluso con los pensamientos intemporales. Hostil, recuerda a los muertos que él mismo ha empujado a la guillotina, y se burla de las víctimas de su política, Danton y Chaumette, como despreciables ejemplos de inmoralidad y ateísmo. Y de pronto, con un golpe directo al corazón, se lanza contra el único de los predicadores ateos que ha sobrevivido a su ira, contra Joseph Fouché.

¡Dinos quién te ha dado la misión de anunciar al pueblo que no existía divinidad alguna! ¡Qué ventajas ves en convencer al hombre de que una ciega violencia decide su destino, que opta de manera totalmente casual ora por la virtud, ora por el vicio, y de que su alma no es sino un tenue aliento que se extingue a las puertas de la tumba! Desdichado sofista, ¿con qué derecho te atreves a arrancar a la inocencia el cetro de la razón para ponerlo en manos del vicio? ¡A lanzar sobre la Naturaleza un velo mortuorio, hacer aún más desesperada la desgracia, atenuar el crimen, oscurecer la virtud y envilecer a la Humanidad!... Sólo un criminal, despreciable ante sí mismo y repugnante a todos los demás, puede creer que la Naturaleza no puede darnos nada más hermoso que la Nada.

Un unánime aplauso acoge el grandioso discurso de Robespierre. De pronto, la Convención se siente elevada sobre las miserias de la lucha cotidiana y, por unanimidad, aprueba la fiesta en honor del Ser Supremo propuesta por Robespierre. Sólo Joseph Fouché permanece mudo y se muerde los labios. Hay que guardar silencio ante tal triunfo

del adversario. Sabe que no puede medirse abiertamente con ese magistral retórico. Sin palabras, pálido, encaja la derrota ante toda la Asamblea, pero decidido interiormente a vengarse y tomarse la revancha.

Durante algunos días, algunas semanas, no se sabe nada de él. Robespierre le considera eliminado; probablemente una patada ha bastado para ese insolente. Pero cuando nada se ve y nada se oye de Fouché, es porque está trabajando bajo tierra, dura, planificadamente, como un topo. Hace visitas a los comités, busca conocidos entre los diputados, es amable, complaciente con todos, y trata de ganarse a cada uno de ellos. Sobre todo va en busca de los jacobinos, entre los que una palabra astuta y flexible sirve de mucho, y ante los que sus logros en Lyon le han ganado unas cuantas bazas. Nadie sabe muy bien qué quiere, qué planea, qué pretende ese hombre activo que pasea tendiendo por doquier sus hilos, ese hombre invisible.

Y de pronto todo se vuelve claro, inesperadamente para todos y sobre todo para Robespierre: porque el 18 de Pradial, por gran mayoría de votos, Joseph Fouché es elegido presidente del club jacobino.

Robespierre se sobresalta; nadie ha creído posible semejante osadía. Sólo ahora se da cuenta del taimado y audaz adversario que ha encontrado en Fouché. Desde hacía dos años, no había vuelto a ocurrirle que un hombre al que él atacara en público se atreviera a defenderse. Todos desaparecían de inmediato en cuanto tropezaban con su mirada; Danton había huido a su finca en el campo, los girondinos se habían refugiado en provincias, los otros se quedaban en sus casas y no dejaban saber nada de sí. ¿Y éste, este insolente al que él, con el dedo extendido, ha señalado como impuro ante toda la Asamblea Nacional, se refugia en el santuario, en el sanctasanctorum de la Revolución, en el club jacobino, y se hace con la suprema dignidad que puede concederse a un patriota? Porque no puede olvidarse y hay que recordar la enorme fuerza moral que este club tiene en sus manos precisamente en el último año de la Revolución. La más valiosa, la más pura prueba de fuego de un patriota es el momento en que el club jacobino le honra aceptándolo en sus filas; y aquel al que expulsa, aquel al que rechaza, queda señalado para el hacha. Generales, caudillos, políticos, todos se presentan con la cabeza baja ante este tribunal como ante la suprema, casi sacerdotal instancia del civismo. Este club representa en cierto modo la guardia pretoriana de la Revolución, la guardia de corps de la sagrada casa. ¡Y esos pretorianos, los más estrictos, los más sinceros, los más inflexibles republicanos, han elegido como líder suyo a un Joseph Fouché! La ira de Robespierre es desmedida. Porque ese canalla ha entrado a plena luz del día en su reino, en sus dominios, precisamente en aquel sitio en el que él acusa a sus enemigos, donde él forja su propia fuerza en el círculo de los más probados. Y ahora, cuando quiera pronunciar un discurso, ¿tendrá que pedir permiso a Joseph Fouché, él, Maximilian Robespierre, tendrá que someterse al buen o mal humor de un Joseph Fouché?

Enseguida pone todas sus fuerzas en tensión. Hay que tomar sangrienta revancha de esta derrota. ¡Abajo con él, abajo enseguida, fuera no sólo de la silla presidencial, sino fuera también de la sociedad de los patriotas! Enseguida lanza al cuello de Fouché a algunos ciudadanos de Lyon, que presentan demanda contra él, y cuando el sorprendido, siempre débil en la lucha abierta de la palabra, se defiende torpemente, él mismo interviene y advierte a los jacobinos que «no se dejen engañar por embaucadores». Casi logra tumbar a Fouché con este primer golpe. Pero éste aún tiene en sus manos la presidencia, y con ella el medio de cortar a tiempo el debate. De manera en extremo deslucida, interrumpe la discusión y regresa a la oscuridad para preparar un nuevo ataque.

Sin embargo, ahora Robespierre está preparado. Ha advertido la forma de luchar de Fouché; sabe que este hombre no entabla combate singular, sino que retrocede siempre para preparar sus contragolpes desde las sombras. No basta con fustigar y golpear a tan duro intrigante, hay que perseguirlo hasta el último escondrijo y pisotearlo. Hay que hacerle exhalar el último aliento, volverlo inofensivo definitivamente y para siempre.

Por eso, Robespierre carga de nuevo contra él. Repite su acusación pública ante los jacobinos y exige que Fouché comparezca en la próxima sesión y se justifique. Naturalmente, Fouché se guarda de hacer tal cosa. Conoce sus puntos fuertes y sus puntos débiles, no quiere conceder a Robespierre el triunfo de humillarlo en público ante los ojos de tres mil personas. ¡Es mejor regresar a la oscuridad, dejarse vencer y ganar tiempo, un tiempo precioso! Por eso, escribe cortésmente a los jacobinos que por desgracia no le queda más remedio que rechazar una disculpa pública; los jacobinos deberían aplazar su juicio hasta que ambas comisiones hayan decidido sobre su conducta.

Robespierre se lanza sobre esta carta como sobre un botín. Ahora es el momento de agarrarle, de aplastar definitivamente a Joseph Fouché. El discurso que contra él pronuncia el 23 de Mesidor (11 de junio) es el más encarnizado ataque, el más peligroso y atrabiliario que Robespierre ha lanzado nunca contra un adversario.

Ya en las primeras palabras se advierte que Robespierre no sólo quiere alcanzar a su enemigo, sino alcanzarlo mortalmente, que no sólo quiere humillarlo, sino liquidarlo. Empieza con hipócrita tranquilidad. La primera declaración aún dice tibiamente que el «individuo» Fouché no le interesa en absoluto:

Quizá antes mantuve con él ciertos vínculos porque le consideraba un patriota, y si le acuso aquí no es tanto por su crimen como porque se oculta para cometer otros, y porque le considero el jefe de la conspiración que tenemos que aniquilar. Examino la carta que acaba de ser leída y digo que ha sido escrita por un hombre que, acusado, se niega a justificarse ante sus conciudadanos. Ése es el principio de un sistema de tiranía, porque quien se niega a justificarse ante una comunidad de la que es miembro, ataca la autoridad de esa comunidad.

Es asombroso que precisamente el que antes buscaba la aprobación de la sociedad, la desprecie en cuanto es acusado, y que en cierto modo parezca invocar la ayuda de la Convención contra los jacobinos.

Y de pronto su odio brota con carácter personal, e incluso la fealdad física de Fouché es un buen motivo para humillarle.

¿Es que teme —se burla— los ojos y los oídos del pueblo, teme que su triste apariencia revele con demasiada claridad su crimen? ¿Que seis mil miradas puestas sobre él descubran toda su alma a sus ojos, aunque la Naturaleza la haya ocultado tan pérfidamente? ¿Teme que su lenguaje revele la confusión, las contradicciones de un culpable? Todo hombre razonable tiene que darse cuenta de que el temor es la única razón de su conducta, y de que todo aquel que huye de las miradas de sus conciudadanos es culpable. Llamo aquí a Fouché ante el tribunal. Que se haga responsable y diga si es él o somos nosotros los que garantizamos más dignamente los derechos de una representación popular, y quién de nosotros ha aplastado con más valor todas las fracciones.

Luego, le llama además «bajo y despreciable estafador», cuya conducta es el reconocimiento de su crimen, y habla con pérfidas alusiones «de hombres cuyas manos están llenas de botín y de crimen», y termina con las amenazadoras palabras: «Fouché ya se ha definido lo bastante a sí mismo; yo sólo he hecho estas observaciones para que los conspiradores sepan de una vez por todas que no escaparán a la vigilancia del pueblo».

Aunque estas palabras anuncian claramente una sentencia de muerte, la Asamblea obedece a Robespierre y, sin titubeos, expulsa por indigno del club jacobino a su antiguo presidente.

Ahora Joseph Fouché está marcado para la guillotina como un árbol para el hacha. La expulsión del club de los jacobinos es una marca de fuego, y una acusación de Robespierre, y más una así de encarnizada, representa la mayor parte de las veces tanto como una condena segura. Fouché lleva ahora su mortaja puesta a plena luz del día. Todo el mundo espera su detención de un momento a otro, y el que más la espera es él mismo. Hace mucho que no duerme en casa en su propia cama, por miedo a ser sacado de ella una noche por los gendarmes, como Danton, como Desmoulins. Se esconde en casa de algunos bravos amigos, porque hace falta valor para dar albergue a tan manifiesto proscrito, valor incluso para hablar en público con él. La policía del Comité de Salud Pública, dirigida por Robespierre, va detrás de cada uno de sus pasos y comunica todas sus entrevistas, sus visitas. Está invisiblemente rodeado, atado en cada uno de sus movimientos y expuesto ya al cuchillo.

De hecho, de los setecientos diputados Fouché es entonces el que más peligro corre, y no se ve para él posibilidad de escapar. Ha vuelto a intentar agarrarse a algún sitio: a los jacobinos, pero el furioso puño de Robespierre lo ha arrancado de allí, y ahora su cabeza sólo está de

prestado sobre sus hombros. Porque ¿qué puede esperar él de la Convención, de ese cobarde e intimidado rebaño de carneros que bala pacientemente «Sí» en cuanto el Comité reclama para la guillotina a uno de los suyos? Han entregado sin resistencia al tribunal revolucionario a todos sus antiguos dirigentes, Danton, Desmoulins, Vergniaud, sólo para no desviar la atención sobre ellos con esa resistencia... ¿por qué no Fouché? Mudos, temerosos, consternados, ocupan sus escaños los antaño tan valerosos y apasionados. El terrible veneno del miedo, que trastorna los nervios y aplasta el alma, paraliza su voluntad.

Sin embargo, siempre ha sido un secreto del veneno que encierra en sí fuerzas curativas cuando se destila artificialmente y se concentran sus ocultas potencias. Así —de forma paradójica—, precisamente el miedo a Robespierre puede salvar de Robespierre. No se perdona a un hombre que durante semanas, durante meses, fuerce incesantemente a sentir temor, que destruya las almas y paralice las voluntades con la incertidumbre; nunca la Humanidad o una parte de ella, un grupo cualquiera, puede soportar la dictadura de un solo hombre sin odiarle. Y ese odio de los sometidos fermenta subterráneo en todos los círculos. Cincuenta, sesenta de los diputados que, como Fouché, ya no se atreven a dormir en casa, aprietan los labios cuando Robespierre pasa delante de ellos, muchos cierran los puños a sus espaldas, mientras celebran sus discursos. Cuanto más duro y más tiempo reina el incorruptible, tanto más crece el disgusto contra su omnímoda voluntad. Poco a poco ha afectado y ofendido a todos: al ala derecha, por llevar al patíbulo a los girondinos; a la izquierda, por meter en el saco las cabezas de los extremistas; al Comité de Salud Pública, por imponerle su voluntad; a los negociantes, por poner en peligro sus negocios; a los ambiciosos, por cortarles el paso; a los envidiosos, por reinar, y a los conciliadores, por no unírseles. Si ese odio de cien cabezas, esa cobardía dispersa entre muchos, lograra unirse en una voluntad, en una punta de lanza cuyo golpe alcanzara el corazón de Robespierre, estarían salvados todos ellos: Fouché, Barras, Tallien, Carnot, todos sus secretos enemigos. Pero para hacer posible esto, primero habría que llevar al ánimo de esos débiles caracteres la convicción de que están amenazados por Robespierre; habría que extender la esfera del miedo y la desconfianza, aumentar incluso artificialmente la presión que aquél ejerce. Habría que hacer que el plúmbeo bochorno, esa presión de la incertidumbre en los sombríos discursos de Robespierre, pesara aún más sobre los nervios de cada uno, hacer el temor aún más temible, el miedo aún más temeroso; quizá entonces la masa tuviera el valor suficiente para atacar a ese individuo.

Aquí empieza la verdadera actividad de Fouché. Desde la mañana temprano hasta entrada la noche, va de un diputado a otro, corre la voz de las misteriosas nuevas listas de conscriptos que Robespierre prepara. Y a cada uno de ellos le susurra: «Tú estás en la lista» o «Tú irás en el próximo paquete». Y de esta manera, poco a poco, subterráneo, se va extendiendo un terror pánico, porque ante tal Catón, ante tan absoluta incorruptibilidad, pocos diputados tienen una conciencia completamente pura. El uno quizá ha sido un tanto negligente en la gestión de los



fondos, el segundo ha llevado la contraria una vez a Robespierre, el tercero ha ido demasiado con mujeres (todas ellas delito a los ojos de este republicano puritano), el cuarto quizá cultivó un día la amistad de Danton o de otro de los ciento cincuenta condenados, el quinto acogió en su casa a uno de ellos, el sexto recibió una carta de un emigrante. En pocas palabras, todos tiemblan, todos consideran posible un ataque contra ellos, nadie se siente lo bastante puro como para responder plenamente a la hiperrigurosa exigencia que Robespierre plantea a la virtud ciudadana. Y una y otra vez, como el huso en la rueca, Fouché corre del uno al otro tendiendo nuevos hilos, anudando nuevas redes, enganchándolos más en esa tela de araña de desconfianza y de sospecha. Pero el que practica es un juego peligroso, porque sólo teje una tela de araña, y un solo movimiento brusco de Robespierre, una palabra de traición, puede destruir su tejido.

Este misterioso, desesperado, peligroso y subterráneo papel de Fouché en la conspiración contra Robespierre no ha sido lo bastante destacado en la mayoría de los estudios, y en los superficiales ni siquiera se lo menciona. Casi siempre la Historia se escribe tan sólo fijándose en las apariencias, y así los que relatan aquellos emocionantes últimos días no suelen describir más que el gesto dramático y patético de Tallien agitando en la tribuna el puñal que va a clavarse, la brusca energía de Barras convocando a las tropas, el discurso acusatorio de Bourdon; describen, en resumen, a los intérpretes, los actores del gran drama que se desarrollará el 9 de Termidor, e ignoran a Fouché. De hecho, en aquellos días él ya no comparece en el escenario de la Convención. Su aportación es entre bambalinas, la más difícil del director, del que gobierna la escena en ese juego audaz y peligroso. Él ha determinado las escenas, entrenado a los actores, él ha ensayado en la oscuridad y dado las consignas... en la oscuridad, que siempre constituye su verdadera esfera. Pero aunque los historiadores posteriores ignoren su papel, hay uno que ha sentido de forma consciente su activa presencia ya entonces, Robespierre, y a plena luz del día ha llamado a Fouché por su verdadero nombre: *Chef de la Conspiration* [cabeza de la conspiración].

Este espíritu desconfiado, receloso, siente que en secreto se prepara algo en su contra. Lo siente en la repentina resistencia en los comités, y más claramente quizá en la exagerada cortesía y sometimiento de algunos diputados, a los que sabe sus enemigos. Robespierre siente que se está planeando algún golpe desde la oscuridad; conoce también la mano que va a guiarlo, el *Chef de la Conspiration*, y está sobre aviso. Sus tentáculos palpan cautelosos: una policía propia, espías privados comunican a Robespierre cada paso que dan, cada encuentro, cada conversación de Tallien, Fouché y los otros conspiradores; cartas anónimas le advierten o le instigan a asumir con rapidez la dictadura y aplastar a sus enemigos antes de que se recobren. Por su parte, para confundirlos y engañarlos, adopta de pronto la máscara de la indiferencia ante el poder político. Ya no comparece en la Convención ni en el Comité. Acompañado de su gran perro de Terranova, se le ve pasear solo por la calle o por los bosques cercanos, con un libro en la mano, con la boca cerrada, en apariencia ocupado tan sólo con sus

amados filósofos e indiferente ante el poder. Pero cuando por las noches regresa a su cuarto, corrige durante horas su gran discurso. Trabaja sin fin en él, y el manuscrito muestra innumerables cambios y complementos, porque ese gran, decisivo discurso con el que piensa aplastar de golpe a todos sus enemigos ha de salir a la luz insospechadamente y ser cortante como un hacha, lleno de énfasis retórico, reluciente de espíritu y pulido por el odio. Con esa arma quiere golpear de pronto a los sorprendidos, antes de que puedan reunirse y ponerse de acuerdo. No se cansa de afilar y envenenar mortalmente su filo, y en ese ingente trabajo se le escapan largos y valiosos días.

Pero ya no hay tiempo que perder, porque los espías informan de secretos conventículos de forma cada vez más apremiante. El 5 de Termidor, cae en manos de Robespierre una carta de Fouché, dirigida a su hermana, en la que dice misteriosamente: «Nada tengo que temer de las calumnias de Maximilian Robespierre..., dentro de poco conocerás el resultado de este asunto, que, según espero, terminará en bien de la República»... Dentro de poco, pues; Robespierre está advertido. Hace llamar a su amigo Saint-Just y se encierra con él en su estrecha buhardilla de la rue Saint-Honoré. Allí se decide el día y el método del ataque. El 8 de Termidor, Robespierre sorprenderá y paralizará a la Convención con su discurso. Y el 9, Saint-Just reclamará en el Comité la cabeza de sus enemigos, la cabeza de los rebeldes, y sobre todo la de Joseph Fouché.

La tensión es casi insoportable, también los conjurados sienten el rayo entre las nubes. Pero aún siguen dudando si atacar al hombre más poderoso de Francia, al que tiene en sus manos todos los poderes, la administración municipal y el ejército, los jacobinos y el pueblo y la fama y la fuerza de un nombre irreprochable. Todavía parecen inseguros, aún no lo bastante numerosos, aún no lo bastante decididos como para declarar abierta batalla a ese gigante de la Revolución, y ya algunos vacilan cautelosos, hablan de retirada y reconciliación. La conspiración, trabajosamente encolada, amenaza con deshacerse.

En ese momento el destino, más genial que todos los poetas, pone un peso decisivo en la temblorosa balanza. Precisamente Fouché es el elegido para hacer estallar la mina. Porque en esos días este hombre acosado con desesperación por todos los perros, constantemente amenazado por el brillo del hacha, añade a su caída en desgracia política una última y extrema desgracia en su propia vida. Duro, frío, intrigante y nada comunicativo en la vida pública y en la política, este hombre extraño es en casa el más conmovedor de los maridos, el más tierno padre de familia. Ama con pasión a su espantosamente fea mujer, y sobre todo a la niña pequeña que ha nacido en los días del proconsulado, y a la que ha bautizado Nièvre con su propia mano en la plaza del mercado de Nevers. Esa niña pequeña, tierna, pálida, su favorita, cae de pronto gravemente enferma en esos días de Termidor, y a la preocupación por su propia vida se une terriblemente la nueva preocupación por la de su hija. La más espantosa de las pruebas: sabe que el ser amado, débil, enfermo del pecho, yace moribundo junto a su

esposa y, perseguido por Robespierre, no puede sentarse por las noches junto al lecho de su hija enferma, sino que tiene que esconderse en ajenas viviendas y desvanes. En vez de cuidar de ella y escuchar el aliento que se le escapa, ha de correr con las suelas al rojo de un diputado a otro, mentir, implorar, conjurar, defender su propia vida. Con los sentidos perturbados, con el corazón roto, el desdichado yerra incansable en esos ardientes días de julio (el más caluroso en muchos años) por entre las bambalinas políticas, y no puede asistir al sufrimiento y muerte de su amada hija.

El 5 o el 6 de Termidor, esa prueba termina. Fouché acompaña un pequeño ataúd al cementerio: la niña ha muerto. Esas pruebas endurecen. Ante la muerte de su hija, ya no teme la suya. Una nueva osadía, la de la desesperación, forja su voluntad. Y como los conjurados siguen titubeando y siguen queriendo aplazar la lucha él, Fouché, que ya no tiene nada que perder en el mundo más que la vida, dice la frase decisiva: «Hay que golpear mañana». Y esa frase ha sido dicha el 7 de Termidor.

Despunta la mañana del 8 de Termidor..., día histórico para el mundo. Por la mañana temprano, el ardor sin nubes de julio pesa ya sobre la ciudad que nada sospecha. Y sólo en la Convención reina tempranamente una extraña excitación: en los rincones, los diputados se congregan y susurran; nunca se han visto tantos desconocidos y curiosos en los pasillos y en las tribunas. El secreto y la tensión flotan incorpóreos en el aire, porque de forma inexplicable se ha difundido el rumor de que hoy Robespierre va a arreglar cuentas con sus enemigos. Quizá alguien ha espiado a Saint-Just y observado cómo regresaba por las noches del cuarto cerrado, y en la Convención se conoce demasiado bien el efecto de esas secretas deliberaciones. ¿O es que Robespierre ha tenido noticia por otras fuentes de los planes de guerra de sus adversarios?

Todos los conjurados, todos los que se sienten amenazados, miran temerosos los rostros de sus colegas: ¿ha contado uno de ellos, y cuál, el peligroso secreto? ¿Se les adelantará Robespierre, o podrán aplastarlo antes de que tome la palabra? ¿Lo entregará la incierta y cobarde masa de la mayoría —*le marais*—, o lo protegerá? Todo el mundo vacila y se estremece. Y, como el bochorno del cielo plomizo sobre la ciudad, una inquietud espiritual pesa amenazadora sobre la Asamblea.

Y, de hecho, apenas abierta la sesión, Robespierre pide la palabra. Solemne, como en aquella fiesta del Ser Supremo —lleva el traje, que ya se ha vuelto histórico, azul celeste con medias de seda blanca—, y lentamente, con intencionada solemnidad, sube los escalones de la tribuna. Sólo que esta vez no sostiene, como entonces, una antorcha en las manos, sino, como los lictores el mango de su hacha, un grueso fajo de papeles enrollados; su discurso. Saber que el nombre de una persona está en esas hojas cerradas significa la perdición para ese individuo, y por eso, de pronto, el cuchicheo y el siseo en los bancos cesa como si lo hubieran arrancado. Los diputados acuden a toda prisa desde el jardín,

desde las tribunas, y toman asiento en sus escaños. Cada uno de ellos escruta temeroso la expresión de ese estrecho rostro, demasiado conocido. Pero, gélidamente cerrado en sí mismo, impenetrable a toda curiosidad, Robespierre desenrolla lentamente su discurso en la tribuna. Antes de empezar a leer con sus ojos miopes, alza la vista, para incrementar la tensión, y desliza la mirada de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de abajo arriba, de arriba abajo, lenta, fría y amenazante, por la Asamblea como narcotizada. Allí se sientan sus pocos amigos, los muchos dudosos y la masa cobarde de los conjurados, que aguardan su perdición. Los mira cara a cara. Sólo hay uno al que no ve. Sólo uno de sus enemigos falta en esa hora decisiva: Joseph Fouché.

Pero, es extraño, sólo el nombre de un ausente, sólo el nombre de Joseph Fouché es mencionado en el debate. Y precisamente en torno a su nombre se inflama la última batalla, la decisiva.

Robespierre habla durante largo tiempo, de forma prolija y agotadora; siguiendo su vieja costumbre, hace girar el hacha una y otra vez sobre los innombrados, habla de conjuraciones y conspiraciones, de indignos y criminales, de traidores y maquinaciones, pero no menciona un solo nombre. Le basta con hipnotizar a la Asamblea; el golpe mortal contra las paralizadas víctimas lo dará mañana Saint-Just. Durante tres horas, deja que su vago y fraseológico discurso se extienda en el vacío, y cuando al fin termina, la Asamblea está más enervada que asustada.

Al principio, no se mueve un dedo. La incertidumbre pesa sobre todos. Nadie puede decir si ese silencio confirma una derrota o una victoria, sólo el debate lo decidirá.

Por fin, uno de sus satélites exige que la Convención acuerde que se imprima el discurso y, por tanto, lo apruebe. Nadie se pronuncia en contra. Cobarde, esclava y en cierto modo aliviada por el hecho de que hoy no se le pida más, ni nuevas cabezas, ni nuevas detenciones, ni nuevas autolimitaciones, la mayoría acepta. Entonces, en el último momento, uno de los conjurados —su nombre forma parte de la Historia Universal: Bourdon de l'Oise— se adelanta y habla en contra de que se imprima. Y esa sola voz libera todas las demás. La cobardía se reúne poco a poco y se agrupa con un valor desesperado; uno tras otro, acusan a Robespierre de formular de forma poco clara sus declaraciones y amenazas, que diga claramente de una vez a quién está acusando. En un cuarto de hora, el escenario ha cambiado: Robespierre, el atacante, ha pasado a la defensiva, debilita su discurso en vez de reforzarlo, declara que no ha acusado a nadie ni inculpado a nadie.

En ese momento chilla de repente una voz, la de un pequeño e insignificante diputado, que le replica: «*Et Fouche?*» [¿Y Fouché?]. Ese nombre ha sido mencionado, el nombre de aquel al que ya en una ocasión marcara como líder de la conjura, como traidor a la Revolución. Ahora Robespierre podría, tendría que contraatacar. Pero,

extraña, inexplicablemente, Robespierre hurta el cuerpo: «No voy a ocuparme de él ahora, sólo escucho la voz de mi deber».

Esa respuesta elusiva de Robespierre es uno de los secretos que se llevó a la tumba. ¿Por qué cuando siente que es una cuestión de vida o muerte no se emplea contra su más encarnizado enemigo? ¿Por qué no lo aplasta, por qué no ataca al ausente, al único ausente de todos? ¿Por qué no descarga con eso a todos los demás, que se sienten atemorizados y sin duda entregarían a Fouché para salvarse? Esa misma noche — afirma Saint-Just—, Fouché ha vuelto a intentar un acercamiento a Robespierre. ¿Es una finta o es verdad? Distintos testigos quieren haberlo visto en esos días sentado en un banco con Charlotte Robespierre, su antigua novia; ¿ha intentado realmente una vez más convencer a esa mujer, que empieza a envejecer, de que abogue por él ante su hermano? ¿Quería realmente el desesperado traicionar a los conspiradores para salvar su propia cabeza? ¿O quería, para tranquilizar a Robespierre y encubrir la conspiración, fingir ante él entrega y arrepentimiento? ¿Ha jugado este hombre, el más taimado de todos, también esta vez con cartas marcadas, como ha hecho mil veces? ¿Estaba el incorruptible Robespierre, igualmente amenazado, dispuesto sólo para mantenerse a perdonar en esa hora a su más odiado enemigo? ¿Fue ese rehusar la acusación a Fouché signo de un acuerdo secreto, o mera escapatoria? No se sabe. En torno a la figura de Robespierre sigue flotando hoy, después de tantos años, una sombra de misterio, la Historia jamás adivinará del todo a este impenetrable. Nunca se conocerán sus últimos pensamientos; si realmente quería la dictadura para sí o la República para todos, si quería salvar la Revolución o heredarla, como Napoleón. Nadie conoció sus más secretos pensamientos, los pensamientos de su última noche, del 8 al 9 de Termidor.

Porque ésta es su última noche, en ella se toma la decisión. A la luz de la luna de esta asfixiante noche de julio, la guillotina relampaguea fantasmagórica. ¿Caerá mañana su fría hoja sobre la nuca del trébol formado por Tallien, Barras y Fouché, o sobre la de Robespierre? Ninguno de los seiscientos diputados se acuesta esta noche, ambos partidos se arman para la lucha final. Robespierre, derribado en la Convención, acude a los jacobinos; a la temblorosa luz de las velas, temblando de irritación, les lee su discurso rechazado por los diputados. Un aplauso enloquecido le rodea una vez más, por última vez, pero él, lleno de un amargo presentimiento, no se deja engañar porque esos tres mil se arremolinen gritando a su alrededor, y califica el discurso como su testamento. Entretanto, el guardián de su sello, Saint-Just, lucha en el Comité como un poseso hasta el amanecer contra Collot, Carnot y los otros conjurados, y al mismo tiempo en los pasillos de la Convención se urde la red que mañana envolverá a Robespierre. Dos, tres veces, como el huso en la rueca, los hilos van de la derecha a la izquierda, de la montaña a la antigua reacción, hasta que finalmente han sido tejidos al amanecer en un pacto firme e irrompible. Aquí reaparece de repente Fouché, porque la noche es su elemento, la intriga su verdadera esfera. Su rostro plomizo, que el miedo aún encala de blanco, se mueve fantasmal por las estancias medio iluminadas. Susurra, halaga,

promete, intimida, asusta y amenaza a uno tras otro, y no descansa hasta haber cerrado el pacto. A las dos de la mañana, al fin, todos los adversarios están de acuerdo en el común enemigo a batir: Robespierre. Sólo entonces Fouché puede irse por fin a dormir.

También en la sesión del 9 de Termidor falta Joseph Fouché. Pero puede descansar y faltar, porque su obra está hecha, la red anudada, y al fin la mayoría está decidida a no dejar escapar con vida a ese hombre demasiado fuerte y demasiado peligroso. Apenas Saint-Just, el portador de la espada de Robespierre, empieza el preparado discurso mortal contra los conjurados, Tallien le interrumpe, porque ayer acordaron no dejar hablar a ninguno de los elocuentes, ni Saint-Just ni Robespierre. Ambos tienen que ser asfixiados antes de que hablen, antes de que puedan acusar, y así ahora, hábilmente dirigidos por el complaciente presidente, se lanzan a la tribuna un orador tras otro, y cuando Robespierre quiere defenderse, los gritos, los bramidos, los pateos ahogan su voz..., la cobardía contenida de seiscientas almas inseguras, el odio y la envidia de semanas y meses se arroja ahora contra el hombre ante el que todos tiemblan por separado. A las seis de la tarde todo está decidido, Robespierre proscrito y llevado a prisión; en vano sus amigos, los verdaderos revolucionarios, que admiran en él al alma dura y apasionada de la República, lo liberan y lo ponen a salvo en el ayuntamiento; por la noche, las tropas de la Convención asaltan ese bastión de la Revolución, y a las dos de la mañana, veinticuatro horas después de que Fouché y los suyos hayan sellado el pacto para su aniquilación, Maximilian Robespierre, el enemigo de Fouché y ayer aún el hombre más poderoso de Francia, yace atravesado en dos sillones en la antecámara de la Convención, con la mandíbula rota y cubierto de sangre. La gran presa ha sido cazada, Fouché está salvado. Al día siguiente, por la tarde, el carro renquea hacia el patíbulo. El Terror ha terminado, pero también el fogoso espíritu de la Revolución se ha extinguido, la era heroica ha quedado atrás. Ahora viene la hora de los herederos, de los caballeros de fortuna y ganadores, de los saqueadores y las almas dobles, de los generales y los hombres del dinero, la hora de los nuevos gremios. Ahora llega, se podría decir, también la hora de Joseph Fouché.

Mientras el carro de Maximilian Robespierre y los suyos rueda lentamente hacia la guillotina por la rue Saint-Honoré, el trágico camino de Luis XVI, Danton y Desmoulins y las otras innumerables víctimas, una curiosidad entusiasta se arremolina dando gritos de alegría. La ejecución ha vuelto a convertirse en fiesta popular, banderas y gallardetes ondean en los tejados, gritos de júbilo salen de todas las ventanas, una ola de alegría ruge sobre París. Cuando la cabeza de Robespierre cae en la cesta, la gigantesca plaza atruena con un único y extático grito de alegría. Los conjurados se asombran: ¿por qué el pueblo celebra tan apasionadamente la ejecución de ese hombre al que París, Francia, veneraba aún ayer como a un Dios? Y Tallien y Barras se asombran más aún cuando a la entrada de la Convención una multitud tempestuosa los recibe con gritos de admiración como tiranicidas, como vencedores del Terror. Porque al eliminar a ese hombre superior no habían querido otra cosa que librarse de un incómodo dechado de

virtudes que les miraba los dedos con demasiada atención..., pero ninguno de ellos ha pensado en dejar oxidarse la guillotina, en poner fin al Terror. Sólo que ahora que ven lo impopulares que se han vuelto las ejecuciones masivas, y lo populares que ellos podrían hacerse dando a posteriori razones de humanidad a su venganza privada, deciden con rapidez aprovecharse del malentendido. Sólo Robespierre tiene sobre su conciencia todos los actos violentos de la Revolución, afirmarán desde ahora (porque desde la fosa común no se puede responder), ellos siempre fueron apóstoles de la clemencia y estuvieron en contra de la dureza y la exageración.

No es la ejecución de Robespierre, sino la cobarde y embustera actitud de sus sucesores, la que da su sentido histórico al 9 de Termidor. Porque hasta ese día la Revolución había reclamado para sí todo derecho, asumido tranquilamente toda responsabilidad..., desde ese día, confiesa temerosa haber cometido también injusticias, y sus caudillos empiezan a negarlas. Pero toda creencia espiritual, toda cosmovisión, se quiebra en su más íntima fuerza en cuanto niega su derecho incondicionado, su infalibilidad. Y cuando los tristes vencedores Tallien y Barras insultan los cuerpos de sus grandes predecesores Danton y Robespierre llamándolos cadáveres de asesinos y se sientan temerosos en los bancos de la derecha, entre los moderados, entre los secretos enemigos de la República, no sólo traicionan a la historia y al espíritu de la Revolución, sino a sí mismos.

Todo el mundo espera ver a su lado a Fouché, el principal conspirador, el más encarnizado enemigo de Robespierre. Él, al ser el más amenazado, él, el *Chef de la Conspiration*, bien tendría derecho a una parte especialmente jugosa del botín. Pero, es curioso..., Fouché no se sienta con los otros en los bancos de la derecha, sino en su viejo sitio en la «montaña», entre los radicales, y se envuelve en el silencio. Por primera vez —asombra—, no va con la mayoría.

«¿Por qué actúa Fouché de un modo tan singular?», preguntaron algunos entonces y después. La respuesta es sencilla: porque es más inteligente y piensa con más visión de futuro que los otros, porque su superior entendimiento de la política contempla con más profundidad los hechos que los necios Tallien y Barras, a los que sólo el peligro ha dado una corta energía. Él, el antiguo profesor de física, conoce la ley de las fuerzas del movimiento, según la cual una ola no puede detenerse en el aire. Tiene, él lo sabe, que seguir avanzando o refluir. Así que si ahora empieza el reflujó, si comienza una reacción, tampoco parará en barras, como no lo ha hecho la Revolución; irá, exactamente como ésta, hasta el extremo, hasta la violencia. Entonces, esa alianza tramada a toda prisa tendrá forzosamente que romperse, y si la reacción vence, todos los paladines de la Revolución estarán perdidos. Porque, con las nuevas ideas, también cambia peligrosamente la consideración de los actos de ayer. Lo que ayer pasaba por ser virtud y obligación republicana —por ejemplo, ametrallar a mil seiscientas personas y saquear las iglesias—, se convertirá entonces necesariamente en crimen, los acusadores de ayer serán los acusados de mañana. Fouché,

que tiene toda clase de cosas sobre su conciencia, no quiere compartir el tremendo error de los otros termidoristas (así se llaman ahora los vencedores de Robespierre), que se aferran temerosos a la rueda de la reacción..., él sabe que no servirá de nada: una vez la reacción eche a rodar, los arrastrará a todos con ella. Sólo por inteligencia y previsión Fouché sigue en la izquierda, se mantiene fiel a los radicales, porque siente que pronto irán precisamente al cuello de los más osados.

Y Fouché tiene razón. Para hacerse populares, para enfatizar una humanidad que nunca tuvieron, los termidoristas sacrifican a los más enérgicos de los procónsules, hacen ejecutar a Carrier, que ahogó seis mil hombres en el Loira, a Joseph Lebon, el tribuno de Arras, y a Fouquier-Tinville. Para complacer a la derecha, vuelven a llamar a los setenta y tres miembros de la Gironda expulsados, y demasiado tarde advierten que, al reforzar así la reacción, han quedado en sus manos. Ahora tienen que acusar, obedientes, a sus propios amigos contra Robespierre, Billaud-Varenne y Collot d'Herbois, el colega de Fouché en Lyon. La reacción se acerca cada vez más al cuello de Fouché. Esta vez aún se salva, negando cobardemente toda culpa en Lyon (aunque firmó cada una de las hojas en común con Collot), y afirmando de forma igual de embustera haber sido perseguido por el tirano Robespierre exclusivamente por su excesiva suavidad. De hecho, el taimado engaña con esto por un tiempo a la Convención. Puede permanecer a salvo en su sitio mientras Collot va a parar a la «guillotina seca», es decir, es enviado a las islas de las Fiebres, las Indias Occidentales, donde sucumbe al cabo de pocos meses. Pero Fouché es demasiado inteligente como para sentirse ya seguro después de esta primera defensa; conoce lo implacables que son las pasiones políticas, sabe que una reacción no se satura de hombres, lo mismo que una revolución, hasta que no se le arrancan los dientes; no se detendrá en su ansia de venganza hasta que el último de los jacobinos haya sido llevado ante los tribunales y la República haya sido destruida. Y así, sólo ve una salvación para la Revolución, a la que está ligado indisolublemente por su deuda de sangre: renovarla. Y sólo ve una salvación para sí mismo: que el gobierno caiga. Nuevamente el más amenazado de todos, igual que hace seis meses, inicia, solo frente a fuerzas superiores, la lucha desesperada por su vida.

Siempre que se trata del poder y de su vida, Fouché despliega energías asombrosas. Ve que por vía legal ya no se puede evitar que la Convención persiga a los antiguos partidarios del Terror, así que no queda otro recurso que el tan frecuentemente acreditado durante la Revolución: el terror. Ya en una ocasión, al condenar a los girondinos, al condenar al rey, se atemorizó a los diputados cobardes y cautelosos (entre ellos el entonces aún conservador Joseph Fouché) movilizándolo la calle contra el Parlamento, trayendo de los suburbios a los batallones de trabajadores con su fuerza proletaria, con su irresistible entusiasmo, e izando en el ayuntamiento la roja bandera de la revuelta. ¿Por qué no volver a lanzar a esa vieja guardia de la Revolución, los que asaltaron la Bastilla, los hombres del 10 de agosto, contra la acobardada Convención, y destruir con los puños su poder? Sólo el pánico a la revuelta, a la amargura proletaria, puede atemorizar a los



termidoristas, así que Fouché decide amotinar al pueblo de París, a las grandes masas, y lanzarlo contra sus enemigos, sus acusadores.

Naturalmente, Fouché es demasiado cauteloso como para ir a los suburbios, pronunciar allí fogosos discursos revolucionarios o, como Marat, arrojar al pueblo folletos incendiarios con riesgo de su vida. No gusta de exponerse, elude gustoso la responsabilidad; su arte magistral no es el del discurso que arrastra, sino el del susurro, el del colocarse-detrás-de-otro. Y también esta vez encuentra al hombre adecuado que, adelantándose osado y decidido, le cubre con su sombra.

Por París vaga entonces, proscrito y oculto, un sincero y apasionado republicano, François Baboeuf, que se hace llamar Graco Baboeuf. Un corazón desbordante, una inteligencia media. Proletario desde lo más hondo, antiguo agrimensor e impresor, sólo tiene unas pocas y primitivas ideas, pero las alimenta con pasión viril y las calienta en la brasa de una convicción verdaderamente republicana y socialista. Cautelosos, los republicanos burgueses e incluso Robespierre han dejado a un lado las ideas socialistas, y a veces bolcheviques, de Marat sobre el reparto del patrimonio; han preferido hablar mucho, mucho de la libertad, mucho también de la fraternidad, pero menos de la igualdad, en lo que se refiere al dinero y la propiedad. Baboeuf retoma las ideas medio pisoteadas de Marat, las aviva con su aliento y las lleva como una antorcha por los distritos proletarios de París. Y esa llama puede alzarse de pronto, devorar en unas horas todo París, todo el país, porque poco a poco el pueblo comprende la traición que los termidoristas están cometiendo, en su propio beneficio, contra su revolución, la revolución proletaria. Detrás de este Graco Baboeuf se sitúa ahora Fouché. No se muestra del brazo con él en público, pero le susurra en secreto para excitar al pueblo. Le induce a escribir folletos provocadores y corrige él mismo los pliegos de imprenta. Porque sólo, piensa él, si los trabajadores marchan, si vuelven a salir de los suburbios con sus picas y tambores, entrará en razón esa cobarde Convención. Sólo con el terror, el miedo y la intimidación se podrá salvar la República, sólo un enérgico empujón de la izquierda podrá compensar esa peligrosa inclinación a la derecha. Y para ese audaz, realmente peligrosísimo empujón, este hombre decente, limpio, de buena fe, sincero, es espléndido como punta de lanza; tras sus anchas espaldas de proletario es posible esconderse bien. Baboeuf a su vez, que se hace llamar con orgullo Graco y tribuno de la plebe, se siente muy honrado de que el famoso diputado Fouché le aconseje. Aquí hay un último y magnífico republicano, piensa él, uno que se ha quedado sentado en los bancos de la montaña, que no ha hecho causa común con la *Jeunesse dorée* y los proveedores del ejército. De buen grado, se deja asesorar y se lanza ahora, empujado por esa mano hábil, contra Tallien, los termidoristas y el gobierno.

Pero Fouché sólo puede engañarle a él, hombre bondadoso y rectilíneo. El gobierno pronto reconoce la mano que carga el fusil contra él, y en sesión pública Tallien acusa a Fouché de estar detrás de Baboeuf. Como siempre, Fouché niega rápidamente a su aliado (exactamente igual que

a Chaumette entre los jacobinos, exactamente igual que a Collot en Lyon), no, él sólo conoce fugazmente a Baboeuf, condena sus excesos, en pocas palabras, se aparta de él a toda velocidad. Y una vez más, el contragolpe alcanza a su ariete; pronto Baboeuf es detenido, pronto será fusilado en el patio de un cuartel (siempre es otro el que paga con su sangre por las palabras y la política de Fouché).

El audaz contragolpe de Fouché ha fracasado, no ha conseguido nada más que volver a llamar la atención sobre él, y eso no ha sido bueno. Porque ahora se vuelven a acordar de Lyon y de los campos ensangrentados de Brotteaux. Una y otra vez, y ahora con energía redoblada, la reacción trae acusadores de las provincias en las que ha actuado. Apenas ha rechazado a duras penas las acusaciones de Lyon, cuando ya se presentan Nevers y Clamecy. Cada vez más alto, cada vez con más ruido, Joseph Fouché es acusado de terrorismo ante la Convención. Se defiende con astucia, con energía y no sin suerte; incluso Tallien, su adversario, se esfuerza ahora en protegerle, porque incluso él se siente inquieto ante el poder de la reacción, y empieza a pensar en su propia cabeza. Pero ya es demasiado tarde: el 22 de Termidor de 1795, un año y doce días después de la caída de Robespierre, se presenta tras largo debate la acusación contra Joseph Fouché por sus actos de terror. Y el 23 de Termidor se decide su detención. Como a Robespierre la sombra de Danton, ahora es la sombra de Robespierre la que persigue a Fouché.

Pero estamos —y el astuto político lo ha calculado bien— en Termidor del año cuarto de la República, ya no del tercero. En 1793, acusación significaba orden de detención, y detención, la muerte; llevado de noche a la Conciergerie, al día siguiente se era interrogado y por la tarde ya se iba en el carro. Pero en 1794 la mano férrea del «insobornable» ya no sostiene las riendas del tribunal; las leyes se han vuelto laxas, se puede uno escurrir por entre ellas si se es flexible. Y Fouché no sería Fouché si él, que tan a menudo se ha visto peligrosamente cercado, no atravesara redes tan elásticas. Consigue, mediante tretas y añagazas, que no se le detenga de inmediato, que se le deje tiempo para una réplica, una respuesta, una justificación, y en aquella época el tiempo lo es todo. ¡Basta con situarse en la oscuridad para ser olvidado; con estar en silencio mientras los otros gritan, para ser ignorado! Siguiendo la famosa receta de Sieyés, que pasó en la Convención todos los años del Terror sin abrir la boca, y después, al preguntársele qué había hecho durante todo ese tiempo, da la genial respuesta: «*J'ai vécu*» [He vivido], ahora Fouché se hace el muerto, como algunos animales, para que no lo maten. No hay más que salvar la vida durante un breve período de transición, y se estará salvado. Porque este experimentado olfateador del viento siente que todo el esplendor y la fuerza de esta Convención no durará más de unas pocas semanas, unos pocos meses.

Así salva su vida Joseph Fouché, y eso es mucho en aquel tiempo. Naturalmente, no salva más que la vida, no su nombre, su posición, porque ya no se le elige para la nueva Asamblea. Es en vano su enorme esfuerzo, en el que derrocha cantidades ingentes de pasión y astucia, de

osadía y traición: sólo la vida consigue retener. Ya no es Joseph Fouché, de Nantes, diputado del pueblo, ya no es profesor del oratorio, no es más que un hombre olvidado y despreciado, sin rango, sin patrimonio, sin importancia, una sombra mísera a la que sólo la oscuridad protege.

Y, durante tres años, nadie en Francia vuelve a pronunciar su nombre.

## MINISTRO DEL DIRECTORIO Y DEL CONSULADO

1799-1802

¿Ha compuesto alguien el himno del exilio, ese poder creador del destino que en su caída eleva al hombre y, en la dura coerción de la soledad, concentra nuevamente y en otro orden las estremecidas fuerzas de su espíritu? Los artistas siempre se han limitado a acusar al exilio de aparente perturbación del ascenso, de inútil intervalo, de cruel interrupción. Pero el ritmo de la Naturaleza quiere tan violentas cesuras. Porque sólo quien conoce las profundidades, conoce la vida completa. Sólo el retroceso da al hombre toda su energía para avanzar. El genio creador, sobre todo, necesita esta forzada soledad temporal para medir desde la lejanía de la exclusión el horizonte y la altura de su verdadera tarea. Los mensajes más importantes para la Humanidad han venido del exilio, los creadores de las grandes religiones, Moisés, Cristo, Mahoma, Buda, todos tuvieron que internarse primero en el silencio del desierto, en el no estar entre hombres, antes de poder alzar su palabra decisiva. La ceguera de Milton, la sordera de Beethoven, la prisión de Dostoievski, las mazmorras de Cervantes, el encierro de Lutero en el Wartburg, el exilio de Dante y el autoimpuesto destierro de Nietzsche a las gélidas zonas de la Engadina, todos ellos fueron una exigencia querida secretamente por el propio genio contra la despierta voluntad del hombre. Pero también en el mundo inferior, en el más terrenal, en el mundo político, una temporal ausencia da al hombre de Estado una nueva frescura en la mirada, una mejor meditación y cálculo del juego de fuerzas político. Por eso, nada más feliz para una carrera que una temporal interrupción, porque quien sólo conoce el mundo desde arriba, desde la nube imperial, desde las alturas de la torre de marfil y del poder, no conoce más que la sonrisa del sometido y su peligroso servilismo; quien siempre tiene él mismo la medida en sus manos, olvida su verdadero peso. Nada debilita más al artista, al general, al hombre de poder, que la incesante consecución de su voluntad y su deseo; sólo en el fracaso el artista conoce su verdadera relación con la obra, sólo en la derrota el general advierte sus errores, sólo en la caída en desgracia alcanza el hombre de Estado la verdadera visión de conjunto de la política. La continua riqueza ablanda, el continuo aplauso vuelve obtuso; sólo la interrupción da nueva tensión y elasticidad creadora al giro en vacío. Sólo la desdicha da profundidad y amplitud a la mirada que otea la realidad del mundo. Todo exilio es una dura enseñanza, pero es enseñanza y aprendizaje; amasa nuevamente la voluntad del débil, vuelve decidido al titubeante, hace más duro aún al duro. Para el verdaderamente fuerte, el exilio jamás es una minoración, sino un reforzamiento de sus fuerzas.

El exilio de Joseph Fouché duró más de tres años, y la isla inhóspita y solitaria a la que es enviado lleva el nombre de pobreza. Ayer aún procónsul y configurador del destino de la Revolución, cae de los más

altos peldaños del poder a tal oscuridad, tal suciedad y lodo, que se pierden sus huellas. El único que le ha visto entonces, Barras, da una imagen conmovedora del mísero desván, apenas una cueva bajo el cielo, en que habita Fouché con su fea esposa y dos de sus enfermizos y pelirrojos hijos, albinos de rara fealdad. A cinco pisos de altura, en un cuarto sucio, húmedo, recocado por el sol, se esconde el caído, ante cuyas palabras temblaban decenas de miles, y que dentro de pocos años, como duque de Otranto, volverá a estar al timón de los destinos de Europa, pero que ahora no sabe con qué dinero comprará al día siguiente leche para sus hijos, pagará el miserable alquiler y al mismo tiempo defenderá incluso esa mísera vida de sus innumerables e invisibles enemigos, de los vengadores de Lyon.

Nadie, ni siquiera su más fiel y preciso biógrafo, Madelin, sabe decir de forma exhaustiva de qué vivió Fouché durante esos años de miseria. Ya no percibe sueldo de diputado, ha perdido su patrimonio familiar en la sublevación de Santo Domingo, nadie se atreve a contratar o emplear públicamente al *Mitrailleur de Lyon*, todos sus amigos le han abandonado, todo el mundo le evita. Se supone que practicó los más extraños y oscuros negocios..., en verdad, no es una fábula, el que luego sería duque de Otranto se dedica entonces a cebar cerdos. Pero pronto elige una actividad aún más sucia, la de espía de Barras, el único de los nuevos poderosos que, con una curiosa compasión, sigue recibiendo al caído. Naturalmente, no en la sala de audiencias del Ministerio, sino en algún lugar en la oscuridad; allí, arroja de vez en cuando a ese mendicante incansable algún pequeño trabajo sucio, un chanchullo en el ejército, un viaje de inspección, alguna renta, por diminuta que sea, que permita mantener a flote a ese pesado durante otros quince días. Pero en esos múltiples ensayos se revela el verdadero talento de Fouché. Porque Barras tiene ya entonces toda clase de planes políticos, desconfía de sus colegas y puede emplear muy bien a un espía privado, un enlace y un soplón que no pertenezca a la policía oficial, una especie de detective privado. Para eso Fouché es espléndido. Escucha y espía, se mete en las casas por puertas traseras, saca a todos sus conocidos el chisme del día y lleva en secreto a Barras esa sucia mucosidad de la vida pública. Y cuanto más ambicioso se vuelve Barras, cuanto más codiciosos apuntan sus planes hacia un golpe de Estado, tanto más necesita a Fouché. Hace mucho que en el Directorio (el Consejo de los Cinco que ahora gobierna Francia) le molestan las dos personas decentes, sobre todo Carnot, el hombre más recto de la Revolución francesa, y piensa librarse de ellas. Pero quien planea un golpe de Estado y organiza conspiraciones necesita, ante todo, correveidiles sin escrúpulos, hombres para todo, *à tout faire*, *bravos* y *bulos*, como los llaman los italianos, hombres por un lado carentes de carácter y, sin embargo, fiables dentro de esa falta de carácter; para eso Fouché es el más adecuado. El exilio será la escuela para su carrera, y en él despliega su futuro talento de maestro de la policía.

Por fin, por fin, tras una larga, larga noche en la helada de la vida, en la oscuridad de la pobreza, Fouché ventea el aire de la mañana. Hay un nuevo Señor en el país, un nuevo poder en ciernes, y decide servirle. Ese nuevo poder es el dinero. Apenas yacen Robespierre y los suyos en la

dura tabla de madera, el todopoderoso dinero resucita, y vuelve a tener mil esbirros y siervos. Coches de caballos bellamente almohazados y recién enjaezados vuelven a recorrer las calles, y en su interior se sientan, medio desnudas como diosas griegas, hechiceras mujeres envueltas en valioso tafetán y muselina. La juventud dorada cabalga por el bosque de Boulogne con blancos y tersos pantalones de nanquín y fracs amarillos, pardos, rojos. En la mano llena de anillos llevan elegantes fustas de mango dorado, que gustan de emplear contra los antiguos hombres del Terror; se hacen buenos negocios en las perfumerías y en las joyerías, aparecen de pronto quinientos, seiscientos, mil salones de baile y cafés, se compran villas y se construyen casas, se va al teatro, se especula y apuesta, compra y vende, y se juegan millares tras las cortinas de damasco del Palais Royal. El dinero ha vuelto, autocrático, insolente y audaz.

Mas ¿dónde estaba el dinero de Francia entre 1791 y 1795? Siempre había estado allí, sólo se había escondido. Exactamente igual que en Alemania y Austria en la época del miedo a los comunistas, en 1919, de pronto los ricos se han hecho el muerto y andan quejándose con ropas raídas, porque bajo Robespierre el que se permitía el menor lujo, incluso el que se acercaba a él, pasaba por ser un *mauvais riche* [malvado rico] (por emplear los términos de Fouché), pasaba por sospechoso; se había vuelto incómodo pasar por rico. Hoy, sólo vuelve a ser alguien quien es rico. Y felizmente viene una espléndida era (como siempre ocurre en medio del caos) para hacer dinero. Porque los patrimonios se reestructuran; se venden bienes, se gana con ello. Se subastan las posesiones de los emigrados, se gana con ello. Los asignados pierden valor de cotización de día en día, una furiosa fiebre inflacionaria sacude el país, se gana con ello. Con todo se puede ganar dinero si se tienen unas manos ágiles e insolentes y contactos en el gobierno. Pero hay un manantial que fluye con incomparable esplendidez: la guerra. Ya en 1791, justo al principio, unos cuantos (exactamente igual que unos cuantos en 1914) habían descubierto que también se podía obtener beneficio de una guerra devoradora de hombres y destructora de valores, pero entonces Robespierre y Saint-Just, los incorruptibles, habían saltado furiosos al cuello de los «acaparadores». Ahora, en cambio, una vez que ese Catón ha sido, gracias a Dios, eliminado, y la guillotina se oxida en el almacén, los traficantes y los proveedores de armas viven una época dorada. Ahora se puede suministrar tranquilamente mal calzado a cambio de buen dinero, llenarse los bolsillos a conciencia a base de anticipos y requisas. La condición, por supuesto, es que a uno le asignen los contratos de suministro. Por eso, esos pequeños negocios siempre requieren un buen mediador, un gestor bien acreditado y sin embargo bien dispuesto, que abra a los especuladores la puerta trasera del establo para que accedan al rico pesebre del Estado y la guerra.

Ahora Joseph Fouché es el hombre ideal para tales negocios sucios. La miseria ha lavado a fondo su conciencia republicana, ha tirado tranquilamente a la chimenea el odio al dinero, es posible comprar barato a este muerto de hambre. Y por otra parte tiene las mejores «relaciones», pues entra y sale (como espía) de la antecámara de

Barras, el presidente del Directorio. Así, de la noche a la mañana, el comunista radical de 1793, el que quería hornear el «pan de la igualdad», se convierte en íntimo de los recién horneados banqueros republicanos y hace realidad, a cambio de unos buenos porcentajes, todos sus deseos y negocios. Por ejemplo, el estraperlista Hinguerlot, uno de los negociantes más descarados y faltos de escrúpulos de la República (Napoleón le odiaba encarnizadamente), se enfrenta a una molesta acusación: ha traficado con una insolencia un poco excesiva, y se ha llenado demasiado los bolsillos con las entregas. Ahora tiene al cuello un proceso que puede costarle mucho dinero, y quizá la cabeza. ¿Qué se hace (entonces y ahora) en esas situaciones? Uno se vuelve a alguien que tenga buenos contactos con los de «arriba», influencia política o privada, y pueda «arreglar» el enojoso asunto. Uno se vuelve pues a Fouché, el soplón de Barras, que enseguida engrasa las suelas de sus zapatos y corre a ver al omnipotente (la carta está impresa en sus memorias); y, de hecho, el sucio asunto termina de forma silenciosa e indolora. A cambio, Hinguerlot le incluye en los suministros al ejército, los negocios en la bolsa y *l'appétit vient en mangeant* [el comer y el rascar, todo es empezar]. Fouché descubre en 1797 que el dinero huele mucho mejor que la sangre de 1793, y gracias a sus nuevas «relaciones» funda, por una parte para los grandes financieros y por otra para el corrupto gobierno, una nueva compañía de suministros para el ejército de Scherer. Los soldados del bravo general llevarán malas botas y se congelarán en sus finos capotes, serán batidos en las llanuras de Italia, pero lo más importante es que la compañía Fouché-Hinguerlot, y probablemente también Barras, obtendrán un sabroso beneficio. Desaparecida la repugnancia ante el «despreciable y corruptor metal» que el ultrajacobino y supercomunista Fouché proclamaba con tanta elocuencia hace apenas tres años, olvidados también los estallidos de odio contra los «malos ricos», olvidado que el «buen republicano no necesita más que pan y hierro y cuarenta escudos al día», de lo que se trata ahora es de hacerse rico de una vez. Porque en el exilio Fouché ha conocido el poder del dinero, y le sirve como a todo poder. Ha sufrido estar abajo demasiado tiempo, de forma demasiado dolorosa, el espantoso estar abajo, entre la suciedad del desprecio y la privación... ahora tensa todas sus fuerzas para llegar arriba, a ese mundo donde se compra poder con el dinero y se hace dinero con el poder. Se ha abierto la primera galería de esa mina, la más fecunda de todas, se ha dado el primer paso en el fantástico camino desde un desván del quinto piso a una sede ducal, desde la nada a un patrimonio de veinte millones de francos.

Ahora que Fouché se ha sacudido por entero de los hombros el incómodo lastre de los principios revolucionarios, ha cobrado movilidad: de la noche a la mañana, vuelve a tener el pie en el estribo. Su amigo Barras no sólo hace oscuras transacciones monetarias, sino también sucios negocios políticos. Quiere vender, en total silencio, la República a Luis XVIII a cambio de un título ducal y un montón de dinero. Para eso, lo único que le estorba es la presencia de colegas republicanos decentes, como Carnot, que siguen creyendo en la República y no quieren entender que los ideales sólo están ahí para sacar partido de ellos. Y sin duda Fouché ayuda en gran medida con

trabajos subterráneos a su socio en el golpe de Estado del 18 de Fructidor, que le libra de esos molestos guardianes, porque apenas su protector Barras es señor irrestricto del Consejo de los Cinco, el renovado Directorio, este hombre que huye de la luz se adelanta impetuoso y exige su recompensa. Barras tiene que darle un empleo, en la política, en el ejército, en algún sitio, en alguna misión en que pueda llenarse los bolsillos y recobrase de los años de miseria. Barras, que necesita a este hombre, no puede decir que no al servidor de sus oscuros negocios, pero aun así el nombre de Fouché, el Ametrallador de Lyon, sigue apestando demasiado a sangre derramada como para comprometerse abiertamente con él en las primeras semanas de la reacción. Así que primero es enviado por Barras, como representante del gobierno, a Italia, con el ejército, y luego a Holanda, a la República Bátava, para entablar negociaciones secretas. Barras sabe por experiencia que es maestro en la intriga subterránea; pronto lo experimentará aún más a fondo en propia carne.

Así que en 1798 Fouché es embajador de la República francesa; vuelve a tener el pie en el estribo. Exactamente igual que en su sangrienta misión de antaño, desarrolla en sus tareas diplomáticas la misma fría energía; especialmente en Holanda, consigue éxitos a la velocidad del rayo. Envejecido por trágicas experiencias, madurado por tiempos tempestuosos, forjado en la dura fragua de la miseria, Fouché conserva su antigua energía, aparejada a una nueva cautela. Pronto, arriba, los nuevos señores advierten que éste es un hombre al que se puede utilizar, que baila al compás que marca el viento y salta con el dinero, complaciente con los de arriba, despiadado con los de abajo, el marino correcto y hábil para una marejada. Y como el barco del gobierno oscila de manera crecientemente peligrosa y amenaza con naufragar a cada instante en su incierto rumbo, el 3 de Termidor de 1799 el Directorio toma una inesperada decisión: Joseph Fouché, destacado en misión secreta en Holanda, es nombrado de pronto, de la noche a la mañana, ministro de Policía de la República francesa.

¡Joseph Fouché, ministro! París se sobresalta como ante un cañonazo. ¿Ha vuelto a empezar el Terror, cuando sueltan a ese perro sanguinario, el Ametrallador de Lyon, el blasfemo y saqueador de iglesias, el amigo del anarquista Baboeuf? ¿Van a traer también de la Guayana —¡Dios no lo quiera!— a Collot d'Herbois y Billaud y a volver a poner la guillotina en la plaza de la República? ¿Volverán a hornear el «pan de la igualdad», a implantar los comités filantrópicos que le sacan el dinero a los ricos? París, que ya se había tranquilizado, con sus mil quinientos locales de baile, sus deslumbrantes tiendas, su juventud dorada, se espanta..., los ricos y los burgueses vuelven a temblar, como en el año 1792. Sólo los jacobinos, los últimos republicanos, están contentos. Por fin, después de terribles persecuciones, regresa al poder uno de ellos, el más osado, el más radical, el más inflexible; ¡ahora se pondrá en jaque a la reacción, se limpiará la República de realistas y conspiradores! Pero, es extraño, ambos, los unos y los otros, se preguntan al cabo de pocos días: ¿se llama realmente Joseph Fouché este ministro de Policía? Una vez más, se ha demostrado cierta la sabia frase de Mirabeau (que sigue siendo válida para los socialistas de hoy) de que los jacobinos, al llegar



a ministros, ya no son ministros jacobinos: porque mira por dónde, los labios que antes goteaban sangre están ahora llenos del unguento de las palabras de reconciliación. *Orden, paz, seguridad*, estas palabras reaparecen incesantemente en las proclamas policiales del ex partidario del Terror, y la lucha contra la anarquía es su primera divisa. Hay que restringir la libertad de prensa, poner fin al eterno discurso incendiario. Orden, orden, paz y seguridad..., ni un Metternich, ni un Seldnitzki, ningún archirreaccionario del Imperio austríaco redacta decretos más conservadores que Joseph Fouché, el *Mitrailleur de Lyon*.

Los ciudadanos respiran: ¡en qué san Pablo se ha convertido este Saulo! Pero los verdaderos republicanos rugen de indignación en sus salas de reuniones. Han aprendido poco en estos años, aún siguen pronunciando rabiosos discursos, discursos y discursos, amenazan al Directorio, a los ministros y a la Constitución con citas de Plutarco. Se muestran tan furibundos como si aún vivieran Danton y Marat, como si las campanas aún pudieran traer de los suburbios a cientos de miles de personas. Sea como fuere, sus molestas quejas terminan por inquietar al Directorio. «¿Qué hacer?», es la pregunta con la que sus colegas asedian al recién elegido ministro de Policía.

«Cerrar el club», responde el inmovible. Los otros le miran incrédulos, y preguntan cuándo se tomaría esa audaz medida. «Mañana», responde tranquilamente Fouché.

Y, de hecho, la noche siguiente Fouché, antiguo presidente de los jacobinos, se presenta en el club radical de la rue du Bac. En ese círculo ha latido, durante todos esos años, el corazón de la Revolución. Son los mismos hombres ante los que Robespierre, Danton y Marat, él mismo, han pronunciado apasionados discursos: después de la caída de Robespierre, después de la derrota de Baboeuf, en este club *de Manège*, este centro de maquinaciones, sólo vive el recuerdo de los arrebatados días de la Revolución.

Pero el sentimentalismo no va con Fouché; cuando quiere, puede olvidar su pasado de manera terriblemente rápida. El antiguo profesor de matemáticas del oratorio siempre mide el paralelogramo de las fuerzas reales en persona. Sabe que la idea republicana está liquidada, sus mejores líderes, sus hombres de acción, yacen bajo tierra; hace mucho que todos los clubes se han convertido en centros de tertulia donde unos y otros se quitan las palabras de la boca. En el año 1799, las citas de Plutarco y las frases patrióticas han perdido cotización junto con los asignados: se han pronunciado demasiadas frases y se han impreso demasiados billetes. Francia (¡quién lo sabe mejor que el ministro de Policía, que controla la opinión pública!) está cansada de abogados, oradores y renovadores, cansada de decretos y de leyes, no quiere más que tranquilidad, orden, paz y finanzas claras; igual que tras unos años de guerra, tras unos años de revolución, después de cualquier éxtasis comunitario, el incesante egoísmo del individuo, de la familia, recobra sus derechos.

Precisamente uno de los republicanos, uno de los amortizados hace mucho, está pronunciando un ardiente discurso cuando se abre la puerta y Fouché entra en uniforme de ministro, acompañado por los gendarmes. Con una fría mirada, mide a la asamblea que, sorprendida, se pone en pie: ¡qué lamentables adversarios! Hace mucho que los hombres de acción, los hombres de espíritu de la Revolución, sus héroes y desesperados, se han marchado: sólo quedan los charlatanes, y contra los charlatanes basta con un gesto decidido. Sin titubear, sube a la tribuna, y por primera vez desde hace seis años los jacobinos vuelven a oír su voz gélida, sobria, pero no, como antes, para llamar a la libertad y al odio contra los déspotas, sino que con toda tranquilidad ese hombre enjuto declara lisa y llanamente cerrado el club. La sorpresa es tan grande que nadie ofrece resistencia. No braman, no se lanzan con puñales contra los que aniquilan la libertad, como siempre habían jurado hacer. Balbucean tan sólo, retroceden y abandonan la sala conmocionados. Fouché ha calculado bien: contra los hombres hay que luchar. A los charlatanes se les abate con un gesto.

Una vez que la sala está vacía, camina tranquilamente hacia la puerta, la cierra y se guarda la llave en el bolsillo. Y con esa vuelta de llave termina realmente la Revolución francesa.

Un cargo no es más que lo que un hombre hace de él. Cuando Joseph Fouché asume el Ministerio de Policía, recibe una función subalterna, una especie de subprefectura del Ministerio del Interior. Debe supervisar e informar, reunir el material para la política interior y exterior con la que los señores del Directorio trabajan como los reyes. Pero apenas ha tenido Fouché el poder tres meses en sus manos, sus benefactores observan sobresaltados, sorprendidos y ya indefensos, que no sólo vigila hacia abajo, sino también hacia arriba; que el ministro de Policía controla a los otros ministros, al Directorio, a los generales, la política entera. Su red se extiende a todos los cargos e incumbencias, en sus manos desembocan todas las noticias, hace política junto a la política, guerra junto a la guerra, extiende en todas las direcciones las fronteras de sus facultades, hasta que finalmente Talleyrand tiene que redefinir, irritado, la posición del ministro de Policía: «El ministro de Policía es un hombre que se ocupa, primero, de todas las cosas que le incumben, y en segundo lugar de todas las que no le incumben».

Esta complicada máquina, este aparato de control universal de todo un país, ha sido construida de forma grandiosa. Mil informaciones afluyen cada día a la casa del quai Voltaire, porque al cabo de unos meses este maestro ha llenado el país de espías, agentes secretos y confidentes. Pero no se imagine a esos espías como el habitual y tosco detective pequeñoburgués que escucha la charla cotidiana de los porteros y las tabernas, de los burdeles y las iglesias; los agentes de Fouché también llevan entorchados de oro y levitas de diplomático y vestidos de delicado encaje, charlan en los salones del Faubourg Saint-Germain y se escurren, disfrazados de patriotas, en las reuniones secretas de los jacobinos. En la lista de sus asalariados se encuentran marqueses y duquesas con los apellidos más resonantes de Francia, incluso puede

jactarse (¡fantástico hecho!) de tener a su servicio a la primera mujer del reino, Josefina Bonaparte, posterior emperatriz. En el despacho de su posterior señor y emperador, el secretario está vendido a él, en Hartwell, Inglaterra, el cocinero del rey Luis XVIII está a sueldo suyo. Cada comentario es notificado, cada carta es abierta. En el ejército, entre los comerciantes, entre los diputados, en la taberna y en la Asamblea, el ministro de Policía escucha invisible, y todas esas mil informaciones corren diariamente en dirección a su escritorio. Allí se analizan, filtran y cotejan las denuncias, en parte correctas e importantes, en parte mera charlatanería, hasta que de mil cifras se desprende una noticia clara.

Porque la información lo es todo; en la guerra como en la paz, en la política como en las finanzas. Ya no el terror, sino el conocimiento es en 1799 el poder en Francia. El conocimiento de cada uno de esos tristes termidoristas, cuánto dinero acepta, por quién es sobornado, por cuánto se le puede comprar, para mantenerlo en jaque y convertir así al superior en súbdito; el conocimiento de las conspiraciones, en parte para abatirlas, en parte para promoverlas y escorarse siempre hacia el lado correcto en política; el conocimiento anticipado de las noticias del escenario bélico y de las negociaciones de paz, para operar en bolsa con financieros complacientes y cimentar al fin un firme patrimonio. Así, en manos de Fouché esta máquina de información produce constantemente dinero, y el dinero a su vez sirve de engrase para mantenerla en silencioso funcionamiento. Desde las casas de juego, los burdeles, desde los bancos fluyen a sus manos discretas tasas que suman cuantías millonarias, al llegar a ellas se convierten en sobornos, los sobornos a su vez en informaciones; así nunca se atasca ni fracasa esta enorme, refinada maquinaria policial que un solo hombre crea de la nada en pocos meses gracias a su inmensa capacidad de trabajo y a su genio psicológico.

Pero lo más genial en esta incomparable maquinaria de Fouché es esto: sólo funciona en una única mano. En algún sitio tiene insertado un tornillo que, al sacarlo, detiene todo ese silbante impulso. Fouché se cuida desde el primer momento para el caso de una caída en desgracia; sabe que, si le despiden, bastará un tirón de la palanca para detener inmediatamente toda la máquina por él construida. Porque este hombre de poder no crea su obra para el Estado, ni para el Directorio, ni para Napoleón, sino únicamente para sí mismo. No piensa en transmitir, como es su obligación, a sus sucesores el destilado de toda la información químicamente obtenido en su retorta; egoísta y sin escrúpulos, transmite únicamente lo que quiere transmitir; ¿para qué dejar que esos necios del Directorio sepan más, dejándolos mirar en su fichero? De su laboratorio sale exclusivamente lo que le es útil, lo que es imprescindible para su propia ventaja; todos los demás dardos y venenos los conserva cuidadosamente en su arsenal privado, para la venganza personal y el asesinato político. Fouché siempre sabe más de lo que el Directorio sabe que sabe, y esto le hace peligroso e imprescindible a un tiempo. Conoce las negociaciones de Barras con los realistas, las aspiraciones al trono de Bonaparte, los manejos ora de los jacobinos, ora de los reaccionarios, pero jamás revela esos secretos en

cuanto se entera de ellos, sino siempre tan sólo en el momento en que su revelación le parece ventajosa. A veces promueve las conspiraciones, a veces las frena, a veces las crea artificialmente, a veces las descubre con estrépito (y advierte al mismo tiempo a los implicados de que se pongan a salvo); siempre juega un doble, triple, cuádruple juego, y engañar y confundir por todos lados, en todas las mesas, se convierte poco a poco en su pasión. Esto requiere, naturalmente, plena dedicación de tiempo y energías; y Fouché, que trabaja en jornadas de diez horas, no lo ahorra. Antes que dar a una segunda persona acceso a sus secretos policiales, se sienta de la mañana a la noche en su despacho, revisa personalmente todos los documentos y despacha cada uno de los expedientes. A todos los acusados importantes los interroga a solas, a puerta cerrada, en su gabinete, para ser él, sólo él y ni siquiera sus subordinados, quien conozca los detalles decisivos, y poco a poco, como si fuera, sin ser nombrado para ello, el confesor de todo el país, va teniendo en sus manos los secretos de muchas personas. Nuevamente reina mediante el terror, como antaño en Lyon, sólo que ahora no es la burda hoja que se abate con mortal chirrido, sino el veneno espiritual del miedo, de la conciencia de culpa, del sentirse espiado y saberse descubierto, lo que emplea para dejar sin aliento a millares. La máquina de 1792, la guillotina, inventada para abatir toda resistencia contra el Estado, es una tosca herramienta comparada con la refinada maquinaria policial de Joseph Fouché de 1799, combinada con su superioridad intelectual.

Fouché toca como un consumado artista este instrumento construido por él mismo. Conoce el secreto supremo del poder; disfrutarlo secretamente, emplearlo de forma contenida. Han pasado los tiempos de Lyon, en que furiosos guardias revolucionarios con la bayoneta calada cerraban el paso a los aposentos del todopoderoso. Ahora en su antesala entran las damas del Faubourg Saint-Germain, y son bien recibidas. Él sabe lo que quieren. La una ruega que tachen a un pariente de la lista de emigrados, la otra quiere proporcionar un buen puesto a su primo, la tercera suspender un embarazoso proceso. Fouché se comporta con todas con la misma amabilidad. ¿Por qué hacerse impopular con ningún partido, con los jacobinos o los realistas, con los moderados o los bonapartistas, mientras no se sepa cuál estará al timón mañana? Así, el antaño temido exponente del Terror juega a conciliador; públicamente, en sus discursos y proclamaciones, truena poderoso contra los realistas y los anarquistas, pero en secreto, por debajo de la mesa, les advierte o soborna. Evita los procesos ruidosos, las sentencias feroces y sangrientas; le basta con el ademán de la violencia en vez de la violencia, con el verdadero poder subterráneo en el Estado en vez de un envoltorio vacío como el que Barras y sus colegas llevan en sus sombreros emplumados.

Así ocurre que, en pocos meses, el Fouché que provocaba la exclamación de «¡Dios nos proteja!» se ha convertido en el favorito de todos, porque ¿qué ministro y estadista es querido en todo momento y en todo lugar, sino aquel con el que se puede hablar, que mira amablemente o incluso ayuda a ganar dinero y conseguir carguitos, que hace concesiones a todo el mundo y cierra amablemente los severos

ojos en cuanto se mete demasiado las narices en política o se le obstaculiza en sus propios planes? ¿No es mejor comprar y arrancar con halagos sus convicciones a la gente que apuntar cañones? ¿No basta con llamar al gabinete secreto a las cabezas inquietas y enseñarles allí la sentencia de muerte que ya está lista en un cajón, en vez de ejecutarla realmente? Desde luego, allá donde se muestra verdadera rebelión, la antigua mano dura interviene de forma inmisericorde. Pero el que se queda quieto y no se resiste ve cómo el viejo terrorista ejerce con él su aún más antigua paciencia clerical. Conoce la debilidad de la Humanidad por el dinero, por el lujo, por los pequeños vicios, por los placeres privados..., ¡bien, que los tengan! Pero ¡que se mantengan tranquilos! Los grandes banqueros, que hasta ahora han sido perseguidos por todos los medios por la República, pueden ahora negociar y ganar dinero tranquilamente. Fouché les da información y ellos le dan a cambio parte en los beneficios. La prensa, bajo Marat y Desmoulins un perro mordedor y sediento de sangre, mueve la cola entre sus piernas, también ella prefiere el azúcar a la fusta. Al cabo de muy poco tiempo el ruido de los patriotas privilegiados ha dado lugar a un silencio en el que sólo se oye masticar. Fouché le ha tirado a cada uno un hueso o lo ha arrinconado de un par de fustazos. Y sus colegas, todos los partidos, saben ya lo agradable y rentable que es tenerlo por amigo, y lo desagradable que es hacerle sacar las garras de sus aterciopeladas patas; así, de pronto, el más despreciado de todos tiene multitud de amigos, porque lo sabe todo y a todos compromete con su silencio. Aún no se ha reconstruido la ciudad reventada junto al Ródano y ya se han olvidado los ametrallamientos de Lyon, Fouché ya es popular.

Joseph Fouché tiene la mejor información acerca de todo lo que ocurre en el reino; nadie ve con tanta exactitud, gracias a una vigilancia de mil cabezas y mil oídos, todos los pliegues de los acontecimientos, nadie sabe más de las debilidades o puntos fuertes de los partidos y las personas que este observador frío y calculador sentado a su aparato de registro, que señala las más mínimas oscilaciones de la política.

Así que sólo pasan unas semanas, unos meses, antes de que Fouché advierta claramente que el Directorio está perdido. Los cinco hombres están desunidos entre sí, juegan unos a espaldas de los otros y no esperan más que el momento de desplazarse los unos a los otros. Los ejércitos derrotados, las finanzas en desorden, el país inquieto..., así no se puede continuar. Fouché ventea un pronto cambio del viento. Sus agentes le informan de que Barras ya ha negociado en secreto con Luis XVIII para vender la República a la dinastía borbónica a cambio de una corona ducal. Sus colegas, a su vez, coquetean con el duque de Orleans o sueñan con el restablecimiento de la Convención. Pero todos, todos saben una cosa: así no se puede continuar. Porque la nación está sacudida por insurrecciones internas, los asignados se convierten en papel mojado, los soldados ya se niegan a luchar; si no hay una nueva fuerza que reúna las energías dispersas, la República caerá.

Sólo un dictador puede arreglarlo, y todas las miradas se pierden en el vacío para encontrar uno. «Necesitamos una cabeza y un sable», manifiesta Barras a Fouché, considerándose secretamente la cabeza, y en busca del sable adecuado. Pero Hoche y Joubert, los vencedores, han muerto muy inoportunamente para su carrera, Bernadotte sigue siendo demasiado jacobino, y al único del que todos saben que reúne ambas cosas, el sable y la cabeza, Bonaparte, el héroe de Arcola y Rívoli, se lo han quitado de encima por miedo, y ahora maniobra sin objeto en las arenas del desierto egipcio. No hay que contar con él, a tantas millas de distancia, piensan.

De todos los ministros, sólo Fouché sabe ya entonces que ese general Bonaparte al que los otros creen aún a la sombra de las pirámides no está a tantas millas y va a desembarcar dentro de poco en Francia. Han enviado a unos miles de millas de París a ese hombre demasiado ambicioso, demasiado popular, autoritario; quizá incluso han respirado secretamente cuando Nelson aniquiló la flota en Abukir, porque qué les importan unos miles de muertos a estos intrigantes y políticos si con eso queda eliminado un competidor. Ahora duermen tranquilos, saben que está clavado a su ejército y se guardan muy mucho de llamarlo. Ni por un momento se atreven a sospechar que podría tener la osadía de transferir por su cuenta el mando a otro general y venir a levantarlos de sus poltronas; cuentan con todas las posibilidades, menos con Bonaparte.

Pero Fouché sabe más que ellos, y de mejor fuente. Porque la que se lo cuenta todo, la que le enseña cada carta, cada medida, la mejor, la más informada, la más fiel de sus espías a sueldo, no es otra que la propia mujer de Bonaparte, Josefina Beauharnais. Corromper a esta frívola criolla no es en sí un gran logro porque, loca derrochadora, está constantemente en apuros económicos, y aunque su generosísimo Napoleón le remite cientos de miles de las arcas del Estado, se filtran como gotas en una mujer que se compra trescientos sombreros y setecientos vestidos al año, que no sabe ahorrar ni su dinero ni su cuerpo ni su buena reputación, y que además en ese momento no se encuentra especialmente bien. Dios mío, mientras el pequeño y ardiente general, que quería llevársela consigo al aburrido país de los mamelucos, está en campaña, ella se ha acostado con un simpático y guapo Charles y quizá con algunos otros, probablemente incluso con su antiguo amante, Barras. Los necios e intrigantes hermanos de su esposo, José y Luciano, se lo han tomado a mal y le han dado la noticia fresca a su ardiente y celoso como un turco esposo. Así que necesita alguien que la ayude y espíe a los fraternales espías, que controle toda la correspondencia. Por eso, y exclusivamente por unos ducados —él mismo dice lisa y llanamente en sus memorias: mil luises de oro—, la futura emperatriz proporciona a Fouché todos los secretos, y sobre todo el más importante y más peligroso: el del inminente regreso de Bonaparte.

A Fouché le basta con estar informado. Naturalmente, el ciudadano ministro de Policía no piensa informar a sus superiores. Primero se

limita a estrechar su amistad con la esposa del pretendiente, utiliza en silencio la noticia y ve, como siempre bien preparado, venir la decisión que, ahora lo sabe, no se hará esperar demasiado.

El 11 de octubre de 1799, el Directorio hace llamar urgentemente a Fouché. El heliógrafo anuncia una noticia increíble: Bonaparte ha regresado de Egipto y ha desembarcado en Fréjus, por cuenta propia, sin ser llamado. ¿Qué hacer? ¿Detener de inmediato al general, que ha abandonado su ejército sin órdenes, como un desertor, o recibirlo cortésmente? Fouché, que se muestra aún más sorprendido de lo que los otros lo están de verdad, aconseja ser flexibles. ¡Hay que esperar! ¡Hay que esperar! Porque aún no ha decidido si va a estar a favor o en contra de Bonaparte, primero quiere dejar que transcurran los acontecimientos. Pero mientras las cinco cabezas sin seso del Directorio siguen discutiendo con vehemencia si hay que detener a Bonaparte o perdonarlo a pesar de su desertión, hace mucho que la voz del pueblo ha hablado. Aviñón, Lyon, París, le reciben en triunfo, todas las ciudades se iluminan a su paso, desde el escenario de los teatros se anuncia la noticia a los espectadores entusiasmados; no es un subordinado el que regresa, sino un Señor, una gran potencia. Apenas está en París, en su domicilio de la rue Chantereine (pronto se llamará rue Victoire en su honor), cuando se apiñan allí todos sus amigos y también aquellos que consideran útil pasar lo antes posible por tales. Generales, diputados, ministros, incluso Talleyrand, muestran su obediente reverencia al hombre del sable, y no pasa mucho tiempo antes de que también el ministro de Policía se presente en persona. Se dirige a la rue Chantereine y se hace anunciar a Bonaparte. Pero a éste el señor Fouché le parece una visita bastante indiferente e insignificante. Así que le hace esperar en la antesala una hora larga, como a un molesto peticionario. Fouché, ese nombre no le dice mucho; no le conoce personalmente, quizá tan sólo recuerda que un hombre llamado así representó un papel bastante triste en los años del Terror en Lyon, quizá se haya encontrado a un pequeño espía de la policía, desharrapado y venido a menos, en la antesala de su amigo Barras. En cualquier caso nadie importante, algún pequeño negociante que ahora se ha escurrido en un pequeño ministerio. A alguien así se le hace guardar antesala. Y en verdad, Joseph Fouché espera pacientemente durante una hora en la antesala del general, y quizá se quedaría una segunda y una tercera en ese sillón que un criado compasivo le ha acercado si casualmente Real, uno de los conjurados de Bonaparte para el futuro golpe de Estado, no hubiera visto en tan penosa situación al todopoderoso al que todo París corre a pedir audiencia. Espantado ante la desdichada falta, se precipita en las habitaciones del general, le explica excitado el enorme error cometido al hacer esperar de manera tan ofensiva precisamente a ese hombre que, con un gesto de la mano, podría hacer saltar toda la trama por los aires como una bomba. Y enseguida Bonaparte sale, ruega muy cortés e insistente a Fouché que pase, se disculpa y charla con él a solas durante dos horas.

Se encuentran frente a frente por primera vez; cuidadosamente, el uno examina y mide al otro para saber si será útil a sus fines personales. Y siempre los seres superiores se reconocen al vuelo. Enseguida Fouché

advierte en el inaudito dinamismo de este hombre de poder el genio indomeñable de la autoridad; enseguida Bonaparte, con su mirada aguda de ave rapaz, reconoce en Fouché al auxiliar útil, empleable en cualquier cosa, que lo comprende todo con rapidez y lo lleva a la práctica con energía. Nadie le ha expuesto entonces —cuenta en Santa Helena— de forma tan escueta y completa la situación de Francia y el Directorio como Fouché en esa primera conversación de dos horas. Y el hecho de que Fouché, entre cuyas virtudes no resplandece la sinceridad, diga enseguida la verdad al pretendiente al trono, atestigua que también él estaba decidido a ponerse a su disposición. Desde el primer momento se reparten los papeles, señor y criado, diseñador del mundo y político del momento; ahora puede empezar su colaboración.

Fouché se confía a Bonaparte, con inusual disponibilidad, desde el primer encuentro. Pero no se pone en sus manos. No toma públicamente parte en la conspiración que ha de derribar al Directorio y convertir a Bonaparte en gobernante único: es demasiado cauteloso para eso. Se atiene con demasiada severidad, con demasiada lealtad a su principio vital: nunca decidirse definitivamente hasta que la victoria no esté decidida. Sólo ocurre algo extraño... en las semanas siguientes, al ministro de Policía de Francia, normalmente de oído tan fino, normalmente de vista tan aguda, le acomete una penosa enfermedad: se vuelve de repente sordo y ciego. No oye nada de todos los rumores que corren por la ciudad acerca de un inminente golpe de Estado, no ve nada de las cartas que ponen en sus manos. Todas sus informaciones, por lo común de impecable fiabilidad, parecen fallar de forma mágica, y mientras de los cinco miembros del Directorio, dos están ya en el complot y el tercero ganado a medias para él, el ministro de Policía no sospecha ni lo más mínimo que haya una inminente conspiración militar..., o más bien hace como si no sospechara nada. Sus informes diarios al Directorio no contienen una sola línea sobre el general Bonaparte y su grupo, que ya agita impaciente los sables; pero naturalmente tampoco a la otra parte, la de Bonaparte, le da una sola línea, una palabra escrita. Sólo con el silencio traiciona al Directorio, sólo con el silencio se compromete con Bonaparte y espera, espera, espera. En esos momentos de tensión, dos minutos antes de la decisión, es donde mejor se siente su naturaleza anfibia. Ser temido por las dos partes, ser cortejado por las dos partes y sentir temblar en su propia mano el fiel de la balanza siempre será el mayor de los placeres para este apasionado intrigante. ¡Es el más fantástico de los juegos, incomparable en tensión con el de la mesa verde o el de Eros, estos segundos en los que el juego del mundo avanza hacia la decisión! Saber en esos minutos que se pueden adelantar o refrenar los acontecimientos, controlarse precisamente porque se sabe, y, por más que las manos ardan en deseos de entrometerse, no hacer nada, nada más que mirar con la excitada, placentera, ni más ni menos que viciosa curiosidad del psicólogo..., ése es el único placer que inflama a este espíritu frío, sólo él excita esa sangre turbia, diluida, casi acuosa. Sólo esa forma de placer psicológicamente perverso, intelectualmente lujurioso, es capaz de entusiasmar al sobrio y carente de nervios Joseph Fouché. Y en esos tensos segundos antes del disparo decisivo, una especie de cruel y cínica alegría da alas a su normalmente malhumorada seriedad. Porque de qué



otro modo puede descargarse el placer intelectual salvo en alegría, en una buena o feroz alegría. Así que Fouché bromea precisamente cuando otros están corriendo el máximo peligro, bromea como el juez de instrucción de Crimen y castigo, del modo más ingenioso y en verdad diabólico, precisamente cuando al culpable ya le corre por la espalda el escalofrío. Precisamente en esos segundos gusta de mistificar, y así, justo en el momento más peligroso, organiza una ingeniosa comedia cuyo entarimado se ha puesto en cierto modo sobre un barril de pólvora. Pocos días antes de ponerse en marcha el golpe de Estado (naturalmente, conoce la fecha), da una pequeña fiesta. Bonaparte, Real y los otros conspiradores están invitados a esta velada íntima, y de pronto, cuando se sientan a la mesa, observan que toda su lista está al completo, que el ministro de Policía del Directorio ha invitado a su casa a toda la camarilla que conspira contra el Directorio. ¿Qué significa esto? Bonaparte y los suyos se miran inquietos. ¿Habrá gendarmes a la puerta, para coger de un golpe a todo el grupo del golpe de Estado? Quizá alguno de ellos recuerde, de la Historia Universal, la funesta cena que Pedro el Grande dio a los strelitz, en la que el verdugo sirvió sus cabezas a los postres. Pero con un Fouché no suceden cosas tan terribles..., al contrario, cuando, para general sorpresa de los conjurados, aparece por fin un invitado más, que es precisamente (¡la broma es realmente diabólica!) el presidente Gohier, contra el que se dirige su conspiración, son testigos de un asombroso diálogo. El presidente pregunta al ministro de Policía por los más recientes acontecimientos: «Oh, siempre lo mismo —responde Fouché, alzando lentamente los párpados, sin mirar a nadie en particular—. La misma cháchara de conspiraciones. Pero ya sé lo que puedo pensar de ellas. Si realmente hay una, pronto tendremos la prueba en la plaza de la Revolución».

Esa delicada alusión a la guillotina recorre la espalda de los asustados conspiradores como un frío cuchillo. No saben si se está burlando de ellos o del otro. ¿Les toma el pelo a ellos o al presidente del Directorio? No lo saben, y probablemente no lo sabe el propio Fouché, porque sólo disfruta de una cosa en el mundo: del placer de la doblez, del ardiente estímulo y el excitante peligro del doble juego.

Tras esas alegres bromitas, el ministro de Policía vuelve a caer hasta la hora del golpe en su curioso letargo, sigue sordo y ciego mientras se ha sobornado ya la mitad del Senado, mientras se ha ganado al ejército. Y, es curioso..., conocido como madrugador, como el primero en su oficina, precisamente el 18 de Brumario, precisamente el día del golpe de Estado napoleónico, Joseph Fouché tiene un profundo y admirable sueño matinal. Lo que más le gustaría es dormir el día entero, pero dos mensajeros del Directorio le sacan de la cama y dan al asombrosamente asombrado noticia de los extraños acontecimientos que se están produciendo en el Senado, de la concentración de tropas y el ya manifiesto golpe de Estado. Joseph Fouché se frota los ojos y se sorprende como es su obligación (aunque la noche anterior había mantenido una larga conferencia con Bonaparte). Pero, por desgracia, ya no se puede dormir o hacerse el dormido. El ministro de Policía tiene que vestirse y acudir al Directorio, donde el presidente Gohier le recibe

con brusquedad, sin dejar que prosiga la comedia de la sorpresa. «Tenía usted la obligación —le increpa— de comunicarnos una conspiración así, y sin duda la policía habría podido enterarse de ella». Fouché encaja tranquilo la brutalidad y pide sus órdenes, como si fuera el más fiel de los servidores. Pero Gohier le rechaza ásperamente: si el Directorio tiene órdenes que dar, las dará a aquellos que sean dignos de su confianza. Fouché sonrío interiormente; ¡este loco, que aún no sabe que su Directorio ya no tiene nada que ordenar, que dos de los cinco han caído ya y el tercero está vendido! Pero ¿para qué enseñar al necio? Se inclina fríamente y regresa a su puesto.

En todo caso, Fouché aún no sabe exactamente dónde está ese puesto, si es ministro de Policía del antiguo o del nuevo gobierno, según venza el uno o el otro. Sólo las próximas veinticuatro horas decidirán entre el Directorio y Bonaparte. Sin duda, el primer día ha sido bueno para este último: el Senado, puesto en marcha con promesas y engrasado aún mejor con dinero, responde a todos los deseos de Bonaparte, le nombra comandante en jefe de las tropas y traslada la sesión de la cámara baja, el Consejo de los Quinientos, a Saint-Cloud, donde no hay batallones de trabajadores, ni opinión pública, ni «pueblo», sino tan sólo un hermoso parque que se puede cerrar herméticamente con dos compañías de granaderos. Pero con eso no está ganada la partida, porque entre esos quinientos sigue habiendo dos docenas de pesados que no se dejan sobornar ni atemorizar, quizá incluso uno que sabrá defender la República con el puñal o la pistola contra el pretendiente al trono. Se trata de aguantar los nervios, no dejarse arrastrar por las simpatías por una parte y por una pequeñez tal como los juramentos de lealtad por otra, sino guardar silencio, esperar, estar en guardia hasta que las decisiones hayan sido tomadas.

Y Fouché aguanta los nervios. Apenas Bonaparte llega a Saint-Cloud a la cabeza de sus jinetes, apenas le han seguido en sus carrozas los grandes conspiradores, Talleyrand, Sieyés y otras dos docenas, cuando de repente, por orden del ministro de Policía, las barreras caen a las salidas de París. Nadie puede abandonar la ciudad, nadie entrar en ella salvo los mensajeros del ministro de Policía. Ninguna de sus ochocientas mil personas puede saber pues si el golpe tiene éxito o fracasa, salvo este hombre decidido. Cada media hora, un mensajero le informa sobre los acontecimientos durante el golpe, y sigue sin tomar ninguna decisión. Si Bonaparte se impone, naturalmente esta noche Fouché será su ministro y fiel servidor; si fracasa, seguirá siendo el fiel servidor del Directorio, dispuesto gustosa y fríamente a encarcelar a los «rebeldes». Las noticias que recibe suenan bastante prometedoras, porque mientras Fouché aguanta espléndidamente los nervios, Bonaparte, que es más grande que él, pierde por completo los suyos; este 18 de Brumario que entrega a Bonaparte el dominio de Europa será quizá, irónicamente, el día más débil en la vida personal de este gran hombre. Decidido frente a los cañones, Bonaparte siempre se siente confuso cuando ha de ganarse a los hombres mediante la palabra; acostumbrado desde hace años a dar órdenes, ha perdido la costumbre de pedir. Es capaz de coger una bandera y correr al frente de sus granaderos, es capaz de destrozar ejércitos. Pero este soldado de hierro no logra intimidar desde una

tribuna a unos cuantos abogados republicanos. Se ha descrito con mucha frecuencia la escena de cómo el invencible general, nervioso ante los gritos de los diputados que llueven sobre él, balbucea frases simplonas y huecas, como «el Dios de las batallas está conmigo...», y sigue tartamudeando tan lamentablemente que sus amigos tienen que hacerle bajar de la tribuna a toda prisa. Sólo las bayonetas de sus soldados salvan al héroe de Arcola y Rívoli de una humillante derrota a manos de unos cuantos abogados ruidosos. Sólo cuando vuelve a montar a caballo, señor y dictador, y ordena a sus soldados despejar la sala, vuelve desde la empuñadura de su sable a afluir energía a sus sentidos conmocionados.

A las siete de la tarde todo está decidido, Bonaparte es cónsul y soberano único de Francia. Si hubiera sido vencido o superado en votos, enseguida Fouché habría hecho pegar en todos los muros de París la patética proclamación: «Ha sido desenmascarada una vil conspiración», etcétera. Pero como Bonaparte ha vencido, rápidamente hace suya la victoria. Y no es a través de Bonaparte, sino del ministro de Policía Fouché, como al día siguiente París se entera del verdadero fin de la República, del comienzo de la dictadura napoleónica. «El ministro de Policía informa a sus conciudadanos —se dice en esta embustera exposición— de que el Consejo estaba reunido en Saint-Cloud para deliberar sobre los intereses de la República cuando el general Bonaparte, que había comparecido ante el Consejo de los Quinientos para poner al descubierto las maquinaciones revolucionarias, estuvo a punto de ser víctima de un asesinato. Pero el genio de la República ha salvado al general. Todos los republicanos pueden estar tranquilos..., porque ahora sus deseos se harán realidad..., los débiles pueden estar tranquilos, porque están con los fuertes..., y sólo tienen algo que temer aquellos que siembren la inquietud, confundan a la opinión pública y preparen el desorden. Se han tomado todas las medidas para aplastarlos».

Una vez más, Fouché ha vuelto a colgar del modo más feliz su estandarte en la dirección en la que sopla el viento. Y su paso al vencedor se produce de forma tan descarada, tan abierta, a plena luz del día, que poco a poco, en círculos más amplios, empiezan a conocer a Fouché. Pocas semanas después, en un teatro de la periferia de París se estrena una alegre comedia, La veleta de Saint-Cloud, entendida por todos, festejada por todos, en la que con los nombres apenas cambiados se parodia del modo más gracioso su conducta veleidosa y a la par cautelosa. Desde luego, como censor, Fouché habría tenido la posibilidad de prohibir semejante rechifla de su persona, pero felizmente también es lo bastante inteligente como para no hacerlo. Ni siquiera oculta su carácter, o más bien que no tiene ninguno; al contrario, incluso anuncia su inconstancia e imprevisibilidad, porque le confiere un halo especial. Que se rían de él, siempre que se le obedezca, siempre que se le tema.

Bonaparte es el vencedor del día, Fouché el secreto auxiliar y tráfuga..., la verdadera víctima es Barras, el amo del Directorio. A él,

esta jornada le da una lección histórica sobre la ingratitud. Porque estos dos hombres que lo derriban juntos y lo despachan con una propina millonaria como a un molesto mendigo eran hace dos años criaturas suyas, obligadas a la gratitud, a las que había sacado de la nada. Benévolo, frívolo, un *bon homme* vividor que gusta de dar a cada uno lo suyo, ha recogido, en el más estricto sentido del término, en la calle a ese pequeño oficial de artillería de piel aceitunada, perseguido y casi proscrito, llamado Napoleón Bonaparte, y le ha cosido los entorchados de general en su capote militar remendado y aún pendiente de pago; él lo ha elevado sobre las cabezas de todos los demás y le ha convertido de la noche a la mañana en comandante militar de París, le ha dado a su propia amante, le ha llenado los bolsillos de dinero, le ha dado el mando en jefe del ejército de Italia, le ha tendido pues el puente hacia la inmortalidad. E igualmente ha sacado a Fouché de su sucia mansarda en el quinto piso, le ha salvado la cabeza de la guillotina, ha sido el único que le ha ayudado a salir del hambre en un momento en que todos se apartaban de él, y finalmente lo ha subido a la silla de montar y le ha llenado los bolsillos de oro. Y estos dos que le deben la vida se reúnen dos años después y lo arrojan a la misma porquería de la que él los sacó..., en verdad, la Historia Universal, que sin duda no es un código de moral, apenas conoce un ejemplo más flagrante de consumada ingratitud que la conducta de Napoleón y Fouché hacia Barras el 18 de Brumario.

Pero la ingratitud de Napoleón para con su protector tiene al menos la justificación del genio. Su fuerza le confiere un derecho especial, porque el camino del genio, que apunta a las estrellas, puede en caso necesario pasar por encima de las personas, puede abusar de las pequeñas manifestaciones efímeras para hacer justicia al sentido más hondo, al invisible mandato de la Historia. En cambio, la ingratitud de Fouché no es más que la mucho más frecuente del absoluto amoral, que con toda ingenuidad no se fija más que en sí mismo y en su propio beneficio. Fouché puede, cuando quiere, olvidar todos sus pasados de forma sorprendente e increíblemente rápida, y su carrera posterior dará pruebas cada vez más asombrosas de esta especial maestría. Quince días después envía él mismo a Barras, el hombre que le salvó de la guillotina seca y del exilio, la orden formal de exilio, y hace que le retiren todos sus documentos; probablemente entre ellos estuvieran también sus propios escritos de súplica e informes de soplón.

Barras, mortalmente ofendido, aprieta los dientes; todavía se le oye rechinarlos en sus memorias al mencionar los nombres de Bonaparte y Fouché. Y sólo le consuela que Bonaparte se quede con Fouché. Profético, presiente que uno de ellos le vengará del otro. No serán amigos por mucho tiempo.

Desde luego, al principio, en los primeros meses de colaboración, el ciudadano ministro de Policía se pone del modo más entregado al servicio del ciudadano cónsul. Porque en los documentos oficiales sigue diciendo «ciudadano», a la ambición de Bonaparte todavía le basta con ser el primer ciudadano de una República. Puesto ante una inmensa

tarea, que superaría las fuerzas de cualquier otro, en aquellos años pone de manifiesto la plenitud y versatilidad de su genio juvenil; nunca la figura de Bonaparte parece más grandiosa, más creativa y humana que en esta época de reordenación. Transformar la Revolución en estatutos, conservar sus logros y al mismo tiempo atenuar su exaltación, poner fin a la guerra mediante la victoria y dar a esa victoria su verdadero sentido mediante una paz rotundamente honrosa..., ésa es la sublime idea a la que se entrega el nuevo héroe, con la visión de un espíritu penetrante y a la vez con la dura y diligente energía de un apasionado trabajador. No son los años que la leyenda siempre celebra, en los que sus logros siempre son cargas de caballería y países conquistados, no son Austerlitz, Eylau y Valladolid los trabajos de Hércules de Napoleón Bonaparte, sino los años en los que la Francia descompuesta, desgarrada por las luchas partidarias, vuelve a tomar la forma de un Estado vital, los devaluados asignados dan paso a una verdadera divisa y el nuevo código napoleónico funde el derecho y la costumbre en formas broncíneas y sin embargo humanas, años en que este elevado genio de estadista sana al Estado con igual plenitud en todos los ámbitos de la Administración y da paz a Europa. Esos años, y no los militares, son los verdaderamente creativos, y nunca sus ministros trabajaron más honestamente, más enérgicamente y más lealmente a su lado que en esa época. También en Fouché encuentra un perfecto servidor, completamente unido a él en la convicción de que es mejor poner fin a la guerra civil mediante negociaciones y flexibilidad que mediante ejecuciones violentas. En pocos meses, Fouché restablece la plena tranquilidad en el país, elimina los últimos reductos tanto de los terroristas como de los realistas, limpia las calles de atracos, y su energía burocrática, precisa en el detalle, se somete de buen grado a los grandes planes de Bonaparte. Las obras grandes y benéficas siempre unen a los hombres; el criado ha encontrado a su señor, y el señor a su perfecto criado.

Es curioso que el momento de primera desconfianza de Bonaparte hacia Fouché pueda establecerse claramente con fecha y hora exacta, aunque aquel episodio haya quedado casi siempre oculto entre la multitud de acontecimientos de aquellos años repletos; sólo la mirada de halcón psicológico de Balzac, ejercitada en distinguir en lo insignificante lo esencial, en el *pétit detail* el impulso que obra su tarea, la ha rescatado (por supuesto, un tanto literariamente adornada). La pequeña escena tiene lugar durante la campaña de Italia, que ha de decidirse entre Austria y Francia. El 20 de enero de 1800, los ministros y consejeros fundamentales se reúnen en París en un curioso ambiente. Un mensajero ha llegado con malas noticias del campo de batalla de Marengo; anuncia que Napoleón ha sido vencido de forma aniquiladora, que el ejército francés está en franca retirada. Cada uno de los reunidos piensa en secreto y de inmediato lo mismo: es imposible mantener como primer cónsul a un general derrotado, todos piensan de inmediato en un sucesor. Nunca se ha sabido con cuánta claridad expresaron cada uno de ellos esta necesidad, pero sin duda se discutieron en voz baja los preparativos de un derrocamiento, y los hermanos de Napoleón tomaron nota de ello. El que a más se atrevió fue sin duda Carnot, que quiere renovar a toda prisa el viejo Comité de Seguridad; y de Fouché es

probable, al menos atendiendo a su carácter, que en vez de apoyar fielmente al cónsul que se suponía vencido se quedara cautelosamente mudo para llevarse bien, en caso necesario, con el viejo señor, y en caso necesario con el nuevo. Pero al día siguiente llega una segunda estafeta; anuncia exactamente lo contrario, la brillante victoria de Marengo; en el último momento el general Desaix, con la genialidad de la intuición militar, llegó en ayuda de Bonaparte y transformó la derrota en un triunfo. Bonaparte, el primer cónsul, regresará en los próximos días cien veces más fuerte de lo que partió, seguro por entero de su poder. Sin duda se ha enterado de inmediato de que todos sus ministros y hombres de confianza lo echaron por la borda ante la primera noticia de una derrota, y el primero que paga es Carnot, el que se ha atrevido a más; pierde el ministerio. Los otros, incluido Fouché, siguen en sus puestos; no cabe demostrar la deslealtad del supercauteloso, pero por supuesto tampoco la lealtad. No se ha comprometido, pero tampoco se ha acreditado, así que ha vuelto a revelarse como quien siempre fue: fiable en la fortuna, indigno de confianza en el infortunio. Bonaparte no lo despide, no le reprocha nada, no le sanciona. Pero desde ese día ya no confía en él.

Este pequeño episodio, casi completamente ensombrecido en la historiografía del momento, tiene también repercusiones psicológicas, porque recuerda con extrema claridad que un gobierno fundado tan sólo sobre el sable y la victoria siempre cae a la primera derrota, y que todo gobernante que carezca de la legitimidad natural de la sangre y de los antepasados tiene que crearse a toda costa y a su debido tiempo una nueva. El propio Bonaparte, consciente de su fuerza, lleno de ese indomable optimismo que siempre habita a las naturalezas geniales durante su ascenso, puede inclinarse a olvidar tan ligera advertencia; no así sus hermanos. Porque Napoleón —todas las biografías pasan esto por alto con demasiada frecuencia— no ha venido solo a Francia, sino rodeado de un clan familiar hambriento y ansioso de poder. Al principio la madre, que ya tiene bastante con cuatro hermanos sin puesto alguno, pretendía que su pionero, su Napoleone, se casara con la rica hija de un fabricante para conseguir unos cuantos vestidos para sus hermanas. Pero ahora que ha llegado tan inesperadamente alto en la escala del poder, todos se le aferran a toda prisa para que suba con él a la familia al completo; también quieren alcanzar la grandeza, quieren hacer de toda Francia, y luego de todo el mundo, un fideicomiso familiar de los Bonaparte; y su sucia, insaciable alma de corsario, que no disculpa ni una chispa de genio, apremia al hermano a tomar todas las medidas para convertir su poder dependiente del favor popular en otro independiente y duradero, en un reino hereditario. Exigen que funde una dinastía para todos ellos, que se convierta en rey o emperador; quieren que se divorcie de Josefina para casarse con una princesa de Baden... ¡Nadie se atreve aún a pensar en la hermana del zar o en una hija de los Habsburgo! Y, con sus continuas intrigas, lo empujan cada vez más desde sus antiguos compañeros, desde sus antiguas ideas, desde la República, a la reacción, desde la libertad al despotismo.

Josefina, la esposa del cónsul, está sola y desvalida frente a este clan antipático, insaciable, en constante actividad. Sabe que cada paso hacia

las alturas, hacia el gobierno en solitario, aparta de ella a Bonaparte, porque no puede dar al rey o emperador lo que la idea dinástica exige como primera y única prestación: el heredero del trono, y con él la persistencia de la dinastía. Pocos de los asesores de Bonaparte están de su lado (porque no tiene dinero que repartir, siempre tiene deudas), y el más fiel por el momento es Fouché. Hace mucho que observa con desconfianza cómo con sus insospechados éxitos también la ambición de Bonaparte crece insospechadamente, con qué terquedad despacha y quiere que se persiga a cualquier republicano sincero como anarquista y terrorista. Ve, con su mirada aguda y desconfiada, que —por emplear la frase de Victor Hugo: «*Déjà Napoléon perçait sous Bonaparte*»— el emperador asoma peligrosamente bajo el general, el gobernante cesarista bajo el ciudadano. Él, encadenado a la República pase lo que pase por su voto contra el rey, tiene todo el interés en la persistencia de la República y de una forma de Estado republicana. Por eso teme a todo lo monárquico, por eso combate secreta y abiertamente al lado de Josefina.

El clan no se lo perdona. Y con odio corso acechan cada uno de sus pasos para echar al foso, al primer traspie, al incómodo que les perturba los negocios.

Esperan mucho tiempo y con impaciencia. De pronto, se presenta la ocasión de poner a Fouché la zancadilla. El 24 de diciembre de 1800, Bonaparte va a la ópera para asistir al estreno en París de *La Creación*, de Haydn, cuando en la estrecha rue Nicaise, justo detrás de su coche, un géiser de trozos de explosivo, pólvora y perdigones se alza de manera tan terrible que la explosión arroja los cascotes sobre casas enteras; un atentado, una bomba. Sólo la rabiosa velocidad de su cochero, supuestamente borracho, ha salvado al primer cónsul, pero cuarenta personas yacen en la calle con el cuerpo reventado, y el coche se arquea como un animal golpeado, impulsado por la onda expansiva. Pálido, con rostro marmóreo, Bonaparte sigue su camino a la ópera para mostrar su sangre fría al público entusiasta. Con gesto rígido e indiferente, escucha las tiernas melodías del padre Haydn mientras a su lado Josefina, sacudida por un espasmo nervioso, no puede ocultar sus lágrimas, y agradece con forzada indiferencia los rugientes aplausos.

Sin embargo, a su regreso a las Tullerías, sus ministros y consejeros tienen ocasión de saber hasta qué punto esa sangre fría era fingida. Su ira se descarga sobre todo contra Fouché; furioso, se lanza sobre el hombre pálido e inmóvil: él, como ministro de Policía, hubiera debido estar hace mucho tras la pista de un complot así pero, con criminal indulgencia, trata con cuidado a sus amigos, sus antiguos cómplices, los jacobinos. Fouché expresa con calma su opinión de que hasta ahora no se ha probado que este atentado sea obra de jacobinos; él personalmente está convencido de que el papel principal lo han representado aquí los conspiradores realistas y el dinero inglés. Pero esta calma en la respuesta aún indigna más al primer cónsul: «Han sido los jacobinos, los terroristas, esos truhanes en permanente rebelión, en bloque contra todos los gobiernos. Son los mismos malvados que, con

tal de matarme, no reparan en matar a miles de víctimas. Pero yo les aplicaré una justicia que será visible desde muy lejos». Fouché se atreve a expresar sus dudas una segunda vez. Entonces, el ardiente corso se lanza casi físicamente contra el ministro, de tal modo que Josefina tiene que intervenir y coger del brazo a su esposo para calmarlo. Pero Bonaparte se suelta, y como en un torrente reprocha a Fouché todos los asesinatos y crímenes de los jacobinos, las jornadas de diciembre en París, las bodas republicanas de Nantes, la matanza de presos de Versalles..., una clara advertencia al Ametrallador de Lyon, que se acuerda muy bien de su propio pasado. Pero cuanto más grita Bonaparte, tanto más tercamente calla Fouché. Ni un músculo tiembla en su férrea máscara mientras granizan las acusaciones, mientras los hermanos de Napoleón y los cortesanos dedican miradas burlonas al ministro de Policía, que por fin ha descubierto su punto flaco. Con frialdad pétrea, rechaza todas las imputaciones, con frialdad pétrea abandona las Tullerías.

Su caída parece inevitable, porque Napoleón se cierra a toda intercesión de Josefina a favor de Fouché. «¿No era él mismo uno de sus dirigentes? ¿Es que yo no sé lo que hizo en Lyon y en el Loira? Sólo Lyon y el Loira me explican la conducta de Fouché», grita indignado. Ya empieza el crucigrama en torno al nombre del nuevo ministro de Policía, ya empiezan los cortesanos a dar la espalda al caído en desgracia, ya parece (como tantas veces) Joseph Fouché definitivamente liquidado.

En los días siguientes, la situación no mejora. Bonaparte no se deja apartar de su opinión de que los jacobinos han puesto en escena el atentado, exige medidas, severos castigos. Y cuando Fouché señala, a él y a otros, que está siguiendo otras pistas, es tratado con burla y desprecio. Todos los tontos se ríen y se burlan del bobo ministro de Policía, que no quiere destapar esa cuestión tan clara; todos sus enemigos festejan su testarudez en el error. Fouché no responde a ninguno de ellos. No discute, calla. Calla durante esos quince días, calla y obedece sin contradecir a nadie, incluso cuando se le ordena preparar una lista de ciento treinta radicales y antiguos jacobinos destinados a su envío a la Guayana, es decir, a la «guillotina seca». Sin pestañear, extiende el decreto que abre el proceso contra los últimos *montagnards*, los últimos de «la montaña», los discípulos de su amigo Baboeuf, Topino y Arena, que no han cometido otro delito que decir en público que Napoleón había robado en Italia unos cuantos millones y quería comprar con ellos el poder absoluto. En contra de su convicción, contempla cómo los unos son deportados y los otros ejecutados; calla como un sacerdote que, vinculado por el secreto de confesión, ve la condena de un inocente con los labios sellados. Porque hace mucho tiempo que Fouché está tras la pista, y mientras los otros se burlan de él, mientras Bonaparte mismo le reprocha todos los días su testarudez irónicamente necia, en su inaccesible gabinete se concentran las pruebas definitivas de que el atentado fue preparado por los chuanes, por el partido realista. Y mientras en el Consejo de Estado y en las antecámaras de las Tullerías muestra una fría y negligente indiferencia a todos los ataques, en su cuarto secreto trabaja febrilmente con los mejores agentes. Se ofrecen masas de dinero como prima, todos los



espías y soplones de Francia se ponen en marcha, la ciudad entera es llamada como testigo. La yegua destrozada en mil pedazos que iba uncida al carro de la bomba ha sido ya identificada y se ha establecido su antiguo propietario, ya han sido descritos con precisión los hombres que la compraron, ya, gracias a la magistral «biografía chuánica» (el diccionario de descripciones personales de los emigrantes y realistas, de todos los chuanes, ideado por Fouché), se han establecido los nombres de los autores del atentado..., y Fouché sigue guardando silencio. Sigue dejándose humillar heroicamente, y sus enemigos triunfan. Cada vez más aprisa, los últimos hilos se unen en una irrompible red; unos días más, y la araña venenosa estará presa en ella. ¡Sólo unos días más! Porque Fouché, irritado en su ambición, humillado en su orgullo, no quiere una victoria pequeña ni mediana sobre Bonaparte y todos aquellos que le acusan de desinformación..., también él quiere un Marengo, un triunfo total y aplastante.

Y de pronto, quince días después, golpea. El complot ha sido completamente descubierto, todos los rastros han quedado esclarecidos. Tal como Fouché había predicho, el más temido de todos los chuanes, Cadoudal, había sido el dirigente, y sus brazos ejecutores habían sido conjurados realistas, comprados por el dinero inglés. La noticia cae como un trueno entre sus enemigos, porque se dan cuenta de que se ha condenado en vano e injustamente a ciento treinta hombres, se ha humillado con demasiada insolencia a ese hombre impenetrable; el infalible ministro de Policía se presenta ante la opinión pública más fuerte, más respetado, más temido que nunca. Bonaparte mira con una mezcla de ira y admiración al férreo calculador que, con sus fríos cálculos, ha vuelto a tener razón. Contra su voluntad, tiene que admitir: «Fouché ha juzgado mejor que muchos otros. Tiene razón. Hay que tener los ojos abiertos con los emigrantes retornados, con los chuanes y toda la gente de ese partido». Pero con este asunto Fouché sólo gana en prestigio ante Bonaparte, no en amor. Porque nunca los autócratas son agradecidos para con un hombre que ha llamado su atención sobre un error, una injusticia, y es inmortal la historia que cuenta Plutarco del soldado que ha salvado la vida al rey en la batalla y, en vez de huir enseguida como correctamente le aconseja un sabio, espera la gratitud del rey, y eso le cuesta la cabeza. Los reyes no quieren a los hombres que los han visto en un momento de debilidad, y las naturalezas despóticas no quieren a sus consejeros cuando se han mostrado más inteligentes que ellas, aunque sólo sea una vez.

En un círculo tan estrecho como el de la policía, Fouché ha alcanzado el mayor triunfo de los posibles. Pero ¡qué pequeño resulta comparado con los triunfos de Bonaparte en los últimos dos años del Consulado! El dictador ha coronado una serie de victorias con la más hermosa, con la paz definitiva con Inglaterra, con el concordato con la Iglesia; gracias a su energía, a su superioridad planificadora y creativa, las dos potencias más poderosas del mundo ya no son enemigas de Francia. Calmado el país, ordenadas las finanzas, terminadas las divisiones partidarias, relajadas las contradicciones: la riqueza vuelve a florecer, la industria a desarrollarse, las artes a animarse; ha empezado una era augústea, y no está lejos la hora en que Augusto pueda llamarse César. Fouché, que

conoce cada uno de los nervios y de los pensamientos de Bonaparte, se da muy buena cuenta de adónde apunta la ambición del corso; de que el primer puesto de la República ya no le basta, sino que quiere considerar propiedad suya y de su familia ese país al que él ha salvado de por vida y por toda la eternidad. Desde luego, en público el cónsul de la República jamás expresa tan antirrepublicana ambición, pero bajo mano deja entrever a sus hombres de confianza que el Senado podría expresarle su gratitud mediante un especial acto de confianza, mediante un *témoignage éclatant* [testimonio abrumador]. En lo más hondo de su corazón, anhela un Marco Antonio, un fiel y confiable servidor, que reclame para él la corona imperial, y Fouché, el astuto y flexible Fouché, podría ahora asegurarse su gratitud para siempre.

Pero Fouché no acepta ese papel..., o más bien no lo acepta abiertamente. Desde la oscuridad, con aparente complacencia, trata de desbaratar esas intenciones. Está en contra de los hermanos, del clan de los Bonaparte, y del lado de Josefina, que tiembla de miedo y preocupación ante este último paso de su marido hacia la monarquía, porque sabe que luego no será mucho tiempo su esposa. Fouché le advierte de que no oponga abierta resistencia: «Comportaos con tranquilidad —le dice—. Es inútil que os interpongáis en su camino. Vuestras preocupaciones le aburren, mis consejos le ofenderían». Intenta pues, fiel a su forma de actuar, echar a perder de forma subterránea los ambiciosos deseos, y cuando Bonaparte, con falsa modestia, sigue sin explicarse y, por otra parte, quiere proponer al Senado un *témoignage éclatant*, él se encuentra entre aquellos que susurran a los senadores que el gran hombre, como leal republicano, no desea otra cosa que el que se le extienda hasta diez años su mandato como primer cónsul. Los senadores, convencidos de honrar y alegrar con ello a Bonaparte, toman solemnemente tal decisión. Pero Bonaparte, que se percata de la intriga y sabe muy bien quién tira de los hilos, echa espumarajos de ira cuando se le lleva ese indeseado regalo de limosna. Con frías palabras, envía a la delegación a su casa. Cuando se quiere sentir el dorado frío de una corona imperial en torno a las sienes, diez necios años no son más que una cáscara vacía que se pisa con desprecio.

Ahora Bonaparte se quita al fin la máscara de la humildad y proclama claramente su voluntad: «¡Consulado vitalicio!». Y bajo el fino envoltorio de esas palabras ya brilla, reconocible para cualquier persona inteligente, la futura corona imperial. Y Bonaparte ha llegado a ser tan fuerte que, con una mayoría de millones de votos, el pueblo convierte su deseo en ley y le elige soberano (como ellos y él dicen) por el tiempo de su vida. La República ha terminado, la monarquía ha empezado.

La pandilla de hermanas y hermanos, el clan familiar corso, no olvida que Joseph Fouché ha puesto abrojos en el camino del ansioso pretendiente al trono hacia su más importante deseo. Así que, impacientes, apremian a Bonaparte: ¿para qué, ahora que está tan férreamente subido a la silla, seguir haciendo que él sostenga el estribo?

¿Para qué, ahora que el país ha manifestado unánimemente su consentimiento al consulado vitalicio, ahora que las tensiones han quedado felizmente resueltas, las disputas eliminadas, mantener a un guardián tan extremadamente celoso, que vigila, igual que el país, sus propios deslices? ¡Fuera con él! ¡A liquidarlo, a destituir a ese eterno tejedor de embrollos y creador de dificultades! Incesantes, impacientes, duros y tercios, insisten sobre su hermano, que aún vacila.

En el fondo, Bonaparte es de la misma opinión. También a él le molesta ese hombre que sabe demasiado y aún quiere saber más, esa sombra gris detrás de su luz. Pero para despedir precisamente al ministro que tan especiales méritos ha hecho, que disfruta de un respeto ilimitado en el país, hace falta un pretexto. Y además, este hombre se ha hecho fuerte con él; mejor no convertirlo en abierto adversario. Ha metido las manos en todos los secretos, está inquietantemente familiarizado con todas las no muy limpias intimidades del clan corso, no puede ofenderle con brusquedad. Así que inventa una hábil y cuidadosa escapatoria, que no hará aparecer ante el mundo el despido de Fouché como una caída en desgracia: y es no echar al ministro Joseph Fouché, sino declarar que ha administrado su cargo tan plena, tan magistralmente, que la tarea de vigilar a los ciudadanos, el Ministerio de Policía, se ha vuelto completamente superflua. Así que no se despide al ministro, sino que se suprime el ministerio, su cargo, y por tanto, sin llamar la atención, a él.

Para ahorrar a este sensible ser el duro golpe con el que se le pone la silla en la calle, el despido se envuelve cuidadosamente entre algodones. Se le indemniza por la pérdida de su puesto con un asiento en el Senado, y en una carta en la que Bonaparte anuncia este aumento de rango del despido se dice literalmente: «El ciudadano Fouché, ministro de Policía en las más difíciles circunstancias, ha respondido siempre con su talento y su energía, con su adhesión al gobierno, a todas las exigencias que los acontecimientos requerían. Al darle un puesto en el Senado, el gobierno sabe que, si otros tiempos volvieran a requerir un ministro de Policía, no encontraría otro que fuera más digno de su confianza». Además Bonaparte, que ha notado cuán profundamente el antiguo comunista se ha reconciliado con su viejo enemigo, el dinero, le construye un grandioso puente de oro hacia el retiro. Cuando el ministro, al rendir cuentas, le entrega dos millones cuatrocientos mil francos como resto del liquidado patrimonio de la policía, Bonaparte le regala lisa y llanamente la mitad, es decir, un millón doscientos mil francos. Además, el converso despreciador del dinero, que hace una década aún tronaba furioso contra «el sucio y corruptor metal», añade a su título de senador la senatoria de Aix, un pequeño feudo que va desde Marsella hasta Tolón y cuyo valor se estima en diez millones de francos. Bonaparte le conoce; sabe que Fouché tiene manos inquietas de intrigante, ansiosas de juego; como no se las puede atar, se las carga de oro. Raras veces a lo largo de la Historia ha sido despedido un ministro con tanto honor y tantas cautelas como Joseph Fouché.

## MINISTRO DEL EMPERADOR

1804-1811

En 1802, Joseph Fouché, o mejor, Su Excelencia el senador Joseph Fouché, se retira, siguiendo el deseo suavemente insistente del primer cónsul, a la vida privada, de la que había salido hacía diez años. Increíble decenio, criminal y funesto, transformador del mundo y mortalmente peligroso..., pero Joseph Fouché ha sabido aprovechar bien el tiempo. No se refugia, como en 1794, en una mísera mansarda sin calefacción, sino que se compra una bonita casa bien equipada en la rue Cerutti, que había pertenecido antaño a uno de esos «viles aristócratas» o «infames ricos». En Ferrières, la futura residencia de los Rothschild, se organiza una espléndida residencia de verano, y su feudo en la Provenza, la senatoria de Aix, le envía diligentemente ingresos. Por lo demás, domina de forma modélica el noble arte alquímico de convertir cualquier cosa en oro. Sus protegidos en la Bolsa le dan participación en sus negocios, amplía con ventaja sus posesiones..., unos años más y el hombre del primer manifiesto comunista se convertirá en el segundo ciudadano más rico de Francia, el mayor terrateniente del país. El tigre de Lyon se ha convertido en un buen hámster, un inteligente y ahorrador capitalista y rentista. Esa fantástica riqueza de advenedizo político nada cambia en su innata carencia de necesidades, tercamente entrenada en la vida monacal. Desde el punto de vista personal, con quince millones Joseph Fouché no vive de forma muy distinta que cuando arañaba trabajosamente los quince céntimos diarios en su mansarda; no fuma, no bebe, no juega, no gasta el dinero en mujeres o vanidades. Igual que un honrado propietario, sale a pasear con sus hijos —tres nuevos han seguido a los dos fallecidos por las privaciones— por sus prados, da de vez en cuando pequeñas recepciones, escucha cuando los amigos de su mujer hacen música, lee y disfruta de las conversaciones inteligentes; muy al fondo, inaccesible bajo ese burgués sobrio y huesudo, se esconde el demoníaco placer que encuentra en el juego de azar de la política, en las tensiones y peligros del juego mundial. Sus vecinos no ven nada de todo eso, sólo al honrado administrador de fincas, al magnífico padre de familia, al tierno esposo. Y nadie que no le conozca por su oficio sospecha que, tras su alegre silencio, se acumula una pasión cada vez más inquieta por volver a lanzarse e intervenir.

Porque ¡mirada de medusa del poder! Quien le haya mirado una vez al rostro ya no puede apartar la vista de él, queda hechizado y cautivo. Quien ha ejercido alguna vez la embriaguez de gobernar y mandar, ya no puede privarse de ella. Ojeemos la Historia Universal en busca de ejemplos de retiro voluntario: excepto Sila y Carlos V, entre miles y decenas de miles de personajes apenas se encuentra una docena que, con el corazón saturado y la mente clara, hayan renunciado al casi blasfemo placer de representar el destino para millones de personas. Igual que un jugador no puede apartarse del juego, un bebedor de la

bebida, un cazador furtivo de la caza, Joseph Fouché no puede alejarse de la política. La calma le atormenta, y mientras coge el arado con alegría, con la bien fingida indiferencia de un Cincinato, los dedos le arden y los nervios le tiemblan por volver a coger cartas políticas. Aunque apartado del servicio, continúa voluntariamente el trabajo de policía y, para no perder práctica con la pluma, para no caer del todo en el olvido, envía al primer cónsul informes secretos todas las semanas. Esto divierte, ocupa de forma despreocupada su alma de intrigante sin satisfacerla en realidad, y su aparente mantenerse al margen no es más que un febril esperar el momento de volver a coger las riendas, sentir poder sobre los hombres, poder sobre el destino del mundo, ¡poder!

Bonaparte percibe en muchos signos la impaciencia de Fouché, pero tiene a bien ignorarla. Mientras pueda tener lejos de sí a este hombre increíblemente inteligente, increíblemente trabajador, lo mantendrá en la oscuridad; desde que se ha empezado a distinguir la arbitraria energía de este hombre subterráneo, nadie toma a Fouché a su servicio si no lo necesita a toda costa y para lo más peligroso. El cónsul le da toda clase de muestras de su favor, lo emplea en toda clase de asuntos, le agradece sus buenos informes, le invita de vez en cuando al Consejo de la Corona y, sobre todo, le deja ganar dinero y enriquecerse para que se mantenga tranquilo; pero hay algo a lo que se niega tercamente mientras puede: a volver a nombrarlo y restaurar el Ministerio de Policía. Mientras Bonaparte sea fuerte, mientras no cometa errores, no necesita un servidor tan discutible y tan excesivamente inteligente. Pero, por suerte para Fouché, Bonaparte comete errores. Sobre todo, el error histórico e imperdonable: que no le basta con ser Bonaparte, que además de la seguridad en sí mismo, además del triunfo de su carácter único, ansia el pálido brillo de la legitimidad, el ornato de un título. Aquel que nunca tuvo nada que temer gracias a su fuerza, a su personalidad única y poderosa, teme a la sombra del pasado, al halo impotente de los expulsados Borbones. Y así, se deja inducir por Talleyrand, violando el Derecho Internacional, a traer por gendarmes al duque de Enghien de territorio neutral y fusilarlo... Un acto para el que Fouché tuvo la famosa frase: «Fue más que un crimen, fue un error».

Esta ejecución crea en torno a Bonaparte un espacio sin aire lleno de miedo y espanto, disgusto y odio. Y pronto le parecerá aconsejable volver a ponerse bajo la cobertura del Argos de mil ojos, bajo la protección de la policía.

Y además, y sobre todo: en el año 1804, el cónsul Bonaparte vuelve a necesitar un auxiliar hábil y carente de escrúpulos para su supremo ascenso. Vuelve a necesitar alguien que sostenga el estribo. Lo que hace dos años le parecía aún el máximo logro de su ambición, el Consulado vitalicio, vuelve a parecerle insuficiente a este hombre alzado en alas del éxito. Ya no quiere ser sólo primer ciudadano entre los ciudadanos, sino señor y soberano sobre súbditos, le apetece refrescar la ardorosa frente con el aro de oro de una corona imperial. Pero quien quiera ser César necesita un Antonio, y aunque Fouché lleva mucho tiempo representando el papel de Bruto (antes incluso el de Catilina),

hambriento después de dos años de ayuno político se muestra completamente dispuesto a pescar esa corona imperial en ese Senado convertido en ciénaga. Como cebo sirven el dinero y las buenas promesas, y así el mundo vive el extraño espectáculo de que el antiguo presidente del club jacobino y actual Excelencia intercambia sospechosos apretones de manos en los pasillos del Senado, y apremia y susurra hasta que al fin unos pocos serviles complacientes presentan la moción de que se «cree una institución que destruya para siempre las esperanzas de los conspiradores, garantizando la duración del gobierno más allá de la vida de su caudillo». Si se quita la paja a esta frase, se encuentra en su núcleo la intención de transformar al cónsul vitalicio Bonaparte en el emperador hereditario Napoleón. Y de la pluma de Fouché (que escribe igual de bien con aceite que con sangre) surge probablemente esa petición del Senado, de sumisión canina, que invita a Bonaparte «a culminar su obra dándole una forma inmortal». Pocos han dado más vivaces paladas en la definitiva fosa de la República que Joseph Fouché de Nantes, ex diputado de la Convención, ex presidente del club jacobino, el Ametrallador de Lyon, el luchador contra los tiranos, antaño el más republicano de todos los republicanos.

No se queda sin recompensa. Como antaño el ciudadano Fouché por el ciudadano cónsul Bonaparte, en 1804, después de dos años de exilio dorado, Su Excelencia el senador Fouché es nombrado nuevamente ministro por Su Majestad el emperador Napoleón. Por quinta vez, Joseph Fouché presta un juramento de fidelidad; el primero fue al entonces todavía gobierno real, el segundo a la República, el tercero al Directorio, el cuarto al Consulado. Pero Fouché no tiene más que cuarenta y cinco años; ¡quizá quede tiempo para nuevos juramentos, nuevas lealtades y deslealtades! Y, con renovadas fuerzas, vuelve a lanzarse a su viejo y querido elemento, el viento y las olas, comprometido por su juramento con el nuevo emperador y sin embargo conjurado tan sólo con su propio e inquieto deseo.

Durante una década, se enfrentan en el escenario de la Historia Universal —o más bien en su trastienda— ambas figuras, Napoleón y Fouché, encadenadas por el destino a pesar de una lúcida resistencia por ambas partes. Napoleón no quiere a Fouché y Fouché no quiere a Napoleón..., llenos de secreta aversión, se sirven el uno del otro, ligados únicamente por la atracción de los polos opuestos. Fouché conoce con precisión la genialidad, la grandeza y el peligro de Napoleón; sabe que el mundo no volverá a dar durante decenios un genio de tal superioridad, tan digno de servirle. Napoleón a su vez sabe que nadie le comprende con tal rapidez como esa mirada espejo y espía, sobria, clara, reflectante, como ese talento político trabajador, empleable por igual para lo mejor y para lo peor, al que sólo falta una cosa para ser el perfecto servidor: la incondicionalidad de la entrega, la fidelidad.

Porque Fouché jamás será servidor de nadie, y menos aún lacayo. Nunca sacrifica del todo su autonomía intelectual, su propia voluntad, a una causa ajena. Al contrario, cuanto más se disfrazan los viejos republicanos de nuevos aristócratas, cuanto más sucumben al halo del

*imperator*, cuanto más se convierten de consejeros en aduladores y babosos, tanto más se estira y se tensa la espalda de Fouché. Naturalmente, ya no se puede salir al encuentro del egotista emperador, cada vez más cesarista, en abierta oposición, con la llana expresión de una opinión contraria, porque hace mucho que la sincera camaradería, la libre expresión de ciudadano a ciudadano, ha sido abolida en el palacio de las Tullerías; el emperador Napoleón, que hace que sus viejos camaradas de guerra e incluso (¡cómo tienen que haberse sonreído!) sus propios hermanos no se dirijan a él más que llamándole «sire», y que ya no se deja tutear por ningún ser mortal salvo su esposa, ya no desea ser aconsejado por sus ministros. Ya no es el ciudadano ministro Fouché el que se presenta al ciudadano cónsul Bonaparte en levita con chorreras, con el cuello abierto y el paso elástico, sino que ahora el ministro Joseph Fouché se presenta en una especie de audiencia al emperador Napoleón con el cuello bordado en oro rígido y alto, envuelto en su pomposo uniforme de corte, con medias de seda negra y zapatos relucientes, con condecoraciones y el sombrero en la mano; el «señor» Fouché tiene que empezar por inclinarse respetuoso ante el antiguo compañero de conspiración y camarada, antes de poder hablarle llamándole «Vuestra Majestad». Tiene que entrar con una reverencia y despedirse con una reverencia, aceptar sin rechistar las órdenes dadas con brusquedad, en vez de cultivar conversaciones más íntimas. No cabe resistencia a la opinión de este hombre, el más tempestuoso de todos los hombres de voluntad.

Al menos, no cabe resistencia abierta. Fouché conoce demasiado bien a Napoleón como para querer imponerle su voluntad en caso de discrepancia. Se deja dar órdenes como todos los demás aduladores y serviles ministros de la época imperial; pero con una pequeña diferencia: que no siempre obedece esas órdenes. Si se le ordenan detenciones que él mismo no aprueba, hace advertir sigilosamente a los amenazados, o si tiene que aplicar un castigo enfatiza por doquier que ocurre expresamente por orden del emperador, no por sus propios deseos. En cambio, siempre comparte como dones propios los favores y las amabilidades. Cuanto más imperioso se muestra Napoleón —y, de hecho, es asombroso cómo su temperamento, desde el principio autoritario, se vuelve cada vez más desenfrenado y autocrático conforme se extiende su poder—, tanto más amable, tanto más conciliador se comporta Fouché. Y así, sin decir una sola palabra en contra del emperador, sólo con pequeños guiños, sonrisas y silencios, constituye por sí solo una oposición, visible y sin embargo nunca aprensible, contra la nueva divinidad. Hace mucho que no se toma la peligrosa molestia de imponerle verdades; no se emplean, y lo sabe, con reyes y emperadores, aunque antes se llamaran Bonaparte. Sólo bajo mano desliza de vez en cuando con perversidad algunas sinceridades de contrabando en sus informes diarios. En vez de decir «creo», «pienso», y hacerse echar una bronca por esa opinión y pensamiento autónomo suyos, escribe en sus informes «se cuenta» o «un enviado ha dicho»; de ese modo, suele echar casi siempre en el diario pastel de picantes novedades unos granos de pimienta referidos a la familia imperial. Con pálidos labios, Napoleón tiene que ver reseñados como «malvados rumores» toda la suciedad y la vergüenza de sus hermanas, y además

maldades bien adobadas sobre sí mismo, notas ásperas y ardientes con las que la hábil mano de Fouché saltea intencionadamente el boletín. Sin pronunciar una sola palabra, el incómodo servidor sirve de vez en cuando a su incómodo señor verdades nada bienvenidas, y ve, asistiendo cortés y desinteresado a la lectura, cómo el duro señor se atraganta con ellas. Así ejerce Fouché su pequeña venganza sobre el teniente Bonaparte, que, desde que se puso la levita imperial, sólo desea ver a sus antiguos asesores con la espalda inclinada y temblando ante él.

Se ve que entre estos dos hombres no hay una atmósfera amigable. Igual que Fouché no es un servidor agradable a Napoleón, Napoleón no es un Señor agradable a Fouché. Ni una sola vez deja un informe policial sobre la mesa de forma confiada y descuidada. Examina cada una de las líneas con su mirada de halcón en busca de la menor discordancia, del menor descuido; y, si lo encuentra, estalla, insulta a su ministro como un niño de escuela, entregado por entero a la desinhibición corsa de su temperamento. Los que se ponen junto a las puertas, los que miran por el ojo de la cerradura, sus colegas del Consejo de Ministros, cuentan de forma unánime cómo precisamente la sangre fría de la resistencia de Fouché indignaba al emperador. Pero incluso sin su testimonio (porque hay que leer con lupa todas las memorias de aquella época) se sabría, porque incluso en las cartas se oye retumbar la dura y áspera voz de mando: «Creo que la policía no lleva a cabo la vigilancia de la prensa con el necesario ahínco», sermonea al viejo y experto maestro, o le abronca: «Se podría pensar que en el Ministerio de Policía no saben leer: no se cuidan de nada». O: «Le conmino a mantenerse dentro del marco de su actividad y no inmiscuirse en las cuestiones de política exterior». Napoleón le insulta inmisericordemente, se sabe por cien relatos, incluso delante de testigos, de sus ayudantes y del Consejo de Estado, y cuando la ira espumea en sus labios no duda en recordarle incluso Lyon, su época de terror, en llamarle regicida y traidor. Pero Fouché, gélido observador, que después de diez años conoce toda la gama de esas explosiones de ira, sabe que a veces le salen del alma, incontroladas, a ese hombre ardiente, pero también que a veces Napoleón las provoca como un actor, con plena conciencia, y no se deja intimidar ni por las tormentas auténticas ni por las teatrales, como le ocurrió por ejemplo al ministro austríaco Cobenzl, que se sobresaltó tembloroso cuando el emperador le arrojó a los pies un valioso jarrón de porcelana; no se deja confundir ni por la ira aparente ni por la verdadera furia del emperador. Con su rostro incoloro, similar a una máscara, calizo, se mantiene apaciblemente en pie, sin un solo temblor en las esquinas de los ojos, sin revelar tensión ni con un solo nervio, bajo ese chorro de palabras..., tan sólo, quizá, cuando deja la estancia una sonrisa irónica o malvada juguetea en sus finos labios. No tiembla ni siquiera cuando el emperador le grita: «Sois un traidor, debería haceros fusilar», sino que responde, sin dar a su voz otro acento, burocrático: «No comparto esa opinión, sire». Cien veces se deja anunciar y amenazar el destierro y la destitución, y sale tranquilamente de la habitación, completamente seguro de que el emperador volverá a llamarle al día siguiente. Y siempre tiene razón. Porque a pesar de su desconfianza, de su ira y de



su secreto odio, Napoleón jamás puede librarse del todo de Fouché durante toda una década, hasta la última hora.

Pero este poder de Fouché sobre Napoleón, un enigma para todos sus contemporáneos, no tiene nada de mágico ni de hipnótico. Es un poder adquirido, un poder calculado y elaborado con trabajo y astucia y sistemática observación. Fouché sabe mucho, sabe incluso demasiado. No sólo conoce todos los secretos imperiales gracias a la locuacidad del emperador, sino también en contra de su voluntad, y mantiene en jaque a todo el reino y a su señor mediante una absoluta y casi mágica información. A través de la propia esposa del emperador, Josefina, conoce los detalles más íntimos de su lecho, a través de Barras, cada paso en la escalera de caracol de su ascenso; gracias a su propia vinculación con los hombres del dinero, controla todas las circunstancias patrimoniales privadas del emperador, no se le escapa ninguno de los cien asuntos sucios de la familia Bonaparte, los asuntos de juego de sus hermanos, las aventuras de Mesalina de Pauline. Y tampoco se le ocultan las escapadas de su señor. Cuando a las once de la noche, envuelto en un capote ajeno y casi embozado, Napoleón se escapa por una puerta lateral de las Tullerías para ir a visitar a una amante, a la mañana siguiente Fouché sabe dónde fue el coche, cuánto tiempo se quedó el emperador en aquella casa, cuándo volvió, e incluso en una ocasión puede avergonzar al dueño del mundo comunicándole que esa elegida le engaña a él, a un Napoleón, con un actorcillo no tan bien escogido. Cada escrito importante que sale del gabinete del emperador va a parar en copia a Fouché gracias a un secretario sobornado, y algunos de entre los lacayos de mayor y menor rango reciben una prima mensual de la caja secreta del ministro de Policía por contarle de forma fiable todas las conversaciones palatinas; de día y de noche, en la mesa y en la cama, Napoleón es observado por su celoso servidor. Imposible ocultarle un secreto; así que el emperador está obligado a confiar en él, lo quiera o no. Y ese conocimiento de todo y de todos crea el único poder de Fouché sobre las personas, el que tanto admiraba Balzac.

Con el mismo cuidado con el que Fouché supervisa todos los asuntos, planes, pensamientos y palabras del emperador, se esfuerza en ocultar los suyos. Fouché no confía jamás ni al emperador ni a nadie sus verdaderas intenciones y trabajos; de su gigantesco material informativo, proporciona tan sólo lo que le apetece. Todo lo demás queda encerrado en el cajón del escritorio del ministro de Policía; Fouché no da acceso a nadie a esta última ciudadela, pone su pasión, su única pasión, en el espléndido placer de ser imprevisible, impenetrable, opaco, algo que nadie más puede decir. De nada sirve que Napoleón le ponga dos espías en los talones..., Fouché se burla de ellos, o incluso los utiliza para hacer llegar informes totalmente falsos y ridículos a su estafado encargado. Con los años, este juego de espionaje y contraespionaje entre ambos se vuelve cada vez más astuto y odioso, su postura abiertamente insincera... No, en verdad no hay una atmósfera clara y transparente entre estos dos hombres, de los que el uno quiere ser demasiado señor y el otro demasiado poco criado. Cuanto más

fuerte se hace Napoleón, tanto más molesto le resulta Fouché. Cuanto más fuerte se hace Fouché, tanto más odioso se le hace Napoleón.

Detrás de esa privada contraposición de diferencias intelectuales se alza poco a poco toda la gigantesca tensión de la época. Porque, año tras año, se dibujan cada vez con mayor claridad dentro de Francia una voluntad y otra contrapuesta: el país quiere la paz de una vez, y Napoleón, sin cesar, la guerra. El Bonaparte de 1800, heredero y ordenador de la Revolución, era aún enteramente uno con su país, con su pueblo, con sus ministros; el Napoleón de 1804, el emperador de la nueva década, hace mucho que ya no piensa en su país, en su pueblo, sino únicamente en Europa, en el mundo, en la inmortalidad. Una vez que ha resuelto magistralmente la tarea que le fue confiada, se pone nuevas y más difíciles tareas desde la desmesura de sus fuerzas y, una vez convertido el caos en orden, arrastra violentamente su propia acción, su propio orden al caos. No quiere decirse con esto que su entendimiento, claro y afilado como un diamante, se haya trastornado, en absoluto; el intelecto de Napoleón, matemáticamente exacto y preciso a pesar de todo lo demoníaco, sigue grandiosamente despejado hasta el último instante, cuando el moribundo escribe con mano temblorosa su testamento, la obra de sus obras. Pero este entendimiento suyo ha perdido hace mucho la medida humana, ¡cómo podría ser de otra manera, después de tal realización de lo inverosímil! ¡Cómo no iba a asaltar su alma, después de tan inauditas ganancias contra todas las reglas del juego del mundo, el deseo de superar lo increíble con lo más increíble aún! Napoleón está tan poco trastornado, incluso en sus más locas aventuras, como Alejandro Magno, Carlos XII de Suecia o Cortés. Tan sólo, como ellos, ha perdido debido a sus insólitas victorias la medida real de lo posible, y precisamente esa furia con pleno entendimiento, un grandioso espectáculo natural del espíritu, espléndido como un mistral con cielo despejado, produce esos hechos que son al mismo tiempo crimen de un solo hombre contra cientos de miles y, sin embargo, legendario enriquecimiento de la Humanidad. La campaña de Alejandro Magno hasta la India —aún hoy legendaria—, el viaje de Cortés, la marcha de Carlos XII desde Estocolmo hasta Poltava, la caravana de seiscientos mil hombres que Napoleón lleva desde España hasta Moscú; esas grandes acciones, que lo son a la vez de valor y de arrogancia, son a nuestra Historia contemporánea lo que las luchas de Prometeo y los titanes contra los dioses fueron a la mitología griega: soberbia y heroísmo, en cualquier caso el máximo, lindante ya con lo sacrílego, de lo humanamente alcanzable. Y a esa medida extrema es a la que aspira incesantemente Napoleón apenas siente la corona en las sienes. Con los éxitos crecen sus metas, con las victorias su osadía, con los triunfos sobre el destino el deseo de retarlo con creciente audacia. Por eso, nada más natural que el que los otros hombres a su alrededor, en tanto no estén aturridos por la fanfarria de las victorias y no estén deslumbrados por los éxitos, que hombres al mismo tiempo inteligentes y sensatos como Talleyrand y Fouché, empiecen a estremecerse. Ellos piensan en su época, en el presente, en Francia... Napoleón tan sólo en la posteridad, en la leyenda, en la Historia.

Esta contraposición entre razón y pasión, entre caracteres lógicos y demoníacos, eternamente repetida en la Historia, se produce en Francia poco después del cambio de siglo. La guerra ha hecho grande a Napoleón, le ha elevado desde la nada hasta un trono imperial. Por eso, qué más natural que querer la guerra una y otra vez y buscar adversarios cada vez más grandes, más poderosos. Ya desde el punto de vista meramente numérico, sus apuestas ascienden a lo fantástico. En Marengo, en 1800, venció con treinta mil hombres, cinco años después pone ya en campaña trescientos mil, y otros cinco años después arranca un millón de combatientes a un país desangrado y cansado de la guerra. Simplemente contando con los dedos, el último criado de su ejército, el más ignorante de los campesinos, comprendería que tal *guerromanía* y *cazamanía* (Stendhal acuñó esta palabra) tenían que terminar en una catástrofe, y de forma profética Fouché dice durante una conversación con Metternich, cinco años antes de Moscú: «Cuando él os haya vencido, no quedarán más que Rusia y China». Sólo hay uno que no lo comprende, o se pone la mano ante los ojos: Napoleón. A quien ha vivido el instante de Austerlitz y los de Marengo y Eylau, la Historia Universal concentrada siempre en dos horas, ya no puede producirle tensión o satisfacción recibir a cortesanos uniformados en bailes palaciegos, sentarse en la ópera, decorada con solemnidad, oír hablar a aburridos diputados... No, hace mucho que sólo siente temblar sus nervios cuando arrolla países enteros a marchas forzadas a la cabeza de sus tropas, aplasta ejércitos, arroja de sus puestos con un dedo a reyes como si de figurillas de ajedrez se tratase y pone a otros en su lugar, cuando la cúpula de los Inválidos se convierte en un susurrante bosque de banderas y la recién fundada cámara del tesoro se llena con el valioso botín de toda Europa. Él ya sólo piensa en regimientos, en cuerpos de ejército, en ejércitos, hace mucho que contempla Francia, todo el país, el mundo entero, tan sólo como apuesta, como propiedad que le pertenece sin restricción alguna («*La France c'est moi*»). Pero algunos de entre los suyos insisten interiormente en creer que Francia se pertenece ante todo a sí misma, que sus hombres, sus ciudadanos, no deben servir para hacer reyes de la estirpe corsa y de toda Europa un fideicomiso bonapartista. Con creciente disgusto, ven cómo año tras año se clavan en las puertas de las ciudades las listas de reclutas, cómo se saca de las casas a los chicos de dieciocho, diecinueve años, para llevarlos a las fronteras de Portugal, a las estepas nevadas de Polonia y Rusia, a morir sin sentido, o al menos con un sentido que ya no cabe aprehender. Así, se produce entre él, que sólo alza la vista hacia su estrella, y los clarividentes que ven el cansancio y la impaciencia de su propio país, una contraposición cada vez más encarnizada. Y como su espíritu, que se ha vuelto imperativo y autocrático, ya no se deja aconsejar ni por los más próximos, éstos empiezan a reflexionar secretamente acerca de cómo pueden detener esta rueda que gira enloquecida y salvarla de su inevitable caída en el abismo. Porque tiene que llegar el momento en que la razón y la pasión se separen de forma definitiva y se hagan la guerra abiertamente, en que estalle la lucha entre Napoleón y el más inteligente de sus servidores.

Esta secreta resistencia contra la pasión bélica y desmesura de Napoleón reúne incluso a los más encarnizados adversarios de entre sus consejeros: Fouché y Talleyrand. Estos dos ministros, los más capaces de Napoleón, los hombres psicológicamente más interesantes de su época, no se quieren el uno al otro... probablemente porque son demasiado parecidos en muchas cosas. Ambos son pensadores sobrios y realistas, cínicos discípulos de Maquiavelo carentes de escrúpulos. Ambos han pasado por la escuela de la Iglesia y la fogosa universidad de la Revolución, ambos tienen la misma sangre fría carente de conciencia en cuestiones de dinero y de honor, ambos sirven con igual deslealtad, con igual falta de escrúpulos, a la República, al Directorio, al Consulado, al Imperio y al rey. Disfrazados de revolucionarios, de senadores, de ministros, de servidores reales, estos dos versátiles actores de carácter se encuentran sin cesar en el mismo escenario de la Historia Universal; y precisamente porque son de la misma raza intelectual y se les han asignado iguales papeles diplomáticos, se odian el uno al otro con el frío conocimiento y el rencor de rivales.

Ambos pertenecen al mismo tipo amoral; pero, si su parecido surge del carácter, su diferencia surge del origen. Talleyrand, duque de Périgord, arzobispo de Autun, viejo aristócrata de sangre, ya lleva el hábito violeta de señor espiritual de toda una provincia francesa cuando el pequeño y mísero hijo de comerciante Joseph Fouché, despreciado profesor de seminario, embute matemáticas y latín por unos céntimos al mes a su docena de estudiantes. Aquél ya es encargado de negocios de la República francesa en Londres y famoso portavoz de los Estados Generales cuando éste consigue en los clubes su primer mandato mediante el halago y la actividad. Talleyrand llega desde arriba a la Revolución, baja como un soberano de su carroza, saludado con júbilo reverente, y desciende unos peldaños hasta el Tercer Estado, mientras Fouché asciende trabajosamente a base de intrigas. Debido a esa diferencia de origen, su igual condición fundamental está teñida de un color especial. Talleyrand, el hombre de los grandes gestos, sirve con la condescendencia indiferente y fría de un *grandseigneur*, Fouché con el celo aplicado y astuto de un funcionario con aspiraciones. En lo que se parecen, son al mismo tiempo diferentes, y así, si ambos aman el dinero, Talleyrand lo hace a la manera de los nobles, para despilfarrarlo en la mesa de juego y dejar correr el oro en abundancia con las mujeres; Fouché, el hijo del comerciante, para reunirlo con mentalidad capitalista y de intereses y acumularlo ahorrativamente. Para Talleyrand, el poder no es más que un medio para el disfrute, le proporciona la mejor y más noble ocasión de hacerse con todas las cosas sensuales de la Tierra, el lujo, las mujeres, el arte y la rica mesa, mientras Fouché, incluso convertido en multimillonario, sigue siendo una hormiga espartana y monacal. Ninguno de los dos puede abandonar por entero su origen social; nunca, ni en los días más salvajes del Terror, se convertirá Talleyrand, duque de Périgord, en auténtico hombre del pueblo y republicano; nunca, ni recién nombrado duque de Otranto, será Fouché un auténtico aristócrata, a pesar del uniforme reluciente de dorados.

El más deslumbrante, el más encantador, quizá también el más importante de los dos es Talleyrand. Formado en la antiquísima cultura de las musas, intelecto forjado en el espíritu del siglo XVIII, ama el juego diplomático como uno de los otros muchos juegos de la existencia, pero odia el trabajo. Le disgusta escribir una carta de puño y letra, prefiere, auténtico voluptuoso, refinado hedonista, que otro haga todo el trabajo de acarreo, y recoger después al descuido los resultados con su estrecha mano llena de anillos; le basta con su intuición, que abarca con mirada veloz como el rayo las más enrevesadas situaciones. Psicólogo nato y adiestrado, penetra, como dice Napoleón, en todas las mentes, y, sin aconsejarle, refuerza a cada uno en aquello que más íntimamente quiere. Los giros osados, las concepciones rápidas, los virajes flexibles en todos los momentos de peligro son su elemento, rechaza despreciativo ocuparse de los detalles, trabajar con esfuerzo y sudor. De este amor por el mínimo, por la forma más concentrada de las decisiones intelectuales, surge también su especial capacidad para el más deslumbrante juego de palabras, para el aforismo. No escribe largos informes, despacha una situación, a una persona, con una sola y afilada palabra. A Fouché, por su parte, le falta por entero esa capacidad de rápida visión del mundo, reúne como una abeja, con innumerables hombres diminutos, un activo ir y venir, miles y miles de observaciones, que luego, sumadas y combinadas, arrojan resultados concienzudos e irrefutables. Su método es el analítico, el de Talleyrand el visionario, su talento el trabajo, el de Talleyrand la rapidez intelectual; ningún artista podría inventar una mejor pareja de contrarios que estas dos figuras, el indolente y genial improvisador Talleyrand y el calculador de mil ojos Fouché, que la Historia puso junto a Napoleón, junto al genio integral, que une en sí las dotes de ambos; la amplitud de miras y la mirada exacta, la pasión y el trabajo, el conocimiento y la visión del mundo.

Pero nadie se odia con mayor encarnizamiento que las distintas especies de una misma raza. Por eso, Talleyrand y Fouché se repelen el uno al otro por el más íntimo de los instintos, por un conocimiento exacto y sanguíneo. Desde el primer día, ese aplicado trabajador, espigador de informes, portador de novedades, ese frío mirón que es Fouché, repugna al *grandseigneur*, y a Fouché por su parte le irrita la frivolidad, el despilfarro, la dejadez despreciativamente aristócrata y perezosamente femenina de Talleyrand. Así que el uno sólo habla del otro con dardos envenenados. Talleyrand sonrío: «Fouché desprecia tanto a los hombres porque se conoce demasiado bien». Fouché, a su vez, se burla cuando Talleyrand es nombrado vicescanciller: «*Il ne lui manquait que ce vice-là*» [Sólo le faltaba ese *vice*, de *vicio*]. Siempre que pueden ponerse mutuamente un obstáculo en el camino, se apresuran a hacerlo, aprovechan de buen grado la primera oportunidad de perjudicarse. Que estos dos, el ágil y el trabajador, se complementen tanto en sus cualidades es lo que los hace tan importantes como ministros de Napoleón, y el hecho de que se odien tan rabiosamente le viene como anillo al dedo, porque debido a ese odio el uno vigila al otro mejor de lo que podrían hacerlo cien celosos espías. Fouché le comunica a toda prisa cualquier corrupción, cualquier nueva actividad crápula o

negligencia de Talleyrand; Talleyrand le sirve a toda prisa cualquier intriga, cualquier nuevo manejo de Fouché; así, Napoleón se siente al mismo tiempo vigilado y servido por esta extraña pareja. Como superior psicólogo, Napoleón emplea del modo más feliz la rivalidad de sus dos ministros, por una parte para impulsarlos y, al mismo tiempo, para contenerlos.

París se divierte durante años con esa testaruda enemistad de los dos rivales Fouché y Talleyrand. Como en una escena de Molière, contempla las inagotables variantes de esta comedia junto a los escalones del trono y se divierte al ver cómo los dos criados del señor se agujonean el uno al otro, se persiguen con agudos juegos de palabras, mientras su maestro, olímpicamente superior, contempla esa disputa para él tan provechosa. Pero mientras él mismo y todos los demás esperan de ellos este divertido juego del gato y el ratón, de pronto estos dos refinados actores cambian de papeles y empiezan una seria cooperación. Por primera vez, su común irritación contra su jefe es más fuerte que su rivalidad. Estamos en 1808, y Napoleón vuelve a empezar una guerra, la más inútil e insensata de sus guerras, la campaña contra España. En 1805 ha vencido a Austria y Rusia, en 1807 ha aplastado a Prusia, ha sometido a los Estados alemanes e italianos, y no existe el menor motivo para una enemistad con España. Pero su simplón hermano José (dentro de unos años, el propio Napoleón confesará «haberse sacrificado por idiotas») también quería una corona, y como en ese momento no había ninguna disponible, se decide simplemente eliminar la dinastía española, violando el Derecho Internacional; una vez más redoblan los tambores, una vez más marchan los batallones, una vez más el dinero trabajosamente reunido fluye fuera de las arcas, y una vez más Napoleón se embriaga con el peligroso placer de la victoria. Ese indomable furor bélico empieza poco a poco a enfurecer incluso a quienes tienen la piel más dura; tanto Fouché como Talleyrand desaprueban esa guerra buscada, en la que Francia se desangrará durante siete años, y como el emperador no escucha ni a uno ni a otro, ambos se acercan imperceptiblemente. El emperador, lo saben, tira a la basura sus cartas, sus consejos, hace mucho que los estadistas nada pueden contra los mariscales, generales, hombres de armas, y menos aún contra la estirpe corsa, cada uno de cuyos miembros quiere envolver a toda prisa en armiño un mísero pasado. Así que intentan protestar a plena luz del día, y deciden, ya que se les ha retirado la palabra, una pantomima política, un auténtico golpe de teatro: aliarse de manera ostentosa.

No sabemos quién organizó la escena de forma tan espléndidamente dramática, si Talleyrand o Fouché. Lo que ocurre es lo siguiente: mientras Napoleón lucha en España, París se entrega sin cesar a fiestas y recepciones —la guerra es algo tan acostumbrado como la nieve en invierno y las tormentas en verano—, y una noche de diciembre de 1808 (mientras Napoleón escribe órdenes para el ejército en algún sucio alojamiento de Valladolid), también en la rue Saint-Florentin, en casa del Gran Canciller, brillan mil velas y susurra la música. Se han congregado hermosas mujeres, que tanto ama Talleyrand, una deslumbrante sociedad, altos consejeros de Estado y los embajadores extranjeros. Se

charla alegremente, se baila y la gente se divierte. De pronto, surge un leve murmullo en todos los rincones, el baile se interrumpe, los invitados se agrupan asombrados: ha entrado un hombre, el último al que se habría esperado aquí, el enjuto Casio, Fouché, al que, como todo el mundo sabe, Talleyrand odia y desprecia encarnizadamente, y que jamás ha puesto un pie en esta casa. Pero he aquí que, con escogida cortesía, el ministro de Asuntos Exteriores se dirige cojeando al ministro de Policía, le saluda delicadamente como a un querido huésped y amigo, le coge cariñoso por el brazo. Cuidándolo visible y manifiestamente, le conduce a través de la sala, pasan a una estancia anexa, se sientan en una *chaise longue* y charlan en voz baja... extendiendo una desmedida curiosidad entre todos los presentes. A la mañana siguiente, todo París conoce la sensacional noticia. No se habla más que de esa repentina y tan llamativamente proclamada reconciliación, y todo el mundo entiende su sentido. Cuando perro y gato se alían tan tempestuosamente, sólo puede ser contra el cocinero; la amistad entre Fouché y Talleyrand significa la abierta desaprobación de los ministros hacia su señor, hacia Napoleón. Enseguida, todos los espías se ponen a trabajar para saber qué persigue ese complot. En todas las legaciones, las plumas corren escribiendo informes de primera hora, Metternich comunica por correo urgente a Viena que «esta unión responde a los deseos de una nación en extremo agotada»; pero también los hermanos, las hermanas de Napoleón tocan alarma, y envían por su parte por correo urgente la loca noticia al emperador.

Por correo urgente vuela la noticia hacia España, pero aún más rápido corre Napoleón, como golpeado por un fustazo, de vuelta a París. En cuanto recibe la carta, no llama a sus aposentos ni a sus hombres de confianza. Muerde, se muerde los labios y toma enseguida las disposiciones para el regreso; esta aproximación de Talleyrand y Fouché le produce un efecto más espantoso que una batalla perdida. El ritmo de su retorno es furibundo: el 17 sale de Valladolid, el 18 está en Burgos y el 19 en Bayona, no se detiene en ningún sitio, los agotados caballos se cambian a toda prisa, el 22 entra como un viento tempestuoso en las Tullerías, y el 23 responde ya a la ingeniosa comedia de Talleyrand con una escena igualmente dramática. Toda la tropa cubierta de entorchados de sus cortesanos, los ministros y generales actúan cuidadosamente de comparsas: ha de verse en público cómo el emperador aplasta de un puñetazo incluso la menor resistencia a su voluntad. Ya ha hecho venir a Fouché el día antes, y le ha leído la cartilla a puerta cerrada; éste, acostumbrado a tales duchas, ha aguantado inmóvil el chaparrón, disculpándose con perfectas y hábiles palabras y apartándose a tiempo. Para este hombre servil basta, piensa el emperador, con una fugaz patada; pero Talleyrand, precisamente porque es el más fuerte, el más poderoso, debe pagar el pato en público. La escena ha sido descrita con frecuencia, y la dramaturgia de la Historia conoce pocas mejores. Primero, el emperador se manifiesta disgustado, sólo con expresiones generales, por la actitud insidiosa de algunos durante su ausencia, pero luego, irritado por su fría indiferencia, se vuelve bruscamente a Talleyrand, reclinado inmóvil en la chimenea de mármol en actitud indolente, con el brazo apoyado en la repisa. Y entonces, la lección previamente calculada del comediante se

vuelve de repente, ante los ojos de toda la corte, verdadera furia, el emperador grita a ese hombre mayor y experimentado los más viles insultos; le llama ladrón, perjuro, renegado, venal que vendería a su propio padre por dinero, le echa la culpa del asesinato del duque de Enghien y de la guerra en España. Ninguna verdulera puede insultar con menos inhibiciones a su vecina en el patio de su casa que Napoleón al duque de Périgord, al veterano de la Revolución, al primer diplomático de Francia.

Los espectadores están petrificados. Todo el mundo se siente incómodo. Todo el mundo nota que en este momento el emperador está quedando mal. Sólo Talleyrand, cuya indiferencia a los ataques parece tan impenetrable y de piel de elefante, que se cuenta que en una ocasión se quedó dormido durante la lectura de un panfleto dirigido contra él, se queda impertérrito, demasiado arrogante como para sentir tales insultos como ofensas. En silencio, una vez ha descargado la tormenta, sale cojeando por el liso parqué y, en la antesala, lanza sólo una de sus pequeñas frases envenenadas, que hieren más mortales que todos esos ruidosos puñetazos: «Lástima que tan gran hombre esté tan mal educado», dice indiferente, mientras los criados le ponen su capa.

Esa misma noche Talleyrand es desposeído de su dignidad de gentilhomme de cámara, y en los días siguientes todos los caídos en desgracia despliegan curiosos el *Moniteur* para leer entre las comunicaciones oficiales la de la destitución de Fouché. Pero se equivocan. Fouché se queda. Como siempre, se ha puesto en su avance detrás de otro más fuerte, que le sirve de pararrayos; recuérdese que Collot, el Coametrallador de Lyon, es deportado a las islas de las Fiebres, Fouché se queda; Baboeuf, su cómplice en la lucha contra el Directorio, es fusilado, Fouché se queda; su protector Barras tiene que huir del país, Fouché se queda. Y también esta vez cae únicamente el que da la cara, Talleyrand, y Fouché se queda. Los gobiernos, las formas de Estado, las opiniones, los hombres cambian, todo se precipita y desaparece en ese furioso torbellino del cambio de siglo, sólo uno se queda siempre en el mismo sitio, al servicio de todos y de todas las ideas: Joseph Fouché.

Fouché sigue en el poder, más aún: precisamente que el más inteligente, el más flexible y el más independiente de los consejeros de Napoleón cese y sea sustituido por un mero asentidor es lo que refuerza su influencia. Pero, aún más importante: además del competidor Talleyrand, también el pesado señor deja libre el asiento por algún tiempo. Porque estamos en 1809, y Napoleón, como todos los años, vuelve a estar en guerra, esta vez contra Austria.

La ausencia de Napoleón de París y de los negocios siempre es lo mejor que puede ocurrirle a Fouché. Y cuanto más lejos y más tiempo, mejor..., en Austria, en España, en Polonia; lo que más le gustaría es volver a tenerlo en Egipto. Porque su luz excesiva deja todo en sombras a su alrededor, su sobresaliente y creativa presencia paraliza con su imperiosa superioridad cualquier otra voluntad. Pero si está a cien



millas de distancia, dirigiendo batallas, incubando planes de campaña, en casa Fouché puede jugar a señor y a destino de vez en cuando, y no necesita limitarse a ser marioneta de esa mano dura y enérgica.

¡Por fin se le da esa ocasión a Fouché, por fin, por vez primera! 1809 es un año fatal para Napoleón. Nunca, a pesar de los más manifiestos éxitos exteriores, estuvo su situación militar amenazada de ese modo. En la sometida Prusia, en la mal dominada Alemania, diez mil franceses están casi indefensos, en guarniciones aisladas, como guardianes de cientos de miles que sólo esperan la llamada a las armas. Un segundo éxito de los austríacos como el de Aspern, y estallará una sublevación desde el Elba hasta el Ródano, la indignación de todo un pueblo. Tampoco en Italia están mejor las cosas: el burdo maltrato al papa ha excitado a toda Italia como la humillación de Prusia a toda Alemania, y la propia Francia está cansada. Si se logra dar un nuevo golpe contra esta potencia militar imperial repartida a lo largo de toda Europa, desde el Ebro hasta el Vístula, quién sabe si no derribará a este coloso de hierro fuertemente estremecido. Y ése es el golpe que planean los archienemigos de Napoleón: los ingleses. Deciden, mientras las tropas del emperador están repartidas entre Aspern, Roma y Lisboa, penetrar directamente en el corazón de Francia, capturar primero las plazas portuarias de Dunkerque, conquistar Amberes y forzar la sublevación de los belgas. Napoleón, calculan, está lejos con sus poderosos ejércitos, con sus mariscales y cañones; el país yace indefenso ante ellos.

Pero Fouché está ahí, el mismo Fouché que en 1793, bajo la Convención, aprendió cómo se alistaban diez mil reclutas en unas semanas. Su energía no ha disminuido desde entonces, pero sólo podía actuar en la oscuridad, agotarse en pequeñas intrigas y manejos. Y se lanza con pasión a la tarea de poder demostrar por una vez a la nación y al mundo entero que Joseph Fouché no es sólo una marioneta de Napoleón, y en caso necesario puede actuar con la misma decisión y conciencia de sus fines que el propio emperador. Por fin va a quedar demostrado — ¡magnífica ocasión, ni más ni menos que caída del cielo!— que no todo el destino militar y moral está única y exclusivamente unido a ese hombre. Con retadora osadía, subraya en sus proclamas esa innecesariedad de Napoleón: «Demostremos a Europa que, aunque el genio de Napoleón da su esplendor a Francia, su presencia no es necesaria para rechazar al enemigo», escribe a los alcaldes, y confirma esas palabras audaces y autocráticas con la acción. Porque inmediatamente, apenas enterado del desembarco de los ingleses en la isla de Walcheren, exige, como ministro de Policía y ministro del Interior (cargo que ostenta provisionalmente), la movilización de los guardias nacionales que, desde los días de la Revolución, trabajan tranquilamente en sus pueblos como sastres, cerrajeros, zapateros y campesinos. Los otros ministros se espantan. ¿Cómo van a tomar sin permiso del emperador, bajo su propia responsabilidad, una medida de tan amplio alcance? Especialmente el ministro de Guerra, muy indignado al ver que un civil, un no autorizado, se inmiscuye en su sagrado cargo, se defiende con todas sus fuerzas: primero hay que ir a Schönbrunn a pedir permiso para la movilización. Hay que esperar lo que el emperador disponga, y no sumir al país en la inquietud. Pero el emperador, como de costumbre,

está a catorce días de distancia para la pregunta y la respuesta, y Fouché no teme sumir al país en la inquietud. ¿Acaso no lo hace Napoleón? En lo más hondo de sí mismo quiere la inquietud, quiere el tumulto. Así que, decidido, lo toma todo sobre sus espaldas. En nombre del emperador, trompeteros y órdenes llaman en las provincias amenazadas a cada hombre a la inmediata defensa, en nombre del emperador, que nada sabe de todas esas medidas. Y, segunda osadía: Fouché nombra comandante en jefe de ese improvisado ejército del Norte a Bernadotte, precisamente el hombre, entre todos los generales, al que Napoleón odia como a ningún otro aunque es el cuñado de su hermano, al que ha reprendido y enviado al destierro. De ese destierro le saca Fouché, a pesar del emperador, de los ministros y de todos sus enemigos; le es indiferente que el emperador apruebe su medida. Lo único importante es que el éxito le dé la razón frente a todos.

Tal audacia en los momentos decisivos da a Fouché algo de verdadera grandeza. Inquieto, este espíritu nervioso y con voluntad de trabajo se consume en busca de grandes tareas, y siempre se le dan tan sólo pequeñas, que despacha como quien habla. Es natural que la energía excedentaria busque escapatoria y libertad en intrigas perversas y, en la mayor parte de los casos, absurdas. Pero en el momento en que se pone a este hombre —exactamente igual que en Lyon, y después, luego de la caída de Napoleón, en París— ante una tarea realmente histórica, a la medida de sus fuerzas, la resuelve de forma magistral. La ciudad de Flesinga, que el propio Napoleón califica en sus cartas de inexpugnable, cae a los pocos días en manos de los ingleses, tal como Fouché había predicho. Pero, entretanto, el ejército recién formado sin permiso por Fouché ha tenido tiempo de preparar a Amberes, y así esta incursión de los ingleses termina con una total y muy costosa derrota. Por primera vez desde que Napoleón tiene el poder, un ministro se ha atrevido a desplegar por sí mismo la bandera, a empuñar el sello, a seguir su propio rumbo, y precisamente con esa autonomía ha salvado a Francia en un momento decisivo. Desde ese día, Fouché tiene un nuevo rango y una nueva conciencia de sí mismo.

Entretanto, han llegado a Schönbrunn las cartas acusadoras del canciller y el ministro de Guerra, queja tras queja acerca de las audacias que ese ministro civil se permite. ¡Ha movilizado a la Guardia Nacional, ha puesto el país en estado de guerra! Todos esperaban que Napoleón castigara ese atrevimiento y despidiera a Fouché. Pero, sorprendentemente, antes de poder saber el espléndido resultado de las medidas de Fouché, el emperador da la razón a su decidida y rápida energía frente a todos los otros. El canciller se lleva una áspera bronca: «Me exaspera que en tan extraordinarias circunstancias hayáis empleado tan poco vuestros plenos poderes. A la primera noticia, hubierais debido reclutar veinte mil, cuarenta mil o cincuenta mil guardias nacionales», y escribe literalmente al ministro de Guerra: «Veo que sólo el señor Fouché ha hecho lo que podía, y sólo él ha sentido lo inadecuado de persistir en una inactividad peligrosa y deshonrosa». Así que los temerosos, cautelosos e incapaces colegas no sólo han quedado desbordados por Fouché, sino también intimidados por el asentimiento de Napoleón. Y a pesar de Talleyrand y del canciller, Fouché ocupa el

primer lugar de Francia. Es el único que ha demostrado que no sólo sabe obedecer, sino también mandar.

Una y otra vez se verá en Fouché que puede actuar de forma espléndida en un momento de peligro. Si se le pone ante la más difícil de las situaciones, la resolverá con su clara energía, que actúa con audacia. Si se le da el nudo más enredado, lo deshará. Pero por grandioso que sea a la hora de agarrar... no entiende en absoluto el arte hermano, el arte por excelencia de todas las artes políticas: volver a soltar a tiempo. Allá donde mete la mano, no sabe volver a sacarla. Y precisamente cuando ha deshecho el nudo, le acomete el diabólico deseo de volver a enredarlo de forma artificial. Así ocurre también esta vez. Gracias a su rapidez, a su energía ágil y ocurrente, el pérfido golpe de flanco ha sido rechazado. Con terribles pérdidas de hombres y material, con pérdida aún más grande de prestigio, los ingleses han vuelto a meter a su ejército en sus barcos y se han ido. Ahora se puede desconvocar con calma, enviar a casa a los guardias nacionales movilizados, con gratitud y legiones de honor. Pero la ambición de Fouché ha probado la sangre. Ha sido demasiado espléndido jugar a emperador, poner en pie de guerra a tres provincias, dar órdenes, redactar llamamientos, pronunciar discursos, poner el puño debajo de la nariz a los débiles colegas. ¿Y ahora ha de terminar ese tiempo magnífico? ¿Ahora que se sentían las energías propias desplegándose gozosas de día en día, de hora en hora? No, Fouché no piensa hacer tal cosa. Mejor seguir jugando a la guerra y la defensa, aunque primero haya que inventarse al enemigo. Hay que seguir haciendo redoblar los tambores, levantar al país, crear inquietud, movimiento tempestuoso. Así que, ante la presunción de que los ingleses pretenden desembarcar en Marsella, ordena una nueva movilización. La Guardia Nacional de todo el Piamonte, de la Provenza e incluso de París es reclutada en medio del general asombro, aunque no se ve enemigo alguno en toda la extensión del país y la costa, únicamente por la razón de que Fouché es presa del delirio, del largamente sustraído placer de organizar y movilizar, porque el hombre de acción largamente contenido y refrenado que hay en él puede desfogarse por una vez, gracias a la ausencia del soberano del mundo.

Pero ¿contra quién todos esos ejércitos?, se pregunta, cada vez más asombrado, el país entero. Los ingleses no se dejan ver. Poco a poco, incluso los más benévolo de entre sus colegas se vuelven desconfiados: ¿qué quiere ese hombre impenetrable con sus salvajes movilizaciones? No entienden que en el caso de Fouché sólo un secreto placer se embriaga con la propia energía. Y como no ven en todo el horizonte ni la punta de una bayoneta, ningún enemigo contra el que se refuerzan todos los días esos enormes llamamientos a filas, involuntariamente empiezan a suponer a Fouché planes de altos vuelos; los unos piensan que prepara una sublevación, los otros, que si el emperador sufre un segundo Aspern o si otro Friedrich Staps tiene más suerte con un atentado, piensa proclamar inmediatamente la vieja República; y ahora carta tras carta vuela hacia el cuartel general de Schönbrunn, diciendo que Fouché o se ha vuelto loco o se ha convertido en un conspirador. Ahora, a pesar de su benevolencia, Napoleón termina por escamarse. Ve

que Fouché se ha subido demasiado a la parra, hay que volver a bajarlo. El viento de las cartas cambia abruptamente. Le reprende, le llama «Don Quijote que lucha con molinos de viento», y escribe, en el viejo tono duro: «Todas las noticias que recibo me informan de guardias nacionales que se reclutan en el Piamonte, en el Languedoc, en la Provenza, en el Delfinado. ¡Qué diablos se pretende con todo ese trajín cuando no hay necesidad, y haciéndose sin órdenes mías!». Así que, con amargura en el corazón, Fouché tiene que dejar el magnífico juego, ceder el Ministerio del Interior y —no eres más que quien eres— volver a su rincón, a hacer de ministro de Policía de su señor que regresa triunfante a casa, que regresa a casa demasiado pronto.

De todos modos, aunque haya hecho demasiado, Fouché ha sido en medio del máximo peligro para la patria el único que ha hecho algo oportuno y correcto, en medio del temor de los demás ministros. Así que Napoleón no puede seguir negándole el honor que ha concedido ya a tantos otros. Ahora que una nueva nobleza brota de la tierra, abonada con sangre, de Francia, ahora que todos los generales, ministros y peones ennoblecen su nombre, también a Fouché, el viejo enemigo de los aristócratas, le toca el turno de convertirse él mismo en aristócrata.

Antes ya se le había concedido en silencio el título de conde. Pero el viejo jacobino aún ha de subir más en esa aireada escala de los nombres. El 15 de agosto de 1809, el antiguo pequeño teniente de Córcega firma y sella en el palacio de Su Majestad Apostólica el emperador de Austria, en los espléndidos aposentos de Schönbrunn, un benevolente pergamino al antiguo comunista y profesor de curas rebotado, en virtud del cual Joseph Fouché podrá llamarse desde ahora —¡un respeto!— duque de Otranto. Sin duda no ha combatido en Otranto, y jamás ha visto con sus propios ojos esa región del sur de Italia, pero precisamente un predicado de nobleza tan pleno y exótico de resonancias es magnífico para enmascarar a un antiguo archirrepublicano, porque cuando se pronuncia sonoramente es posible olvidar que detrás de ese duque se esconde el verdugo de Lyon, el viejo Fouché del pan de la unidad y de las confiscaciones de patrimonios. Y para que se sienta bien como caballero, se le conceden además las insignias de un ducado: un reluciente escudo de armas.

Pero es extraño: ¿ha buscado el propio Napoleón esa peligrosa y característica alusión, o se ha permitido en privado el heráldico nombrado de oficio una bromita psicológica? Sea como fuere, el escudo del duque de Otranto muestra en su centro una columna dorada... adecuada para este apasionado amante del oro. Y en torno a esa columna dorada se enrosca una serpiente..., probablemente también una delicada alusión a la flexibilidad diplomática del nuevo duque. Napoleón tiene que haber tenido en verdad inteligentes heraldistas a su servicio, porque no se habría podido inventar unas armas más características para un Joseph Fouché.

## LA LUCHA CONTRA EL EMPERADOR

1810

Un gran ejemplo siempre eleva o echa a perder una generación entera. Cuando un hombre como Napoleón Bonaparte entra en su época, a todos los que están próximos a él les toca elegir entre encogerse ante él y desaparecer sin dejar rastro ante su grandeza o tensar sus propias fuerzas hasta lo desmedido siguiendo su ejemplo. Los hombres que rodean a Napoleón sólo pueden convertirse en sus esclavos o en sus rivales; a la larga, tan sobresaliente presencia no tolera el término medio.

Fouché es uno de aquellos a los que Napoleón hace perder el equilibrio. Le ha envenenado el alma con el peligroso ejemplo del inconformismo, con la pulsión demoníaca de superarse constantemente; también él quiere ahora, como su señor, extender y tensar sin cesar las fronteras de su poder, también él está perdido para el tesón tranquilo, para la confortable satisfacción. Por eso, ¡qué decepción fueron los días en que Napoleón regresó triunfal de Schönbrunn para coger las riendas! ¡Qué espléndidos los meses en que se podía actuar conforme al propio albedrío, convocar ejércitos, dictar proclamas, tomar audaces medidas pasando por encima de los atemorizados colegas, ser por fin una vez señor del país, jugador en la gran mesa del destino universal! Y ahora Joseph Fouché vuelve a no ser nada más que ministro de Policía, a vigilar a insatisfechos y charlatanes de la prensa, a confeccionar todos los días su aburrido boletín a base de informes de los espías, a ocuparse de puerilidades, como con qué mujer tiene un lío Talleyrand y quién provocó ayer la caída de las cotizaciones en la Bolsa. No, desde que ha tenido las manos en el acontecer mundial, al timón de la gran Política, eso no son más que minucias y despreciable papeleo para este espíritu inquieto y ansioso de acontecimientos. Quien ha jugado una vez con tan altas apuestas, ya no se encuentra bien con tales bagatelas. Mejor demostrar una vez más que incluso al lado de Napoleón hay margen para actuar... Esa idea ya no le abandonará.

Pero ¿qué más se puede hacer junto a alguien que lo ha hecho todo, que ha derrotado a Rusia, Alemania, Austria, España e Italia, al que el emperador de la dinastía más antigua de Europa ha dado por esposa a una archiduquesa, que ha derrocado al papa y el milenarismo de Roma y ha fundado desde París un imperio europeo? Nerviosa, febril, celosa, la ambición de Fouché mira en todas direcciones en busca de una tarea. Y, de hecho, en el edificio del imperio universal falta sólo la última y más alta almena, la paz con Inglaterra, sólo entonces la obra estaría completa. Y este último logro europeo quiere hacerlo solo Joseph Fouché, sin Napoleón y contra Napoleón.

Inglaterra es —en 1809 exactamente igual que en 1795— el archienemigo, el adversario más peligroso de Francia. A las puertas de Akkon, ante los fosos de Lisboa, en todos los extremos de la Tierra, la voluntad de Napoleón ha topado con la fuerza impávida, reflexiva, metódica de los anglosajones, y mientras conquistaba toda la tierra de Europa ellos le arrebatában la otra mitad del mundo, el mar. Él no puede entenderlos, ni ellos a él, y desde hace casi veinte años ambos se esfuerzan, con esfuerzo constantemente renovado, en liquidarse el uno al otro. Ambos se han debilitado terriblemente en esta lucha absurda, y ambos están ya, sin confesarlo, un poco cansados. Los bancos de Francia, Amberes y Hamburgo suspenden pagos desde que los ingleses estrangulan su comercio, en el Támesis a su vez se acumulan los barcos con mercancías sin vender, la renta inglesa y la francesa descienden cada vez más, y en ambos países los comerciantes, los banqueros, los hombres razonables, llaman al entendimiento e inician de manera titubeante pequeñas negociaciones. Pero a Napoleón le parece más importante que su necio hermano José conserve la corona de España y su hermana Carolina la de Nápoles; así que rompe las negociaciones de paz trabajosamente urdidas a través de Holanda y martillea con su puño de hierro a sus aliados para que hagan el bloqueo a los barcos ingleses, tiren al mar sus mercancías, y ya salen hacia Rusia cartas amenazadoras para que se someta asimismo al bloqueo continental. Una vez más la pasión ahoga la razón, y la guerra amenaza con eternizarse si en el último momento el partido de la paz no hace acopio de valor y pasa a la acción.

En estas negociaciones de paz con Inglaterra, tempranamente rotas, también ha participado Fouché. Ha proporcionado al emperador y al rey de Holanda un mediador, un hombre de negocios francés, éste a su vez uno holandés, éste por su parte uno inglés; por el acreditado puente del dinero fluyen —como en todas las guerras y en todos los tiempos— intentos secretos de entendimiento de gobierno a gobierno. Pero ahora el emperador ha ordenado bruscamente suspender las negociaciones. Esto no le agrada a Fouché. ¿Por qué no seguir negociando? Negociar, mercadear, prometer y engañar son su pasión favorita. Así que concibe un audaz plan. Decide seguir negociando por su cuenta, en todo caso aparentemente por orden del emperador, es decir, hacer creer tanto a su propio agente como al inglés que el emperador se esfuerza en alcanzar la paz a través de ellos, mientras en realidad sólo el duque de Otranto maneja los hilos. Es una locura, un insolente abuso del nombre imperial y de su propio cargo de ministro, una desfachatez histórica sin igual. Pero tales secretos, tales juegos ambiguos y laberínticos para engañar no a uno, sino a tres o cuatro al mismo tiempo, son la auténtica pasión de ese intrigante y conspirador nato que es Fouché. Como un escolar hace muecas a las espaldas del maestro, él ama las escapadas a espaldas del emperador, y, exactamente igual que el chiquillo osado, se arriesga gustoso a recibir una tunda o una reprimenda por el mero placer de la insolencia, del engaño. Cien veces, ya se ha visto, se complace en esas escapadas políticas..., pero nunca se ha permitido una acción más osada, arbitraria y peligrosa que tratar, en apariencia en

nombre del emperador y en realidad en contra de su voluntad, con el Ministerio de Exteriores inglés sobre la paz entre Francia e Inglaterra.

La trama está preparada de manera genial. Para este fin, echa mano de uno de sus oscuros hombres de negocios, el banquero Ouvrard, que ya ha ido a dar unas cuantas veces con sus huesos en la cárcel. Napoleón desprecia a este individuo por su mala fama, pero eso molesta poco a Fouché, que trabaja con él en la Bolsa. Con este hombre se sabe seguro, porque le ha ayudado a salir de apuros en distintas ocasiones, y lo tiene bien cogido. A este Ouvrard le envía a ver al banquero holandés Le Labouchère, un hombre distinguido, que se dirige de buena fe a su suegro, el banquero Baring, de Londres, que a su vez le pone en relación con el gobierno inglés. Y entonces se produce un loco juego de peonza: Ouvrard cree, naturalmente, que Fouché actúa por orden del emperador, y transmite su comunicación como oficial al gobierno holandés. Esta garantía basta a su vez a los ingleses para tomar muy en serio las negociaciones. Así que Inglaterra cree estar negociando con Napoleón, y negocia tan sólo con Fouché, que naturalmente se guarda muy mucho de informar al emperador del secreto avance del asunto. Primero quiere dejarlo madurar, allanar las dificultades, para presentarse luego como *deus ex machina* ante el emperador y el pueblo francés, y decir, orgulloso: «¡Aquí está la paz con Inglaterra! Lo que todos querían y codiciaban, lo que no logró ninguno de vuestros diplomáticos, lo he hecho yo, el duque de Otranto, a base de trabajo».

Pero ¡lástima! Un pequeño y tonto azar echa a perder la emocionante partida de ajedrez. Napoleón ha viajado a Holanda, con su joven esposa María Luisa, para visitar a su hermano Luis. La brillante recepción le hace olvidar la política. Pero un día, en una conversación casual, su hermano el rey Luis se informa, presuponiendo como todos los demás que las negociaciones secretas con Inglaterra se están produciendo con el consentimiento del emperador, por los progresos del entendimiento. Napoleón se sorprende. De repente, recuerda haberse encontrado a ese odiado Ouvrard en Amberes. ¿Qué está ocurriendo? ¿Qué significa ese ir y venir entre Inglaterra y Holanda? Pero no deja advertir su sorpresa; de manera casual, ruega a su hermano que le haga llegar de vez en cuando la correspondencia del banquero holandés. Esto se hace de inmediato, y en el viaje de vuelta de Holanda a París, Napoleón tiene ocasión de leerla; de hecho, hay una negociación de la que él no tenía ni idea. Con desmesurada furia, ventea enseguida quién es el que está cazando en furtivo: el duque de Otranto, que vuelve a acechar en coto ajeno. Pero ese astuto le ha vuelto astuto: al principio, oculta su sospecha bajo una traidora cortesía, para no advertir al flexible y hacerle huir. Sólo se confía al comandante de su gendarmería, Savary, duque de Rovigo, y le ordena detener rápidamente y sin llamar la atención al banquero Ouvrard, e incautarse de todos sus documentos.

Sólo el 2 de junio, tres horas después de esa detención, llama a su ministro a Saint-Cloud y pregunta bruscamente y sin rodeos al duque de Otranto hasta qué punto tiene conocimiento de algunos viajes del banquero Ouvrard, y si él mismo lo ha enviado a Amsterdam. Fouché,

sorprendido, pero todavía sin sospechar la trampa en que ha caído, actúa de la forma acostumbrada cuando lo atrapan: exactamente igual que en su momento, bajo la Revolución, con Chaumette, y bajo el Directorio, con Baboeuf, trata de escaparse librándose lisa y llanamente de su cómplice. Ah, Ouvrard es un hombre tan importuno que gusta de mezclarse en toda clase de cosas, y además todo ese asunto carece de importancia, un juego de niños. Pero Napoleón tiene una presa fuerte, no afloja tan fácilmente. «Esto no son tramas insignificantes —le espeta Napoleón—. Es un inaudito olvido del deber que uno se permita negociar con el enemigo a espaldas de su señor, sobre condiciones que él no conoce y probablemente nunca aceptará. Es una infracción al deber que ni el más débil de los gobiernos toleraría. Ouvrard ha de ser detenido en el acto». Entonces Fouché se incomoda. ¡Sólo faltaría detener a Ouvrard! ¡Lo largaría todo! De modo que se esfuerza, con toda clase de escapatórias, en apartar al emperador de la idea. Pero el emperador, que sabe que en ese momento su propia policía tiene ya entre rejas al banquero, escucha sarcástico al desenmascarado. Ahora sabe quién es el verdadero instigador de esta osada trama, y los documentos incautados a Ouvrard revelan muy pronto todo el juego de Fouché.

Entonces, el rayo cae de la nube largamente acumulada de la desconfianza. Al día siguiente, un domingo, Napoleón convoca después de la misa (aunque unos años antes haya encarcelado al papa, como yerno de Su Majestad Apostólica ha vuelto a ser devoto) a todos los ministros y dignatarios de su corte para una recepción matinal. Sólo falta uno: el duque de Otranto. Aunque ministro, no ha sido llamado. El emperador hace tomar asiento a su Consejo en torno a la mesa y empieza directamente preguntando:

—¿Qué pensarían ustedes de un ministro que abusa de su puesto y, sin el conocimiento de su soberano, tiene tratos con una potencia extranjera? ¿Que, sobre bases ideadas por él mismo, entabla negociaciones y pone de este modo al descubierto la política de todo el país? ¿Qué castigo se encuentra en nuestros códigos para tal infracción del deber?

Después de esta severa pregunta, el emperador pasea la vista en círculo, esperando sin duda que ahora todos sus consejeros y criaturas propondrán a toda prisa el destierro o alguna otra medida oprobiosa. Pero he aquí que los ministros, aunque enseguida adivinan contra quién se dirige el dardo, se envuelven en un embarazoso silencio. En el fondo, todos dan la razón a Fouché, que se ha esforzado enérgicamente por lograr la paz, y como auténticos criados se alegran ante la audaz jugada que le ha hecho al autócrata. Talleyrand (que ya no es ministro pero, como gran dignatario, ha sido convocado a este importante asunto) sonríe levemente para sus adentros; se acuerda de su propia humillación de hace dos años, y le regocija el apuro en que se encuentran ahora por una parte Napoleón y por otra Fouché, a ninguno de los cuales quiere. Por fin, el Gran Canciller Cambacérès rompe el silencio y manifiesta, tratando de mediar:



—Es éste, sin duda, un paso en falso que merece un severo castigo, a no ser que el culpable se haya dejado arrastrar a ese error por un exceso de celo en el servicio.

—¡Exceso de celo! —estalla furioso Napoleón. La respuesta no le conviene, porque no quiere una disculpa, sino un severo ejemplo, un castigo evidente a toda autonomía. Excitado, cuenta toda la historia y exige a los presentes que le propongan un sucesor.

Pero, una vez más, ninguno de los ministros se apresura a intervenir en tan delicado asunto... El miedo a Fouché ocupa en todos ellos justo el segundo lugar, después del miedo a Napoleón. Finalmente, como en todas las cuestiones difíciles, Talleyrand se sirve de un hábil juego de palabras. Se vuelve a su vecino y dice a media voz:

—Sin duda el señor Fouché ha cometido un error, pero si tuviera que darle un sucesor, y yo le daría un sucesor, no sería otro que el propio señor Fouché.

Descontento con sus ministros, a los que él mismo ha convertido en autómatas y mamelucos carentes de valor, Napoleón levanta la sesión y llama al canciller a su gabinete.

—En verdad, no merece la pena preguntar a estos señores. Ya veis qué inútiles propuestas cabe esperar de ellos. Pero no creeréis que pensaba seriamente en preguntarles antes de tener yo mismo la respuesta. Mi elección está tomada, el duque de Rovigo será nombrado ministro de Policía.

Y, sin que éste pueda manifestarse acerca de si tiene o no inclinación a tan incómoda sucesión, esa misma noche el emperador le saluda con la brusca orden:

—Sois el ministro de Policía. ¡Prestad juramento e id a vuestro trabajo!

El cese de Fouché se convierte enseguida en el tema de conversación de la jornada y, de golpe, toda la opinión pública se pone de su parte. Nada ha conquistado tantas simpatías a este ministro de bífida lengua como, precisamente, su resistencia contra el cesarismo de un hombre elevado por la Revolución, que empieza a ser ya insoportable al pueblo francés, sin barreras y acostumbrado a la libertad. Y, además, nadie quiere apreciar que sea un delito digno de ser castigado el buscar de una vez la paz con Inglaterra, incluso en contra de la voluntad de ese hombre belicoso. Todos los partidos, los realistas, los republicanos y los jacobinos, y también los embajadores extranjeros, lamentan unánimes en la caída del último ministro sincero de Napoleón la derrota visible de la idea de la paz, e incluso en su propio palacio, en su propio dormitorio, al igual que le ocurrió con su primera esposa Josefina, Napoleón se encuentra en la segunda, María Luisa, a un abogado de Joseph Fouché. El único hombre de su entorno al que su padre, el emperador de Austria, le había señalado como digno de confianza, ha

sido cesado, manifiesta consternada. Nada expresa con más claridad el verdadero ambiente de la Francia de entonces que el hecho de que el disfavor del emperador aumente el prestigio de un hombre ante la opinión pública; y el nuevo ministro de Policía, Savary, resume la aplastante impresión del cese de Fouché con estas características palabras: «Creo que la noticia de la declaración de una peste no habría podido difundir más espanto que la de mi nombramiento como ministro de Policía». En verdad, Joseph Fouché se ha hecho fuerte con el emperador durante esos diez años.

No se sabe por qué vía, el reflujo de esa repercusión tiene que haber llegado hasta Napoleón. Porque apenas después de haber echado a Fouché del cargo, se pone a toda prisa los guantes de seda. A posteriori el despido, igual que el primero de 1802, es sobredorado y disfrazado de empleo en otro lugar. A cambio de la pérdida del Ministerio de Policía, al duque de Otranto se le concede el título honorífico de consejero de Estado, y es nombrado embajador de la monarquía en Roma. Y nada caracteriza mejor el humor vacilante entre el temor y la ira, entre el reproche y el agradecimiento, entre la indignación y la conciliación del emperador, que la carta de despedida, destinada tan sólo al uso personal:

Señor duque de Otranto, sé qué servicios me habéis prestado, y creo en vuestra adhesión a mi persona y en vuestro celo a mi servicio. Aun así, me resulta imposible dejaros el puesto de ministro, sería ceder demasiado. El puesto de un ministro de Policía exige plena e ilimitada confianza, y esa confianza ya no puede existir desde que, en un asunto importante, habéis puesto en juego mi tranquilidad y la del Estado, lo que a mis propios ojos no pueden disculpar unos móviles loables. Vuestra extraña idea de las obligaciones de un ministro de Policía no se compadece con el bien del Estado. Sin dudar de vuestra adhesión y lealtad, tendría que someteros a una constante y agotadora inspección, que no cabe exigirme. Dicha inspección sería necesaria debido a las muchas cosas que hacéis por cuenta propia, sin saber si responden a mi voluntad, a mis intenciones... No puedo esperar que cambiéis vuestra forma de actuar, ya que años de visible expresión de mi disgusto no han obrado cambio alguno en vos. Apoyado en la pureza de vuestras intenciones, no habéis querido entender que se puede hacer mucho daño con la intención de hacer bien. Mi confianza en vuestras dotes y en vuestra lealtad es incommovible. Espero tener pronto ocasión de demostrarla y de que la empleéis a mi servicio.

Esta carta cierra como una llave secreta la más íntima relación de Napoleón con Fouché, y hay que tomarse la molestia de leer una segunda vez esta pequeña obra maestra para percibir cómo la voluntad y la voluntad en contra, el reconocimiento y la aversión, el temor y el secreto respeto, se solapan en cada una de las frases. El autócrata quiere un esclavo, y le amarga encontrar a un hombre independiente. Quiere librarse de él, y teme convertirlo en su enemigo. Lamenta perderlo, y al mismo tiempo es feliz de desprenderse de ese hombre peligroso.

Sin embargo, en la misma medida gigantesca en que ha aumentado la conciencia de sí de Napoleón, lo ha hecho también la de su ministro, y la general simpatía envana aún más la espalda de Joseph Fouché. No, el duque de Otranto ya no se deja despedir tan fácilmente. Napoleón debe enterarse de cómo queda su Ministerio de Policía cuando a Joseph Fouché se le enseñe la parte de fuera de la puerta, y su sucesor debe advertir que el que tiene la osadía de querer sustituirle se sienta en un nido de avispas, y no en un sillón ministerial. Él no ha creado en diez años ese instrumento espléndidamente afinado para un mostachudo de gruesos dedos como Savary, semejante novato en la diplomacia, no lo ha creado para que un chapucero ande torpemente en él y presente como logro propio lo que su predecesor ha ideado en días y noches de esfuerzo y trabajo. No, su despido no va a ser tan cómodo como se imaginan esos dos. Ambos, Napoleón y Savary, van a enterarse de que un Joseph Fouché no enseña como los otros la espalda doblada, sino también los dientes.

Fouché está decidido a no irse con la cabeza baja. No quiere una paz barata, una relajada capitulación. Desde luego, no es tan necio como para oponer abierta resistencia, ésa no es su forma de ser. Sólo va a permitirse una bromita, una pequeña, ingeniosa, alegre bromita, con la que París va a regocijarse y que debe enseñar a Savary que hay tremendos abrojos en el coto del duque de Otranto. Hay que recordar una y otra vez el curioso y diabólico rasgo de carácter de Joseph Fouché de que precisamente la extrema amargura engendra en él un furioso placer por la diversión, de que su valor, al incrementarse, no se vuelve viril, sino una grotesca y peligrosa arrogancia. Nunca golpea con el puño cuando alguien se le acerca, sino siempre, y precisamente en los momentos de mayor amargura, con la fusta del bufón, desde luego de modo tal que quien queda como un bufón es el otro. Todos los instintos apasionados que se esconden en este hombre contenido y cerrado espumea y desborda en tales ocasiones como un disparo, y esos momentos de aparente diversión en medio de la ira son al mismo tiempo aquellos que mejor revelan el fuego de su interior, lo demoníaco y diabólico en su naturaleza.

¡Una picante bromita, pues, para su sucesor! No puede ser difícil de idear, sobre todo cuando hay que vérselas con un zoquete ingenuo. Así que el duque de Otranto se pone el uniforme de gala y un gesto especialmente cortés para recibir a su sucesor en su toma de posesión. Y de hecho, apenas aparece Savary, duque de Rovigo, lo abrumba tempestuoso con amabilidades. No es sólo que le felicite por la muy honrosa elección del emperador, es que le da las gracias por haberle librado de ese cargo, que le agotaba y pesaba ya demasiado tiempo sobre sus hombros. Ah, es tan feliz, está tan satisfecho de poder descansar un poco de ese enorme trabajo. Porque este ministerio supone un trabajo inmenso, sí, un trabajo ingrato..., pronto el duque lo verá por sí mismo, especialmente porque no está acostumbrado. Sea como fuere, estará gustosamente a su servicio para que ponga rápidamente en orden ese ministerio un poco desordenado..., el cese lo ha encontrado bastante poco preparado. Naturalmente eso requiere unos días, pero si

el duque de Rovigo está de acuerdo, él, Fouché, quiere tomarse esa molestia, y entretanto también su esposa, la duquesa de Otranto, podría llevar a cabo el traslado con alguna comodidad. El buen Savary, el duque de Rovigo, no sospecha. Está alegremente sorprendido de encontrar tanta amabilidad en un hombre al que todos describen como perverso y taimado, incluso le da cortésmente las gracias al duque de Otranto por el extraordinario favor. Naturalmente que puede quedarse aquí todo el tiempo que desee; se inclina y estrecha conmovido la mano del buen Fouché, demasiado falto de reconocimiento.

Qué lástima no poder ver y no poder dibujar el rostro de Joseph Fouché en el instante en que la puerta se cierra detrás de su engañado sucesor. Necio, ¿crees de veras que voy a poner orden y a dejar en tus torpes manos, en carpetas ordenadas y manejables, los últimos secretos que he recogido pieza a pieza en diez años de esforzado trabajo? ¿Que te voy a engrasar y limpiar la máquina, mi máquina fantásticamente ideada, que absorbe invisible diente a diente, rueda a rueda, toda una serie de informaciones y las elabora en tan espléndido silencio? ¡Ya verás, necio!

Enseguida comienza una loca actividad. Un amigo de confianza es el encargado de ayudarlo. Cuidadosamente, la puerta del gabinete se cierra y todos los papeles importantes y secretos son arrancados a toda prisa de los dosieres. Joseph Fouché se lleva para su uso privado todos los que aún podrían servirle como arma, los acusadores y reveladores, los otros son quemados sin escrúpulos. ¿Para qué va a saber el señor Savary quién presta sus servicios como espía en el distinguido barrio del Faubourg Saint-Germain, quién en el ejército, en la corte? Podría facilitarle demasiado el trabajo. Así que ¡al fuego con las listas! Sólo puede quedarse con los nombres de los soplones sin valor y los fanfarrones, de los porteros y de las putas, de los que de todos modos no se obtiene nada importante. Las carpetas se vacían a la velocidad del rayo. Los valiosos ficheros con los nombres de los realistas en el extranjero, de los corresponsales secretos, desaparecen, el desorden se crea por doquier artificialmente, los registros quedan destruidos, los expedientes son marcados con números falsos, los códigos se cambian y al mismo tiempo se toma a los más importantes empleados del futuro ministro como espías en servicio secreto, para que sigan informando al antiguo y verdadero señor. Tornillo a tornillo, Fouché afloja y desmonta la gigantesca maquinaria, para que el engranaje ya no engrane y su marcha se detenga por entero en manos del desprevenido heredero. Como los rusos queman ante Napoleón su sagrada ciudad de Moscú para que no encuentre un alojamiento confortable, así Fouché destruye y socava la querida obra de su propia vida. Cuatro días, cuatro noches humea la chimenea, cuatro días y cuatro noches dura ese trabajo infernal. Y sin que nadie a su alrededor intuya ni lo más mínimo, los secretos del imperio salen por la chimenea convertidos en materia inasible, o van a parar a los armarios de Ferrières.

Luego, una reverencia especialmente cortés, especialmente amable, ante el desprevenido sucesor: ¡por favor, sentaos! Un apretón de manos y una gratitud que se acepta de forma taimada. En realidad, el duque de

Otranto debería irse ahora con posta urgente a su embajada de Roma. Pero prefiere viajar primero a Ferrières, a su castillo. Y allí espera, temblando interiormente de impaciencia y placer, el primer grito de ira de su estafado sucesor, en cuanto se aperciba de la bromita que Joseph Fouché le ha gastado.

¿No es verdad que la obrita ha sido espléndidamente ideada, puesta en escena con refinamiento y audazmente llevada a término? Pero, lástima, a Fouché se le ha escapado un pequeño detalle en esta atrevida mistificación. Piensa divertirse a costa del inexperto y recién nombrado duque, ese aprendiz de ministro. Pero olvida que ese conjunto vacío ha sido nombrado ministro por un señor con el que no se puede bromear. Además, la mirada ya desconfiada de Napoleón observa la conducta de Fouché. No le gusta esa lentitud en el traspaso de poderes, ese eterno aplazar el viaje a Roma. Además, la investigación en contra de Ouvrard, el cómplice de Fouché, ha dado un resultado inesperado, y es que Fouché ya ha enviado antes notas al gabinete inglés a través de otro intermediario. Y hasta ahora a nadie le ha salido bien bromear con Napoleón. De pronto, el 17 de junio, un billete cortante sale como un fustazo hacia Ferrières: «Señor duque de Otranto, os ruego me enviéis aquel informe que, para sondear a lord Wellesley, entregasteis a un tal señor Fagan, que trajo una respuesta de ese lord que jamás me ha sido dada a conocer». Ese duro tono de fanfarria podría despertar a un muerto. Pero Fouché, completamente borracho de amor propio y arrogancia, no se apresura con la respuesta. Entretanto, en las Tullerías, ha caído gasolina en el fuego. Savary ha descubierto el saqueo del ministerio y se lo ha comunicado, consternado, al emperador. Enseguida, un segundo billete y un tercero exigen la entrega inmediata «de toda la documentación ministerial». El secretario del gabinete lleva la orden personalmente, y tiene instrucciones de incautar de inmediato al duque de Otranto los documentos ilegalmente sustraídos. La broma ha terminado, la lucha comienza.

La broma ha terminado, en verdad; Fouché debería darse cuenta. Pero es como si estuviera poseído por la idea de medirse completamente en serio con Napoleón, con el hombre más fuerte del mundo. Porque explica al enviado, faltando lisa y llanamente a la verdad, que lo lamenta infinito, pero no tiene ninguna carta. Las ha quemado todas. Naturalmente, eso no se lo cree nadie, y menos que nadie Napoleón. Le envía una segunda advertencia, más dura, más enfática; se advierte su impaciencia. Pero ahora la irreflexión se convierte en terquedad, la terquedad en insolencia, la insolencia en desafío. Porque Fouché repite que no tiene un solo papel, y fundamenta esa supuesta destrucción de los documentos privados del emperador de una forma cercana a la extorsión. Su Majestad, dice burlescamente, le ha honrado con tal confianza que, si uno de sus hermanos provocara su disgusto, él le habría ordenado devolverlo al deber. Y como cada uno de sus hermanos le comunicaba sus quejas, él había creído su deber no conservar tales cartas. Tampoco las hermanas de Su Majestad habían estado siempre a salvo de la calumnia, y el propio emperador había estimado que se le comunicaran todos aquellos rumores y ordenado investigar qué errores podían haberlos causado. Está claro y más que claro que Fouché indica

al emperador que sabe mucho y no se le puede tratar como a un lacayo. El mensajero entiende la amenaza de coacción, y le habrá costado trabajo traducir de forma tolerable a su señor una respuesta tan osada. Entonces, el emperador estalla. Brama de tal modo que el duque de Massa tiene que tranquilizarle y, para dejar de una vez a un lado el irritante asunto, se ofrece a exigir personalmente al renuente la entrega de los papeles sustraídos. Una segunda reclamación viene del nuevo ministro de Policía, el duque de Rovigo. Pero a todo responde Fouché con la misma cortesía y decisión: por desgracia, por desgracia, por desgracia, pero con la mayor discreción, ha quemado los papeles. Por primera vez, hay un hombre en Francia que ofrece abierta resistencia al emperador.

Es demasiado. Lo mismo que Napoleón a Fouché durante diez años, Fouché ha subestimado a Napoleón al creer que podría intimidarle con unas cuantas indiscreciones. ¡Ofrecerle a él resistencia delante de todos los ministros, a él, al que el zar Alejandro, el emperador de Austria, el rey de Sajonia han ofrecido a sus hijas, ante el que todos los reyes alemanes e italianos tiemblan como niños de escuela! ¿A él, al que no pueden resistirse todos los ejércitos de Europa, va a negarle obediencia esa pálida momia, ese seco intrigante con ropas de duque todavía nuevas? No, esas bromas no se toleran cuando se es Napoleón. Enseguida llama al jefe de su policía privada, Dubois, se deshace ante él en los más furiosos exabruptos contra el «miserable y vil Fouché». Con pasos duros y resonantes, camina iracundo arriba y abajo y, por fin, estalla:

Que no espere poder hacer conmigo lo que ha hecho con su Dios, con la Convención y con el Directorio, a los que traicionó y vendió miserablemente. Yo tengo mejor vista que Barras, conmigo no se juega tan fácilmente, pero le aconsejo que esté alerta. Sé que tiene notas e instrucciones mías, insisto en que me las devuelva. Si se niega, entregadlo enseguida a dos gendarmes y llevadlo a prisión, y por Dios que le enseñaré lo rápido que se puede instruir un proceso.

La cosa empieza a ponerse fea. Ahora empieza incluso a afectar a un Fouché. Cuando Dubois aparece, Fouché tiene que soportar que uno de sus propios antiguos subordinados le selle a él, el duque de Otranto, el ex ministro de Policía, todas sus cartas, un asunto que podría ser peligroso si, naturalmente, este hombre precavido no hubiera apartado hace mucho las verdaderas e importantes. Pero, aun así, empieza a darse cuenta de que ha dado con la cabeza contra la pared. A toda prisa escribe carta tras carta, una al emperador, otra a los distintos ministros, para quejarse de la desconfianza que se le muestra a él, el más honorable, el más sincero, el de más carácter, el más leal de los ministros, y en una de esas cartas regocija especialmente la encantadora frase: *Il n'est pas dans mon caractère de changer* [cambiar no forma parte de mi carácter] (sí, como suena, lo escribió de su puño y letra el camaleónico Fouché). Y exactamente igual que quince años antes con Robespierre, espera adelantarse a la desgracia con una

rápida reconciliación. Coge un coche y viaja a París para dar personalmente sus explicaciones, o ya sus disculpas, al emperador.

Pero ya es demasiado tarde. Ha jugado demasiado tiempo, ha bromeado demasiado tiempo, ahora ya no hay reconciliación ni arreglo posible; quien desafía públicamente a Napoleón ha de ser públicamente humillado. Se le dirige una carta tan dura y cortante como pocas haya escrito Napoleón a un ministro. Es muy corta esa carta, esa patada: «Señor duque de Otranto, ya no puedo desear vuestros servicios. Tenéis veinticuatro horas para partir hacia vuestra senatoria». Ya no se habla una palabra de su nombramiento como embajador en Roma; brutal y desnudo cese, y además destierro. Al mismo tiempo, el nuevo ministro de Policía recibe la orden de velar por la inmediata ejecución de este edicto.

La tensión ha sido demasiado grande, el juego demasiado audaz, y entonces ocurre lo inesperado: Fouché se derrumba completamente, como un sonámbulo que, trepando sin saberlo por los tejados, es despertado de pronto por un áspero grito y, de miedo ante su propia y loca situación, cae al abismo. El mismo hombre que a dos pasos de la guillotina se mantuvo sobrio y clarividente, se desploma de forma miserable bajo el látigo de Napoleón.

Ese 3 de junio de 1810 es el Waterloo de Joseph Fouché. Los nervios se le rompen, se precipita al ministro en busca de un pasaporte para ir al extranjero, corre sin detenerse, cambiando de caballos en cada estación, a Italia. Allí corre como una rata enloquecida sobre un fogón al rojo, en todas direcciones, de pueblo en pueblo. Ora está en Parma, ora en Florencia, ora en Pisa, ora en Livorno, en vez de dirigirse a su senatoria como estaba prescrito. El pánico le sacude con demasiada fuerza. ¡Sólo quiere estar fuera del alcance de Napoleón, fuera del alcance de esa terrible mano! Incluso Italia deja de parecerle lo bastante segura, sigue siendo Europa, y toda Europa está sometida a ese hombre terrible. Así que en Livorno alquila un barco para pasar a América, tierra de seguridad, tierra de libertad, pero es obligado a regresar por la tormenta, el mareo y el miedo a los cruceros ingleses, y el enloquecido vuelve a correr en zigzag de puerto en puerto, de ciudad en ciudad, pidiendo ayuda a las hermanas de Napoleón, a los príncipes, a los amigos, desaparece, vuelve a aparecer, para irritación de los funcionarios de policía que buscan y vuelven a perder su rastro una y otra vez; en pocas palabras: se comporta como alguien completamente loco, completamente perturbado por el miedo, y, por vez primera, él, el carente de nervios, ofrece el perfecto cuadro clínico de un total colapso nervioso. Nunca Napoleón ha aplastado tan plenamente con un solo gesto, con un mero puñetazo a un adversario como a este hombre, el más audaz y el de más sangre fría de sus servidores. Este esconderse y aparecer, este febril ir y venir dura días, dura semanas, sin que se pueda averiguar con exactitud (tampoco su magistral biógrafo Madelin lo sabe, ni probablemente él mismo) qué quería y adónde quería ir en ese tiempo. Parece que sólo en el coche en marcha se siente seguro de la imaginaria venganza de Napoleón, que sin duda hace mucho que ya no

piensa seriamente en coger por el cuello a su recalcitrante servidor. Napoleón sólo ha querido afirmar su voluntad, recuperar sus papeles, y ha impuesto esa voluntad. Porque mientras el loco, el histérico, revienta los caballos en Italia, su mujer en París actúa de forma considerablemente más razonable. Capitula por él. No puede haber duda de que la duquesa de Otranto, para salvar a su marido, ha vuelto a entregar discretamente a Napoleón los papeles que le ocultaba, porque jamás uno de esos papeles íntimos a los que Fouché, chantajista, aludía, ha visto la luz pública. Igual que en el caso de Barras, al que el emperador compró sus papeles, y de los otros molestos testigos de su ascensión, las posesiones escritas de Fouché han desaparecido sin dejar rastro en todo aquello que hacía referencia a él. O bien el propio Napoleón o, posteriormente, Napoleón III, ha liquidado por entero todos los documentos que no eran agradables a la versión oficial acerca de Napoleón.

Fouché recibe al fin el clemente permiso para regresar a su senatoria de Aix. La gran tormenta se ha retirado, el rayo sólo ha estremecido los nervios, no ha alcanzado la médula interior. El 25 de septiembre, el perseguido llega a sus posesiones, «pálido y cansado y revelando un total trastorno en la incoherencia de sus pensamientos y palabras». Pero va a tener tiempo en abundancia para recobrase, porque aquel que un día se ha levantado contra Napoleón está por largo tiempo fuera de los asuntos públicos. El ambicioso tiene que pagar por su feroz bromita; la ola vuelve a sumergirlo. Tres años estará Fouché sin dignidad ni cargo; su tercer exilio ha empezado.



## «INTERMEZZO» INVOLUNTARIO

1810-1815

El tercer exilio de Joseph Fouché ha empezado. En su espléndido palacio de Aix reside el ministro relevado de su cargo, el duque de Otranto, como un príncipe soberano. Ahora tiene cincuenta y dos años, y ha experimentado hasta la saciedad todas las tensiones y juegos, todos los éxitos y fracasos de la vida política, el eterno cambio de flujo y reflujo en la marea del destino. Ha conocido el favor de los poderosos y la desesperación del abandono, ha sido pobre hasta la preocupación por el pan de cada día e inconmensurablemente rico, querido y odiado, festejado y despreciado... Ahora puede al fin descansar en las playas doradas, duque, senador, Excelencia, ministro, consejero de Estado, multimillonario, no sometido a nadie más que a su propia voluntad. Cómodamente, sale a pasear en su carroza de librea, hace visitas a las casas de los nobles, recibe el homenaje de su provincia y simpatías secretamente susurradas desde París; ha sido relevado del enfadoso esfuerzo de lidiar todos los días con necios funcionarios y un amo despótico. De poder confiar en su satisfecha actitud, el duque de Otranto se siente bien *procul negotiis* [lejos de los negocios]. Pero qué engañosa es esta fingida satisfacción, lo revela el siguiente pasaje (sin duda auténtico) de sus (por lo demás muy dudosas) memorias<sup>[1]</sup> : «La enraizada costumbre de saber de todo me perseguía, y sucumbía aún más a ella en el aburrimiento de un exilio sin duda cómodo, pero monótono». Y el *charme de sa retraite* [encanto de su jubilación] no lo constituye, según propia confesión, el suave paisaje de la Provence, sino una trama de informes y espionajes procedentes de la gran ciudad. «Con ayuda de amigos seguros y fieles mensajeros, organicé una correspondencia secreta basada en varios informes regulares de París, que se complementaban unos a otros. En un palabra, tenía en Aix mi policía privada». Lo que se le ha negado como servicio, este hombre inquieto lo practica ahora como deporte, y si ya no puede pisar los ministerios, le complace al menos mirar por ojo ajeno por los agujeros de las cerraduras, participar por oídos ajenos en las deliberaciones y, sobre todo, escuchar si al fin se da la ocasión de volverse a ofrecer, de volver a abrirse paso hasta la mesa de juego de la Historia contemporánea.

Pero el duque de Otranto aún tendrá que esperar largo tiempo al margen, porque Napoleón no le necesita. Está en la cumbre de su poder, ha dominado Europa, es yerno del emperador de Austria, es —¡supremo deseo hecho realidad!— padre de un rey de Roma. Todos los príncipes alemanes e italianos revolotean humildes a su alrededor, agradecidos por el don de haberles permitido conservar sus coronas y coronitas; ya vacila y se tambalea el último y único enemigo: Inglaterra. Este hombre se ha vuelto tan fuerte que puede renunciar con una sonrisa a ayudantes

tan ligeros y tan poco fiables como Joseph Fouché; sólo ahora que se le ha dado tan abundante tiempo para pensar tranquila y cómodamente, puede que el señor duque se dé cuenta de la loca arrogancia que le ha movido a medirse con el más poderoso de los hombres. El emperador ni siquiera le concede el honor de su odio..., desde la altura inmensa a la que el destino le ha llevado y alzado, ya ni siquiera ve al pequeño insecto mordaz que antaño anidó en su piel y del que se libró con una sola y fuerte sacudida. No aprecia ni su importunidad ni su ausencia, Fouché está liquidado para él. Y nada muestra con más claridad al caído lo poco que Napoleón le respeta y le teme ahora como que finalmente le permita volver a su castillo de Ferrières, a dos horas de París. Desde luego, el emperador no le deja acercarse más, París y las Tullerías están cerrados para ese hombre que se ha atrevido a resistirse a él.

Una sola vez en estos dos años vacíos es llamado Fouché a palacio. Napoleón prepara la guerra contra Rusia; esta vez, en la que todos los demás se excusan, Fouché también debe manifestar su opinión. Se manifiesta, si se puede creer lo que dice, de forma apasionadamente contraria, entrega incluso (si es que no ha sido falsificado *post festum*) el memorando que puede encontrarse en sus memorias; pero hace mucho que Napoleón sólo quiere que confirmen su propia voluntad, no quiere más que ciego asentimiento a sus palabras. El que le aconseja en contra de la guerra, parece poner en duda su grandeza. Así que Fouché es devuelto gélidamente a su palacio, a su ocioso exilio, mientras el emperador parte hacia Moscú con seiscientos mil hombres, en el más audaz y extraviado de sus actos.

Un extraño ritmo gobierna esta curiosa y variopinta vida de Joseph Fouché. Cuando sube, lo consigue todo; cuando cae, el destino se vuelve contra él. Ahora que tiene que esperar inactivo, apenado, amargado, a la sombra del disfavor, en su apartado palacio fuera del círculo donde se producen los acontecimientos, precisamente ahora en que su frustración precisaría ayuda espiritual, conversación fiel, tierno consuelo, precisamente ahora pierde a la única persona que durante veinte años le ha acompañado con cariño, resistencia y fortaleza en todos sus peligrosos caminos; pierde a su mujer. En el primer exilio, en aquella mansarda, habían muerto sus dos primeros hijos, a los que quería sobre todas las cosas, en el tercer exilio es su compañera la que le abandona. La pérdida afecta a este hombre, en apariencia insensible, en lo más hondo de su alma. Porque, infiel y caprichoso frente a todos los partidos e ideas, este hombre impenetrable era fiel del modo más tierno a su fea esposa, el más atento de los esposos, el más preocupado de los padres; al igual que tras la máscara del seco oficinista se ocultaba el nervioso e intrigante jugador intelectual, así, tímido e invisible tras el hombre peligroso e indigno de confianza, se esconde un esposo burgués y provinciano, un hombre solitario que sólo se siente seguro y bien en el círculo más íntimo de su familia. Lo que de secreta bondad y rectitud vivía en sombras en este astuto diplomático, lo ha volcado silenciosamente y con un callado amor en esta compañera que sólo vivía para él, jamás aparecía en fiestas, banquetes y recepciones, nunca se inmiscuía en sus peligrosos juegos. Completamente oculto en el fondo inaccesible de su vida privada, un contrapeso servía de alivio a lo

nervioso, aleatorio y cambiante de su existencia política; y ese sostén le es arrebatado precisamente ahora, cuando más ayuda necesita. Por primera vez se siente en este hombre frío como una piedra una verdadera conmoción, por primera vez se percibe en sus cartas un tono muy cálido, muy auténtico, muy humano. Cuando sus amigos, tras la atroz necedad de su sucesor, el duque de Rovigo, que ante el ridículo golpe de un medio loco se deja encerrar sin voluntad para escarnio de todo París, le instan a que vuelva a aspirar al Ministerio de Policía, rechaza todo regreso al mundo de la política: «Mi corazón está cerrado a todas esas necedades humanas. El poder ya no es un estímulo para mí, la calma no es sólo un estado adecuado a mi actual situación, sino el único necesario. Los asuntos públicos sólo me dan la imagen de un tumulto, de confusión y de peligros». Por primera vez, la escuela del dolor parece haber enseñado al alumno. Una profunda necesidad de calma, de paz interior, ha acometido a este hombre mayor después de una época de eternas y absurdas ambiciones, desde el momento en que vio morir a su lado a la compañera de veinte fructíferos años. Todo gusto por la intriga parece extinguido para siempre en él, la voluntad de poder parece al fin, al fin, quebrada, en este espíritu baqueteado, que ansiaba sin descanso.

Mas, ¡trágica ironía! Esa única y primera vez en que Fouché, el inquieto, quiere paz y no quiere cargo alguno, su adversario Napoleón se lo impone por la fuerza.

No por amor, ni por inclinación, ni por confianza vuelve Napoleón a llamar a Fouché a su servicio, sino por desconfianza, por una abrupta inseguridad. Por primera vez, el emperador ha regresado como vencido. No ha entrado en París atravesando un arco de triunfo a la cabeza de un ejército, a caballo, rodeado de banderas que se agitan, sino que ha regresado de noche, con el embozo subido para no ser reconocido. El más espléndido ejército que jamás haya creado yace congelado en las nieves de Rusia, y junto con el halo de la invulnerabilidad se han esfumado todos sus amigos. Todos los emperadores y reyes que ayer y anteayer todavía se inclinaban ante él, se acuerdan con penosa rapidez de su dignidad ante el emperador vencido. Un mundo se alza en armas contra su duro señor. Desde Rusia avanzan los cosacos, desde Suecia el antiguo compañero Bernadotte viene como enemigo, su propio suegro el emperador Francisco se arma en Bohemia, la saqueada y sometida Prusia se levanta con entusiasmo sediento de venganza... La semilla de dragón de innumerables y frívolas guerras brota ahora de la tierra quemada, arrugada y torturada de Europa, y ese otoño madurará en los campos de Leipzig. Por todas partes vacila y cruje el gigantesco edificio levantado en diez años por esa única voluntad universal; de España, Westfalia, Holanda e Italia huyen los perseguidos hermanos de Bonaparte. Ahora Napoleón tiene que desplegar la máxima energía. Con mirada espléndida y clarividente, con decuplicada fuerza de trabajo, lo prepara todo para el último y decisivo combate. Todo aquel que pueda llevar una mochila o sentarse encima de un caballo es reclutado en Francia; de todas partes, de España, de Italia, se retiran las acreditadas tropas para reparar lo que el invierno ruso trituró con sus gélidas mandíbulas. Día y noche, millares de personas trabajan en las fábricas

haciendo sables y cañones, se acuña oro de los tesoros ocultos, se sacan los ahorros de las cámaras secretas de las Tullerías, se reparan las fortificaciones y, mientras desde el este y el oeste los ejércitos marchan sobre Leipzig con pesado paso, al mismo tiempo se lanzan en todas las direcciones redes diplomáticas. No puede quedar en ningún sitio un punto débil e inseguro, no puede quedar un hueco en esa férrea alambrada que ha de rodear a Francia; hay que pensar en cualquier posibilidad y, al igual que el frente, también hay que guardarse las espaldas. Porque no puede ocurrir, como durante la campaña rusa, que un loco o un malvado conmueva o confunda por segunda vez la confianza del pueblo en Napoleón. No puede dejarse atrás a nadie que sea inseguro, no se puede dejar sin vigilancia a nadie que sea peligroso.

Ante esta última batalla decisiva, el emperador piensa en cada factor de poder, en cada posibilidad, en cada posible peligro. Así que piensa también en alguien que podría ser peligroso, en Joseph Fouché. Se ve que no lo ha olvidado, sólo lo ha despreciado mientras él mismo era fuerte. Ahora que Napoleón se siente inseguro, tiene que volver a asegurarse. Ningún posible enemigo puede quedar a su espalda, puede quedarse en París. Y como Napoleón no cuenta a Fouché entre sus amigos, Fouché tiene que irse de París.

Naturalmente, no hay razón aparente para detenerlo y meterlo en una fortaleza para que este espíritu inquieto e intrigante no pueda urdir ninguna trama. Pero, en cualquier caso, no puede quedar libre. Así que lo mejor es atarle las juguetonas manos a un cargo, y a ser posible a uno que esté bien lejos de París. En vano, en medio del tumulto de ocupaciones y preparativos bélicos, se busca en el cuartel general de Dresde un puesto que a un tiempo parezca honorable y ofrezca seguridad; no es tan fácil de encontrar. Pero Napoleón ya está impaciente por tener a ese maniobrero fuera de París. Y como no se encuentra puesto alguno para Fouché, se le inventa uno, se le concede un cargo en las nubes: la administración de los territorios ocupados de Prusia. Un hermoso puesto, un puesto digno, de primera clase sin duda, que por desgracia sólo tiene el pequeño defecto de estar ligado a un «si», concretamente a que esa regencia sólo podrá empezar cuando Napoleón haya conquistado Prusia. Y los acontecimientos bélicos no dan mucho pie a pensar eso, porque Blücher ya aprieta considerablemente al emperador por su flanco sajón, y no es más que un burlesco ennoblecimiento con un puesto etéreo el que se produce cuando el emperador escribe el 10 de mayo al duque de Otranto:

Os hago saber que es mi intención haceros llamar en cuanto penetre en el territorio del rey de Prusia para ponerlos a la cabeza del gobierno de ese país. No debe saberse nada de esto en París. Tiene que dar la impresión de que os dirigíais a vuestra propiedad en el campo cuando en realidad estaréis aquí mientras se os cree en casa. Sólo la emperatriz tiene conocimiento de vuestra partida. Saludo la ocasión de poder recibir prontamente nuevos servicios vuestros y nuevas pruebas de vuestra adhesión.

Así escribe el emperador, precisamente porque no se fía en absoluto de su «adhesión», a Joseph Fouché. Y, disgustado, desconfiado, penetrando enseguida la íntima aversión de su señor, el duque de Otranto se pone en camino hacia Dresde. «Enseguida me di cuenta —observa en sus memorias— de que al llamarme a su lado el emperador sólo quería tenerme como rehén en sus manos por miedo a que me quedara en París». Consecuentemente, el futuro regente de Prusia no se apresura demasiado a acudir al Consejo de Estado en Dresde, porque sabe que en realidad no se quiere su consejo para el Estado, sino atarle las manos. No llega hasta el 29 de mayo, y las primeras palabras con las que le saluda el emperador son: «Venís tarde, señor duque».

Naturalmente, en Dresde no se vuelve a hablar del pretexto de comedia de encomendarle el gobierno de Prusia; los tiempos están demasiado serios para tales bromas. Pero ahora lo tienen en un puño, y felizmente se encuentra otro espléndido puesto para alejarlo del escenario de los acontecimientos, no exactamente como el anterior, en las nubes o en la Luna, pero sí a cientos de kilómetros de París: el de gobernador de Iliria. El viejo compañero de Napoleón, el general Junot, que administra esta provincia, se ha vuelto repentinamente loco, así que queda libre un rincón para recalitrantes. Con apenas contenida ironía, el emperador entrega este breve gobierno a Joseph Fouché, que, como siempre, no se niega, se inclina obediente y se declara dispuesto a partir enseguida.

Iliria: el nombre suena a opereta, y, de hecho, ¡vaya irrisorio Estado se ha confeccionado allí tras la última paz violenta, con jirones del Friuli, Carintia, Dalmacia, Istria y Trieste! Un Estado sin ideas unitarias, sin sentido ni finalidad, con una diminuta y campesina ciudad de provincias, Laibach (actual Lubliana), como capital, un monstruo hermafrodita e incapaz de vivir, engendrado por la embriagada voluntad de un gobernante y una diplomacia ciega. Allí Fouché no encuentra nada más que unas arcas medio llenas, unas cuantas docenas de funcionarios aburridos, muy pocos soldados y una población desconfiada, que sólo espera la partida de los franceses. Por todas partes se desmorona ya el andamiaje de este Estado artificial, cuyo cemento ha sido amasado con demasiada rapidez; un par de cañonazos y todo el vacilante edificio se vendrá abajo. Estos cañonazos los dispara enseguida su propio suegro, el emperador Francisco, contra su yerno Napoleón, y enseguida el esplendor de Iliria concluye. Fouché no puede pensar en oponer resistencia seria con sus dos regimientos que, compuestos en su mayoría por croatas, están dispuestos a pasarse a sus viejos compañeros al primer disparo. Así que desde el primer día lo único que prepara es la retirada, y para enmascararla con habilidad mantiene los grandes ademanes de un gobernante despreocupado, da bailes y recepciones, hace desfilar de día a las tropas mientras por la noche los caudales y los documentos del gobierno son llevados secretamente a Trieste. Toda su ejecutoria como señor y gobernante se limita a despejar cautelosamente y paso a paso el país con las menores pérdidas posibles, y en esa retirada estratégica vuelve a ponerse a prueba de manera absolutamente magistral su vieja sangre fría, su rápida energía. Sólo se va marchando paso a paso y sin pérdidas, de Laibach a Görz, de Görz a

Trieste, de Trieste a Venecia; devuelve casi íntegramente a todos sus funcionarios, la caja y mucho material valioso de su Iliria de corta existencia. Pero ¡qué importa la pérdida de esta ridícula provincia! Porque en esos mismos días Napoleón pierde la más importante y la última de sus grandes batallas en esta guerra, la «batalla de los pueblos» de Leipzig, y con ella el dominio del mundo.

Fouché ha cumplido su misión, y del modo más impecable y honroso. Ahora que ya no hay una Iliria que administrar, vuelve a sentirse libre y, naturalmente, quiere volver a París. Pero no era así como Napoleón lo había pensado. En modo alguno puede regresar un Fouché a París precisamente ahora: «Fouché es un hombre al que no se puede dejar entrar en París en las actuales circunstancias». La frase pronunciada en Dresde está, después de Leipzig, el doble y el séxtuple de vigente. Tiene que alejarse, alejarse a toda costa. En medio de la enorme tarea de defenderse de unas fuerzas que le superan cinco veces en número, el emperador idea a toda prisa otra misión para ese hombre incómodo, una que lo neutralice mientras dure la campaña. ¡Hay que poner algo en sus manos para que haga diplomacia e intrigue, con tal de que sus nerviosos dedos no lleguen a París! Así que Napoleón le encarga ir primero a Nápoles (Nápoles está lejos) para llamar a su deber a Murat, el rey de Nápoles, el cuñado de Napoleón, que está más preocupado por su propio reino que por el Imperio, y moverlo a venir en ayuda del emperador con un ejército. En la Historia no ha quedado claro cómo ejecutó Fouché ese encargo, si quería realmente llamar a la lealtad al viejo general de caballería de Napoleón o lo reforzó en su disidencia. Sea como fuere, se alcanza el objetivo principal del emperador, tener a Fouché cuatro meses al otro lado de los Alpes, a mil millas de distancia, retenerlo en incesantes negociaciones. Mientras los austríacos, prusianos e ingleses marchan ya sobre París, él tiene que correr constantemente, y en realidad sin objeto alguno, entre Roma, Florencia y Nápoles, entre Lucca y Génova, derrochando una vez más su tiempo y energías en una tarea insoluble. Porque también aquí los austríacos avanzan incesantemente; después de Iliria también se pierde Italia, el segundo reino que se le había asignado. Finalmente, a principios de marzo, el emperador Napoleón no tiene un país al que poder enviar al incómodo, y además tampoco tiene nada que prohibir ni mandar en la propia Francia. Así que el 11 de marzo Joseph Fouché regresa a su patria a través de los Alpes, mantenido irrecuperablemente durante cuatro meses lejos de toda trama política dentro de Francia por la genial previsión del emperador. Y cuando al fin se suelta de la cadena, llega cuatro días demasiado tarde.

En Lyon, Fouché se entera de que las tropas de los tres emperadores marchan sobre París. Así que dentro de pocos días Napoleón habrá caído, y se habrá formado un nuevo gobierno. Naturalmente, su ambición se consume de impaciencia, *d'avoir la main dans la pâte*, por tener las manos en la masa y sacar las pasas más gordas. Pero el camino recto hacia París ya está cortado por las tropas que avanzan, tiene que dar un largo rodeo por Toulouse y Limoges: por fin, el 8 de abril su coche de postas cruza las barreras de París. Al primer vistazo, advierte que ha llegado demasiado tarde. Y quien llega demasiado tarde

deja de tener razón. Napoleón ha vuelto a desquitarse de todos sus secretos juegos y jugadas con la magistral previsión de mantenerlo lejos mientras tenga algo que pescar. Ahora París ya ha capitulado, Napoleón ha sido depuesto, Luis XVIII es rey y ya se ha formado íntegramente el nuevo gobierno bajo la dirección de Talleyrand. Ese maldito cojo estaba a tiempo en el sitio adecuado, y ha cambiado de bando con más rapidez que Fouché. El zar de Rusia se aloja en casa de Talleyrand, el nuevo rey le mimaba con pruebas de su confianza, ha repartido a su albedrío todos los ministerios y, miserable, no ha reservado ninguno para el duque de Otranto, que en esos momentos administraba absurdamente y sin finalidad Iliria y hacía diplomacia en Italia. Nadie le ha esperado, nadie se preocupa por él, nadie quiere nada de él, nadie desea su consejo y ayuda. Una vez más, Joseph Fouché, como tantas veces en su vida, es un hombre acabado.

Durante mucho tiempo no quiere creer que lo dejen caer con tanta indiferencia, a él, el gran adversario de Napoleón. Se ofrece, abiertamente y en secreto, se le ve en las antecámaras de Talleyrand, del hermano del rey, del embajador inglés, en la sala de sesiones del Senado, en todas partes. Pero nadie le escucha. Escribe cartas, una a Napoleón, al que aconseja emigrar a América, y al mismo tiempo envía copia de ella a Luis XVIII para halagarle. Pero no recibe respuesta alguna. Pide a los ministros un empleo digno..., le reciben cortés, fríamente, pero no le atienden. Se hace favorecer a través de mujeres y recomendar por antiguos protegidos, pero es en vano, ha cometido el más imperdonable error en política: ha llegado demasiado tarde. Todos los puestos están ya ocupados, y ningún dignatario piensa levantarse voluntariamente para ceder su asiento por amabilidad al duque de Otranto. Así que al ambicioso no le queda más remedio que volver a hacer sus maletas y retirarse a su castillo de Ferrières. Sólo le queda un ayudante, ahora que su mujer ha muerto: el tiempo. Hasta ahora siempre le ha ayudado, así que también le ayudará esta vez.

Y, de hecho, también le ayuda esta vez. Pronto Fouché percibe que el aire vuelve a oler a pólvora. Si se tienen oídos muy finos, incluso desde Ferrières se oye que el trono cruje y chisporrotea. El nuevo señor, Luis XVIII, comete error tras error. Le apetece ignorar la Revolución y olvidar que, después de veinte años de burguesía, Francia no quiere volver a inclinarse ante veinte familias nobles. Además, desprecia todo el peligro de la guardia pretoriana de oficiales y generales que, puestos a media soldada, refunfuñan descontentos contra la vil tacañería de este pequeño rey. Si Napoleón volviera, volverían a tener la buena, espléndida guerra. ¡Entonces podrían volver a lanzarse y saquear países, hacer carrera y llevar las riendas! Empiezan a correr sospechosos mensajes de una guarnición a otra, en el ejército se va preparando una conspiración, y Fouché, que en modo alguno y en ningún momento ha cortado del todo el cordón umbilical entre él y su criatura, la policía, escucha y oye de vez en cuando cosas que le dan que pensar. Sonríe ligeramente para sus adentros; el buen rey se hubiera enterado de todo si hubiera tomado al duque de Otranto como ministro de Policía. Pero ¿para qué advertir a ese pobre cortesano? Hasta ahora sólo la revolución ha elevado a Fouché, el cambio del viento. Así que

guarda silencio, se esconde y no se mueve, y contiene el aliento como un luchador antes del combate.

El 5 de marzo de 1815, un correo entra en las Tullerías con el asombroso mensaje de que Napoleón ha salido de Elba y desembarcado en Fréjus con seiscientos hombres el primero de marzo. Los cortesanos reales acogen la noticia sonrientes y despreciativos. Naturalmente, ellos siempre han dicho que este Napoleón Bonaparte que tanto ruido hace no estaba en sus cabales. ¡Con seiscientos hombres —*¡parbleu*! la verdad es que es de risa!— quiere este loco combatir al rey, detrás del cual están todo el ejército y Europa! Así que tranquilidad, no hay peligro..., liquidarán esa miserable aventura con un puñado de gendarmes. El mariscal Ney, el viejo compañero de armas de Napoleón, recibe la orden de apoderarse de él. Fanfarrón, promete al rey no sólo atrapar a ese perturbador, sino incluso «pasearlo por el país en una jaula». Luis XVIII y sus leales pasean confortables su despreocupación por París, por lo menos durante los primeros ocho días, y el *Moniteur* presenta todo el asunto de manera jocosa. Pero pronto se acumulan las noticias desagradables. Napoleón no encuentra resistencia en ninguna parte, cada regimiento enviado contra él, en vez de cerrarle el paso, refuerza su al principio diminuto ejército, y el propio mariscal Ney, que iba a prenderlo y pasearlo en una jaula de hierro, se pasa con banderas desplegadas a su antiguo señor. Napoleón ya está en Grenoble, en Lyon..., una semana más y se habrá cumplido su profecía, y el águila imperial se posará en las torres de Notre-Dame.

El pánico cunde en la corte real. ¿Qué hacer? ¿Qué dique oponer a este alud? Demasiado tarde, el rey y sus consejeros condales y ducales advierten lo necios que han sido en alejarse del pueblo y querer olvidar artificialmente que entre 1792 y 1815 ha ocurrido en Francia nada menos que una Revolución. ¡Así que hay que hacerse popular a toda prisa! Hay que mostrar de algún modo al necio pueblo que realmente se le quiere, que se respetan sus deseos y derechos, ¡hay que gobernar rápidamente de forma republicana, democrática! Siempre que es demasiado tarde, los reyes y emperadores gustan de descubrir en sí un corazón democrático. Pero ¿cómo ganarse a los republicanos? Bueno, muy sencillo, metiendo a uno de ellos en el gobierno, alguno de verdad radical, que enseguida dé un revoco de rojo al estandarte de las flores de lis. ¿Dónde encontrarlo? De pronto, se piensa y se recuerda a un tal Joseph Fouché, que hace algunas semanas todavía esperaba en todas las antecámaras, y que ha inundado de propuestas la mesa del rey y de sus ministros. Sí, ése es el adecuado, el único que se puede utilizar siempre y para cualquier cosa..., así que ¡a sacarlo rápido de su inmersión! Siempre que hay un gobierno en dificultades, ya sea Directorio, Consulado, Imperio o Monarquía, siempre que se necesita un auténtico mediador, un conciliador, un restaurador del orden, se vuelven a este hombre de la bandera roja, al menos fiable de los caracteres y el más fiable de los diplomáticos, a Joseph Fouché.

Así, el duque de Otranto tiene la satisfacción de que esos mismos condes y príncipes que hace unas semanas lo despachaban con gelidez y le



mostraban la fría espalda, se dirijan ahora a él con respetuoso apremio y le ofrezcan una cartera ministerial, incluso quieran ponérsela en la mano a toda costa. Pero el viejo ministro de Policía conoce demasiado bien la verdadera situación política como para comprometerse con los Borbones ahora, en la hora veinticinco. Siente que la agonía tiene que haber empezado cuando le llaman a él como médico con tanta urgencia. Así que se niega cortésmente, con toda clase de pretextos, y delicadamente deja entrever que hubieran debido dirigirse a él un poco antes. Pero cuanto más se acercan las tropas de Napoleón, tanto más se funde el sentido del honor en la corte real. Cada vez más insistentemente, se intima y presiona a Fouché para que se haga cargo del gobierno, incluso el propio hermano de Luis XVIII le pide una entrevista secreta. Pero esta vez Fouché se mantiene firme..., no por convicción de carácter, sino porque el pescado podrido le interesa poco, y se siente muy cómodo en el columpio entre Luis XVIII y Napoleón. Ahora es demasiado tarde, tranquiliza al hermano del rey, el rey debería ponerse a salvo, toda esta aventura napoleónica no durará mucho, y entretanto él hará todo lo posible para contrarrestar al emperador. Que confíen en él. Así que mantiene un pie a su lado y, si los Borbones triunfan, podrá presentarse como su auxiliar. Y, por otra parte, si Napoleón vence, podrá proclamar orgulloso que rechazó la oferta de los Borbones. Ha probado demasiadas veces el acreditado método del reaseguro hacia ambos lados como para no volver a intentarlo de nuevo esta vez: ser al mismo tiempo el fiel servidor de dos señores, del emperador y del rey.

Pero esta vez la cosa aún va a ser más divertida...; una y otra vez, precisamente en los cambios decisivos del destino, en la vida de Fouché la escena trágica se convierte en comedia. Los Borbones han aprendido algo de Napoleón, y es que nunca se puede dejar a la espalda a un hombre como Fouché en los momentos de peligro. Así que el antepenúltimo día anterior a la partida del rey, mientras Napoleón ya avanza sobre París, la policía recibe orden de detener enseguida a Fouché como sospechoso, porque se niega a convertirse en ministro del rey, y llevárselo fuera de París.

El actual ministro de Policía, al que incumbe la ejecución de esta insatisfactoria orden de detención —la Historia ama en verdad las sorpresas originales—, se llama Bourrienne. Es el más íntimo amigo de juventud de Napoleón, su compañero de la escuela de guerra, su camarada en Egipto, su secretario durante largos años, ha conocido a todos sus hombres de confianza, así que conoce a fondo también a Fouché. Por eso, se sobresalta un poco cuando el rey le da la orden de detener al duque de Otranto. Se permite observar si eso será realmente aconsejable. Y, cuando el rey repite enérgico la orden, mueve nuevamente la cabeza: eso no va a ser tan fácil. Ese viejo zorro, él lo sabe, ha corrido demasiados bosques y cuevas como para dejarse coger en una trampa a plena luz del día; para esa caza del hombre se necesita más tiempo y una buena medida de habilidad. Pero, sea como fuere, da la orden. Y, de hecho, el 16 de marzo de 1815, a las once de la mañana, la policía rodea en plena calle el coche del duque de Otranto y le declara detenido por orden de Bourrienne. Fouché, que jamás pierde su sangre

fría, sonrío despreciativo: «No se detiene a un antiguo senador en plena calle». Y antes de que los agentes, que fueron durante larguísimo tiempo sus subordinados, puedan recuperarse de su sorpresa, ya ha gritado al cochero que arree los caballos..., y la carroza vuela hacia su casa. Los policías se quedan clavados con la boca abierta, y se tragan el polvo del coche al arrancar. Bourrienne ha tenido razón: no es tan fácil atrapar a un hombre que ha escapado sano y salvo a un Robespierre, a una orden de la Convención y a un Napoleón.

Cuando los burlados policías informan a su ministro de que Fouché se les ha escapado, Bourrienne tensa enseguida las riendas: ahora está en juego su autoridad; no va admitir bromas semejantes. Enseguida hace rodear la casa de la rue Cerruti y vigilar la puerta... Una delegación fuertemente armada sube las escaleras para detener al fugitivo. Pero Fouché tiene lista para él una segunda broma, uno de esos espléndidos y únicos golpes maestros que casi siempre logra sólo en la más difícil y más tensa situación. Precisamente en medio del peligro, lo hemos visto a menudo, le acomete ese gusto por la broma y por confundir locamente a los demás. El taimado mistificador recibe pues a los funcionarios que han de detenerlo con mucha cortesía, y examina la orden de detención. De acuerdo, es válida. Y, naturalmente, no piensa oponer resistencia a una orden de Su Majestad el rey. Que los caballeros tomen asiento en el salón, tiene que arreglar unos cuantos detalles, les seguirá enseguida. Eso les asegura Fouché del modo más cordial, y entra en la habitación de al lado. Los otros esperan respetuosos a que haya terminado de arreglarse... Al fin y al cabo, no se puede coger por el brazo o poner esposas a un antiguo ministro y alto dignatario como si se tratara de un carterista. Esperan respetuosos, esperan algún tiempo, hasta que el tiempo se les hace sospechosamente largo. Entonces, como sigue sin volver, entran en la habitación de al lado y descubren —una auténtica escena de comedia en medio del tumulto político— que Fouché se les ha escapado. Este hombre de cincuenta y seis años ha puesto una escalera en la pared del jardín, como en el entonces aún no inventado cine, y mientras los policías le esperaban reverentes en el salón, simplemente ha pasado con sorprendente agilidad para su edad al vecino jardín de la reina Hortense de Holanda y se ha puesto a salvo desde allí. Por la noche, todo París se ríe con la lograda jugarreta. Desde luego, tal broma no puede durar mucho..., el duque de Otranto es demasiado conocido en la ciudad como para poder ocultarse a la larga. Pero Fouché ha vuelto a calcular bien, esta vez sólo es cuestión de unas horas, y luego el rey y sus leales tendrán que ocuparse de no ser capturados ellos mismos por la caballería de Napoleón. En las Tullerías se hacen las maletas a toda prisa, y con su feroz orden de arresto Luis XVIII no ha logrado otra cosa que expedir a Fouché un certificado público de su (jamás existente) lealtad al emperador, una lealtad en la que, desde luego, Napoleón no creerá. Pero cuando se entera del logrado truco de este artista de la política, no puede por menos que reírse y dice, con una especie de furiosa admiración: «*Il est décidément plus malin qu'eux tous* » [¡Es decididamente el más listo de todos!].

## LA LUCHA FINAL CON NAPOLEÓN

### 1815 - LOS CIEN DÍAS

El 19 de marzo de 1815, a medianoche —la gigantesca plaza está oscura y desierta—, doce coches entran en el patio del palacio de las Tullerías. Una invisible puerta lateral se abre y, con una antorcha en la mano alzada, sale un criado, y tras él se arrastra trabajosamente, sostenido a derecha e izquierda por dos nobles leales, un hombre obeso que jadea asmático, Luis XVIII. A la vista del achacoso rey, que, apenas regresado de quince años de exilio, tiene que volver a huir de su país por la puerta falsa, la compasión asalta a todos los presentes. La mayoría dobla la rodilla mientras se alza a la carroza a este hombre privado de dignidad por su fragilidad y conmovedor por su tragedia. Luego los caballos tiran, siguen los otros coches, durante unos minutos aún repiquetea en los guijarros la cabalgada de la escolta. Luego, el gigantesco espacio vuelve a quedar oscuro y silencioso, hasta que alborea la mañana, la del 20 de marzo, el primero de los Cien Días del emperador Napoleón, regresado de Elba.

Primero, se acercan los curiosos. Con ollares temblorosos de placer, olfatean el palacio para ver si la perseguida pieza real ha escapado ya antes de la llegada del emperador: comerciantes, desocupados, paseantes. Temerosos o alegres, según su temperamento y convicciones, se susurran noticias los unos a los otros. A las diez de la mañana afluyen ya masas compactas. Y como la masa siempre vuelve valeroso al hombre, ya se oyen los primeros gritos: «*Vive l'Empereur!*» y «*A bas le Roi!*». Luego, de pronto, llega la caballería, los oficiales que durante la monarquía estuvieron a media paga. Vuelven a ventear guerra, trabajo, paga completa, legiones de honor, avances en su carrera con el retorno del emperador de la guerra: a las órdenes de Exelman, ocupan tumultuosos las Tullerías sin que nadie se lo impida (y, como la transición se hace tan confortablemente, de forma tan incruenta, la Bolsa sube enseguida unos cuantos puntos). A mediodía, la tricolor vuelve a ondear en el antiquísimo castillo real sin haber disparado un solo tiro.

Y enseguida aparecen cien beneficiarios, los «leales» de la corte imperial, las damas de palacio, criados, senescales, mariscales de cocina, los viejos consejeros de Estado y maestros de ceremonias, todos los que bajo la flor de lis no podían servir ni medrar, toda la nueva nobleza que Napoleón sacó de las ruinas de la Revolución para elevarla a cortesana. Todos van de gala, los generales, los oficiales, las damas: se vuelve a ver brillar los diamantes, los espadines y las condecoraciones. Las habitaciones se abren y se preparan para recibir al nuevo señor, se quitan a toda prisa los emblemas reales..., sobre la seda de los sillones vuelve a centellear, en vez de la flor de lis, la abeja napoleónica. Todo el mundo tiembla por estar a tiempo en su sitio, por

ser observado de antemano como «leal». Entretanto, anochece. Como en los bailes y grandes recepciones, los criados de librea encienden todas las velas y candelabros; hasta el Arco de Triunfo llega el resplandor de las ventanas del que vuelve a ser palacio imperial, y atrae masas ingentes de curiosos a los jardines de las Tullerías.

Por fin, a las nueve de la noche, entra a todo galope un coche, protegido o flanqueado por la derecha, por la izquierda, por delante, por detrás, por jinetes de todos los grados y rangos, que agitan los sables con entusiasmo (¡pronto los necesitarán contra los ejércitos de Europa!). Como una explosión, el grito jubiloso «*Vive l'Empereur!*» estalla de la masa represada, resonando en el amplio rectángulo de ventanas tintineantes. En una sola e insensata oleada, la masa entusiasta se lanza contra el coche, los soldados tienen que proteger a punta de sable al emperador de la mortal acometida del entusiasmo. Luego, ellos mismos lo cogen en volandas y llevan reverentes su sagrado botín, al gran dios de la guerra, escaleras arriba al viejo palacio por entre el ensordecedor griterío. A hombros de sus soldados, con los ojos cerrados bajo la sobreabundancia de dicha, con una sonrisa extraña, casi sonámbula, en los labios, el que había salido de Elba como proscrito hacía veinte días regresa al trono imperial de Francia. Es el último triunfo de Napoleón Bonaparte. Por última vez experimenta tan inverosímil elevación, tal vuelo de ensueño desde la oscuridad hasta las más altas almenas del poder. Por última vez los oídos le rugen con el tronar marino del amado grito imperial. Durante un minuto, durante diez minutos, disfruta, con los ojos cerrados y el corazón admirado, del embriagador elixir del poder. Luego manda cerrar las puertas de palacio, retirarse a los oficiales y llamar a los ministros: el trabajo comienza. El hombre tiene que defender lo que el destino le ha regalado.

Los salones esperan hasta los topes al retornado. Pero el primer vistazo le brinda ya la decepción: quienes le siguen siendo fieles no son los mejores, los más inteligentes, los más importantes. Ve cortesanos y cortesanes, ansiosos de puestos y ansiosos de novedades..., muchos uniformes y pocas cabezas. Casi todos los grandes mariscales faltan sin disculparse, los verdaderos camaradas de su ascenso; se han quedado en sus palacios o se han pasado al rey, en el mejor de los casos son neutrales, en la mayoría incluso hostiles. De los ministros, está ausente el más inteligente, el de más mundo, Talleyrand; de los recién creados reyes, sus propios hermanos, sus propias hermanas y, sobre todo, su propia esposa y su propio hijo. Ve muchos aspirantes y pocos dignos entre el enjambre; todavía el grito de júbilo de los miles le vibra en la sangre, y ya este espíritu de clara visión empieza a sentir, en medio del triunfo, el primer escalofrío del peligro. De pronto, se oye un murmullo en las antecámaras, un murmullo que se hincha asombrado y alegre, y entre los uniformes y los fracs bordados se abre un pasillo respetuoso. Ha llegado un coche, un poco tarde —se viene, pero no se espera; se ofrece, pero no con vehemencia como los pequeños cortesanos—, y de él descende la estrecha, pálida, pero bien conocida figura del duque de Otranto. Lento, indiferente, con los ojos fríamente velados, impenetrables, camina, sin dar las gracias por entre el callejón abierto, y precisamente esa bien conocida, evidente calma despierta el

entusiasmo. «¡Paso al duque de Otranto!», gritan los criados. Los que más le conocen repiten el grito de otro modo: «¡Paso a Fouché! ¡Es el hombre que más necesita ahora el emperador!». Ya ha sido elegido, designado, promovido por la opinión general antes de que el emperador pueda decidir. No viene como pretendiente, sino como poder, majestuoso y grave; y, de hecho, Napoleón no le hace esperar, sino que de inmediato llama a su lado al más antiguo de sus ministros, al más fiel de sus enemigos. Sobre su entrevista se sabe tan poco como sobre aquella primera en la que Fouché ayudó a elevarse al consulado al general huido de Egipto y selló con él un pacto de desleal lealtad. Pero cuando sale de su cuarto después de una hora, Fouché vuelve a ser su ministro, ministro de Policía por tercera vez.

Todavía están húmedas las letras que anuncian en el *Moniteur* el nombramiento del duque de Otranto como ministro de Napoleón, cuando ambos, el emperador y el ministro, lamentan ya en secreto haber vuelto a entablar relación el uno con el otro. Fouché está defraudado: ha esperado más. Hace mucho que el cargo menor de ministro de Policía ya no satisface el frío fuego de su ambición. En 1796 todavía salvamento y distinción para el ex jacobino medio muerto de hambre, proscrito y despreciado Joseph Fouché, tal nombramiento le parece una miserable sinecura al millonario y popular duque de Otranto de 1815. En el éxito ha crecido su conciencia de sí mismo; sólo el gran juego del mundo le estimula, el excitante azar de la diplomacia europea, el continente como mesa de juego y el destino de países enteros como apuesta. Durante diez años Talleyrand, el único que puede medirse con él, le ha cerrado el paso; ahora que ese peligroso competidor se vuelve contra Napoleón y en Viena reúne contra el emperador las bayonetas de toda Europa, Fouché cree poder exigir para sí el Ministerio de Asuntos Exteriores, porque es el único capaz de desempeñarlo. Pero Napoleón, receloso por buenas razones, niega esta cartera, la más importante, a su hábil mano, porque es demasiado hábil y demasiado poco fiable. Sólo le entrega a regañadientes el Ministerio de Policía; sabe que hay que arrojar al menos unas migajas de poder a esa peligrosa ambición para que no muerda. Pero incluso en ese estrecho departamento le pone un espía en la nuca, nombrando al peor enemigo de Fouché, el duque de Rovigo, jefe de la gendarmería. Así, el primer día de su renovada relación se renueva el antiguo juego: Napoleón aposta su propia policía detrás de su ministro de Policía. Y Fouché impulsa una política propia junto a la imperial y detrás de la imperial. Ambos se engañan el uno al otro, ambos con las cartas descubiertas; una vez más, tiene que decidirse quién prevalecerá a la larga: el más fuerte o el más hábil, la sangre caliente o la fría.

Fouché coge a disgusto el ministerio. Pero lo coge. Ese jugador espléndido y apasionado tiene un defecto trágico: no puede quedarse al margen, no puede ser ni por una hora espectador del juego del mundo. Tiene que tener constantemente cartas en la mano, lanzar triunfos, mezclar, engañar, confundir, volver la espalda y ganar. Tiene que estar siempre sentado a una mesa..., no importa en cuál, real, imperial o republicana; sólo tiene que estar ahí, sólo *avoir la main dans la pâte*, tener las manos en la masa, no importa en cuál, tan sólo ser ministro, de

la derecha, de la izquierda, del emperador, del rey, tan sólo roer el hueso del poder. Nunca tendrá la fuerza moral y ética, nunca la frialdad de nervios o el orgullo de rechazar cualquier resto de poder que se le arroje. Siempre aceptará cualquier servicio que se le encargue; para él, nada es el hombre, nada la causa..., el juego lo es todo.

Y con igual disgusto vuelve Napoleón a tomar a Fouché a su servicio. Conoce a ese maniobrero desde hace diez años y sabe que no sirve a nadie, y solamente sigue su propio deseo de jugar. Sabe que ese hombre le dejará caer como al cadáver de un gato muerto, lo abandonará en el momento más peligroso, igual que ha abandonado y traicionado a los girondinos, a los partidarios del Terror, a Robespierre y los termidoristas, a Barras, su salvador, al Directorio, a la República, al Consulado. Pero le necesita, o cree necesitarle..., igual que Napoleón fascina por su genio, así Fouché fascina una y otra vez a Napoleón por su utilidad. Rechazarle sería peligrosísimo; Napoleón ni siquiera se atreve a tener a Fouché por enemigo en un momento tan incierto. Así que elige el mal menor, ocuparle, distraerle con cargos y facultades, dejarse servir deslealmente por él. «Sólo los traidores me han enseñado la verdad», dirá después, acordándose de Fouché, el vencido de Santa Helena. Incluso en su más extrema inquina, centellea la admiración ante las inusuales capacidades de este hombre mefistofélico, porque nada soporta el genio con menos paciencia que la mediocridad; y, sabiéndose engañado, Napoleón se sabe de todos modos entendido por Fouché. Así que, al igual que un sediento coge el agua que sabe envenenada, prefiere tener a este hombre inteligente y poco fiable como criado que a los fieles e incapaces. Diez años de encarnizada enemistad unen a los hombres más misteriosamente que una amistad mediana.

Durante diez años y más Fouché ha servido a Napoleón, el ministro al señor, el espíritu al genio, durante diez años siempre ha sido el inferior. En 1815, en la lucha final, en realidad Napoleón es desde el principio el más débil. Una vez más, por última vez, ha vivido la embriaguez de la fama, como en alas de águila el destino le ha llevado inesperadamente de la isla extranjera al trono imperial. Regimientos enviados contra él, que le superaban cien a uno, arrojan sus armas a la mera visión de su capote. En veinte días, el proscrito que había llegado con seiscientos hombres llega a París a la cabeza de un ejército y, con el trueno del júbilo de millares en los oídos, vuelve a dormir en la cama de los reyes de Francia. Pero ¡qué despertar en los días siguientes, qué pronto palidece el fantástico sueño ante las desilusiones de la realidad! Vuelve a ser emperador, pero sólo de nombre, porque el mundo, antes arrodillado a sus pies, ya no reconoce a su señor. Escribe cartas y proclamas, apasionadas protestas de paz; se sonríen encogiéndose de hombros y ni siquiera le conceden el honor de una respuesta. Los mensajeros enviados al emperador, los reyes y los príncipes son detenidos en las fronteras como contrabandistas y eliminados sin contemplaciones. Una sola carta llega por caminos extraviados hasta Viena, y Metternich la arroja sin abrirla sobre la mesa de negociaciones. Alrededor de Napoleón se hace el vacío, sus viejos amigos y compañeros se han dispersado a los cuatro vientos: Berthier, Bourrienne, Murat, Eugen Beauharnais, Bernadotte, Augereau,

Talleyrand, se quedan en sus posesiones o se ponen de parte de sus enemigos. En vano quiere engañarse a sí mismo y engañar a otros; hace adornar espléndidamente las habitaciones de la emperatriz y del rey de Roma como si fueran a volver junto a él mañana mismo, pero en realidad María Luisa coquetea con Cicisbeo Neipperg, y su hijo juega en Schönbrunn con soldados de plomo austríacos, bien vigilado por el emperador Francisco. Ni siquiera su propio país reconoce la tricolor. Sublevaciones en el sur, en el oeste: los campesinos están hartos de los eternos reclutamientos y disparan sobre los gendarmes que quieren volver a llevarse sus caballos para tirar de los cañones. En las calles hay pegados burlescos carteles que decretan en nombre de Napoleón:

ARTÍCULO PRIMERO. Habrán de serme entregadas trescientas mil víctimas para batallas al año.

ARTÍCULO II. En caso necesario elevaré esta cifra a tres millones.

ARTÍCULO III. Todas estas víctimas me serán enviadas por correo para la gran carnicería.

No hay duda, el mundo quiere paz, y todas las personas razonables están dispuestas a enviar al infierno al indeseado retornado si no garantiza la paz, y —trágico destino— ahora que el emperador soldado quiere de verdad, por vez primera, tranquilidad para sí y para el mundo, siempre que se le deje el poder, el mundo ya no le cree. Los bravos ciudadanos, llenos de miedo por sus rentas, no comparten el entusiasmo de los oficiales a media paga y los gallos de pelea profesionales, para los que la paz significa un trastorno en los negocios, y apenas —forzadamente— Napoleón les da derecho a elegir, se lo tiran al rostro eligiendo precisamente a aquellos a los que ha perseguido violentamente desde hace quince años y ha mantenido en la oscuridad, a los revolucionarios de 1792, Lafayette y Lanjuinais. En ningún sitio hay un aliado, pocos verdaderos adeptos en Francia, apenas un hombre con el que realmente pueda deliberar a solas. Malhumorado y trastornado, el emperador vaga por su desierto palacio. Sus nervios y su energía ceden; ora se entrega a una desordenada actividad, ora se hunde en un obtuso letargo. A menudo se echa a dormir en mitad del día; un cansancio interior, no del cuerpo, sino del alma, lo abate con mazo de plomo durante horas. En una ocasión Carnot lo encuentra en sus aposentos, con lágrimas en los ojos, mirando fijamente el cuadro del rey de Roma, su hijo; sus íntimos le oyen quejarse de que su buena estrella le ha abandonado. De alguna manera, su brújula interior siente que el cenit del éxito ha sido ya alcanzado, y por eso la aguja de su voluntad tiembla y vacila de polo a polo. A regañadientes, sin verdadera esperanza, dispuesto a todo entendimiento, este hombre acostumbrado a la victoria parte hacia la guerra. Pero Nike no vuela jamás sobre una cabeza que se inclina humillada.

Así se encuentra Napoleón en 1815, aparente señor y aparente emperador por crédito y préstamo del destino, revestido tan sólo con una sombra de poder. Pero el que está a su lado, Fouché, está

precisamente en esos años en la plenitud de su fuerza. Esta razón afilada, siempre guardada en la vaina de la perfidia, no se desgasta tanto como la pasión en constante giro. Nunca se revela Fouché intelectualmente más diestro, más intrigante, más flexible, más osado que en esos Cien Días que median entre la reconstrucción y la caída del Imperio; no es hacia Napoleón, sino hacia él, hacia quien se vuelven expectantes todas las miradas en busca de un salvador. Todos los partidos —fantástico fenómeno— tienen más confianza en ese ministro del emperador que en el emperador mismo. Luis XVIII, los republicanos, los realistas, Londres, Viena, todos ven en Fouché al único hombre con quien de verdad se puede negociar, y su raciocinio frío y calculador ofrece más confianza a un mundo agotado y necesitado de paz que el genio vacilante del emperador, que se alza y abate dudoso al viento de la confusión. Y todos los que niegan el título imperial al «general Bonaparte» respetan el crédito personal de Fouché. Las mismas fronteras en las que los agentes del Estado de la Francia imperial son atrapados sin escrúpulos y metidos en prisión se abren, como tocadas con una llave mágica, a los secretos mensajeros del duque de Otranto. Wellington, Metternich, Talleyrand, Orleans, el zar y los reyes, todos reciben de buen grado y con la mayor cortesía a sus emisarios, y de pronto aquel que hasta ahora ha engañado a todos es el único jugador digno de confianza en el juego mundial. No tiene más que mover un dedo para que se haga su voluntad; la Vendée se subleva, se acerca una lucha sangrienta..., pero basta con que Fouché envíe un mensajero para impedir la guerra civil con una única entrevista. «¿Para qué —dice, con sincero cálculo—, sacrificar ahora sangre francesa? Unos cuantos meses, y o bien el emperador ha vencido o está perdido, ¿para qué luchar por algo que probablemente caerá en vuestro regazo? ¡Abatid las armas y esperad!». Y enseguida los generales realistas, convencidos por esta exposición sobria y carente de sentimentalismo, firman el deseado pacto. Todo el mundo en el extranjero, todo el mundo dentro del país se dirige primero a Fouché, ningún acuerdo parlamentario se alcanza sin él... Napoleón ha de ver impotente cómo su servidor le paraliza el brazo allá donde pretende golpear, cómo dirige las elecciones contra él y, con un Parlamento republicano, pone en su camino un obstáculo a su voluntad despótica. En vano querría ahora librarse de él, porque ha pasado la época autocrática en que se enviaba a la jubilación al duque de Otranto con unos millones como a un incómodo criado; hoy, es más bien el ministro quien puede expulsar al emperador de su trono que el emperador de su asiento de ministro al duque de Otranto.

Estas semanas de política arbitraria y sin embargo prudente, múltiple y sin embargo clara, están entre las más perfectas de la diplomacia de la Historia Universal. Incluso un adversario personal, el idealista Lamartine, no puede negar su tributo al genio maquiavélico de Fouché:

Hay que reconocer —escribe— que manifestó una rara osadía y una enérgica intrepidez en su papel. Su cabeza respondía a diario de sus manejos, podía caer al primer sentimiento de vergüenza y de ira que surgiera en el pecho de Napoleón. De todos los que aún procedían del tiempo de la Convención, era el único que no se mostraba ni gastado ni disminuido en modo alguno en su osadía. Cruelmente atrapado por su



audaz juego, por una parte entre la tiranía que había vuelto a la vida y la libertad que quería revivir, y por otra entre Napoleón, que sacrificaba la patria a sus intereses, y Francia, que no quería dejarse matar por un solo hombre, Fouché intimidaba al emperador, halagaba a los republicanos, tranquilizaba a Francia, hacía guiños a Europa, sonreía a Luis XVIII, negociaba con las cortes, mantenía correspondencia gestual con el señor de Talleyrand y mantenía todo en el aire con su pose... Un papel céntuple, difícil, tan vil como sublime, pero inmenso, al que la Historia aún no ha prestado hoy la debida atención. Un papel sin nobleza de espíritu, pero no sin amor a la patria y valor heroico, en el que un súbdito se ponía a la altura de su soberano, un ministro por encima de su rey, árbitro entre imperios, restauración y libertad, pero árbitro por medio de la doblez. La Historia, mientras condena a Fouché, no podrá negarle durante este período de los Cien Días una osadía en la actitud, una superioridad en el manejo de los partidos y una grandeza en la intriga que le situarían junto a los primeros estadistas del siglo si hubiera estadistas sin virtud y sin dignidad de carácter.

Con esta clarividencia juzga Lamartine, el poeta, el estadista, el contemporáneo, a partir de la atmósfera que le rodea. Naturalmente la leyenda napoleónica, que empieza cincuenta años más tarde, cuando los diez millones de muertos ya se han podrido, los inválidos han sido enterrados y las devastaciones de Europa han quedado curadas hace mucho, es más severa e injusta en el juicio a Fouché. Toda leyenda heroica es siempre una especie de retaguardia espiritual de la Historia, y, como toda retaguardia, exige con mucha facilidad las virtudes que no tiene que poner en práctica: ilimitado sacrificio humano, entrega sin reservas incluso a la locura heroica, muerte heroica ajena y lealtad absurda ajena. La napoleónica, con su obligada técnica de blanco o negro, no conoce más que «leales» y «traidores» a su héroe, no hace ninguna diferencia entre el primer Napoleón, el cónsul que devolvió a su país la paz y el orden mediante la inteligencia y la energía, y ese Napoleón posterior, cesarista y enloquecido, para el que la guerra se había convertido en una manía, que arrastró sin escrúpulos una y otra vez al mundo a criminales aventuras en aras de su voluntad privada de poder y que dijo a Metternich las palabras, dignas de Tamerlán: «Un hombre como yo se ríe de la vida de un millón de personas». Con furia dantesca, la leyenda arroja a su infierno a cualquier Francia racional que quisiera oponer moderación a esa locura ambiciosa del poseso, del rabioso que corría hacia su propia decadencia, que no se encadenara como un perro o como un esclavo a su carro de heno para pasar por todo; la Francia de Talleyrand, Bourrienne, Murat y, sobre todo, Fouché es para ella el architraidor entre los traidores, el *advocatus diaboli*. Según su visión del mundo, Fouché sólo volvió al ministerio en 1815 para acercarse a la espalda del emperador y poder darle la puñalada en el momento oportuno, vendido de antemano a Luis XVIII y Europa. Supuestamente, ya el 20 de marzo había mandado decir a los monárquicos, en el momento de la partida del rey: «Salvad tan sólo al rey, yo me encargo de salvar la monarquía», y el día de su toma de posesión había confiado a su Sancho Panza: «Mi primera obligación es socavar todos los planes del emperador; dentro de tres meses seré más fuerte que él, y si no me hace fusilar hasta entonces, tendrá que caer de

rodillas ante mí»... Una profecía que por desgracia es demasiado exacta en cuanto a las fechas como para no haber sido inventada a posteriori.

Sin embargo, suponer de Fouché que había entrado desde el primer momento en el gobierno de Napoleón como adepto a Luis XVIII, como espía pagado del rey, es subestimarle miserablemente, es ante todo desconocer la espléndida complejidad psicológica, el misterio demoníaco de su carácter. No es que Fouché, el absoluto amoralista maquiavélico, no hubiera sido capaz, en su caso, de ésta y de cualquier otra traición; pero esa vileza era demasiado simple, demasiado poco atractiva para su espíritu audaz y juguetón. Engañar a *un* hombre, aunque sea un Napoleón, no está en su línea: su único placer es y será siempre engañarlos a todos, hacer dudar a todos y atraer a todos, jugar con todas las partes y contra todas las partes a la vez, no actuar jamás conforme a planes preconcebidos, hacer lo que el instinto le indica, ser Proteo, el dios de la metamorfosis; no un Franz Moor, un Ricardo III, un intrigante rectilíneo..., sólo el papel más brillante, capaz de sorprenderle incluso a él, entusiasmo su apasionada naturaleza de diplomático. Ama las dificultades por ellas mismas, las aumenta artificialmente a la segunda, a la cuarta potencia, no traidor una vez, sino muchas, con todos, primigenio. Y, de hecho, quien más íntimamente le conocía, Napoleón, dice de él en Santa Helena esta profunda frase: «Sólo he conocido a un auténtico y completo traidor: ¡Fouché!». Completo traidor..., no ocasional, una genial naturaleza de la traición, eso es lo único que fue, porque la traición no es tanto su intención, su táctica, como su más auténtica naturaleza. Quizá la mejor forma de comprender su esencia sea la analogía con el agente doble, tan conocido en los casos de guerra, que entrega secretos a una potencia extranjera para conseguir a su vez de ella otros más valiosos, y que en ese ir y venir finalmente ya no sabe a qué potencia sirve en realidad; el agente al que ambos pagan y no es fiel a ninguno, entregado realmente tan sólo al juego, al doble juego del ir y venir, del estar en medio, un placer ya casi inmaterial, un placer diabólico y mortal. Sólo cuando la balanza se inclina definitivamente hacia un lado vuelve a entrar en acción la razón después de la pasión, para cobrar las ganancias: sólo cuando la victoria está decidida, Fouché se decide..., así fue en la Convención, así bajo el Directorio, bajo el Consulado y bajo el Imperio. En la lucha no está con nadie, al final de la lucha siempre con el vencedor. Si Grouchy hubiera llegado a tiempo, Fouché se habría convertido (al menos por una temporada) en ministro convencido de Napoleón. Como pierde la batalla, lo deja caer y se aparta de él. Sin defenderse, dijo con su cinismo habitual la frase decisiva sobre su actitud durante los Cien Días: «No he sido yo el que ha traicionado a Napoleón, sino Waterloo».

Sea como fuere, es fácil entender que este doble juego de su ministro enfurezca a Napoleón. Porque sabe que esta vez está en juego su cabeza. Todas las mañanas, como desde hace más de una década, ese hombre flaco y enjuto, con el rostro pálido y carente de sangre sobre la oscura levita bordada con hojas de palma, entra en su habitación y le rinde su informe, un informe magnífico, claro, irrefutable, sobre la situación. Nadie conoce mejor el conjunto de los acontecimientos, nadie

sabe exponer con más claridad la situación del mundo, todo lo penetra y todo lo ve —eso es lo que siente Napoleón— este intelecto superior. Y, sin embargo, al mismo tiempo siente también que Fouché no le dice todo lo que sabe. Él no ignora que de las potencias extranjeras llegan mensajeros al duque de Otranto, que por la mañana, la tarde y la noche su propio ministro recibe a sospechosos agentes realistas a puerta cerrada, que mantiene conversaciones y relaciones de las que no le dice una palabra a él, el emperador. Pero ¿sucede realmente esto, como Fouché quiere hacerle creer, sólo para obtener información, o se tejen secretas intrigas? ¡Espantosa incertidumbre para un acosado, rodeado de cien enemigos! Es en vano que ora le pregunte amistosamente, ora le amoneste con insistencia, ora lo abrume con groseras sospechas: esa fina boca se mantiene incommoviblemente cerrada, los ojos insensibles como el cristal. No es posible llegar hasta Fouché, no se le puede arrebatarse su secreto. Así que Napoleón hierve: ¿cómo atraparlo? ¿Cómo saber de una vez si el hombre al que se deja acceso a todos los ficheros le traiciona a él o a sus enemigos? ¿Cómo atrapar al inatrapable, cómo penetrar al impenetrable?

Por fin —¡salvación!— un rastro, una pista, casi una prueba. En abril, la policía secreta, es decir, aquella policía que el emperador ocupa expresamente en vigilar a su ministro de Policía, descubre que un supuesto empleado de una casa bancaria vienesa ha llegado a París y ha ido directamente a visitar al duque de Otranto. Enseguida el mensajero es rastreado, detenido y —naturalmente, sin conocimiento del ministro de Policía, Fouché— llevado ante Napoleón, en un pabellón del Elíseo. Allí se le amenaza con el inmediato fusilamiento y se le intimida hasta que al fin confiesa haber traído a Fouché una carta de Metternich, escrita con tinta simpática, con el fin de iniciar una conversación entre hombres de confianza en Basilea. Napoleón echa espumarajos de furia: cartas con tales prácticas de ministros de sus enemigos a su ministro es alta traición. Y su primer pensamiento es el natural: detener de inmediato al infiel servidor e incautarse de sus documentos. Pero sus hombres de confianza se lo desaconsejan: aún no se ha aportado ninguna prueba, y sin duda, dada la probada cautela del duque de Otranto, jamás se encontrará en sus documentos una sola huella de sus maquinaciones. Así que el emperador decide empezar por poner a prueba la devoción de Fouché. Le hace llamar y habla con una falsedad muy inusual en él, que ha aprendido de su propio ministro, sondeándole sobre la situación; ¿no será posible entablar negociaciones con Austria? Fouché, ignorante de que hace mucho que aquel mensajero lo ha contado todo, no menciona con una sola palabra el billete de Metternich, y con indiferencia, con aparente indiferencia, el emperador le deja ir, ahora completamente convencido de la canallada de su ministro. Pero, para condenarlo del todo, pone en escena —en medio del más amargo humor— una refinada obra con todo el enredo de una comedia de Molière. Por medio del agente, se averigua la palabra clave para el encuentro con el hombre de confianza de Metternich. Así que el emperador envía un agente que debe presentarse como agente de Fouché..., sin duda el agente austríaco le hará toda clase de confidencias, y por fin el emperador sabrá no sólo que Fouché le ha traicionado, sino hasta qué punto. Esa misma noche parte el mensajero

de Napoleón; dentro de dos días, Fouché habrá quedado desenmascarado y estará cogido en su propia trampa.

Pero, por rápido que se sea, a la serpiente o a la anguila, a los auténticos animales de sangre fría, no se les coge a manos limpias. La comedia que el emperador hace representar tiene, como toda comedia bien acabada, una acción paralela, casi un doble fondo. Igual que Napoleón tiene una policía secreta a espaldas de Fouché, así Fouché tiene a espaldas de Napoleón un escribiente comprado e informadores secretos: sus confidentes no trabajan con menos rapidez que los del emperador. El mismo día en que el agente de Napoleón parte hacia Basilea para el juego de máscaras del hotel Drei Könige, Fouché ya está al tanto: uno de los hombres «de confianza» de Napoleón le ha puesto al corriente de la comedia. Y el que había de ser sorprendido sorprende a su señor a la mañana siguiente, durante su diaria exposición. En medio de la conversación, se lleva de pronto la mano a la frente con la despreocupación de un hombre al que se le ha escapado algo completamente sin importancia:

—Ah, sí, sire, he olvidado decirles que he recibido un billete de Metternich, estaba ocupado con cosas más importantes. Y encima su enviado no me ha dado los polvos para volver legible el texto, al principio sospeché que se trataba de una mistificación. Así que no he podido informaros hasta hoy.

El emperador ya no puede contenerse:

—Sois un traidor, Fouché —le grita—, debería ahorcaros.

—No comparto la opinión de Vuestra Majestad —responde el más incommovible, el de más sangre fría de los ministros.

Napoleón tiembla de ira. Una vez más, con esta anticipada e indeseada confesión, este Fra Diavolo se le ha escapado. Y el agente que dos días después le trae el informe sobre la entrevista de Basilea tiene poco importante que contar y mucho insatisfactorio. Poco importante, porque de la conducta del agente austríaco se desprende que Fouché, el cauteloso, era demasiado refinado como para dejarse arrastrar a pruebas documentales de que jugaba a espaldas de su señor su juego favorito: tener todas las posibilidades en la mano. Pero el mensajero también trae mucho de insatisfactorio: que las potencias están de acuerdo con cualquier forma de gobierno en Francia, pero no con Napoleón Bonaparte a su cabeza. Furioso, el emperador se muerde los labios. Su contundencia se ha paralizado. Ha querido alcanzar por la espalda al maniobrero, y en esta lucha en la oscuridad ha recibido él mismo una herida mortal.

El momento adecuado se ha perdido debido al quite de Fouché, Napoleón lo sabe: «Está claro que me traiciona —dice a sus íntimos—, y lamento no haberlo echado antes de que me revelara sus tratos con Metternich. Ahora se ha perdido el momento, y me falta un pretexto.

Diría por todas partes que soy un tirano que todo lo sacrifica a sus celos». Con plena clarividencia, el emperador reconoce su inferioridad, pero sigue luchando hasta el último minuto para ver si puede arrastrar a su lado a este hombre equívoco, o sorprenderlo y aplastarlo. Echa mano de todos los registros. Lo intenta con la confianza, con la amabilidad, con la indulgencia y con la cautela, pero su fuerte voluntad se estrella impotente contra esta piedra igual de fría y brillantemente pulida en todas sus facetas: se puede aplastar o tirar un diamante, pero nunca atravesarlo. Finalmente, a este hombre atormentado por el recelo le fallan los nervios; Carnot cuenta la escena en la que se revela dramáticamente la impotencia del emperador ante su atormentador: «Me traicionáis, duque de Otranto, tengo pruebas de ello —grita en una ocasión Napoleón al inmovible en medio de un Consejo de Ministros y, cogiendo un abrecartas de marfil que yace sobre la mesa, dice—: Tomad este cuchillo y clavádmelo en el pecho, eso sería más leal que lo que hacéis. Sólo depende de mí hacerlos fusilar, y el mundo entero estaría de acuerdo con un acto semejante. Pero si me preguntáis por qué no lo hago, es porque os desprecio y no pesáis una onza en mi balanza». Se ve que su desconfianza se ha convertido ya en ira, su tormento en odio. Este hombre nunca olvidará la medida en que le han desafiado, y Fouché lo sabe. Pero calcula con claridad las míseras posibilidades de poder del emperador. «Dentro de cuatro semanas todo habrá terminado», dice, profético y despreciativo, a sus amigos. Por eso, no piensa pactar ahora; después de esta batalla decisiva, alguien tiene que quitarse de en medio: Napoleón o él. Sabe que Napoleón ha anunciado que el primer mensajero del campo de batalla tras la victoria traerá a París su destitución, quizá incluso la orden de detenerlo. Y de golpe el reloj retrocede veinte años, hasta 1793, cuando igualmente el más poderoso de su tiempo, Robespierre, dijo con la misma decisión que dentro de quince días tendría que caer una cabeza: la de Fouché o la suya. Pero desde entonces el duque de Otranto ha ganado seguridad en sí mismo. Y recuerda con arrogancia a uno de sus amigos, que le advierte contra la ira de Napoleón, aquella amenaza de antaño, y añade sonriendo: «Pero cayó la suya».

El 18 de junio, de repente, los cañones emplazados ante la catedral de los Inválidos empiezan a atronar. La población de París se estremece de entusiasmo. Conoce desde hace quince años esa voz de hierro. Ha sido alcanzada una victoria, se ha librado con éxito una batalla..., total derrota de Blücher y Wellington, anuncia el *Moniteur*. Entusiastas, las masas afluyen a los paseos dominicalmente repletos, el ambiente general, vacilante aún hace pocos días, se vuelca de repente en lealtad al emperador y entusiasmo. Sólo el más fino barómetro, la Bolsa, baja cuatro puntos, porque aquella victoria napoleónica significa prolongación de la guerra. Y sólo un hombre tiembla quizá en lo más íntimo ante ese broncíneo sonido: Fouché. La victoria del déspota puede costarle la cabeza.

Sin embargo, trágica ironía: a la misma hora en que en París los cañones franceses disparan su saludo, hace mucho que los ingleses han aplastado en Waterloo las columnas de la infantería y de la guardia, y mientras la capital se ilumina ignorante, los corceles de la caballería

prusiana ahuyentan levantando polvareda las últimas virutas del ejército fugitivo.

Al ignorante París todavía le queda un segundo día de confianza. Sólo el 20 de junio se filtran inquietantes noticias. Pálido, con labios temblorosos, el uno susurra al otro inquietantes rumores. En las alcobas, en la calle, en la Bolsa, en los cuarteles, por todas partes la gente murmura y habla de una catástrofe, aunque los periódicos callan como paralizados. Todo el mundo habla, vacila, refunfuña, se queja y espera en la capital repentinamente intimidada.

Sólo uno actúa: Fouché. Apenas ha recibido (naturalmente, antes que todos los demás) la noticia de Waterloo, ya no considera a Napoleón más que como un molesto cadáver al que hay que eliminar a toda prisa. Y enseguida coge la pala para cavar su tumba. Inmediatamente escribe al duque de Wellington para entrar en contacto de antemano con el vencedor, y al mismo tiempo advierte a los diputados, con inigualable previsión psicológica, de que lo primero que Napoleón intentará será mandarlos a todos a casa. «Volverá más furioso que nunca y exigirá enseguida la dictadura». ¡Rápidamente a atravesar un palo en el camino! Por la noche, el Parlamento ya está encarrilado, el Consejo de Ministros ganado contra el emperador, la última posibilidad de volver a empuñar el poder se le quita de las manos a Napoleón, y todo eso antes de que haya puesto el pie en París. El dueño del momento ya no es Napoleón Bonaparte, sino al fin, al fin, al fin Joseph Fouché.

Poco antes del amanecer, envuelta en el negro manto de la noche como en una mortaja, una mala carroza (la suya, con el tesoro de la corona, su espadín y sus documentos, la ha conquistado Blücher) rueda hacia las puertas de París y hacia el Elíseo. El que hacía seis días había escrito patéticamente en su orden para el ejército: «Para cada francés que tenga valor ha llegado el momento de vencer o morir», ni ha vencido ni ha muerto, pero en Waterloo y Ligny han vuelto a caer por él sesenta mil hombres. Ahora ha vuelto a casa con rapidez, como antaño de Egipto, como de Rusia, para rescatar el poder; ha frenado intencionadamente el paso sólo para llegar secretamente, cubierto por la oscuridad. Y en vez de comparecer directamente en las Tullerías ante los representantes del pueblo de Francia en su palacio imperial, oculta sus nervios destrozados en el más pequeño y apartado Elíseo.

Un hombre cansado y destrozado desciende del coche, balbuciendo palabras incoherentes y confusas, buscando explicaciones y disculpas para lo inevitable. Un baño caliente le relaja, sólo entonces convoca a su Consejo. Inquietos, oscilando entre la ira y la compasión, respetuosos sin interior respeto, escuchan el discurso confuso y febril del derrotado, que de nuevo fantasea hablando de los cien mil hombres que piensa reclutar, de la incautación de los caballos de lujo, que calcula (ante ellos, que saben perfectamente que no se pueden sacar cien hombres más del exprimido país) que dentro de quince días podrá oponer doscientos mil hombres a los aliados. Los ministros, Fouché entre ellos, mantienen la cabeza baja. Saben que esos discursos enfebrecidos no son

más que los últimos coletazos de aquella inmensa voluntad de poder que se resiste a morir en el gigante. Exige exactamente lo que Fouché ha predicho: la dictadura, la reunión de todo el poder militar y político en una mano, la suya..., y quizá no la exige más que para que los ministros la rechacen, para librarse ante la Historia de la culpa de haber desperdiciado una última posibilidad de triunfo (¡el presente conoce analogías de tales reconversiones!).

Sin embargo, todos los ministros se manifiestan cautelosamente, cada uno de ellos lleno de vergüenza ante la posibilidad de hacer daño con una palabra dura a este hombre sufriente, a este loco febril. Solamente Fouché no necesita hablar. Calla, porque hace mucho que ha actuado y tomado todas las medidas para impedir ese último asalto al poder de Napoleón. Con la curiosidad de un médico que observa con frialdad clínica las violentas convulsiones de un moribundo y calcula de antemano cuándo se detendrá el pulso, cuándo se quebrará su resistencia, oye sin compasión ese vano y espasmódico discurso; ni una sola palabra sale de sus labios finos y sin sangre. Un moribundo, perdido, abandonado, ¡qué importan esas frases desesperadas! Sabe que mientras aquí el emperador se embriaga a sí mismo para embriagar también a los otros con sus locas fantasías, mil pasos más abajo, en las Tullerías, la Asamblea decide con implacable lógica conforme a las órdenes y la voluntad, libre al fin, de Fouché.

Por supuesto, exactamente igual que el 9 de Termidor, este 21 de junio él ni aparece en la cámara de diputados. Ha apuntado —y basta con eso— sus baterías en la oscuridad, ha diseñado el plan de batalla, y ha elegido al hombre adecuado y el minuto adecuado para el ataque: la trágica y casi grotesca contrafigura de Napoleón, Lafayette. Un cuarto de siglo antes había regresado como un héroe de la guerra de liberación americana, un noble jovencísimo y sin embargo coronado ya con la fama de dos mundos, estandarte de la Revolución, precursor de la nueva idea, favorito de su pueblo, Lafayette había conocido pronto, demasiado pronto, todos los éxtasis del poder. Y de pronto, de la nada, del dormitorio de Barras, había salido un pequeño corso, un tenientillo de capote medio roto y zapatos gastados, y en dos años había derribado todo lo que él había construido e iniciado, robándole su lugar, su fama; una cosa así no se olvida. Rencoroso, el ofendido aristócrata se queda en su propiedad campestre mientras el portador del bordado manto imperial recibe a los príncipes de Europa a sus pies e implanta un nuevo despotismo, el del genio, más duro, en lugar del antiguo de la nobleza. Este sol ascendente no arroja ni un rayo de su favor sobre la retirada finca rural; y cuando el marqués de Lafayette acude en una ocasión a París con su sencilla vestimenta, el advenedizo apenas le presta atención; las levitas bordadas en oro de los generales, los uniformes de los mariscales horneados en masa de sangre, sobrepujan su fama ya polvorienta. Lafayette está olvidado, nadie menciona su nombre desde hace veinte años. El cabello se le ha vuelto gris, la audaz figura, enjuta y reseca, y nadie le llama, ni al ejército, ni al Senado; despreciativamente, se le deja plantar rosas y patatas en La Grange. No, un hombre ambicioso no olvida una cosa así. Y ahora que el pueblo, acordándose en 1815 de la Revolución, vuelve a elegir representante a su antiguo

favorito y Napoleón se ve obligado a dirigirle la palabra, Lafayette no responde más que con frialdad y rechazo, demasiado orgulloso, demasiado honesto, demasiado sincero como para ocultar su enemistad.

Ahora en cambio, empujado por Fouché, da un paso adelante, y el odio acumulado en su interior hace casi las veces de la inteligencia y la fuerza. Por primera vez vuelve a oírse la voz del viejo abanderado desde la tribuna: «Cuando, después de tantos años, vuelvo por vez primera a alzar mi voz, que los viejos amigos de la libertad reconocerán, me siento obligado a hablaros de los peligros que corre la patria, cuya salvación está ahora sólo en vuestras manos». Por primera vez ha vuelto a pronunciarse la palabra libertad, y en este minuto significa: liberación de Napoleón. La propuesta de Lafayette detiene de antemano todo intento de disolver las cámaras, de volver a ensayar un golpe de Estado; se aprueba con entusiasmo que la representación popular se declare en sesión permanente y considere traidor a la patria a todo aquel que se haga culpable del intento de disolverla.

No cabe duda de adónde va dirigido tal mensaje; apenas se le entrega, Napoleón ya siente el puñetazo en mitad del rostro. «Hubiera debido destituir a esa gente antes de mi partida —dice furioso—. Ahora pasó el momento». En realidad, ni ha pasado el momento ni es demasiado tarde. Todavía podría, rubricando a tiempo su abdicación, salvar la corona imperial para su hijo, la libertad para sí mismo, todavía podría, por otra parte, recorrer los mil pasos que separan el Elíseo del salón de sesiones e imponer con su presencia su voluntad a ese inseguro rebaño de corderos; pero, una y otra vez, la Historia Universal muestra el asombroso fenómeno de que precisamente sus más enérgicos personajes se vean acometidos, en la raya divisoria de la decisión, por una extraña incertidumbre, una paralización del alma, por así decirlo. Wallenstein antes de su caída, Robespierre en la noche del 9 de Termidor y, no menos, los dirigentes de la Gran Guerra, todos ellos muestran una funesta indecisión precisamente cuando incluso el apresuramiento sería un error menor. Napoleón parlamenta, discute ante unos cuantos ministros que le escuchan con indiferencia, delibera de forma estéril, precisamente en el momento que ha de decidir su futuro, sobre los errores del pasado; se queja, fantasea, saca énfasis de sí mismo, auténtico y teatral, pero ningún valor. Habla, pero no actúa. Y como si la Historia se repitiera dentro de una sola vida, como si las analogías no fueran siempre el más peligroso error lógico en política, envía, como el 18 de Brumario, a su hermano Luciano en vez de ir él mismo a ganarse a los diputados. Pero en aquella ocasión Luciano apoyó la victoria de su hermano, como elocuente abogado, con duros granaderos y decididos generales como cómplices. Y, además, Napoleón ha olvidado trágicamente algo: entre esos quince años yacen diez millones de muertos. Y cuando Luciano sube ahora a la tribuna y acusa al pueblo francés de dejar, ingrato, en la estacada la causa de su hermano, de repente la ira acumulada de la nación decepcionada estalla contra su carnicero en boca de Lafayette, en inolvidables palabras que, lanzadas como chispas a un barril de pólvora, hacen saltar de golpe por los aires la última esperanza de Napoleón: «¿Cómo —inquire a Luciano—



os atrevéis a reprocharnos no haber hecho bastante por vuestro hermano? ¿Habéis olvidado que los huesos de nuestros hijos, de nuestros hermanos, dan por doquier testimonio de nuestra lealtad? ¡En las arenas de África, en las orillas del Guadalquivir y el Tajo, en las riberas del Vístula y en los campos helados de Moscú, desde hace más de diez años, tres millones de franceses han muerto por un hombre! Por un hombre que todavía hoy quiere luchar contra Europa con nuestra sangre. ¡Es bastante, es demasiado para un hombre! Ahora es nuestro deber salvar a la patria». El atronador aplauso de todos, se podría pensar, podría enseñar a Napoleón que sería el momento de renunciar voluntariamente. Pero nada en el mundo parece más difícil que despedirse del poder. Napoleón titubea. Y ese titubeo le cuesta a su hijo el Imperio, y a él mismo la libertad.

Ahora, Fouché pierde la paciencia. Si no quiere irse, fuera con él; si se aplican rápido las palancas, incluso un halo tan colosal caerá. En medio de la noche trabaja con los diputados que le son fieles, y a la mañana siguiente, la cámara exige imperativa la abdicación. Pero tampoco esto parece lo bastante claro para alguien en cuya sangre rugen las olas del poder. Napoleón sigue parlamentando, hasta que, a una seña de Fouché, Lafayette pronuncia la frase decisiva: «Si duda en abdicar, propondré que sea depuesto».

Una hora de tiempo dan al señor del mundo para marcharse honrosamente, una hora al hombre de poder para la renuncia definitiva; pero, exactamente igual que en 1814 ante sus generales en Fontainebleau, la utiliza de forma meramente teatral, en vez de política. «¿Cómo? —grita indignado—. ¿Por la fuerza? Si es así, no abdicaré. ¡La cámara no es más que una horda de jacobinos y ambiciosos, que hubiera debido denunciar a la nación y dispersar! Pero se puede recuperar el tiempo que he perdido». En realidad, lo que quiere es hacerse de rogar para aumentar el rescate, y, de hecho, exactamente igual que en 1814 los generales, ahora sus ministros le hablan con cautela. Sólo Fouché calla. Llega noticia tras noticia, el reloj avanza implacablemente sobre la esfera. Por fin, el emperador lanza una mirada a Fouché, una mirada, cuentan los testigos, a un tiempo sarcástica y llena de odio apasionado. «Escribid a esos caballeros —le ordena despreciativo— que se comporten con tranquilidad, yo les daré satisfacción». Enseguida, Fouché envía a su hombre en la cámara unas líneas escritas a lápiz: el castigo ya no es necesario; y Napoleón se retira a una estancia apartada para dictar la abdicación a su hermano Luciano.

Al cabo de unos minutos regresa al gabinete principal. ¿A quién entregar la hoja de tan grave contenido? Terrible ironía, precisamente a aquel que le ha obligado a escribirla, y que ahora espera inmóvil como Hermes, el mensajero implacable. Sin una sola palabra, el emperador se la entrega. Sin una sola palabra, Fouché coge el duramente combatido documento y se inclina.

Pero ha sido su última reverencia ante Napoleón.

En la sesión de la cámara faltó Fouché, el duque de Otranto; ahora que la victoria está decidida, entra y sube lentamente los escalones, con la histórica hoja en la mano. Debe de haberle temblado de orgullo, la estrecha y dura mano de intrigante, en ese instante, porque ha vencido por segunda vez al hombre más poderoso de Francia, y ese 22 de junio vuelve a ser para él 9 de Termidor. En medio de un conmovido silencio, pronuncia, frío e impertérrito, unas cuantas palabras de despedida de su antiguo señor, flores de papel sobre una tumba recién abierta. Y luego ¡nada de sentimentalismos! No se ha arrebatado a ese gigante el poder de las manos para dejarlo caer al suelo, al alcance de cualquiera. Ahora se trata de cogerlo uno mismo, de aprovechar ese instante anhelado desde hace años. Así pues, presenta la moción de que se elija inmediatamente un gobierno provisional, un directorio de cinco hombres, seguro de antemano de que será por fin elegido. Sin embargo, una vez más la tan anhelada independencia amenaza con escapársele de las manos; sin duda, consigue en el momento de la elección poner tramposamente la zancadilla al más peligroso de sus competidores, Lafayette, que acaba de prestarle tan espléndidos servicios como ariete gracias a su rectitud y sus convicciones republicanas; pero en primera vuelta Carnot obtiene 324 votos, y él, Fouché, sólo 293, de modo que la presidencia del nuevo gobierno provisional corresponde indudablemente a Carnot.

Pero en ese momento decisivo, a sólo una pulgada de la meta, Fouché, el astuto jugador de azar, hace una vez más la más encantadora e infame de sus tretas. Conforme a esas cifras electorales, la presidencia corresponde obviamente a Carnot, y él, Fouché, sólo sería el segundo en este gobierno, cuando por fin quiere ser el primero, el soberano ilimitado. Así que recurre a un refinado truco: apenas se ha reunido el Consejo de los Cinco y Carnot va a sentarse en el sillón presidencial que le corresponde, Fouché propone a sus colegas constituirse, como si se tratara de algo evidente. «¿Qué entendéis por constituirse?», pregunta asombrado Carnot. «Bueno —responde ingenuamente Fouché—, elegir a nuestro presidente y nuestro secretario —y añade enseguida, con falsa modestia—: Naturalmente, os doy mi voto para el puesto de presidente». Carnot se deja engañar y responde cortés: «Y yo a vos el mío». Pero dos de los miembros ya han sido ganados en secreto para la causa de Fouché, así que obtiene tres votos contra dos, y antes de que Carnot pueda entender cómo ha sido burlado, Fouché se sienta en el sillón presidencial. Después de Napoleón y Lafayette, felizmente también ha sido sorteado Carnot, el hombre más popular, y en vez de él es el más astuto, es decir, Joseph Fouché, el dueño de los destinos de Francia. En cinco días, del 13 al 18 de junio, el emperador ha perdido el poder, y en cinco días, del 17 al 22 de junio, Fouché se lo ha apropiado, y por fin ya no es servidor, por vez primera es ilimitado señor de Francia, libre, divinamente libre para el amado y enredado juego de la política mundial.

Primera medida: ¡fuera con el emperador! Hasta la sombra de un Napoleón agobia a un Fouché, y exactamente igual que Napoleón no se sentía bien como soberano mientras supiera en París al imprevisible

Fouché, así Fouché no respira con libertad si no hay unos cuantos miles de millas entre él y el hombre del capote gris. Evita volver a hablarle personalmente —¿para qué sentimentalismos?—, sólo le envía órdenes, aun tenuemente envueltas en un papel rosa de benevolencia. Pero pronto arranca incluso ese apagado y cortés envoltorio y muestra sin compasión su impotencia al caído. Se limita a tirar a la papelera una patética proclamación que Napoleón dirige a sus ejércitos a modo de despedida, y a la mañana siguiente Bonaparte busca en vano sus imperiales palabras en el *Moniteur*. Fouché le ha prohibido mostrarse en público. ¡Fouché prohíbe al emperador! Aún no puede creer la ilimitada osadía con la que su antiguo servidor se pone por encima de él, pero con contundente energía es empujado de hora en hora por ese duro puño, hasta que finalmente se traslada a la Malmaison. Pero allí se queda y se afirma. No quiere irse más lejos, aunque los dragones del ejército de Blücher ya se acercan, aunque de hora en hora Fouché le advierte, de forma cada vez más feroz, que debe ser por fin razonable y desaparecer. Pero cuanto más se siente caer, más convulsivamente se aferra Napoleón al poder. Y finalmente, cuando el coche ya está preparado en el patio, se le ocurre aún un gesto grandilocuente; él, el emperador, se ofrece a ponerse como simple general a la cabeza de las tropas para vencer una vez más o morir. Pero Fouché, sobrio, no toma en serio tan romántica oferta: «¿Está ese hombre burlándose de nosotros? —exclama iracundo—. Su presencia a la cabeza del ejército no sería más que un nuevo desafío para Europa, y el carácter de Napoleón no permite creer en él indiferencia alguna hacia el poder».

Abronca al general que lleva el mensaje por la osadía de transmitir semejantes peticiones en vez de llevarse al emperador, y le ordena ejecutar inmediatamente la partida del incómodo personaje. Al propio Napoleón no se digna enviarle respuesta alguna. Para Fouché, los vencidos no merecen ni una onza de tinta.

Ahora es libre, ahora ha llegado a la meta: tras la liquidación de Napoleón, a sus cincuenta y seis años, Joseph Fouché, el duque de Otranto, está al fin solo e irrestricto en la cumbre del poder. Interminable errar por el laberinto de un cuarto de siglo: de pequeño y pálido hijo de comerciante a triste y tonsurado profesor de curas, luego tribuno de la plebe y procónsul, finalmente duque de Otranto, servidor de un emperador, y ahora, por fin, servidor de nadie más, por fin gobernante único de Francia. La intriga ha triunfado sobre la idea, la habilidad sobre el genio. Una generación de inmortales ha caído a su alrededor. Mirabeau muerto, Marat asesinado, Robespierre, Desmoulins, Danton guillotizados, su compañero de consulado Collot en el destierro en las islas de las Fiebras de Guayana, Lafayette liquidado, todos, todos muertos y desaparecidos, sus compañeros de la Revolución. Mientras él decide en Francia, libremente elegido por la confianza de todos los partidos, Napoleón, el dueño del mundo, huye a la costa con un mísero disfraz, con un pasaporte falso, como secretario de un pequeño general; Murat y Ney esperan a ser fusilados, los pequeños reyes familiares por la gracia de Napoleón vagan apátridas de escondite en escondite, con los bolsillos vacíos. Toda la gloriosa generación de este cambio único en el mundo se ha hundido, sólo él ha subido gracias

a su terca paciencia, que planeaba en la oscuridad, que excavaba bajo tierra. Ahora el ministerio, el Senado y la Asamblea Nacional se funden como cera en su mano maestra, los generales, normalmente tan imperiosos, tiemblan por sus pensiones, y se someten como corderos al nuevo presidente; la burguesía y el pueblo de todo un país esperan su decisión. Luis XVIII le envía mensajeros, Talleyrand sus saludos, Wellington, el vencedor de Waterloo, comunicaciones confidenciales... Por primera vez, los hilos del destino del mundo pasan espléndidos, pública y libremente, por sus manos. Le espera una tarea inconmensurable: proteger a un país destrozado y vencido del enemigo que se acerca, impedir una resistencia inútil y patética, conseguir condiciones aceptables, encontrar la forma de Estado adecuada, el gobernante adecuado, crear una nueva norma, un orden duradero a partir del caos. Esto exige maestría, una extrema agilidad de espíritu, y, de hecho, en esta hora en que todos pierden confundidos la compostura, las medidas de Fouché demuestran la máxima energía, sus dobles y cuádruples planes una sorprendente seguridad. De todos es amigo, para engañar a todos y hacer únicamente lo que le parece personalmente correcto y útil. Aunque parece promover al hijo de Napoleón ante el Parlamento, la República ante Carnot, al duque de Orleans ante los aliados, pone suavemente proa hacia el anterior rey, Luis XVIII. Imperceptiblemente, con giros suaves y hábiles, y sin que sus compañeros más próximos adviertan su verdadera dirección, navega por entre una ciénaga de sobornos hacia los realistas y negocia el gobierno a él confiado con los Borbones, mientras en el Consejo de Ministros y en la cámara sigue jugando imperturbable a bonapartista y republicano. Desde el punto de vista psicológico, su solución era la única correcta. Sólo una rápida capitulación ante el rey podía garantizar indulgencia y una transición sin fricciones a la Francia desangrada, destruida, inundada de tropas extranjeras. Sólo Fouché comprende enseguida, con su sentido de la realidad, esa necesidad, y la lleva a la práctica contra la resistencia del Consejo, del pueblo, del ejército, de la cámara y del Senado, por propia voluntad y por sus propias fuerzas.

Pero, a pesar de toda la inteligencia que Fouché despliega en esos días, hay una —¡ésta es su tragedia!—, la última, la suprema, la más pura, que no posee: la de olvidarse de sí mismo, de su beneficio, en aras de la causa. La que se le imponía, después de esa obra maestra, de renunciar, a los cincuenta y seis años, en la cumbre del éxito, diez o veinte veces millonario, honrado y respetado por su tiempo y por la Historia. Pero quien ha anhelado el poder durante veinte años, quien ha vivido de él y aún no se ha saciado en veinte años, es incapaz de renunciar... Exactamente igual que Napoleón, Fouché no es capaz de abdicar un minuto antes de que lo echen. Y como ya no tiene señor alguno al que traicionar, no le queda otra cosa que traicionarse a sí mismo, a su propio pasado. Devolver a la Francia vencida a su antiguo soberano fue en ese instante una auténtica hazaña, política correcta y audaz. Pero hacerse pagar esa decisión con la propina de un puesto de ministro real fue una bajeza y más que un crimen: una necedad. Y esa necedad la comete ahora el furiosamente ambicioso sólo para seguir teniendo las manos en la masa unas horas más..., su primera necedad y la mayor, la

imborrable, la que le rebaja para siempre ante la Historia. Ha subido mil peldaños con habilidad, flexibilidad, paciencia: con una única, torpe e innecesaria genuflexión, los baja todos.

Felizmente, tenemos un documento característico de cómo se produjo esta venta del gobierno a Luis XVIII a cambio de un puesto de ministro, uno de los pocos que relata literalmente una entrevista diplomática del por lo común cauteloso Fouché. Durante los Cien Días, un único y decidido adepto del rey, el barón de Vitrolles de Toulouse, había reunido un ejército y combatido al retornado Napoleón. Apresado y llevado a París, el emperador quería hacerle fusilar inmediatamente, pero Fouché se había inmiscuido; siempre estaba a favor de la indulgencia, especialmente para con enemigos a los que se podía necesitar. Así que se había conformado con encerrar al barón de Vitrolles en una prisión militar hasta que se despachara el procedimiento ante el consejo de guerra. Pero en cuanto la mujer del prisionero escucha, el 23 de junio, que Fouché se ha convertido en el amo de Francia, corre a verle para rogarle la liberación de Vitrolles, que Fouché le concede enseguida, porque le importa mucho gozar del favor de los Borbones. Al día siguiente, el barón de Vitrolles, el liberado jefe realista, comparece ante el duque de Otranto para darle las gracias.

Entonces se produce la siguiente y amistosa conversación política entre el jefe de gobierno republicano electo y el conjurado archirrealista. Fouché le dice:

—Bueno, ¿qué pensáis hacer ahora?

—Tengo la intención de partir hacia Gante, en la puerta me espera un coche de postas.

—Es lo más inteligente que podríais hacer; aquí no estáis seguro.

—¿No tenéis nada que darme para el rey?

—Oh, Dios mío, no. Nada en absoluto. Decid tan sólo a Su Majestad que puede contar con mi devoción, y que por desgracia no depende de mí que vuelva pronto a las Tullerías.

—Yo creo que depende únicamente de vos que eso ocurra pronto.

—Menos de lo que pensáis. Las dificultades son grandes. En todo caso, la cámara ha simplificado la situación. Ya sabéis —y Fouché sonríe al decir esto— que ha proclamado a Napoleón II.

—¿Cómo, Napoleón II?

—Naturalmente, había que empezar por eso.

—Pero supongo que no habrá que tomarlo en serio.

—Puede decirse así. Cuanto más pienso en ello, más convencido estoy de que ese nombramiento es completamente absurdo. Pero no podéis imaginaros cuánta gente se adhiere aún a ese nombre. Algunos de mis colegas, sobre todo Carnot, están convencidos de que todo estará a salvo con Napoleón II.

—¿Y cuánto tiempo va a durar esta broma?

—Probablemente el tiempo que necesitemos para librarnos de Napoleón I.

—Y luego, ¿qué ocurrirá?

—¿Cómo voy a saberlo? En momentos como estos, es difícil prever el día siguiente.

—Pero al señor Carnot, vuestro colega, tan adepto a Napoleón, quizá le cueste trabajo apartarse de esa combinación.

—¡Bah, no conocéis a Carnot! Basta con apartarle de la idea de proclamar el gobierno del «pueblo francés». Pueblo francés, imagínese cuando lo oiga.

Y ambos se ríen, el republicano electo duque de Otranto, que se burla de su colega, y el emisario realista. Empiezan a entenderse mutuamente.

—Así está bien, así saldrá bien —retoma el barón de Vitrolles la conversación—, pero espero que después de Napoleón II y el «pueblo francés» penséis al fin en los Borbones.

—Desde luego —responde Fouché—, luego le tocará el turno al duque de Orleans.

—¿Cómo, el duque de Orleans? —exclama sorprendido el barón de Vitrolles—. ¿Es que creéis que el rey aceptará jamás una corona así ofrecida y negociada con todo el mundo?

Fouché se limita a callar, y sonrío.

Pero el barón de Vitrolles ya ha entendido. Con esa conversación astutamente irónica, aparentemente frívola, Fouché le ha mostrado sus intenciones. Le ha hecho sentir claramente que, si él quiere, habrá dificultades, que en lugar del rey Luis XVIII se podría proclamar a Napoleón II, al pueblo francés o al duque de Orleans, pero que él, Fouché, no tiene personalmente especial interés en ninguna de esas posibilidades y está tranquilamente dispuesto a suprimirlas todas en favor de Luis XVIII si... Ese «si» no ha sido expresado, pero el barón de Vitrolles lo ha entendido ya, quizá en una sonrisa en la mirada, quizá en un gesto. En cualquier caso, se decide de pronto a no viajar y quedarse en París junto a Fouché, naturalmente con la condición de poder

mantener libre correspondencia con el rey. Plantea sus condiciones: al principio, veinticinco pasaportes para sus agentes enviados a Gante, al cuartel general del rey. «Cincuenta, cien, todos los que quiera — responde el bienhumorado ministro de Policía republicano al representante de los adversarios de la República—. Y luego, por favor, poder hablar con vos una vez al día». Una vez más, el duque responde alegremente: «¡Una vez no es bastante! Dos veces, una por la mañana y una por la tarde». Ahora el barón de Vitrolles puede quedarse tranquilamente en París y negociar con el rey bajo la protección del duque de Otranto, y comunicarle que las puertas de París le estarán abiertas si..., sí, si Luis XVIII está dispuesto a aceptar al duque de Otranto como ministro del nuevo gobierno real.

Cuando se propone a Luis XVIII hacer que Fouché le abra las puertas de París a cambio de la propina de un puesto de ministro, este Borbón normalmente imperturbable empieza a echar espumarajos. «¡Jamás!», grita al primero que quiere poner en la lista ese odiado nombre. Y en verdad, ¡qué absurda pretensión admitir en casa a un regicida, uno de los que firmaron la sentencia de muerte de su propio hermano, un sacerdote renegado, ateo furioso y servidor de Napoleón! «¡Jamás!», grita indignado. Pero ya se sabe que a lo largo de la Historia este *jamás* de los reyes, de los políticos y generales, es casi siempre el primer paso para una capitulación. ¿Acaso París no vale una misa? ¿No han hecho desde Enrique IV los reyes, sus antepasados, similares *sacrifici dell'intelletto*, tales sacrificios de conciencia y de espíritu en aras del poder? Presionado por todas partes, por los cortesanos, los generales, por Wellington y sobre todo por Talleyrand (que, como obispo casado, necesita una oveja aún más negra en esta corte), Luis XVIII empieza poco a poco a vacilar. Todos le aseguran que sólo un hombre puede abrirle sin resistencia las puertas de París, y es Fouché. Sólo él, el hombre de todos los partidos y convicciones, el mejor, el eterno sostenedor del estribo de todos los pretendientes al trono, ahorraría un derramamiento de sangre. Y, además, hace mucho que el viejo jacobino se ha convertido en un buen conservador, se ha arrepentido y traicionado espléndidamente a Napoleón. Finalmente, para descargar su conciencia —«¡Pobre hermano mío, si pudieras verme ahora!», dicen que exclamó—, el rey se confiesa y se declara dispuesto a recibir secretamente a Fouché en Neuilly; secretamente, porque nadie en París debe sospechar que un dirigente electo del pueblo vende su país por un puesto de ministro y un pretendiente al trono vende su honor por una corona: en la oscuridad, con el obispo renegado como único testigo, se lleva a cabo el más desvergonzado de los negocios de la Historia moderna entre el ex jacobino y el todavía no rey.

Allí en Neuilly se produce una escena inquietante y fantástica, digna de un Shakespeare o de un Aretino: el rey Luis XVIII, descendiente de san Luis, recibe a uno de los asesinos de su hermano, el séptuple perjuro Fouché, el ministro de la Convención, del Imperio y de la República, para tomarle juramento, su octavo juramento. Y Talleyrand, antiguo obispo, luego republicano, luego servidor del emperador, sirve de introductor a su compañero. Para poder caminar mejor, el cojo pasa el brazo por los hombros de Fouché —«El vicio apoyado en la traición»,

observa sarcástico Chateaubriand—, y los dos ateos se aproximan con fraternal oportunismo al heredero de san Luis. Primero, profunda reverencia. Luego, Talleyrand asume la penosa obligación de proponer al rey como ministro al asesino de su hermano. Este hombre enjuto está aún más pálido que de costumbre, porque ahora dobla la rodilla para jurar ante el «tirano», el «déspota», y besa la mano por la que corre la misma sangre que ayudó a derramar, y presta el juramento en nombre del mismo Dios cuyas iglesias saqueó y profanó con sus hordas en Lyon. ¡Es un plato fuerte, hasta para un Fouché!

Por eso, el duque de Otranto sigue pálido cuando sale de la sala de audiencias del rey; ahora es más bien el cojo Talleyrand el que tiene que sostenerlo. No dice una sola palabra. Ni siquiera las irónicas observaciones de este obispo cínico y resabiado, que dice misa como quien juega a las cartas, pueden sacarle de ese consternado silencio. Por la noche, con el decreto ministerial firmado en la cartera, regresa a París junto a sus ignorantes colegas de las Tullerías, a los que mañana despedirá y pasado mañana declarará proscritos: puede que haya algo en lo más hondo de él que le incomode. El más desleal de los criados ha sido libre, pero —¡fantástica contradicción del destino!— las almas subalternas no pueden soportar la libertad, huyen compulsivamente hacia nuevas servidumbres. Y así Fouché, ayer aún fuerte y autocrático, vuelve a humillarse ante un señor, vuelve a encadenar sus manos libres a la galera del poder (y cree estar con ello al timón del destino), y pronto llevará también el signo de los galeotes, el estigma.

A la mañana siguiente, las tropas de los aliados entran en París. Conforme al secreto acuerdo, ocupan las Tullerías y cierran sencillamente las puertas a los diputados. Esto da al aparentemente sorprendido Fouché ocasión de proponer a sus colegas deponer el gobierno como protesta contra las bayonetas. Los engañados aceptan el patético gesto y, como estaba acordado, el trono queda de pronto vacío, durante un día entero no hay gobierno en París. Y Luis XVIII no tiene más que acercarse a las puertas, entre el júbilo organizado con dinero por su nuevo ministro de Policía, para ser recibido con entusiasmo como salvador; Francia vuelve a ser una monarquía.

Sólo ahora comprenden los colegas de Fouché con qué refinamiento los ha engañado. Ahora, por el *Moniteur*, se enteran también del precio por el que se ha vendido. En ese instante explota la furia en el decente, idealista, impecable (aunque un poco duro de mollera) Carnot. «¿Dónde tengo que ir a entregarme, traidor?», increpa despreciativo al reciente ministro de Policía real.

Igualmente despreciativo, Fouché responde: «Donde quieras, imbécil».

Y con ese lacónico diálogo entre caracteres de los dos viejos jacobinos, los últimos del 9 de Termidor, finaliza el drama más asombroso de la Edad Moderna, la Revolución, y su centelleante fantasmagoría: el paso de Napoleón por la Historia Universal. La época de las aventuras heroicas se ha extinguido, la era burguesa comienza.



## CAÍDA Y DECADENCIA

1815-1820

El 28 de julio de 1815 —los cien días del interludio napoleónico han terminado—, el rey Luis XVIII vuelve a entrar en su ciudad de París en una espléndida carroza adornada con toldos blancos. El recibimiento es grandioso, Fouché ha trabajado bien. Multitudes jubilosas rodean el coche, en las casas ondean banderas blancas y, allá donde no hubo forma de encontrarlas, se han puesto a toda prisa toallas y manteles atados a bastones de paseo. Por la noche, la ciudad resplandece con mil luces, incluso, en el desbordar de la alegría, se baila con los oficiales de las tropas de ocupación inglesas y prusianas. No se oye un solo grito hostil, la gendarmería, prevenida por si acaso, se revela innecesaria; la verdad es que el nuevo ministro de Policía del rey cristianísimo, Joseph Fouché, ha trabajado espléndidamente para su nuevo soberano. En las Tullerías, el mismo palacio donde apenas un mes antes todavía se mostraba reverente como el más leal de los leales ante su emperador Napoleón, el duque de Otranto espera al rey, Luis XVIII, el hermano del «tirano» al que condenó a muerte en esta misma casa hace veintidós años. Pero ahora se inclina con profunda reverencia ante el descendiente de san Luis, y en sus cartas firma «con el respeto del más leal y devoto súbdito de Vuestra Majestad» (se puede leer literalmente así al pie de una docena de informes de puño y letra). De todos los locos saltos de su acrobático personaje, éste ha sido el más audaz, pero también será el último en la cuerda política. Desde luego, por el momento todo parece ir a las mil maravillas. Mientras el rey no se asiente con firmeza en el trono, no desdeña apoyarse en un Fouché. Por el momento, hace falta este Fígaro que sabe hacer tan magníficos malabarismos. Primero para las elecciones, porque en la corte desean obtener una mayoría fiable en el Parlamento; para eso, el «acreditado» republicano y hombre del pueblo es un promotor insuperable. Además, sigue habiendo toda clase de negocios desagradables y sangrientos que atender: ¿por qué no utilizar este guante gastado? Luego se le puede tirar y no se ensucia uno las reales manos.

Uno de esos asuntos sucios hay que despacharlo en los primeros días. Sin duda, en el destierro el rey ha prometido solemnemente otorgar una amnistía y no perseguir a nadie que durante los Cien Días haya prestado servicios al usurpador retornado. Pero, después de comer, las cosas se entienden de otra manera; pocas veces los reyes se sienten obligados a mantener lo que prometieron mientras eran pretendientes al trono. Los realistas furibundos, orgullosos de su propia lealtad, exigen, ahora que el rey vuelve a estar seguro sobre su montura, que se castigue a todos aquellos que se apartaron del estandarte de las flores de lis durante los Cien Días. Duramente presionado por los realistas, que siempre son más

realistas que el rey, Luis XVIII termina por ceder. Y al ministro de Policía le toca la penosa tarea de confeccionar esa lista de proscripción.

Al duque de Otranto no le resulta agradable el encargo. ¿Hay realmente que castigar a un hombre por una pequeñez así, sólo porque hizo lo más razonable y se pasó al más fuerte, al vencedor? Y además, el ministro de Policía del rey cristianísimo sabe que el primer nombre en esa lista de proscritos debería en toda regla ser el del duque de Otranto, el ministro de Policía bajo Napoleón, es decir, el suyo. ¡Penosa situación, vive Dios! Al principio, Fouché trata de rehuir el desagradable mandato con un ardid. En lugar de una lista que, como se desea, contenga treinta o cuarenta de los principales culpables, presenta enseguida, para sorpresa general, unos cuantos folios con trescientos o cuatrocientos nombres, incluso algunos afirman que mil nombres, y exige que se les castigue a todos o a ninguno. Espera que el rey no tendrá tanto valor, y con eso el incómodo asunto quedará liquidado; pero, por desgracia, el ministerio lo preside un zorro tan taimado como él mismo, Talleyrand, que advierte enseguida que a su amigo Fouché esa píldora le sabe mal; tanto más insiste en hacérsela tragar. Sin compasión, empieza a hacer tachones en la lista hasta que no quedan más que cuatro docenas de nombres, y traslada a Fouché la penosa misión de entregar a esos condenados a la muerte y el destierro.

Para Fouché, lo más inteligente sería ponerse el sombrero y salir por la puerta de atrás de palacio. Pero ya hemos indicado varias veces el punto débil de Fouché; su ambición reúne todas las astucias, menos una: saber renunciar a tiempo. Fouché prefiere cargar sobre sus espaldas el disfavor, el odio y la indignación antes que levantarse voluntariamente de un sillón de ministro. Así que, para furia general, aparece una lista de proscritos que contiene los nombres más famosos, los más nobles de Francia, firmada por el viejo jacobino. Carnot está en ella, *l'organisateur de la victoire*, el creador de la República, y el mariscal Ney, el vencedor de incontables batallas, el salvador de los restos del ejército de Rusia, todos sus compañeros del gobierno provisional, los últimos de sus camaradas de la Convención, de sus camaradas de la Revolución. Todos los nombres están en esta lista terrible que amenaza con la muerte o el destierro, todos los nombres cuyos logros de las dos últimas décadas han dado fama a Francia. Sólo falta uno, el de Joseph Fouché, el duque de Otranto.

Aunque en realidad no falta. También el nombre del duque de Otranto está en esa lista. Pero no en el texto, como el de un ministro napoleónico acusado y proscrito, sino como ministro del rey, que envía a la muerte o el exilio a todos sus compañeros: como el del verdugo.

El rey no puede negar cierta gratitud por un golpe tan áspero como el que el viejo jacobino ha dado a su conciencia con esta autohumillación. A Joseph Fouché, el duque de Otranto, se le concede un último y supremo honor. Viudo desde hace cinco años, ha decidido volver a casarse, y el mismo hombre que antaño perseguía con tanta saña la «sangre de los aristócratas» piensa unirse conyugalmente con la sangre

azul, concretamente casarse con una tal condesa de Castellane, una gran aristócrata, es decir, un miembro de «esa banda criminal que ha de caer bajo la espada de la ley», como le gustaba predicar en su día en Nevers. Pero desde entonces, ha habido toda clase de pruebas de ello, el antiguo jacobinísimo, el sanguinario Joseph Fouché, ha cambiado a fondo sus concepciones; cuando ahora se dirige hacia la iglesia, el primero de agosto de 1815, no lo hace, como en 1793, para destrozarse a martillazos los «vergonzosos signos del fanatismo», los crucifijos y altares, sino para recibir con humildad junto a su noble esposa la bendición de un hombre que lleva aquella mitra que él, recordemos, hizo poner a un asno para escarnio en 1793. Conforme a la vieja usanza de la nobleza —un duque de Otranto sabe lo que hay que hacer cuando se casa con una condesa de Castellane—, el contrato conyugal es firmado por las primeras familias de la corte y de la nobleza. Y como primer testigo firma *manu propria* este documento, probablemente único en la Historia, Luis XVIII, el más digno e indigno testigo del asesinato de su hermano.

Esto es mucho, muchísimo. E incluso demasiado. Porque precisamente esta extrema desfachatez de, en tanto que regicida, pedir al hermano del guillotinado rey que actúe de testigo, provoca una inmensa indignación en los círculos de la nobleza. Este miserable tráfuga, este realista de anteaer, refunfuñan, se comporta como si realmente perteneciera a la corte y a la nobleza. ¿Para qué se necesita en realidad a este hombre, *le plus dégoûtant reste de la révolution* [el último y más sucio desecho de la Revolución], que mancha el ministerio con su repugnante presencia? Ciertamente, ayudó a devolver al rey a París, alargó su mano venal para firmar la proscripción de los mejores hombres de Francia. Pero, ahora, ¡fuera con él! Precisamente los mismos aristócratas que, mientras el rey esperaba impaciente a las puertas de París, le apremiaban para que nombrara ministro a toda costa al duque de Otranto para entrar en París sin derramamiento de sangre, precisamente esos caballeros no quieren de repente saber nada de un duque de Otranto; tan sólo se acuerdan tercamente de un tal Joseph Fouché, que mandó abatir a cañonazos a cientos de sacerdotes y nobles en Lyon y exigió la muerte de Luis XVI. De pronto, cuando atraviesa la antecámara del rey, el duque de Otranto advierte que toda una serie de nobles ya no le saluda, o le vuelve la espalda con provocativo desprecio. Aparecen de pronto y corren de mano en mano incendiarios escritos contra el *Mitrailleur de Lyon*, celebra asambleas una nueva sociedad patriótica, los *Francs régénérés*, los antepasados de los *Camelots du Roi* y los «húngaros que despiertan» del Imperio austrohúngaro, y exigen lisa y llanamente que se limpie por fin esa mancha del estandarte de la flor de lis.

Pero Fouché no se rinde tan fácilmente cuando se trata del poder: lo agarra con los dientes. En el informe secreto de un espía que tenía que vigilarlo aquellos días podemos leer cómo trata de aferrarse a todo lo posible. Finalmente, quedan los gobernantes enemigos: ellos podrían defenderlo de los servidores demasiado monárquicos del rey. Visita al zar de Rusia, pasa horas todos los días hablando con Wellington y el embajador inglés, hace saltar todas las minas diplomáticas tratando, por una parte, de ganarse al pueblo mediante una queja contra las

tropas invasoras y, al mismo tiempo, de insuflar miedo al rey mediante informes exagerados. Envía al vencedor de Waterloo a hablar por él ante el rey Luis XVIII, moviliza a los banqueros, a sus mujeres y a sus últimos amigos. No, no quiere irse; su conciencia ha pagado ese rango demasiado caro como para no defenderse como un desesperado. Y, de hecho, durante unas semanas consigue mantenerse con el agua política al cuello tumbándose unas veces de lado y otras de espaldas, como un nadador experimentado. Durante todo este tiempo, según informa aquel espía, muestra confianza en público, y probablemente incluso la tiene, porque en esos veinticinco años siempre ha ido hacia arriba. Y cuando se ha acabado con un Napoleón y un Robespierre, ¡para qué preocuparse por unos cuantos y simplones nobles! Hace mucho que el viejo despreciador del ser humano ya no teme a los hombres, él, que ha engañado y sobrevivido a los más grandes de la Historia Universal.

Pero hay una cosa que este viejo condotiero, este refinado conocedor del género humano, no ha aprendido, y nadie puede enseñársela: a luchar con fantasmas. Ha olvidado que por la corte real circula un fantasma del pasado como una Erinia de la venganza: la duquesa de Angulema, la hija de Luis XVI y María Antonieta, la única de la familia que escapó a la gran masacre. El rey Luis XVIII podría perdonar a Fouché; al fin y al cabo, debe a este jacobino el trono, y esa herencia alivia a veces (la Historia puede atestiguarlo) el dolor fraterno incluso en los círculos más elevados. Pero para él era fácil perdonar, porque no ha vivido en persona esa época de horror; en cambio, la duquesa de Angulema, la hija de Luis XVI y María Antonieta, lleva en la sangre las espantosas imágenes de su infancia. Tiene recuerdos de los que no se olvidan, y sentimientos de odio que no se pueden apaciguar con nada. Ha vivido demasiado en su propia carne, en su propia alma, como para poder perdonar nunca a uno de esos jacobinos, a uno de esos hombres del Terror. Ha pasado, de niña en Saint-Cloud, temblando, la noche espantosa en que las masas de descamisados asesinaron a los guardias de la puerta y se presentaron ante su madre y su padre con los zapatos escurriendo sangre. Luego vivió la noche en la que, apretados los cuatro en un coche, padre, madre, hermano —«panadera, panadero y los hijos del panadero»— volvieron a París, a las Tullerías, arrastrados por una multitud burlona y jubilosa, teniendo presente la Muerte a cada hora. Ha vivido el 10 de agosto, cuando la chusma reventó a hachazos las puertas de los aposentos de su madre, cuando le pusieron a su padre el gorro frigio en la cabeza y la pica en el pecho; ha sufrido los días escalofriantes de la prisión del Temple, y los espantosos minutos en que alzaron hasta la ventana, clavada en la punta de una pica, la cabeza cubierta de sangre de la amiga de su madre, la duquesa de Lamballe, con el cabello suelto y pegado por la sangre. ¿Cómo va a poder olvidar la noche en que se despidió de su padre, al que llevaban a la guillotina, la despedida de su hermano pequeño, al que dejaron llenarse de piojos y enfermar en una angosta habitación? ¿Cómo no acordarse de los camaradas de Fouché, con su gorro frigio, que la interrogaron y atormentaron durante días para que atestiguara el supuesto incesto de su madre María Antonieta con su hijo pequeño, en el proceso contra la reina? ¿Y cómo desterrar de su sangre el momento en que hubo que arrancarla de los brazos de su madre y oyó traquetear sobre el

empedrado el carro que la llevaba al pie de la guillotina? No, ella, la hija de Luis XVI y María Antonieta, los prisioneros del Temple, no ha leído en periódicos como Luis XVIII o escuchado por boca de terceros esos horrores, ella los lleva insolublemente marcados a fuego en su asustada, perpleja, atormentada y martirizada alma de niña. Y su odio contra los asesinos de su padre, contra los torturadores de su madre, contra las imágenes de terror de su infancia, contra todos los jacobinos y revolucionarios, dista mucho de haberse extinguido, sin haber sido vengado aún.

Tales recuerdos no se olvidan. Así que ha jurado no dar jamás la mano al ministro de su tío, al asesino de su padre, a Fouché, y no respirar jamás el mismo aire de la misma habitación que él. De manera abierta y desafiante, muestra ante toda la corte su desprecio y su odio al ministro. No pisa una fiesta ni un acto al que asista ese regicida, ese traidor a sus propias convicciones, y su abierto, burlón, fanáticamente expuesto desprecio del tráfuga fustiga poco a poco el sentido del honor de todos los demás. Finalmente, todos los miembros de la familia real piden unánimemente a Luis XVIII que, ahora que su poder está asegurado, eche con escarnio de las Tullerías al asesino de su hermano.

Recordemos que Luis XVIII se dejó imponer a Fouché como ministro a disgusto, y sólo porque le era imprescindible. Ahora que ya no lo necesita, le da el pasaporte con gusto y alegría. «La pobre duquesa no debe ser expuesta a encontrarse ese rostro repugnante», dice sonriente del hombre que, ignorante aún, firma como su «más leal servidor». Y Talleyrand, el otro tráfuga, recibe el mandato real de explicar a su camarada de la Convención y la época napoleónica que su presencia en las Tullerías ya no se considera deseable.

Talleyrand asume gustoso el mandato. Ya tiene bastantes dificultades para orientar la vela al fuerte viento realista, así que espera poder mantener mejor a flote su afortunado barco soltando lastre. Y el peor lastre en su ministerio es ese regicida, su viejo compinche Fouché; con encantadora y mundana habilidad, asume la en apariencia penosa tarea. No es que vaya a anunciarle su cese burda o solemnemente..., no, como viejo maestro de las formas, como soberano aristócrata, elige una manera irresistible de hacerle entender que para el señor Fouché la campana ha tocado al fin las doce. Este último aristócrata del siglo XVIII siempre sitúa las escenas de sus comedias e intrigas en las bambalinas de un salón, y también esta vez disfraza el tosco cese con la más refinada de las formas. El 14 de diciembre, Talleyrand y Fouché se encuentran en una recepción vespertina. Comen, hablan, charlan relajadamente, sobre todo Talleyrand parece de estupendo humor. Un gran círculo se congrega en torno a él; hermosas mujeres, dignatarios y jóvenes, todo el mundo se apretuja curioso para oír a este maestro de la palabra. Y, en verdad, esta vez sus relatos tienen un encanto muy especial. Habla de días largamente pasados, cuando tuvo que huir a América de la orden de detención dictada por la Convención, y ensalza entusiasmado ese grandioso país. Ah, qué esplendidez: bosques impenetrables, habitados por tribus nativas de pieles rojas, poderosas

corrientes inexploradas, el potente Potomac y el gigantesco lago Erie, y en medio de ese mundo heroico y romántico una nueva estirpe, férrea, brava y fuerte, curtida en los combates, comprometida con la libertad, modélica en sus leyes, de inimaginables posibilidades. ¡Sí, allí había que aprender, allí se sentía un futuro nuevo y mejor, mil veces más vivo que en nuestra mortecina Europa! Allí habría que vivir, allí habría que trabajar, exclama entusiasmado, y ningún puesto le parece más atractivo que el de embajador en Estados Unidos.

Y de pronto se interrumpe en su en apariencia casual entusiasmo y se vuelve a Fouché: «¿No os gustaría un puesto así, señor duque de Otranto?».

Fouché palidece. Ha entendido. Interiormente tiembla de ira, al ver con cuánta audacia y habilidad ese viejo zorro le ha puesto el sillón de ministro en la calle delante de todo el mundo, de toda la corte. No da respuesta alguna. Pero a los pocos minutos se disculpa, se va a casa y escribe su dimisión. Talleyrand se queda, contento, y de camino a casa confía a sus amigos con torcida sonrisa: «Esta vez le he retorcido el cuello definitivamente».

Para envolver en un fino capote este despido de Fouché ante la opinión pública, se ofrece, *pro forma*, al despedido ministro otro pequeño cargo. Así que el *Moniteur* no dice que el regicida Joseph Fouché ha sido cesado en su cargo de ministro de Policía, sino que se puede leer que Su Majestad el rey Luis XVIII se ha dignado nombrar a Su Excelencia el duque de Otranto embajador en la corte de Dresde. Naturalmente, se espera que rechace ese puesto absolutamente sin valor, que no corresponde ni a su rango ni a su posición ya en la Historia Universal. ¡Qué error! Con un mínimo de despierta razón, Fouché tenía que comprender que él, el regicida, estaba definitivamente liquidado y sin salvación al servicio de una monarquía reaccionaria, que al cabo de algunos meses iban a arrancarle de los dientes incluso ese hueso miserable. Pero el hambre de poder ha convertido en canina esa alma de lobo un día tan osada. Exactamente igual que Napoleón se aferraba hasta el último momento no ya a su posición, sino al mero nombre falso de su dignidad imperial, aún más innoblemente se adhiere su servidor Fouché al último y mínimo título de un ministerio aparente. Se pega al poder con dureza de lapa, y también esta vez, eterno servidor, obedece lleno de amargura a su señor: «Acepto, sire, con gratitud la embajada que Vuestra Majestad se ha dignado ofrecerme», escribe humildemente este hombre de cincuenta y siete años, veinte veces millonario, al hombre que desde hace medio año vuelve a ser rey por gracia suya. Hace sus maletas y se traslada con toda su familia a esa cortecita de Dresde, se instala como un príncipe y hace como si quisiera pasar el resto de sus días allí como embajador del rey.

Mas lo que tanto tiempo ha temido, pronto se hace realidad. Durante veinticinco años, Fouché ha combatido como un desesperado el retorno de los Borbones, siguiendo el acertado instinto de que terminarían por pedirle cuentas por las dos palabras, *La mort*, con las que envió a Luis

XVI a la guillotina. Pero, neciamente, había esperado engañarles al infiltrarse entre sus filas, al disfrazarse de bravo y fiel servidor del rey. Esta vez, sin embargo, no ha engañado a los otros, sino tan sólo a sí mismo. Porque apenas ha hecho cambiar las alfombras en sus habitaciones de Dresde, apenas ha instalado su mesa y su cama, cuando en el Parlamento francés estalla la tormenta. Nadie habla ya del duque de Otranto, todos han olvidado que un dignatario de ese nombre recibió en triunfo en París al rey Luis XVIII..., todos hablan tan sólo de un tal señor Fouché, el regicida Joseph Fouché de Nantes, que en 1792 condenó al rey, del *Mitrailleur de Lyon*, y por una abrumadora mayoría de 334 votos contra 32, el hombre «que alzó la mano contra la ungida de su señor» es excluido de toda amnistía y desterrado de por vida de Francia. Naturalmente, esto también significa oprobioso despido de su puesto de embajador. Sin compasión, lisa, sarcástica y despreciativamente, se pone en la calle de una patada al «señor Fouché», ya no Excelencia, ya no comendador de la legión de honor, ya no senador, ya no ministro, ya no gran dignatario, y a la vez se comunica oficialmente al rey de Sajonia que ni siquiera la estancia personal de ese individuo llamado Fouché es bienvenida. El que envió a miles al destierro es ahora, veinte años después, el último en seguir a los combatientes de la Convención, apátrida, maldito, desterrado. Y como ahora carece de poder y está fuera de la ley, el odio de todos los partidos cae unánime sobre el caído igual que antes las simpatías de todos los partidos habían cortejado al poderoso. De nada sirven ahora todas las tretas, todas las protestas, todas las invocaciones; un hombre de poder sin poder, un político liquidado, un intrigante agotado, siempre es la cosa más miserable del mundo. Tarde, pero con intereses de usura, Fouché tendrá que pagar ahora su culpa de no haber servido jamás a una idea, a una pasión moral de la Humanidad, sino siempre y únicamente al favor percedero del momento y de los hombres.

¿Adónde ir ahora? Al principio, el desterrado duque de Otranto no se preocupa. ¿Acaso no es el favorito del zar, el hombre de confianza del vencedor de Waterloo, Wellington, el amigo del todopoderoso ministro austríaco Metternich? ¿Acaso no le deben gratitud los Bernadotte por haberlos puesto en el trono de Suecia y no en el de un principado bávaro? ¿No conoce a todos los diplomáticos desde hace años, no han buscado apasionadamente su favor todos los príncipes y reyes de Europa? No necesita, cree el caído, más que hacer una delicada indicación, y todos los países se apresurarán a pedir el privilegio de albergar al desterrado Arístides. Pero ¡cuán distinta es la forma de actuar de la Historia para con un caído que para con un poderoso! A pesar de hacer varias indicaciones, de la corte de los zares no viene invitación alguna, y tampoco de Wellington, Bélgica le rechaza, ya tienen bastantes antiguos jacobinos en sus postes fronterizos, Baviera se aparta cautelosa, e incluso su viejo amigo el príncipe Metternich se muestra extrañamente frío. Bueno, en todo caso, si lo quiere y desea, el duque de Otranto puede venir a territorio austríaco, si está generosamente dispuesto a no tener nada en contra. Pero en modo alguno puede ir a Viena, no, allí no se le necesita, y tampoco a Italia, bajo ningún concepto. Como mucho puede ir a vivir a una pequeña ciudad de provincias, y no en la Baja Austria, es decir, no cerca de Viena

(¡y eso siempre que se comporte como es debido!). En verdad no se esfuerza mucho, el viejo amigo Metternich; el ministro austríaco no abandona su reserva ni siquiera cuando el millonario duque de Otranto ofrece invertir todo su patrimonio en fincas o valores austríacos, cuando propone que su hijo sirva en el ejército imperial. Cuando el duque de Otranto anuncia su visita a Viena, la rechaza cortésmente: no; puede ir en completo silencio, de forma enteramente privada, a Praga.

Así pasa, sin verdadera invitación, sin honor, significativamente más tolerado que invitado, Joseph Fouché de Dresde a Praga, para instalarse allí; su cuarto exilio, el último y más cruel, ha comenzado.

Tampoco en Praga están muy entusiasmados con su elevado huésped, duramente caído de su cumbre, especialmente la aristocracia hereditaria vuelve la fría espalda al repentino intruso. Porque los nobles de Bohemia siguen leyendo periódicos franceses, y éstos desbordan precisamente ahora de los más rabiosos y vengativos ataques contra el «señor» Fouché; cuentan con frecuencia y con mucho detalle cómo este jacobino saqueaba iglesias en Lyon en 1793 y vació las arcas en Nevers. Todos los pequeños escritores que antaño temblaban ante el duro puño del ministro de Policía y tenían que morderse las uñas de rabia, escupen ahora sin freno sobre el indefenso. La rueda da la vuelta a velocidad de vértigo. El que en su tiempo vigilaba a medio mundo es vigilado ahora; todos los métodos policiales con los que su inventivo genio especuló, los aplican ahora sus discípulos y antiguos funcionarios contra su antiguo maestro. Cada carta al o del duque de Otranto pasa por el gabinete negro, es abierta y copiada, agentes de policía escuchan y comunican cualquier conversación, se espía a las personas con las que trata, se controla cada uno de sus pasos, por todas partes se siente vigilado, rodeado, acechado; su propio arte, su propia ciencia es puesta a prueba con la más cruel habilidad en el más hábil de los hábiles, el que la inventó. En vano busca ayuda contra esas humillaciones. Escribe al rey Luis XVIII, pero éste responde al depuesto tan poco como Fouché contestó a Napoleón al día siguiente de deponerlo. Escribe al príncipe Metternich, que en el mejor de los casos le hace llegar un malhumorado sí o no a través de algún funcionario de secretaría de bajo rango. Debe mantener la calma bajo los golpes que todo el mundo le da, debe dejar al fin de extender rumores y quejas. El que era querido por todos sólo por temor, es despreciado por todos desde que ya no se le teme; el más grande jugador político ha terminado su juego.

Durante veinticinco años este hombre flexible, inaprensible, había escapado una y otra vez al destino, que con tanta frecuencia se le había acercado amenazante. Ahora que yace definitivamente en tierra, los golpes caen implacables sobre el caído. En Praga, después del político, es el hombre privado Joseph Fouché el que vive su más dolorosa peregrinación a Canossa: ningún novelista podría inventar un símbolo más ingenioso de su humillación moral que el pequeño episodio que ocurrió allí en 1817. Porque a la tragedia se une ahora la más espantosa imagen deformada de toda desgracia: el ridículo. No sólo el hombre político es humillado, también el esposo. Se puede suponer que no fue el



amor el que acercó en su momento a la preciosa aristócrata de veintiséis años a ese viudo de cincuenta y seis, con su calvo y pálido rostro de calavera. Pero ese poco seductor pretendiente era en 1815 el segundo hombre más rico de Francia, veinte veces millonario, Excelencia, duque y prestigioso ministro de Su Cristianísima Majestad; así que la bonita pero empobrecida condesa de provincias albergaba la justificada esperanza de brillar en todas las fiestas de la corte y en el Faubourg Saint-Germain como una de las mujeres más distinguidas de Francia, y de hecho los comienzos fueron prometedores: Su Majestad se dignó firmar personalísimamente su cédula de matrimonio, la nobleza y la corte se apiñaba entre los que la felicitaban, un espléndido palacio en París, dos casas de campo y un castillo principesco en la Provenza competían por albergar como señora a la duquesa de Otranto. A cambio de tales magnificencias y de veinte millones, una mujer ambiciosa puede aceptar un marido de cincuenta y seis años, prosaico, calvo y apergaminado. Pero la apresurada condesa ha vendido su luminosa juventud por oro falso, porque apenas pasadas las semanas de luna de miel descubre que no es la esposa de un reverenciado ministro del Estado, sino la del hombre más escarnecido, más odiado de Francia, del perseguido, expulsado, despreciado por todos «señor» Fouché... El duque, con toda su magnificencia, se ha esfumado, se ha quedado con el anciano gastado, amargado y bilioso. Así que no es muy sorprendente que en Praga surja una *amitié amoureuse* entre esta mujer de veintiséis años y el joven Thibaudeau, el hijo de otro viejo republicano también desterrado, una amistad de la que no se sabe exactamente hasta qué punto era *amitié* y hasta qué punto *amoureuse*. Pero esto da motivo a escenas muy tempestuosas, Fouché prohíbe entrar en su casa al joven Thibaudeau, y lo irritante es que esta disputa conyugal no es ningún secreto. Los periódicos realistas, que acechan cualquier oportunidad de fustigar con el látigo al mismo hombre ante el que temblaron durante años, publican malvadas noticias sobre sus decepciones domésticas; para deleite de todos los lectores, difunden la burda calumnia de que la joven duquesa de Otranto ha dejado en Praga al viejo cornudo para fugarse con su amante. Pronto el duque de Otranto advierte, cuando acude a una reunión social, que las damas reprimen a duras penas una sonrisita y, con mirada irónica, comparan a la joven floreciente con su propia y poco encantadora figura. Ahora el viejo fabricante de rumores, el eterno cazador de charlatanerías y escándalos, siente en su propia carne lo malo que es ser víctima del perverso asesinato de la reputación, y que tales calumnias jamás pueden ser combatidas, sino que lo más inteligente es huir de ellas. Ahora, en la desgracia, advierte la entera profundidad de su trampa, y su exilio en Praga se convierte en infierno. De nuevo se dirige al príncipe Metternich, en demanda de permiso para abandonar la insufrible ciudad y poder elegir otra dentro de Austria. Se le hace esperar. Por fin, Metternich le permite, clemente, dirigirse a Linz; allí se retira ahora ese hombre defraudado y cansado, humillado por el odio y el escarnio del mundo antaño sometido a él.

Linz..., en Austria, cuando alguien pronuncia el nombre de esta ciudad, siempre sonríe, porque rima involuntariamente con *Provinz*. Una población pequeñoburguesa de origen campesino, trabajadores portuarios, artesanos, en su mayoría pobres gentes, sólo unas cuantas

casas de la antigua nobleza rural austríaca. No, como en Praga, una gran y prestigiosa tradición, ni ópera, ni biblioteca, ni teatro, ni susurrantes bailes de la nobleza, ni solemnidades..., una ciudad de provincias entera y verdadera, somnolienta, rural, un asilo para veteranos. Allí se instala el anciano con sus dos jóvenes mujeres, casi de la misma edad, la una su esposa, la otra su hija. Alquila una espléndida casa, hace que la arreglen de forma distinguida, para alegría de los proveedores y hombres de negocios de Linz, que hasta ahora no han visto tales millonarios dentro de sus muros. Unas cuantas familias se esfuerzan en tomar contacto con los interesantes extranjeros, distinguidos gracias al dinero, pero la nobleza prefiere muy visiblemente a la condesa Castellane que al hijo de un mercader burgués, ese «señor» Fouché al que sólo un Napoleón (él mismo un aventurero a sus propios ojos) ha puesto una capa de duque sobre los flacos hombros. Los funcionarios a su vez tienen la secreta orden de Viena de tomar el menor contacto posible con él; así que el antaño apasionadamente activo vive totalmente aislado y casi evitado. Un contemporáneo describe en sus memorias de forma muy plástica su situación en uno de los bailes públicos:

Era llamativo cómo se celebraba a la duquesa, pero se postergaba al propio Fouché. Era de mediana estatura, fuerte, pero no grueso, y su rostro era feo. Aparecía en los bailes siempre de frac azul con botones de oro, calzones blancos y medias blancas. Llevaba la gran cruz de Leopold austríaca. Normalmente se situaba de pie junto a la estufa, solo, y contemplaba el baile. Al contemplar a este antaño todopoderoso ministro del Imperio francés, tan solitario y abandonado que parecía alegrarse cuando algún funcionario entablaba conversación con él o le invitaba a una partida de ajedrez, no podía por menos de pensar en la mutabilidad de todo poder y grandeza terrenas.

Este hombre intelectualmente apasionado sólo mantiene hasta el último instante un único sentimiento: la esperanza de volver a subir en política una sola vez, una vez más. Cansado, consumido, un poco lento de movimientos e incluso ya fondón, no puede abandonar la locura de que a él, que tantos méritos ha hecho, van a llamarlo a su cargo una vez más, que una vez más, como tantas veces, el destino le sacará de la oscuridad y le devolverá al divino juego de la política. Se mantiene sin cesar en secreta correspondencia con sus amigos de Francia, la vieja araña sigue tejiendo sus secretas redes, pero se quedan olvidadas en las vigas de Linz. Bajo nombre supuesto, publica unas Observaciones de un contemporáneo acerca del duque de Otranto, una apología anónima que describe su talento y su carácter en los más vivos, casi líricos colores, y al mismo tiempo, para intimidar a sus enemigos, deja caer en sus cartas privadas que el duque de Otranto está escribiendo sus memorias, incluso que van a aparecer próximamente en Brockhaus y estarán dedicadas al rey Luis XVIII: con eso quiere recordar a los demasiado audaces que el antiguo ministro de Policía Fouché todavía tiene algunas flechas en el carcaj, y son mortalmente venenosas. Pero es extraño, ya nadie le teme, nada le redime de Linz, nadie piensa en llamarle, buscarle, nadie quiere su consejo, su ayuda. Y cuando en el Parlamento francés, por otros motivos, se discute el retorno de los desterrados, no

se piensa en él ni con odio ni con interés. Los tres años transcurridos desde que ha abandonado la escena mundial han bastado para hacer olvidar al gran actor, excelente en todos sus papeles, el silencio se abomba sobre él como un catafalco de cristal. Para el mundo ya no hay ningún duque de Otranto; sólo un hombre viejo, cansado, irritable, solitario y extraño que pasea malhumorado por las aburridas calles de Linz. Aquí y allá un proveedor, un hombre de negocios, se quita cortésmente el sombrero ante este hombre enfermizo y encorvado; por lo demás, ya nadie en el mundo le conoce, y nadie piensa en él. La Historia, ese fiscal de la eternidad, se ha tomado la más cruel de las venganzas en el hombre que siempre pensó únicamente en el momento: lo ha enterrado vivo.

Tan olvidado está el duque de Otranto que nadie, salvo unos cuantos funcionarios de policía austríacos, presta atención cuando finalmente, en el año 1819, Metternich le permite trasladarse a Trieste, y eso sólo porque sabe de fuentes fiables que esa pequeña gracia le está siendo concedida a un moribundo. La inactividad ha agotado y perjudicado más a este hombre inquieto y apasionado por el trabajo que treinta años de servicio. Sus pulmones empiezan a fallar, no puede soportar el áspero clima, así que Metternich le concede un lugar más soleado para morir: Trieste. Allí se ve a veces a un hombre roto ir a misa con pasos ya pesados y arrodillarse delante de los bancos con las manos entrelazadas; el que un día fuera Joseph Fouché, que hace un cuarto de siglo destrozaba con sus propias manos los crucifijos de los altares, se arrodilla ahora con la blanca cabeza inclinada ante los «ridículos signos de la superstición», y quizá puede haberle acometido la nostalgia de los silenciosos pasillos del refectorio de su viejo monasterio. Algo en él ha cambiado completamente, el viejo disputador y ambicioso sólo quiere la paz con todos sus enemigos. Los hermanos y hermanas de su gran adversario Napoleón —también él derribado hace mucho y olvidado por el mundo— le visitan y charlan en familia sobre tiempos pasados; todos esos visitantes están asombrados de lo mucho que el cansancio ha suavizado a este hombre. Nada en esta pobre sombra recuerda al hombre temido y peligroso que durante dos décadas confundió al mundo y puso de rodillas a los hombres más fuertes de su tiempo. Sólo quiere paz, paz y una buena muerte. Y, realmente, en sus últimas horas hace la paz con su Dios y con los hombres. Paz con Dios, porque el viejo y combativo ateo, el perseguidor del cristianismo, el destructor de altares, hace venir en los últimos días de diciembre a uno de esos «repugnantes estafadores» (como los llamaba en los días de esplendor de su jacobinismo), un sacerdote, y recibe con manos devotamente entrelazadas los últimos óleos. Y paz con los hombres, porque pocos días antes de su muerte ordena a su hijo abrir su escritorio y sacar todos los papeles. Se enciende un gran fuego, al que se arrojan cientos y cientos de cartas, probablemente también las temidas memorias ante las que temblaban centenares de personas. Fue una debilidad del moribundo o una última y tardía bondad, fue miedo a la posteridad o burda indiferencia..., en cualquier caso, con una novedosa y casi piadosa consideración, destruyó en su lecho de muerte todo lo que podía comprometer a otros y con lo que podía vengarse de sus enemigos,

buscando por vez primera, en vez de la fama y el poder, otra dicha, cansado de los hombres y de la vida: el olvido.

El 26 de diciembre de 1820, esta vida extraña y marcada por el destino que había comenzado en un puerto del mar del Norte termina en la ciudad del mar del Sur triestino. Y el 28 de diciembre se deposita el cuerpo del inquieto agitador y desterrado para su último reposo. La noticia de la muerte del famoso duque de Otranto no despierta al principio gran curiosidad en el mundo. De su nombre extinguido sólo emana fugaz un fino y pálido halo de memoria, que se disuelve casi sin dejar rastro en el calmado cielo de la época.

Sin embargo, cuatro años después vuelve a palpitar la inquietud. Corre el rumor de que las memorias del temido están a punto de ser publicadas, y alguno de los poderosos, alguno de los precipitados que golpearon al caído con demasiada osadía, sienten un escalofrío correr por su espalda; ¿empezarán realmente esos peligrosos labios a hablar una vez más desde su tumba? ¿Acabarán por salir a la luz, asesinos para la reputación, desde las sombras de los cajones de la policía, los documentos retirados, las cartas demasiado confidenciales y las pruebas comprometedoras? Pero Fouché se mantiene fiel a sí mismo más allá de la muerte. Porque las memorias que un hábil librero publica en 1824 en París son tan poco fiables como él mismo. Ni siquiera desde la tumba este terco ocultador revela toda la verdad; incluso en la fría tierra, se lleva celoso sus secretos para seguir siendo él mismo un secreto, penumbra y luz híbrida, una figura que nunca se revela del todo. Pero precisamente por eso sigue atrayendo a practicar los juegos inquisitoriales que tan magistralmente practicó: a descubrir, por un rastro fugaz y huidizo, todo el intrincado camino de su vida, y, por su cambiante destino, la estirpe intelectual de este hombre, el más extraño de los políticos.



STEFAN ZWEIG (Viena, 1881 - Petrópolis, Brasil, 1942) fue un escritor enormemente popular, tanto en su faceta de ensayista y biógrafo como en la de novelista. Su capacidad narrativa, la pericia y la delicadeza en la descripción de los sentimientos y la elegancia de su estilo lo convierten en un narrador fascinante, capaz de seducirnos desde las primeras líneas.

Es sin duda, uno de los grandes escritores del siglo XX, y su obra ha sido traducida a más de cincuenta idiomas. Los centenares de miles de ejemplares de sus obras que se han vendido en todo el mundo atestiguan que Stefan Zweig es uno de los autores más leídos del siglo XX. Zweig se ha labrado una fama de escritor completo y se ha destacado en todos los géneros. Como novelista refleja la lucha de los hombres bajo el dominio de las pasiones con un estilo liberado de todo tinte folletinesco. Sus tensas narraciones reflejan la vida en los momentos de crisis, a cuyo resplandor se revelan los caracteres; sus biografías, basadas en la más rigurosa investigación de las fuentes históricas, ocultan hábilmente su fondo erudito tras una equilibrada composición y un admirable estilo, que confieren a estos libros categoría de obra de arte. En sus biografías es el atrevido pero devoto admirador del genio, cuyo misterio ha desvelado para comprenderlo y amarlo con un afecto íntimo y profundo. En sus ensayos analiza problemas culturales, políticos y sociológicos del pasado o del presente con hondura psicológica, filosófica y literaria.

## Notas

[1] Casi nunca en este estudio me he referido a las memorias del duque de Otranto, publicadas en 1824 en París, porque sin duda alguna fueron redactadas por mano ajena, en todo caso con un material en parte auténtico. Hasta qué punto este hombre siempre lleno de doblez participó en su preparación es cosa que sigue ocupando en vano a la Ciencia, y sigue siendo válida la alegre frase de Heinrich Heine, que escribía del «conocido falsario» Fouché que «había llevado tan lejos su falsedad como para publicar unas falsas memorias después de su muerte». <<

